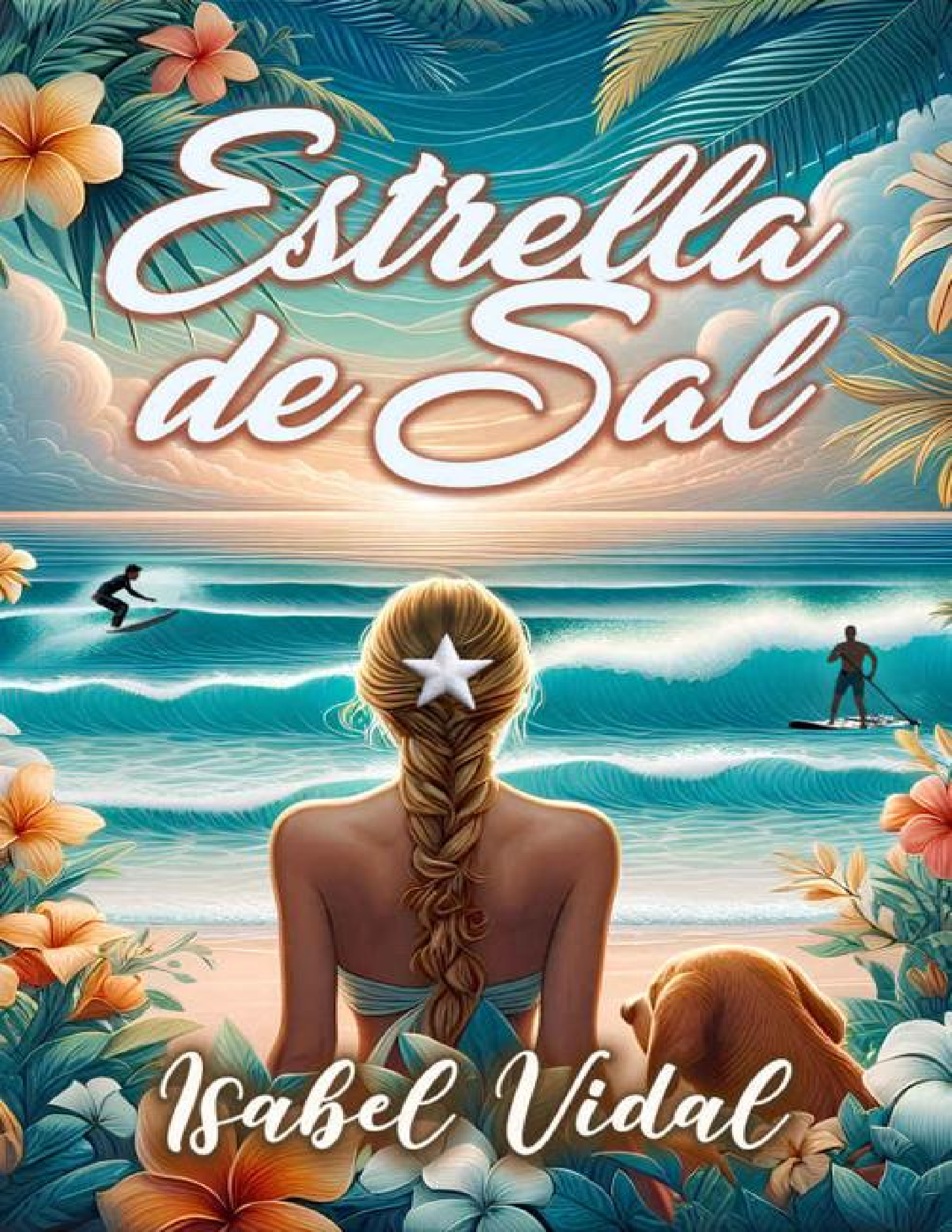

Estrella de Sal
Isabel Vidal

Isabel Vidal

Estrella

De

Sal

© Isabel Vidal, 2025
ISBN: 9798315355434
Diseño portada: IV, CB & IA

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, ni total ni parcialmente, sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Todos los derechos reservados

A todas las almas que surcan mares en busca del amor. Que nunca dejen que el oleaje apague el faro de su corazón.

A Sergio, por tu escucha incondicional durante mi duelo. Gracias por tu paciencia y por recordarme que, incluso tras la tormenta, siempre surge un rincón donde volver a navegar en calma.

0

Al final, he llegado a la conclusión de que el amor, o la vida en general, es como navegar en mar abierto. A veces, tienes un rumbo claro, otras el viento te arrastra sin que puedas hacer nada. Hay días de calma en los que todo parece perfecto, y noches de tormenta en las que solo te queda sujetar el timón y rezar para no hundirte.

He tenido momentos en los que pensé que estaba perdida, que jamás encontraría la orilla, pero aquí estoy.

No sé si fue la corriente la que me trajo hasta este punto o si, en el fondo, siempre supe dónde quería llegar. Lo que sí sé es que mi viaje no ha sido fácil. Ha habido naufragios, remolinos que me arrastraron hasta el fondo, y costas en las que creí que había encontrado refugio… hasta que descubrí que solo eran un espejismo. Y sin embargo, de todo aquello he sacado algo, porque no es solo llegar a buen puerto, sino también aprender a navegar.

Cuando era adolescente apareció alguien en mi vida —alguien que conocerás en estas páginas— que me enseñó a ver el mundo a través de metáforas. En su día no entendí del todo lo que quería decirme, pero ahora sí lo sé.

Esta es mi historia. De primeras, puede parecer un viaje tranquilo, pero te advierto: sigue leyendo porque hay golpes que no verás venir. Cuando crees que tienes el control, llega una ola y lo arrasa todo.

Es el momento de surfear juntos.

1

Llevaba mucho tiempo sin salir de fiesta. La rutina había absorbido mi vida. Las noches de baile y risas se habían quedado en un rincón olvidado. Sin embargo, aquella primera vez que decidimos volver a salir las tres, nunca imaginé que se convertiría en un recuerdo imborrable.

—¡Este pintalabios que me has dejado es malísimo! —exclamé mientras me miraba al espejo y trataba de arreglar el desastre en mis labios.
Elevé la voz para que mi amiga Mere, que estaba en el baño, me escuchara a través de la puerta.

En ese momento entró una chica que, por su apariencia, habría jurado que era rusa. Mis sospechas se confirmaron cuando me preguntó, con un marcado acento, si esperaba para entrar al baño. Negué con la cabeza y ella me sonrió; cruzó los brazos y las piernas para tratar de aguantarse las ganas de hacer pis.

Volví mi atención al espejo para pintarme la otra mitad de los labios. De repente, la puerta principal del baño se abrió. Un gorila de dos metros y casi doscientos kilos de puro músculo, vestido con un traje oscuro, irrumpió con decisión. Sus ojos se dirigieron al compartimento del baño donde estaba mi amiga. Antes de que pudiera reaccionar, empujó la puerta con fuerza y, en cuestión de segundos, salió con ella en brazos, como si fuera una muñeca de trapo.

La melena súper rizada y pelirroja de Mere colgaba al aire mientras el hombre desaparecía tan rápido como había llegado. Me quedé paralizada, incapaz de comprender lo que acababa de suceder.

Corrí tras él, pero lo perdí de vista entre la oscuridad y el tumulto de gente en la discoteca. La música atronaba de fondo, y las luces que destellaban por todas partes me cegaban.

Con esfuerzo, avancé hasta la puerta de la calle; pensé que quizá la habría llevado allí para evitar el gentío. Las discotecas de la isla siempre estaban abarrotadas en esa época del año.

—Bernar, ¿has visto a mi amiga Mere? La ha sacado uno de tus compañeros del baño; no sé qué ha pasado… —le pregunté a uno de los dos vigilantes que estaban en la puerta.

Bernar era un vigilante que imponía respeto, pero, en realidad, cuando lo tratabas de cerca, era un amor. Desde hacía más de veinte años controlaba dos de las principales discotecas de Coraluna, la isla donde vivimos.

—No, por aquí no ha salido —respondió él siempre atento.

Entré con el corazón acelerado. La multitud me resultaba insoportable. Empecé a abrirme paso entre la gente, hasta que llegué a la barra.

—¡Nora! ¡Nora! —grité con desesperación a mi otra amiga, que estaba sobre la barra moviéndose con un ritmo digno de la mismísima Shakira.

Nora, sin embargo, seguía metida en su papel. Trabajaba por las noches en esa discoteca como bailarina, y se le daba de maravilla. Me di la vuelta y entonces vi a Xuso, uno de los relaciones públicas.

—¡Xuso! —grité de nuevo, casi al borde del llanto—. ¡No encuentro a Mere! Le ha pasado algo, un tío de dos metros la ha sacado del baño en volandas.

—¡Vega! ¡Cojones! —respondió Xuso con su característico acento —. ¡No cambiáis!

—No me jodas, Xuso. ¿Tenéis cámaras en los baños?

—Hay sensores; alguna vez hemos tenido algún susto gordo.

Entonces se llevó la mano derecha al pinganillo que llevaba en el oído, y cubrió su boca con la izquierda. Después comentó algo a «los de arriba»; se giró y yo lo seguí. Miré hacia la barra, localicé a Nora y levanté los brazos para llamar su atención. Esta vez sí me miró y aproveché para hacerle la señal de que bajara. Mi cara de susto debía ser evidente, porque entendió que era urgente. Nora arrugó el entrecejo y saltó al suelo de inmediato.

Llevaba medias de rejilla, botas negras hasta el tobillo con un tacón altísimo y un *body* ajustado que realzaba su figura; estaba

cubierto de lentejuelas, mayormente negras. Además, le sobresalía un rabito en la parte trasera, y llevaba más maquillaje del que era humanamente capaz de llevar; podría pasar por una *drag queen*. Por si eso fuera poco, lucía una diadema con orejitas de gato.

Xuso abrió la puerta que conducía al almacén, y entonces la vi. Mere estaba tirada en el suelo de aquel estrecho pasillo, sin reaccionar; parecía muerta. A su lado, dos vigilantes permanecían apoyados en la pared.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté con el corazón en un puño mientras me agachaba… Para ser sincera, iba algo borracha y lo vivía todo como en un sueño.

—Eso te lo debería preguntar yo a ti… —respondió el gorila que la había sacado del baño.

—Hemos llamado a una ambulancia, está en camino. Si es que no sabéis controlaros. Parecéis unas niñas —añadió el otro hombretón.

—¿Qué pasa? —preguntó Nora detrás de mí, tocándome el hombro—. ¡Hostia! ¿Qué le pasa a Mere? —exclamó con evidente preocupación.

—¡Eso me gustaría saber a mí! —repliqué, sin apartar la vista de mi amiga, que seguía inmóvil en el suelo.

Ahí estaba ella, con la melena pelirroja alborotada, el vestido levantado y medio culo al aire. Era todo tan surrealista… Observé la escena y, de repente, empecé a reírme a carcajadas. Me daba vergüenza escucharme a mí misma. Intenté taparme la boca y me di la vuelta porque la situación me parecía violenta, pero yo no podía dejar de reír. Los ojos empezaron a escocerme porque las lágrimas estaban a punto de salir. Cuando me río, no puedo evitar llorar; siempre hago un completo.

—¡Tía! —exclamó Nora al verme desternillándome.

—¡No puedo evitarlo, mírala! —la señalé—. ¡Se le ve el culo!

En ese momento, me resultaba muy gracioso ver el culo de Mere, pero, como buena amiga, me agaché y le bajé la falda. No podía controlar la risa. Sabía que no era el momento de reírme, pero eso solo aumentaba mi ansiedad. Al levantarme de nuevo, miré a Nora,

que se tapaba la boca con las manos. Incluso ella se reía, la muy hija de fruta.

—¿De qué te ríes? —le pregunté mientras la risa no me dejaba hablar con claridad.

—No sé cómo lo hacemos para que siempre pase algo.

Imagínate: los dos vigilantes allí, metidos en un pequeño pasillo, serios, mirándonos de reojo; Mere en el suelo casi muerta, con medio culo al aire porque, por más que le hubiera bajado la falda, no le daba para taparlo entero; el pelo hecho un estropajo, el maquillaje corrido, y Nora vestida de gatita salvaje.

Empecé a notar que mi estómago hacía ruidos extraños. Supuse enseguida que me habían metido algo en la bebida, porque no era normal. En realidad, no sabía de qué me reía.

Una puerta frente a nosotros se abrió de golpe. Daba a un callejón. Desde mi posición no podía ver lo que había fuera, pero unas luces que parpadeaban se reflejaron en las paredes. Supuse que era la ambulancia. Un policía se asomó, y yo me di la vuelta para que no me viera.

—¡Buenas noches! —dijo el policía detrás de mí—. ¡No me jodas! ¿Vega? ¿Qué haces aquí?

No había servido de nada esconderme; me había reconocido. Me giré lentamente, con los ojos cristalizados, y lo miré.

—¿Estás bien? —me preguntó. Creo que pensó que lloraba.

—¡Ey, Darío! —sonreí para intentar parecer normal mientras me tragaba la risa—. Sí, todo bien… mi amiga no ha cenado nada y ha bebido un poco…

—¡Ya…! La ambulancia está a dos minutos.

Y Darío, que puso los ojos en blanco, se dirigió a hablar de manera muy formal con los vigilantes que nos custodiaban. Mira que había policías en la isla, pero tenía que venir él.

Nora me pellizcó el brazo.

—¿Quién es ese?

—Shhh, luego te lo cuento —le respondí mientras acercaba mi culete al rabito negro que colgaba de su *body*.

—¡Miauuu! —le dije con un aire lascivo, intentando que me siguiera el rollo.

Aunque estaba haciendo tonterías, era plenamente consciente de que mi otra amiga seguía en el suelo, a la espera de ser atendida por la ambulancia. Sin embargo, no podía dejar de comportarme de manera absurda; parecía que había perdido el control de mí misma.

Al acercar mi culo al de Nora, sentí de repente un revuelo en el estómago, y un extraño silencio se apoderó de mis entrañas. Cada vez tenía más claro que alguien me había drogado metiéndome algo en la bebida.

Minutos después, aquel pasillo parecía la Gran Vía de Madrid en pleno diciembre. Había sanitarios atendiendo a Mere, dos policías —entre ellos Darío— y Xuso, con su pelillo engominado hacia atrás y su perfume, que olía de maravilla. Nos dijeron que se llevaban a Mere al hospital. Yo quería ir con ella. Xuso le sugirió a mi amiga que me acompañara; argumentó que no estaba en condiciones de ir sola. ¡Como si Nora estuviera fresca como una lechuga después de los tres *gin-tonics* que se había tomado antes de empezar a trabajar!

Vimos cómo la metían en la ambulancia y cómo se alejaba por la calle. Darío se despidió de mí con mucha formalidad, como lo haría un policía de guardia. Y entonces nos quedamos en la calle: Nora, vestida de gatita, y yo; las dos en silencio.

En ese momento, Dante Moretti, uno de los jugadores de fútbol que solía acudir a la discoteca en verano, salió y, al ver a Nora, comentó que él podía acercarla al hospital, aunque el coche era un deportivo de dos plazas.

El muy cerdo lo decía con segundas intenciones, para irse solo con mi amiga a la que, por cierto, se había tirado en varias ocasiones; pero mi querida Nora le respondió que no se preocupara, que ya habíamos llamado a un taxi. Nos dimos la vuelta y allí estaba, esperándonos. Nos despedimos del futbolista y nos dirigimos al hospital. Yo seguía en mi mundo. Me parecía una aventura absurdamente graciosa.

En un abrir y cerrar de ojos, ya estábamos allí. Aquello parecía una película de terror. El edificio frente a nosotras era oscuro y sin vida. Nora y yo subimos unas escaleras y entramos por la puerta principal, pero estaba todo lúgubre; no había nadie. Comenzamos a caminar.

—¡Holaaaa! ¿Hay alguien aquí? —grité y presté atención por si alguien respondía.

—Hellooooo… —dijo Nora con voz de hombre.

—¿Te puedo llamar Manolo? —le pregunté divertida—. Porque entre ese maquillaje de *drag* y la voz…

—Mira que eres hija de…

—De mi madre, que en paz descanse, y de mi padre del alma.

—Con su piel de canela… —gritó Nora entonando la canción de Isabel Pantoja.

—¡Qué graciosa se ha puesto la gata de mierda esta!

—Llámame gata, pero la mierda te la dejo a ti.

Las dos soltamos una carcajada. Seguíamos avanzando, pero por allí no había nadie.

—No llevo bragas, ¿sabes? Espero que no me de ningún retortijón que tengo el estómago fatal.

—¿Te imaginas ir dejando un rastro por aquí como el cuento de Pulgarcito?

Nora volvió a reír sin poder parar.

—¡Deja de reírte, que como ahora me dé por mearme encima, la lío!

Vimos un mostrador al fondo, pero no había nadie. Nos acercamos a él y vi un micrófono de esos como los que hay en las cajas de los supermercados, con un botoncito al lado. Lo presioné decidida y acerqué mis labios a él.

—Un, dos, un, dos. ¿Se me escucha? —mi voz resonó por todo el pasillo.

—¡¿Qué haces, loca?! —gritó Nora al escucharme.

Las dos estallamos en carcajadas una vez más. ¡Qué sinsentido todo!

—Nora, yo canto y tú bailas.

Mi amiga se puso muy seria y esperó a que yo comenzara.

—Como una ola, tu amor llegó a mi vidaaaaa… Como una ola, de fuego y de caricias…

—¡No me jodas! Cántame algo más moderno —refunfuñó.

—Shhh… tú lo sabes bailar todo. ¡Venga! ¡Mueve ese culo! —levanté el micrófono para meterme más en el papel y seguí

cantando como una auténtica folclórica—. De espuma blanca y rumor de caracolas…

Nora empezó a moverse de un lado a otro con los brazos abiertos.

—¡Como una olaaaaaaa…!

Íbamos a seguir, pero apareció un chico moreno con gafas que parecía un cura. Porque, no me lo puedes negar, el noventa y nueve por ciento de los sacerdotes tienen la cara igual.

—¿Se puede saber qué hacéis? —preguntó con mala leche.

—Hola, amigo. Perdónala; no sabe lo que hace. Le encanta cantar. Ve un micrófono…

Antes de que Nora acabara su frase, no lo pude evitar y solté:

—Un dos, los micrófonos.

—Olé, los micrófonos —Nora me siguió el rollo con la canción de Tata Golosa.

—Prova, prova…

El chico se acercó y me lo quitó de las manos de un tirón.

—Ya os vale. Se acabó el numerito. ¿Qué queréis?

Instantáneamente, mi expresión cambió y puse los ojitos del gato de Shrek.

—Ver a nuestra amiga, que la acaba de traer una ambulancia.

—Estamos súper preocupadas y nadie nos dice nada. No sabemos dónde tenemos que ir —añadió Nora.

El rollito dramático se nos daba de maravilla.

—Tenéis que ir a urgencias por esa puerta que veis allí. Entráis a la sala y os quedáis sentaditas y tranquilas; sin liarla.

—Sí, monseñor —hice una reverencia exagerada.

Nora supo de inmediato por qué lo llamé monseñor y se tapó la boca para no reírse delante del enfermero. Yo la agarré del brazo y tiré de ella hacia la sala que nos había señalado aquel pseudo-párroco.

Supongo que aquello era la sala de espera de urgencias, pero seguíamos sin ver a nadie ni encontrar a alguien que pudiera decirnos qué hacer. Nos sentamos como dos benditas en las sillas azules y metálicas, pero no sé qué me pasaba que no podía estar

quieta. Me levanté, di un par de vueltas, y volví a reírme a carcajadas al recordar todo.

—Y se le veía el culo…

Me hacía gracia lo del culo de mi amiga porque ella era doña pudorosa. Estaba segura de que si supiera que unas cuantas personas se lo habían visto, se moriría de la vergüenza. Yo no le iba a contar nada. Jamás saldría de mi boca que aquello había ocurrido.

—Tengo hambre —dije mientras miraba una máquina expendedora.

Me acerqué a ella, y la vista se me fue a un sándwich de atún rancio. De golpe, me entraron unas ganas tremendas de comérmelo; se me hacía la boca agua, pero no tenía monedas.

—A ver qué encontramos por aquí… —dijo Nora mientras abría el bolso de Mere y rebuscaba en su cartera.

—¿En serio? —pregunté incrédula.

—Corre a cuenta de la casa —sacó un par de monedas.

Nora se levantó, introdujo las monedas en la máquina expendedora y yo pulsé los numeritos correspondientes, pero el muy canalla no salía. Se había quedado enganchado en el muelle y no avanzaba ni para adelante ni para atrás.

—¡Aparta! —dijo Nora empujándome, mientras empezaba a golpear la máquina para que el sándwich cayera.

Yo no daba crédito a aquello. Seguía sin parecerme real, porque, no lo olvidemos, Nora iba vestida de gata *drag*. Entonces vi cómo una pareja de unos sesenta años entraba en la sala.

—¡Me han robado! —gritó Nora mientras los observaba sentarse.

—Déjalo, Nora. Cuando venga alguien se lo decimos.

La tomé del brazo y la llevé hacia las sillas. Conseguimos quedarnos quietas un par de minutos, y entonces nos dio el bajón.

—Me está entrando sueño… —me apoyé en su hombro.

—¡Espera que me acomodo! —Y se recostó sobre tres sillas, como cuando eres pequeño y te quedas dormido en una boda—. Ven, vamos a hacer cucharita.

—¡Cucharita! ¡Cucharita! —grité como una niña.

Llevábamos años con esta tontería y no podíamos dejar de hacer la broma incluso en aquel momento. Me tumbé tras ella y la abracé

por detrás. Creo que estaba dormida cuando sentí unas manos tocándome. Abrí los ojos espantada, porque no podía ser Nora, y, al fijar la vista, me di cuenta de que eran dos chicos de seguridad del hospital.

—Señoritas, a ver si nos comportamos. Aquí no podéis estar así. Llevamos un rato observándolas por las cámaras, y ya está bien.

Nora y yo nos levantamos de inmediato.

—¡Vega! No puedo abrir los ojos —gritó Nora mientras intentaba incorporarse.

Se le habían quedado pegadas las pestañas postizas.

—¡Señor agente, ayúdela! —le grité al hombre que nos llamaba la atención.

—No soy ningún agente. Hagan el favor de comportarse, o tendremos que echarlas.

Nora se despegó las pestañas poco a poco y fue recuperando la visibilidad.

Les prometimos a los vigilantes que nos íbamos a portar bien, pero antes queríamos saber dónde y cómo estaba nuestra amiga. Minutos después se abrió una puerta y salió una enfermera; elevó la voz y dijo:

—Acompañantes de Mere Arrieta.

Nora y yo dimos un salto y nos acercamos a ella.

—¿Vega? —la escuché decir.

—¿Ania? ¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí… más bien debería preguntarte qué haces tú aquí, un lunes y tan arreglada…

—¿Lunes? ¿No era domingo?

—Era… era… ya son las ocho de la mañana… del lunes.

Ania era la prima de mi ex. Sí, de mi exmarido. Hacía unos meses que nos habíamos separado, y esa noche… bueno, la anterior, estaba de celebración: celebraba mi despedida de casada.

Ya era de día, y yo rezaba para que la vida no me pusiera más conocidos delante. ¿No había más enfermeras en la isla? ¿Tampoco había más policías?

Ania nos llevó hacia una sala con varios boxes separados por cortinas; el primero era el de Mere. Estaba sentada sobre un sofá,

con un moño muy mal hecho y una cara horrible. Tenía varios goteros y nos miraba ensimismada, algo muy común en ella.

—Cariño, ¿cómo estás? —le pregunté, y me arrodillé para quedar a su altura.

—Chicas, os podéis ir a casa. Gracias por estar aquí tantas horas. Ya estoy mejor… —arrastró las palabras.

—¡Sí! Estás de maravilla: ahí sentada, frente al mar, con un mojito en la mano, mientras decides si meterte al agua o seguir tomando un poco más el sol. ¡No te jode! ¡Menudo susto, guapa!

Miré a Ania y le pregunté:

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

—A punto de un coma etílico. Vega, que ya no tenéis quince años —me dijo como si fuese mi madre, a pesar de ser más joven que yo.

—¡La he cagado en tu despedida de casada! Perdona, Vega… —soltó Mere, sin tener ni idea de que Ania era la primísima de Albert.

Abrí los ojos y le hice una mueca para que se callara, pero la pobre no estaba en condiciones de captar mis indirectas.

—¡Anda! ¿Una despedida de casada? —preguntó mi ex prima postiza con burla.

—Ya ves tú… Hoy en día las amigas te lían en cuanto hay una oportunidad —respondí, mientras me frotaba el cuello nerviosamente como si tuviera garrapatas.

—¿Cómo que las amigas? —Nora no pudo callarse ante mi mentira piadosa.

—A ver, que no estamos aquí para discutir eso. ¿Qué podemos hacer por ti, Mere?

—Que os vayáis a casa a descansar. Llamaré a Fonsi cuando me den el alta; ya habéis hecho mucho ahí fuera toda la noche.

¡Ay, si la pobre supiera!

—¡Por ti lo que haga falta, bella mía! —soltó Nora, colocándose una de las pestañas.

Le dimos un achuchón y nos despedimos de ella y de Ania, a quien le pedí que la cuidara como si fuese de la familia. ¡Otra cagada mía! Porque ella y yo ya no éramos familia, pero me costaba cambiar de patrones después de varios años siéndolo.

Me daba vergüenza salir a la vida real, pero al mirar a Nora y verla vestida de gatita, toda la vergüenza desapareció. La volqué en ella y en sus pintas.

—¡No te rías, te lo pido por favor! Quédate aquí conmigo hasta que pare un taxi…

Esperé a que Nora subiera a uno. Por cierto, me hubiera encantado compartirlo con ella, pero vivíamos en dos extremos opuestos: ella al norte de la isla, yo al sur.

Me subí al tranvía y me arrepentí de golpe; en el vagón todo el mundo me miraba descaradamente. Claro, una chica vestida de fiesta un lunes a las nueve de la mañana no era algo muy normal. Saqué un espejo pequeño de mi bolso y vi mi cara descompuesta; daba miedo. Todo el maquillaje estaba fuera de lugar, y no recordaba que me había dejado una parte de los labios sin maquillar. Tenía dos caras completamente distintas.

Hacía mucho que no salía a una discoteca, así que decidí arreglarme adecuadamente para la ocasión. No me había sentido preparada para salir con mis amigas en los meses anteriores. Intenté llorar, ver películas horribles mientras me atiborraba de helado, y romper todas las fotos que me recordaban lo gilipollas integral que había sido.

Años atrás, una noche, Nora me convenció para salir de fiesta con ella y Eva, una compañera suya de la discoteca con la que nos llevábamos de maravilla. Ella nos llevó a un pub irlandés, donde nos encontramos con su novio y con los amigos de este. Aquel grupo de chicos, desde el momento en que entramos por la puerta, no dejaron de invitarnos a chupitos. Uno de ellos, concretamente el más alto y musculoso, se fijó en mí. Yo en él también, pero porque no había más remedio; le sacaba al resto una cabeza y media.

Al rato, decidimos continuar la noche en Tropik, la discoteca frente al mar donde trabajaban las chicas. Allí ya éramos parte de la familia, incluso yo. Xuso me tenía guardada una botella de ron con mi nombre. Bebida gratis, siempre y cuando no le diera de beber a ningún hombre. Nora y Eva libraban esa noche, así que decidimos darlo todo en la pista, en plan divertido. Allí conocimos a un par de chicos.

—¿Sois hermanas vosotras dos? —nos preguntó uno de ellos mientras nos señalaba a mi amiga y a mí. Creo que iba bastante borracho.

Nora llevaba media melena castaña oscura, con un estilo y una elegancia que parecía innata. Era de esas personas que, se pongan lo que se pongan, lo lucen. Tenía una cara preciosa y unos grandes ojos muy oscuros que le conferían una mirada enigmática. Se maquillaba esa zona con sombras negras para resaltarlos aún más. Amaba bailar; si hubiera nacido en esta época, habría sido la reina de TikTok. Juntas éramos como *Zipi y Zape.*

Yo, en cambio, soy rubia isleña, como dice mi padre. Tengo las raíces más oscuras, y mis ojos son grandes y azules, algo que contrasta con los de mi amiga.

Hablamos un rato con esos chicos, y Nora estaba encantada con la conversación porque ellos también eran bailarines; parecían buenos tipos. Uno de ellos llamó mucho mi atención. Tenía una mirada chispeante, de esas que siempre parecen llenas de felicidad. Daba señales de ser un chico que se cuidaba en todos los sentidos. No era excesivamente alto, pero lo suficiente para que su altura encajase perfectamente con la mía. Me gustó, pero no dije nada, aunque nuestras miradas se cruzaban continuamente entre baile y baile. Pensé que quizá esa noche podría «dormir» junto a él. En aquella época, saltar de chico en chico era lo único que conseguía tapar mi desastre mental.

Cuando terminé mi copa, le pedí a Nora que me acompañara a la barra para rellenarla. Allí, el primer grupo de chicos volvió a invitarnos a chupitos. Tras la primera ronda, llegó una segunda, y luego una tercera.

Después de la tercera, Nora me agarró del brazo y me llevó de nuevo a la pista, porque sonaba una de nuestras canciones favoritas: *Con calma*, de Daddy Yankee. Nos metimos en la pista y lo dimos todo.

Con calma, yo quiero ver cómo ella lo menea
Mueve ese poom-poom, girl
Tiene adrenalina, en medio 'e la pista, vente, hazme lo que sea

I like your poom-poom, girl (¡Hey!)

El chico de mirada chispeante me miraba de reojo al principio, pero no pudo evitar dejar a un lado la timidez y comenzó a observarme embelesado mientras Nora y yo bailábamos pegadas la una a la otra. Me embargaba una intensa emoción al ver cómo mantenía su mirada fija en la mía, porque, cuando bebo, dejo de ser la Vega de un día rutinario. Dejo de ser escurridiza y me convierto en una auténtica loca que se rige por el alcohol y sus mágicos componentes.

Terminó la canción y Eva se acercó a la pista para decirnos que se iban. Nos acercamos de nuevo a la barra para despedirnos del grupo y, cuando me di cuenta, uno de los amigos de su novio, el alto, me estaba comiendo la boca. De esos momentos en los que no eres consciente de lo que está pasando hasta que llevas un rato jugando con la lengua. De golpe, fue como si despertara de mi delirio y me diera cuenta de que no quería nada con ese tipo.

Justo cuando lo aparté, vi al chico que había conocido en la pista, el que me había gustado. Estaba detrás del alto. Me quedé helada.

¡Tierra, trágame! ¡Error garrafal! Me agobié muchísimo y le dije a Nora que me iba a casa. El chico alto se ofreció a llevarme en su coche, pero le dejé bien claro que no quería nada con él.

Pues ese «no querer nada» pasó a convertirse en un «hasta que la muerte nos separe» en tan solo año y medio. Podría haber salido bien y habernos amado para siempre, pero es que yo no lo quería. No me gustaba desde el minuto cero, pero me pilló en un momento de bajón anímico, y por orgullo una cosa llevó a la otra hasta que me vi en un altar, intercambiando anillos.

Sus padres se pusieron muy exigentes con el tema de la boda: tenía que ser de blanco y en la iglesia, por obligación. Y yo, *isí, bwana!* hasta que mandé todo a la mierda; incluso mi trabajo. El caso es que dejé la revista más conocida de la isla, donde llevaba la publicidad, y decidí emprender. Y, como segundo plato, recogí mis cosas y me fui de casa.

Albert pensaba que hablaba en broma, pero yo tenía muy claro que iba completamente en serio. Y, tras ello, llegó un nuevo drama a

mi vida, un drama que solo fue soportable gracias al apoyo de mis amigas.

Vuelvo a ese lunes por la mañana… Tras bajar del tranvía, caminé por la calle hasta llegar a mi casa. Saqué las llaves, pero no encajaban. Probé todas, pero no había manera de abrir la puerta. Tras pelearme con el cerrojo, tardé unos minutos en darme cuenta de que no era mi casa. Ya no. Iba tan ensimismada en mis pensamientos y en la noche que habíamos pasado, que no caí en la cuenta de que ya no vivía allí. Allí vivía mi ex, pero yo ya no. Como no había salido de fiesta desde la separación, hice el camino de forma instintiva.

Cuando fui consciente de lo que pasaba, escuché una voz detrás de mí:

—Vega, bonita. ¿Otra vez por aquí? Ya decía yo que erais una pareja perfecta y que no podíais separaros.

Manuela, mi vecina cotilla —bueno, la que era mi vecina—, me había pillado de lleno.

—Buenos días, Manuela. Me pilla con prisas, hablamos en otro momento.

Y salí disparada hacia la parada del tranvía de nuevo. Solo quería llegar a casa y volver a sentirme como un oso en plena hibernación.

2
13 años atrás…

Recuerdo a mi padre alzarme del suelo con una fuerza abrumadora. Porque levantar en volandas a una adolescente que se resistía, tuvo que ser una tarea complicada. No sé cuántas horas había pasado allí tirada, golpeando la pared con mi puño cerrado. Maldecía una y otra vez, maldecía que todo hubiera ocurrido de esa manera, tan rápido, sin apenas darme tiempo para ser consciente.

Papá me recogió con lágrimas en los ojos y, al observarlo, durante un instante fugaz, me sentí la chica más egoísta del mundo. Me culpé por estar así, mientras él, frente a mí, exhibía una fuerza sobrehumana a pesar de haber perdido al amor de su vida: mi madre. Hacía dos semanas que ella se había marchado al arcoíris de las madres, y yo aún no era capaz de asimilarlo.

No pronunció palabra mientras me ayudaba a ponerme en pie, pero sus ojos lo decían todo. Vestía la misma camisa que usó en el funeral, aquella que mamá le había regalado en su último cumpleaños juntos. Sus manos, fuertes y curtidas por el trabajo, me sujetaron con una suavidad que contrastaba con la dureza de nuestra realidad. En ese momento no existía consuelo, solo un vacío inmenso que me ahogaba.

Nos sentamos en el sofá del salón, el lugar donde tantas veces habíamos reído los tres. Todo parecía diferente, como si su ausencia hubiera convertido nuestra casa en un lugar extraño y ajeno. Papá me abrazó, y yo hundí mi rostro en su pecho.

—Tu madre siempre decía que eras fuerte —su voz se quebraba pero seguía llena de amor—. Y tenía razón. Vamos a salir adelante, ¿vale? Juntos.

Me aferré a esas palabras como a un salvavidas. Tenía a mi padre a mi lado, quien me sostenía con la misma fuerza con la que me había levantado del suelo.

—Por favor, hija, acompáñame al psicólogo. Mucha gente me ha hablado de él. Así no podemos seguir.

Miré sus ojos y los vi llenos de desesperación. Sentía su mano temblar ligeramente sobre mi hombro. Sus palabras se clavaban en mi corazón, no solo por el contenido, sino por la sinceridad y la urgencia que las impregnaban.

—Si me quieres, tienes que aceptar la ayuda que nos ofrecen —continuó mientras su voz se rompía en algunos puntos—. Me siento impotente, no sé qué hacer para que sigas con tu vida. Será de una manera diferente, sí, pero sin perder la oportunidad de seguir disfrutando de ella; tú eres muy joven, cariño.

Me quedé en silencio y sentí cómo las lágrimas comenzaban a bailar en mis ojos. Nunca había visto a mi padre tan vulnerable y sincero. La fuerza que siempre le había caracterizado ahora se mostraba en su forma más cruda: la de un hombre dispuesto a hacer cualquier cosa para salvar a su hija del abismo en el que se encontraba.

—Papá, yo… —traté de hablar, pero las palabras se me ahogaban en la garganta. Su expresión de preocupación se intensificó y vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas una vez más.

—No puedo perderte también —me dijo al oído—. Tu madre querría que lucharas, que te dieras una oportunidad. Ella siempre creyó en ti.

Sentía un nudo en el estómago y un torbellino de emociones que se desencadenaban dentro de mí. Miré a mi alrededor, observé las fotografías con ella, los recuerdos de momentos felices. Todo parecía tan lejano, tan inalcanzable.

—Está bien —dije finalmente, aunque temblaba—. Iré contigo, pero no te prometo nada.

Papá exhaló profundamente, como si hubiera contenido el aliento durante mucho tiempo. Me envolvió en un abrazo, uno que me recordó a aquellos de cuando era niña y pensaba que nada malo podía pasar mientras estuviera junto a él.

—Gracias —murmuró, y sentí cómo sus lágrimas se mezclaban con las mías—. Vamos a salir de esto, te lo prometo.

Nos quedamos así, abrazados, rodeados de recuerdos. Sinceramente, no me sentía capaz de compartir mi dolor con nadie más. El simple hecho de pensar en sentarme frente a un extraño y contarle mis penas me parecía imposible. ¿Qué sabría esa persona de mi dolor? ¿Cómo podría comprender la intensidad de mi pérdida? Era una idea que me hacía sentir aún más sola porque, en mi mente, nadie podría entender realmente lo que estaba viviendo. Este psicólogo, con su escritorio y sus diplomas en la pared, seguramente estaría cansado de escuchar penas y locuras de otras personas.

Mi madre no era solo una persona más; era mi mundo, mi guía, mi todo. La idea de que alguien ajeno pudiera entrar en mi espacio emocional y tratar de «ayudarme» parecía casi insultante. ¿Qué podría saber ese psicólogo de ella, de las noches en que me acurrucaba, de sus risas, de sus consejos, de su amor incondicional? Además, tenía un miedo profundo de mostrarme vulnerable ante un desconocido. Me aterraba que, al hablar, las palabras no fueran suficientes para transmitir lo que sentía y, peor aún, que mi dolor se redujera o malinterpretara. No quería que alguien redujera mi sufrimiento a un simple caso de duelo. Mi dolor era más que eso: era una parte de mí, una sombra constante que no sabía cómo disipar. Me sentía perdida, sin salida, desesperada. Cada día era una lucha simplemente por seguir adelante, y la idea de que un psicólogo pudiera cambiar eso me parecía una promesa vacía.

Papá me miraba con esperanza, pero yo no podía compartir su fe. Sentía que caminaba por un túnel sin fin, atrapada en una oscuridad que ningún consejo, ninguna terapia podrían disipar. Mi mundo se había derrumbado, y no había reconstrucción posible; solo ruinas de lo que alguna vez fue. A pesar de todo, miraba a mi padre y sabía que debía intentarlo, aunque solo fuera por él. Sabía que hacía todo lo posible para ayudarme, y que él también sufría.

Una hora después, tocamos al timbre de la consulta. Me mordí la lengua de rabia al verme allí, delante de aquella puerta grande y vieja. Era una casa de dos plantas, escondida entre las calles del casco antiguo de la isla.

Mi respiración estaba algo entrecortada por las horas que había pasado llorando tirada en el suelo. Soltaba suspiros continuamente e

intentaba calmar el nudo en mi garganta.

La puerta era de madera maciza y parecía absorber la luz de la calle. Las vetas en la madera mostraban el desgaste del tiempo, y un viejo timbre de latón, que había visto mejores días, brillaba con tenue intensidad a la luz del sol. Todo en el edificio, desde la pintura desgastada en las paredes hasta el sonido del timbre cuando lo pulsé, parecía estar envuelto en una capa de nostalgia y abandono, como yo. Mientras esperábamos a que alguien nos abriera, me pregunté qué hacía allí, por qué estaba sometiéndome a esta situación que percibía como una invasión a mi dolor.

El timbre resonó en el interior de la casa con un eco que parecía más profundo de lo que debería. Miré a mi padre, que estaba a mi lado con una expresión de esperanza en su rostro. Me pregunté si él también sentía el mismo rechazo que yo o si, al igual que el timbre, intentaba mostrarse valiente ante lo inevitable.

La puerta se abrió levemente con un chirrido, y nos recibió un joven de estatura media y pelo oscuro. Lo primero que captó mi atención fueron sus ojos marrones claros, casi verdosos; eran enormes. Vestía una camiseta blanca que caía con naturalidad sobre un pantalón vaquero ajustado con cierta elegancia informal. Llevaba unas deportivas blancas que contrastaban con el ambiente serio. Su apariencia era moderna, casi juvenil. Tenía un aire más casual que profesional.

Pensé que sería el recepcionista en prácticas, el asistente o alguien encargado de recibirnos, pero al vernos, su rostro se iluminó con una sonrisa cálida. Se inclinó ligeramente hacia adelante y, con una amabilidad desbordante, extendió la mano a mi padre.

—¡Hola! Debéis de ser Germán y Vega, ¿verdad? Soy Kairos Delacroix. Es un placer conoceros.

Sin esperar una respuesta saludó a mi padre, y a mí me dio dos besos en las mejillas. Su saludo resultó genuino, casi como si nos conociéramos desde siempre. La juventud y el estilo desenfadado del chico chocaban con mi idea preconcebida de un profesional de la salud mental; esperaba encontrarme con un hombre viejo, calvo, vestido con una camisa a rayas y pantalones de vestir, como los psicólogos de las películas. Me quedé allí, parada en el umbral de la

puerta, mientras me cuestionaba todas mis dudas y temores sobre la terapia.

Nos llevó hacia una habitación. Abrió la puerta y entramos en un espacio que era todo lo que había imaginado para esta primera sesión, pero con un toque más moderno. El despacho estaba decorado con un estilo ecléctico, pero no era frío. Un gran escritorio de madera clara dominaba la sala, con un par de sillas frente a él. También había un sofá en el lado opuesto, que parecía cómodo, pero no tenía ganas de relajarme así que me senté en una silla. Miré alrededor con la idea de encontrar algún detalle que me diera una señal de que esto sería diferente, de que el psicólogo no sería simplemente otro profesional más en un camino de intentos fallidos de superación.

Kairos se sentó en su silla. Parecía el típico psicólogo que prefería escuchar más de lo que hablaba, con una expresión atenta, como si cada palabra de mi padre fuera una pieza de un rompecabezas que él necesitaba encajar. Su actitud me parecía tan calculada, casi como si estuviera allí para examinar cada matiz de nuestras emociones y no para realmente ayudar.

Mi padre comenzó a hablar con voz temblorosa; narró la rápida partida de mi madre. Escuché cómo él trataba de encontrar las palabras correctas, las frases justas para explicar el dolor, la pérdida y el vacío que nos había dejado. Cada palabra me abría heridas de nuevo.

Mi corazón latía con fuerza. Me sentía atrapada en esa sala. La sensación de que aquel tipo me observaba, me analizaba y sacaba conclusiones sobre quién era yo basándose en lo que mi padre decía, llenaba de rabia cada rincón de mi ser.

Esa rabia crecía dentro de mí como una tormenta imposible de detener. Me exasperaba ver a este desconocido sentado, aparentemente impasible. Tenía la sensación de estar encerrada en una burbuja de incomodidad y frustración, como si estuviera observando a través de una fina capa de cristal un proceso terapéutico que sentía demasiado lejano.

De repente, la presión en mi pecho se volvió muy intensa. La ira, la tristeza y la desesperación alcanzaron un punto crítico y, sin pensarlo más, me levanté de la silla. La decisión fue repentina, una explosión de emociones que no pude controlar. Caminé hacia la puerta, la abrí con un movimiento brusco y la cerré de golpe detrás de mí; el sonido del portazo resonó en aquella pequeña calle vacía. El estruendo me produjo un ligero atisbo de vergüenza, pero no fue suficiente para detenerme; me daba igual. No quería estar allí, no a los diecisiete años, con mi vida hecha añicos.

Al pisar la calle, el fresco aire golpeó mi rostro con fuerza. Eché a andar sin rumbo, mientras el eco de mis pasos resonaba en las aceras desiertas. El sol desaparecía en el horizonte y dejaba tras de sí un cielo teñido de sombras. Las luces de la isla comenzaron a encenderse una a una, como pequeñas estrellas en un cielo de asfalto, pero ni siquiera su belleza logró desviar mi atención de la oscuridad que se había instalado dentro de mí. Avancé sin saber a dónde ir, solo con la necesidad imperiosa de alejarme de ese despacho, de esa sesión que había terminado antes de comenzar. Quería gritar, llorar y, sobre todo, deseaba volver atrás, regresar a esos días en que mi madre me abrazaba mientras me susurraba que todo iba a estar bien.

Regresé a casa ya bien entrada la noche. El cansancio me había arrastrado por la orilla de la playa. A pesar de amar aquel lugar, sentí que estaba vacío de vida, que nada lograba llenar el hueco que llevaba dentro. Cuando finalmente llegué al portal de nuestra casa, la oscuridad del vestíbulo me envolvió, pero una pequeña luz se filtraba desde el exterior. Me acerqué al porche y vi a mi padre balanceándose lentamente en una hamaca. La escena era serena, pero al mismo tiempo desgarradora.

Se me partió el alma al verlo allí, con la mirada perdida. Sus lágrimas reflejaban la luz de una farola cercana. Sentí cómo mi rabia y mi frustración se desmoronaban en ese instante, reemplazadas por un profundo arrepentimiento. Me había comportado mal, había

huido de la situación en lugar de enfrentarla, pero lo peor de todo es que le había fallado.

Avancé lentamente hacia él. Cuando llegué a su altura, me senté en el suelo, con las piernas cruzadas al estilo indio.

—Lo siento, papá —dije en voz baja, con la voz quebrada por las lágrimas que aún no había llorado ese día—. Siento mucho lo que he hecho. Sé que te he fallado. No sé por qué he reaccionado así, pero me duele haberte dejado solo.

Él permaneció en silencio durante unos segundos que se hicieron eternos, mientras yo seguía mirando al suelo, incapaz de levantar la vista. Finalmente, habló con una tristeza que parecía impregnada en cada palabra.

—Vega, entiendo cómo te sientes —sus palabras eran lentas, como si cada una tuviera que atravesar un mar de emociones antes de salir de sus labios—. Entiendo que no te apetezca abrir tu corazón a un tipo que no conoces; yo también me siento así. A veces pienso que no tengo fuerzas para seguir adelante, que, al igual que tú, la vida me está quitando todo lo que más quiero.

Sentí una punzada de culpa aún más grande al darme cuenta de que mi sufrimiento no era el único. Mi padre también estaba deshecho y perdido, y trataba de mantenerse a flote con la misma desesperación que yo.

—Me siento atado de pies y manos —continuó, y sus ojos buscaban los míos con una sinceridad que me desarmaba—. No sé cómo gestionar esta situación, no sé qué hacer para que las cosas mejoren. Lo único que sé es que tenemos dos opciones: o afrontamos esto juntos, o nos hundimos juntos. No importa lo que decidas, porque siempre estaré a tu lado; no te voy a dejar sola.

Me di cuenta de que, además de haber perdido a mi madre, ahora sentía que comenzaba a perder a mi padre. Nunca antes lo había visto tan devastado.

Mi corazón se hundió aún más al darme cuenta de que, en mi huida, había ignorado que él también buscaba una manera de seguir adelante. Había olvidado que él también necesitaba apoyo y que, en lugar de ofrecérselo, había sido egoísta y me había alejado.

Con una voz entrecortada, le dije lo que había evitado decirle desde que salí de aquella consulta:

—Papá, iré mañana. Lo haré por ti y por nosotros.

—Gracias, cariño —dijo con un leve asentimiento que parecía llevar el peso de todas sus emociones—. A veces, solo necesitamos dar un paso adelante para empezar a ver la luz, aunque sea una luz pequeña, como aquella estrella que se ve justo ahí —señaló una de las estrellas que más brillaba en la oscuridad—. ¿Sabes por qué te llamamos Vega? —preguntó mientras fijaba la mirada en el cielo estrellado.

—Alguna vez me lo contó mamá —intenté recordar los detalles.

Mi padre sonrió levemente, con tristeza en los ojos.

—Vega es una de las estrellas más brillantes del cielo —dijo—. Durante el embarazo, mamá y yo salíamos cada noche a este lugar para mirar hacia arriba. Vega siempre aparecía, sin dejar de brillar en la oscuridad.

Hizo una pausa, con la mirada perdida en el vacío, como si intentara recuperar en sus recuerdos ese momento.

—Te pusimos ese nombre porque queríamos que fueras como ella —continuó—. Brillante y fuerte, una luz que iluminara incluso en las noches más oscuras.

Me sentí conmovida al darme cuenta de que mi nombre no era un simple rótulo, sino un símbolo de lo que mis padres deseaban para mí.

—No quiero dejar de brillar, papá.

—No lo harás.

Nos quedamos en silencio. Las luces de la isla titilaban a lo lejos, y el murmullo lejano del mar nos envolvía.

3

Llegué a casa agotada. Ni siquiera me molesté en quitarme los zapatos; simplemente me dejé caer en el sofá, junto a mi perro. Cerré los ojos con la esperanza de poder relajarme un poco, pero el silencio se rompió abruptamente por el insistente sonido del teléfono. Me levanté del sofá de un salto y fui hacia la mesa donde había dejado mi bolso con el dispositivo. Solté un suspiro y, a regañadientes, lo saqué para ver quién era.

Tenía un mensaje de Gabriella, la gerente del pequeño hotel para el que gestionaba las redes sociales:

«Vega, ¿publicaste el post sobre la promoción de verano? No lo veo en Facebook ni en Instagram»

Me quedé helada. En medio del caos de la fiesta, había olvidado completamente programar esa publicación. Me senté de golpe en el sofá y abrí la aplicación de gestión de redes sociales.

Nada, ni rastro del *post*.

—Maldita sea —murmuré para mí misma mientras redactaba una respuesta rápida.

«¡Lo siento, Gabi! Se me pasó. Estoy en ello ahora mismo»

Con el corazón acelerado, me puse a trabajar. Sabía que el hotel dependía de esas promociones para atraer turistas. La publicación debía ser perfecta. Encontré las imágenes que había preparado previamente y comencé a redactar el texto. Destaqué las ofertas especiales y los servicios exclusivos que ofrecía.

Justo cuando estaba a punto de publicarlo, mi teléfono sonó de nuevo. Esta vez era un mensaje de Nora:

«Holi, ¿has llegado sana y salva? Yo sigo quitándome este maldito maquillaje. Por cierto, sé que estarás muerta de sueño pero ¿has podido subir las fotos de anoche a la cuenta

de la discoteca? Xuso me ha preguntado por ellas; quiere que estén listas para la campaña de esta semana»

«*¡Ay, Dios!*», exclamé en voz alta. Parecía que el trabajo nunca terminaba. Cambié rápidamente de cuenta y seleccioné las mejores fotos de la noche anterior; me aseguré de que Nora apareciera espectacular en todas. Ella era el alma de la discoteca, y sabía lo importante que era para el negocio que las fotos fueran impactantes. Tuve especial cuidado de no subir las que nos habíamos hecho en el hospital haciendo el payaso; hubiera sido un gran problema.

Mientras programaba las publicaciones con los *hashtags* adecuados, me sentía tremendamente agotada, pero a la vez satisfecha. Sí, había sido un error olvidarme de esas publicaciones, pero me sentía viva mientras hacía algo que realmente disfrutaba y que sabía que podía marcar la diferencia para esos negocios locales que tanto apreciaba.

Finalmente, con ambas tareas completadas, me recosté de nuevo en el sofá. Esta vez, me permití un momento de respiro. Sabía que este era solo el comienzo de mi nueva vida como autónoma, y aunque los retos eran constantes, también lo eran las recompensas. Justo antes de cerrar los ojos de nuevo, recibí una última notificación, esta vez de Gabi:

«¡Gracias, Vega! La publicación ha quedado genial. Eres la mejor»

Solté un suspiro de alivio y apagué el teléfono. Al fin podía descansar, porque sabía que, a pesar de todo, estaba en el camino correcto.

La tarde se desvanecía lentamente mientras permanecía tumbada, sin ganas de hacer nada. La noche anterior habían sido todo risas, pero en ese momento sentía cómo la cabeza me estallaba. ¡Maldita resaca! Un suave gemido rompió el silencio de la habitación. Bob, mi fiel compañero de cuatro patas, se acercó a mí con desesperación en los ojos, moviendo su cola frenéticamente

como un metrónomo descontrolado. Era evidente que el pobre necesitaba su paseo diario. Aunque solía salir solo por los alrededores, estaba acostumbrado a recorrer la isla cada día junto a mí.

—Solo unos minutos, Bob —susurré para tratar de calmarlo mientras me ponía de pie.

Con movimientos rápidos y torpes, fui hacia el armario y tomé lo primero que encontré: unos *shorts* cómodos, una camiseta ligera y unas chanclas; el atuendo habitual en esta isla, donde el calor y la comodidad eran la norma. No había tiempo para preocuparme por la apariencia con Bob tan impaciente. Me hice una trenza apresurada, dejé que algunos mechones rebeldes escaparan de la goma, y salí por la puerta.

Tras mi separación, me había mudado a una mini casa frente a una cala. Era un rincón encantador que me llenaba de paz. La fachada, pintada de blanco, tenía detalles en azul turquesa que reflejaban perfectamente los colores del mar y el cielo. Los muros encalados incluían pequeñas ventanas de madera con contraventanas azules. Me encantaba cómo las macetas de geranios rojos y blancos colgaban de ellas; añadían un toque vibrante a la casa. El techo, de tejas de arcilla rojiza algo desgastadas por el tiempo y el salitre, le daba un aire de rusticidad encantadora. La puerta de entrada, también de madera y pintada de azul, tenía una pequeña ventana con rejas de hierro forjado que ofrecía una vista acogedora del interior.

Dentro, el ambiente era cálido y sencillo. El suelo, de baldosas de terracota, era fresco al tacto y fácil de limpiar tras un día en la playa.

Aquella casa era mucho más que un hogar; era un reflejo de la vida de mis abuelos en la isla, donde el mar y la pesca lo eran todo. De pequeña, pasé muchas tardes en la terraza, observando cómo los barcos regresaban a la cala al atardecer, mientras el sol, al ponerse en el horizonte, pintaba el cielo con tonos naranjas y rosados. Esa imagen, tan típica y hermosa, siempre estará grabada en mi memoria.

Ahora, esa casa era mía. Mi pequeña pero preciosa casa. Bob era mi mayor consuelo en aquel espacio reducido. Había elegido su nombre en honor a Bob Marley, el ícono del reggae que tanto habían amado mis padres cuando yo era pequeña.

Salimos de casa y caminamos hacia el paseo marítimo. La vibrante mezcla de colores de las flores tropicales y el verde de las palmeras creaba una eterna fiesta veraniega. Las calles estaban tranquilas a esa hora. Mientras Bob corría feliz por la playa, me dejé envolver por los recuerdos. Esta isla había sido mi hogar durante toda mi vida, el lugar donde había crecido y donde había formado los lazos más importantes de mi existencia. Recorría esas mismas calles desde que era una niña, y aquí había conocido a mis dos mejores amigas: Mere y Nora.

Mere siempre había sido la mística del grupo, la bruja buena que, desde niñas, nos fascinaba y nos asustaba por igual. La recordaba con claridad cuando montaba una tienda de campaña improvisada con sábanas sobre la mesa de su escritorio para crear su propio santuario esotérico. Dentro de esa tienda, rodeada de velas y cartas del tarot, Mere nos leía el futuro con una seriedad que nos mantenía en tensión. Una vez, en uno de sus arrebatos de dramatismo, nos dijo que una de nosotras moriría joven. Corrimos y gritamos como locas, y desde entonces, su misticismo fue siempre una mezcla de fascinación y divertido terror.

A medida que crecimos, Mere se mantuvo fiel a su amor por el ocultismo. Conservaba sus rituales, sus collares de protección y las pulseras rojas de siete nudos que nos regalaba en nuestros cumpleaños, porque decía que así nos protegeríamos del mal de ojo.

Con el tiempo, ese lado místico encontró su camino en su trabajo: creó una línea de jabones, aceites y cremas naturales, hechos con plantas autóctonas que recolectaba en los rincones más secretos de la isla. Tenía un pequeño taller en casa y allí, cada ingrediente pasaba por un ritual; ella decía que sus productos eran algo más que cosméticos; eran pequeñas pociones de paz hechas con la esencia de la isla. En cada feria local su puesto destacaba, y

sus productos ya se habían ganado la fama de «traer buena energía».

Su vida amorosa, cómo no, también tenía un toque de misterio. Llevaba dos años con un pijo adinerado llamado Fonsi, que parecía tener una suerte increíble ya que ganaba la lotería cada Navidad. Nora y yo solíamos apostar sobre quién era realmente ese enigmático hombre, porque nunca nos lo había presentado, y en una isla pequeña era algo raro.

Nora siempre fue la más pragmática y decidida del grupo. Rara vez hablaba de su infancia; había crecido en una pequeña casita junto a la playa, donde el sonido de las olas era lo único constante en una vida llena de incertidumbres. Su abuelo, a quien admiraba profundamente, trabajaba desde casa para la Cruz Roja, siempre atento a cualquier emergencia que surgiera. Era su héroe, un hombre que, a pesar de las dificultades económicas, nunca dudaba en ayudar a quien lo necesitara, aunque su propia familia apenas tuviera para comer.

Recuerdo cuando Nora compartía habitación con su hermano pequeño y su madre tenía que ingeniárselas para cubrir lo básico. La vida en la isla no era fácil, y mi amiga veía el esfuerzo constante de su madre y su abuelo como un recordatorio de que quería algo más.

Desde que éramos niñas, Nora siempre soñó con salir de la isla y dejar atrás aquella vida de carencias. Con el tiempo, trabajó duro y logró algo que pocos sabían: había pagado los estudios de su hermano para que pudiera ir a la universidad, lejos de las limitaciones que tenían en casa.

Quizá por eso siempre insistía en encontrar a alguien económicamente estable; después de tanto sacrificio, su mayor anhelo era no volver a aquella vida incierta. Aquellos años de escasez habían moldeado a una mujer echada para adelante, decidida a no volver a esa inseguridad.

El sol ya estaba alto cuando llegué al tramo del paseo donde se encontraba mi cafetería favorita, pero aquel día, las cosas tomaron un giro inesperado.

Mientras Bob y yo caminábamos por una de las calles laterales, un rugido de motor me sacó de mi ensoñación. Miré hacia atrás y vi

una moto que se acercaba a gran velocidad. Antes de que pudiera reaccionar, el motociclista hizo un giro brusco y me arrebató la riñonera que llevaba colgada del hombro. Mi corazón dio un vuelco.

—¡Eh, espera! —grité, pero el ladrón ya estaba demasiado lejos.

La riñonera contenía las llaves de mi casa, mis documentos y mi tarjeta de crédito. Era un golpe bajo, y me quedé parada en medio de la calle, viendo cómo todo desaparecía en la distancia.

—Vamos, Bob, tenemos que ir a la comisaría —le dije a mi perro, que me miraba con ojos llenos de curiosidad.

Caminamos varias calles hasta llegar al edificio. Al entrar, la escena en la sala de espera me desanimó de inmediato. El lugar estaba lleno de gente: personas que denunciaban robos, otras que tenían problemas más graves e incluso un par de individuos con apariencia un poco dudosa. El ambiente era tenso y deprimente. Lo que más llamaba la atención era cómo todos brillábamos, incluyéndome a mí, segundos después de entrar. Hacía un calor espantoso, y el sudor se convirtió en el protagonista.

Me senté en una de las duras sillas de la sala de espera, con el perro a mis pies. Mientras lo acariciaba, intentaba calmarme. La espera se hizo larga. En medio de mis pensamientos, escuché que pronunciaban mi nombre completo.

—¿Vega Zaharie, verdad?

La voz era familiar y, al levantar la vista, me encontré cara a cara con Darío, el policía de la noche anterior.

—¡Oh no! —sentí cómo mi cara se ponía roja de vergüenza—. ¿En serio? ¿Eres Dios o algo así? ¡Estás en todas partes!

Darío me sonrió, más relajado que en la discoteca, y se frotó la cabeza con una expresión de sorpresa.

—Vaya, Vega Zaharie… ¡Qué sorpresa! —dijo con una sonrisa amable—. ¿Qué te trae por aquí? ¿La has vuelto a liar?

—Pues… —traté de recuperar la compostura—. Me han robado la riñonera. La moto pasó tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. Y ahora estoy aquí, a la espera de que alguien me atienda.

—¿Y eso? —señaló a Bob, que estaba recostado a mi lado—. ¿Traes a tu perro como testigo del robo?

—Sí —intenté reírme para ocultar mi incomodidad—. A lo mejor Bob podría identificar al ladrón si le preguntamos.

Ambos sonreímos, y la tensión se disipó un poco.

—No sé si eres tú el que siempre está cerca de mí cuando me meto en problemas, o si yo siempre acabo en problemas cuando estás cerca. Ayer en la discoteca fue un caos, y hoy estamos aquí, en mitad de todo este lío.

—Parece que tenemos una especie de destino cósmico que nos lleva a encontrarnos en momentos complicados —comentó Darío con una risa suave—. Quizá estamos destinados solo a cruzarnos en medio del caos.

—¡Tal vez! —reí—. O quizá tienes un radar para detectar mis desgracias.

—Eso suena a una teoría interesante. O tal vez simplemente estoy destinado a salvarte en estos momentos inoportunos —dijo él, con una mirada que combinaba profesionalidad y cercanía—. Pero no te preocupes, vamos a ver qué podemos hacer para resolver esto.

Me guió hacia una sala.

—¿Cómo ha sido tu día hasta ahora? —le pregunté para cambiar de tema.

—Bastante normal, hasta que apareciste tú —dijo con simpatía y diversión.

Después de tomar mi declaración, Darío guardó el formulario y me miró con curiosidad.

—¿Quieres que te acerque a casa? Es lo menos que puedo hacer después de todo esto.

Negué con la cabeza mientras sentía una pequeña punzada de frustración.

—No tengo llaves. Tendré que ir a casa de mi padre para recoger las de repuesto.

—Bueno, entonces vamos a casa de tu padre —dijo mientras llamaba a Bob con una palmada.

Nos dirigimos al coche, y le di la dirección de la casa de papá. El camino estaba bordeado por palmeras y casas encaladas típicas de nuestra isla. La brisa marina se colaba por las ventanas abiertas del coche patrulla, y traía consigo el olor salado del mar. Miré a Darío:

tenía una mandíbula firme y sus ojos permanecían centrados en la carretera. Llevaba el pelo rubio muy corto, casi rapado, estilo *buzz cut*, ojos claros y barba recortada. Al verlo, me acordé de la primera vez que me miró de manera divertida.

—¿Te acuerdas de la noche en que nos conocimos? —pregunté y reí antes de que él respondiera.

Darío soltó una carcajada y sus ojos brillaron con el recuerdo.

—¿Cómo olvidarlo? Te encontré en medio de la calle intentando dirigir el tráfico con una sombrilla, como si fuera una batuta.

Me sonrojé, pero no pude evitar reírme de nuevo.

—Sí, es que cuando bebo… Esa noche estaba convencida de que podía hacer mejor trabajo que los semáforos.

—Y lo que más me gustó fue cuando intentaste detenerme a mí y me pediste que me identificara —añadió Darío, riendo aún más—. Nunca había visto a alguien tan decidida y borracha a la vez.

—Bueno, al menos no te lo tomaste mal —lo miré de reojo—. Podrías haberme arrestado por alterar el orden público.

—¿Arrestarte? Estaba demasiado ocupado tratando de impresionarte —confesó con una sonrisa coqueta—. Aunque no estoy seguro de haberlo logrado.

—No estuvo mal —admití—. Pero vamos, que ese día no estaba yo con ganas de que nadie me impresionara…

—¿Y eso? —preguntó él.

—Había firmado el divorcio y lo estaba celebrando. Me fui a cenar con mi abogada y luego me lié…

Darío alzó las cejas y sonrió, moviendo la cabeza mientras negaba en silencio. No quiso indagar más sobre el tema del divorcio.

El coche patrulla giró hacia la calle donde vivía mi padre. Las luces de las casas vecinas brillaban en la oscuridad. Al llegar, Darío apagó el motor, y yo me volví hacia él.

—Gracias por traerme —dije.

—A su servicio, señorita Vega —respondió con una mirada que insinuaba que este no sería nuestro último encuentro «accidental» —. Llámame si necesitas algo más, incluso si solo es para dirigir el tráfico.

Solté una carcajada y negué con la cabeza mientras bajaba del coche con Bob.

—Lo tendré en cuenta, oficial.

Fui hacia la puerta de mi padre; había algo reconfortante en estar de vuelta en la casa donde crecí, con sus paredes encaladas y su jardín siempre cuidado. Sin embargo, esta vez, en lugar de tocar la puerta principal como solía hacer, me dirigí directamente al porche trasero porque sabía que mi padre dejaba esa puerta abierta.

Siempre había sido mi rincón favorito de la casa. Con su balancín de madera, las plantas en macetas colgantes y las luces de hadas que titilaban suavemente; era un lugar lleno de paz y recuerdos. Abrí la puerta con cuidado y entré con Bob siguiéndome de cerca. La casa estaba completamente en silencio, algo raro para aquella hora.

—¿Papá? —llamé en voz alta, esperando que apareciera de alguna parte, pero no hubo respuesta.

La cocina estaba vacía, y tampoco había rastro de él en la sala de estar. Fui hasta su habitación, pero también estaba desierta. Una leve preocupación comenzó a surgir, aunque intenté tranquilizarme al pensar que probablemente se había quedado en el club náutico más tiempo de lo habitual.

Saqué mi teléfono y lo llamé. Tras varios tonos, finalmente contestó.

—¡Hola, hija! ¿Estás bien? —Su voz animada me tranquilizó de inmediato.

—Sí, papá. Estoy en casa y necesito las llaves de repuesto. Me han robado la riñonera.

—Oh, lo siento mucho, Vega. Estoy en el club, pero no tardo en llegar. Las llaves están en el segundo cajón del escritorio de mi estudio.

—No te preocupes. Te espero.

Colgué y fui hacia la habitación que me había indicado. Encontré las llaves en el lugar señalado y decidí quedarme en el porche hasta que regresara.

Me acomodé en la hamaca, que se balanceaba suavemente mientras Bob descansaba a mis pies. Levanté la vista hacia el cielo, donde las estrellas brillaban con intensidad. Una en particular captó

mi atención, como siempre lo hacía: Vega, la estrella que mi madre eligió para mí. Los recuerdos de mamá me inundaron. Habían pasado trece años desde su partida, pero su ausencia seguía siendo tan palpable como si hubiera ocurrido ayer. Ella había sido el pilar de nuestra familia, una presencia amorosa que nadie había podido sustituir.

Recordé aquella noche en particular, cuando salí corriendo de la consulta de ese psicólogo y dejé a mi padre preocupado. Fue un momento de desesperación y confusión, pero también uno de tantos en los que él demostró su infinita paciencia y amor por mí. Me refugié en este mismo porche, mirando esa estrella brillante, para buscar consuelo en el cielo.

El sonido del mar en la distancia y el aroma de las flores del jardín emanaban paz. Cerré los ojos y pensé en mamá: en su risa, en sus abrazos, y en cómo siempre tenía una solución para todo. Los abrí cuando escuché un coche que se acercaba. Mi padre había llegado. Bob se levantó y movió la cola, emocionado al ver a su segundo dueño.

Papá apareció por la puerta del jardín, con una sonrisa cansada.

—Hola, Boby —dijo mientras acariciaba al perro con cariño.

Después, se acercó a mí y me abrazó.

—Hola, cariño. ¿Has encontrado las llaves?

—Sí, papá. Gracias. —Lo abracé con fuerza.

—¿Has puesto una denuncia por el robo?

—Vengo de la comisaría.

Nos sentamos juntos en el porche. Hablamos de todo y de nada mientras compartíamos ese momento de calma bajo el cielo estrellado. Aunque la vida había cambiado mucho desde que mi madre se fue, en esos instantes sentía que ella estaba allí con nosotros, en el brillo de las estrellas y en el amor que nos unía.

4
13 años atrás…

Recuerdo haber empujado aquella vieja puerta con ansiedad. Nunca imaginé que terminaría en la consulta de un psicólogo, y mucho menos que sería alguien tan joven. Papá había insistido en que eso «me haría bien», pero yo solo sentía que estaba perdiendo el tiempo.

Al entrar, Kairos se levantó para saludarme. Llevaba una camisa hawaiana de colores brillantes, algo más apropiado para una fiesta en la playa que para una consulta seria. Me detuve en seco al verlo y fruncí el ceño. Apenas parecía mayor que yo, con el cabello despeinado y una sonrisa relajada que transmitía la sensación de no tener prisa por nada.

—Hola de nuevo, Vega —dijo con tono amigable—. Me vuelvo a presentar, que ayer no empezamos con buen pie. Soy Kairos. Por favor, siéntate.

Lo miré de arriba a abajo, claramente desaprobadora. No me molesté en ocultar mi disgusto mientras me acomodaba en la silla frente a él. Parecía tan informal que no podía tomarlo en serio. Bufé sin poder evitarlo. Si supiera lo difícil que era para mí estar allí, no se habría atrevido a sonreír de aquella manera.

—¿Qué? ¿No había batas de laboratorio en el armario? —solté con sarcasmo, mientras cruzaba los brazos.

Él respondió con una sonrisa que parecía inalterable.

—No soy muy fan de las batas. Prefiero algo más cómodo —dijo sin perder la calma—. Además, en una isla como esta, las camisas de colores son prácticamente el uniforme oficial.

Me descolocó con su actitud despreocupada. No sabía qué pensar. Parte de mí se preguntaba si alguien que se tomaba las cosas tan a la ligera realmente podría ayudarme.

—Bueno, comencemos —dijo mientras se sentaba y se inclinaba ligeramente hacia adelante—. ¿Qué ha pasado para que vuelvas por

aquí?

Rodé los ojos, incómoda. No estaba acostumbrada a hablar de mis sentimientos, especialmente con extraños, pero había algo en su mirada, una paciencia libre de juicio, que casi me obligó a contestar.

—Mi padre cree que necesito ayuda —respondí con frialdad—. Pero no creo que hablar con un desconocido pueda ayudarme en absoluto.

Kairos aceptó mi respuesta sin presionarme. Me observó con una intensidad tranquila y dejó que el silencio se instalara entre nosotros. Luego, con una chispa de picardía en los ojos, comentó:

—Así que no crees que alguien tan joven como yo pueda entenderte, ¿no?

Parpadeé sorprendida por su franqueza. No esperaba que abordara mi escepticismo tan directamente, pero continuó antes de que pudiera responder.

—Lo entiendo. No soy exactamente el típico psicólogo que uno imagina, ¿verdad? —Señaló su camisa y luego volvió a mirarme—. Pero, ¿sabes qué? A veces las apariencias engañan. ¿Qué tal si intentamos no juzgar un libro por su portada?

Apreté los labios irritada. ¿Este tipo iba a darme lecciones? ¿Y con esa sonrisa tan tranquila? Me sentí impulsada a responder de manera cortante.

—No creo que alguien como tú pueda entender por lo que estoy pasando —dije cargada de resentimiento—. Pareces un adolescente que nunca ha tenido problemas reales.

Kairos no perdió la compostura. Se reclinó en su silla y cruzó los brazos, como si meditara profundamente.

—¿Sabes? —empezó con un tono más suave—. Tienes razón en una cosa. No sé exactamente por lo que estás pasando, porque no soy tú, pero eso no significa que no pueda entender el dolor. Cada persona lo vive de manera diferente, y eso es lo que hace mi trabajo interesante. Estoy aquí para escucharte, sin juzgar.

Hizo una pausa y, con una sonrisa juguetona, añadió:

—Por cierto, de adolescente tengo bien poco…

Sentí un nudo en el estómago. ¿Estaba siendo demasiado dura? Pero antes de que pudiera procesar mis sentimientos, Kairos

continuó con una mirada más seria:

—Creo que tienes un montón de cosas dentro de ti que quieren salir, pero estás tan acostumbrada a guardarlas que ni siquiera sabes por dónde empezar —dijo con comprensión—. No voy a forzarte a hablar, pero si alguna vez decides que necesitas un espacio seguro para dejar salir lo que llevas dentro, estaré aquí.

—No tengo nada que decir —contesté con tono desafiante.

Kairos aceptó mi respuesta con una sonrisa que parecía inquebrantable.

—Está bien. El silencio también puede ser poderoso. ¿Te has dado cuenta de cómo, a veces, en el silencio, podemos escuchar cosas que normalmente pasamos por alto?

—¿Como qué? —pregunté, aunque quería mantener la indiferencia.

—Como nuestros propios pensamientos, sentimientos... o incluso el sonido de nuestra respiración. Es curioso, ¿no? En medio del ruido, a veces perdemos la conexión con nosotros mismos —respondió como si compartiera algo revelador.

—Eso son tonterías —fruncí el ceño.

Kairos sonrió sin inmutarse.

—Tal vez lo sea, pero déjame contarte algo. Hace tiempo, trabajé con una chica que también pensaba que todo lo que decíamos aquí eran tonterías. Un día, simplemente se quedó en silencio y comenzó a escuchar, no a mí, sino a sí misma. Entonces, empezó a notar cosas que nunca había percibido antes.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —pregunté con un toque de escepticismo.

—Quizá nada, o quizá todo. A veces, en el silencio, encontramos respuestas que las palabras no pueden dar —dijo Kairos con una mirada reflexiva.

—No estoy aquí para encontrar respuestas. No hay respuestas para lo que pasó —dije, y mi voz tembló ligeramente al recordarlo.

—Perder a alguien cercano es... indescriptible. No hay palabras que realmente puedan capturar esa sensación, pero, ¿sabes? No estoy aquí para darte respuestas. Estoy aquí para acompañarte mientras encuentras las tuyas —explicó con una suavidad que me hizo sentir vulnerable.

Miré hacia la ventana para evitar su mirada.

—No quiero encontrar nada; nada puede hacer que esto sea mejor —murmuré.

—Entiendo. Puede que ahora todo parezca oscuro y sin sentido, pero, ¿has pensado alguna vez que el primer paso no es buscar sentido, sino simplemente aceptar que no lo tiene por ahora? —preguntó con un tono que invitaba a la reflexión.

—¿Aceptar? ¿Aceptar qué? ¿Que mi vida nunca será la misma? ¿Que nada puede cambiar lo que pasó? —me defendí cargada de frustración.

—Exactamente. Aceptar que la vida ha cambiado de una manera que no podemos controlar. Es doloroso, y a veces parece imposible, pero, en ese proceso, también encontramos fuerza.

—No quiero ser fuerte. Quiero que vuelva —dije mientras las lágrimas comenzaban a acumularse en mis ojos.

—Lo sé, Vega. Y es totalmente válido sentirlo. Desear que las cosas fueran diferentes. No hay nada de malo en eso —respondió con empatía y eso me hizo sentir menos sola.

—¿Entonces, qué se supone que tengo que hacer? —pregunté con un tono de desesperación.

—Por ahora, lo que estás haciendo. Sentir, llorar si lo necesitas… hablar cuando estés lista. No hay un camino correcto o incorrecto para el duelo; solo está tu camino.

—No siento que avance —dije limpiándome las lágrimas con un gesto automático.

—A veces, puede parecer que estás en el mismo lugar, pero cada día que enfrentas estos sentimientos, cada día que decides seguir adelante, incluso si parece pequeño, es un avance —me animó con una mirada llena de aliento.

—¿Y si nunca avanzo? —pregunté con una sensación de desesperanza.

—Entonces seguiremos aquí, paso a paso, sin prisa. No estás sola en esto, Vega. Estoy aquí para caminar contigo, incluso si el camino es largo y difícil —dijo Kairos con una firmeza que ofrecía consuelo.

Lo miré a los ojos por primera vez, en busca de una respuesta en esa mirada serena y segura.

—No estoy segura de creer en todo esto —admití.

—No necesitas creer en nada ahora mismo. Solo con estar aquí es suficiente —respondió con una sonrisa.

El tiempo parecía haber transcurrido rápidamente y, al mismo tiempo, cada segundo se había alargado como una eternidad. Me sorprendió descubrir que había empezado a hablar de cosas que nunca antes había dicho en voz alta, y que abría puertas que prefería mantener cerradas. La voz calmada de Kairos parecía una cuerda de seguridad, pero, de repente, noté que comenzaba a revelar demasiado.

—No sé por qué digo todo esto —dije al fruncir el ceño. La irritación subió de golpe, como un fuego que ardía en mi interior.

Kairos me observó con esa expresión casi imperturbable. Asintió ligeramente, como si entendiera perfectamente mi reacción.

—No hace falta que sigas hablando si no te sientes cómoda, Vega. Por hoy ha sido suficiente —mantuvo esa calma desconcertante—. Te espero la semana que viene.

Ese comentario fue como una chispa en la pólvora. ¿Con una sesión a la semana todo iba a mejorar mágicamente? Resoplé y sentí cómo el enojo me invadía hasta la garganta.

—¿De semana en semana? Nada va a cambiar así. No sirve de nada —crucé los brazos de nuevo con fuerza.

Kairos me observó durante unos segundos y con la misma tranquilidad, preguntó:

—¿Prefieres venir dos veces por semana?

Mi primer instinto fue decir que sí, porque sabía que mi padre pensaba que así sería más efectivo, pero mi orgullo se interpuso.

—¡No! No voy a consentir que mi padre desembolse más dinero para nada —respondí con un tono cortante. Era mi manera de

protegerme, de no permitir que la situación me afectara más de lo que ya lo hacía.

Antes de que él pudiera reaccionar, me levanté de golpe, sin darle tiempo a responder. Caminé hacia la puerta, la abrí de un tirón y dejé que el aire cálido de la tarde entrara en la sala. Sin decir una palabra más, salí al exterior.

El casco antiguo de la isla estaba bañado por la luz dorada del atardecer, que realzaba los tonos cálidos de las casas encaladas, con balcones llenos de macetas de flores coloridas. La calle empedrada permanecía tranquila, como siempre, con algunas personas mayores sentadas en sillas frente a sus casas. Tomaban el fresco y conversaban en voz baja. Me sentía observada, aunque sabía que probablemente nadie más que yo misma le daba importancia.

Después de avanzar unos pasos, algo me hizo volver la cabeza. Kairos estaba de pie en el umbral de su puerta, con la mirada fija en mí. Había algo en sus ojos que me descolocó. Por un momento, nuestras miradas se cruzaron, y sentí un extraño nudo en el estómago. Luego, con un gesto casi imperceptible, Kairos cerró la vieja puerta de madera, y el sonido del cerrojo rompió el silencio.

Me quedé inmóvil en la calle durante unos instantes. Respiré hondo para intentar recomponerme. No sabía exactamente qué pensar de todo lo que acababa de suceder. La rebeldía seguía latente, pero también había una incómoda sensación de haber bajado la guardia más de lo que habría querido.

Comencé a caminar, y mis pasos resonaron sobre las piedras de la calle mientras las voces suaves de los vecinos se expandían por el entorno. Sabía que tendría que volver la semana siguiente, aunque no tenía claro cómo me sentía al respecto. Mi cabeza era un caos, y, entre aquel desorden, la imagen de Kairos, con su camisa hawaiana y su serenidad imperturbable, me acompañó mientras me alejaba de su consulta.

5

Mere y Nora estaban sentadas sobre las rocas de la cala frente a mi casa.

—¡Iba a abrir un PDF, pero he abierto un vino! ¡Qué distraída soy, chicas! Ahora me tenéis que ayudar —dije con guasa mientras me acercaba a ellas.

—Si no hay más remedio… Trae pa'cá —respondió Nora levantando la mano para agarrar la botella de vino. Le dio un trago y se limpió la boca de manera brusca.

—¡Cerda! ¡Que traigo copas! —exclamé mientras mostraba la mano que sostenía cuidadosamente tres copas de cristal.

Era una tarde serena, el sol comenzaba a despedirse. Nosotras, como tantas veces, disfrutábamos de un rato juntas mientras veíamos el atardecer. Nora, con sus enormes gafas de sol, observaba el mar con ese aire despreocupado tan suyo. Lucía impecable, como siempre, con un vestido ajustado y un bronceado perfecto. Mere, en cambio, llevaba un look más relajado, con su falda larga de estilo bohemio y una blusa suelta. Siempre irradiaba una energía tranquila y mística, algo que contrastaba con la actitud glamurosa de mi otra amiga.

—Chicas, tenéis que escuchar esto —dijo Mere levantando las manos y haciendo tintinear con gracia las veinte pulseras que colgaban de su muñeca—. Mañana es luna llena y será una noche súper especial. Los astros están alineados de una forma increíble, y es el momento perfecto para liberar energías negativas y conectar con el universo.

Nora levantó una ceja, claramente escéptica, aunque siempre dispuesta a escuchar lo que Mere tenía que decir.

—¿Otra de tus reuniones místicas? —preguntó sin poder ocultar una sonrisa divertida—. ¿Qué será esta vez? ¿Limpieza energética con caracolas que huelen a flores marinas?

Mere rió y negó con la cabeza.

—No, esta vez es más especial. Hay una reunión en un caserío antiguo, cerca del acantilado verde. Tiene una piscina preciosa, y podremos tumbarnos en colchonetas sobre el agua, bajo la luz de la luna llena. Habrá un concierto de cuencos tibetanos en directo; es una oportunidad única para relajarnos, meditar y simplemente estar en el momento.

La brisa marina jugueteaba con los mechones de mi trenza y los hacía danzar a su antojo. Pensé en la imagen que Mere describía. Sonaba mágico. Un evento que me permitiera desconectar y sentir la conexión con algo más grande resultaba muy tentador, pero antes de que pudiera decir algo, Nora intervino con ese tono juguetón que siempre usaba.

—¿Cuencos tibetanos? ¡Ay, Mere! ¿No podemos mejor ir a una fiesta de verdad? Ya sabes, una de esas con música moderna y cócteles caros. Además, si los astros están alineados, seguro que también es un buen momento para conocer a alguien interesante, ¿no?

Las tres nos echamos a reír. Nora nunca dejaba de sorprendernos con sus comentarios, pero eso era parte de lo que la hacía ser ella misma.

—Tengo que admitir que la idea de Mere no suena nada mal. Podría ser una experiencia única y, además, siempre me ha llamado la atención eso de los cuencos tibetanos —dije yo.

Llevaba un tiempo con la idea de centrarme, de dejar atrás lo que había sido hasta entonces. Antes de conocer a Albert, vivía en una búsqueda constante de nuevas experiencias, siempre al límite. Había hecho *puenting*, me había sumergido en aguas turbias rodeada de tiburones e, incluso, una vez escalé una montaña en plena tormenta y arriesgué mi vida sin más razón que el impulso de saciar un vacío inexplicable. Y si no cometía alguna locura de este tipo, solía acabar en la cama de alguien a quien no conocía. Siempre encontraba una manera de llenar ese hueco existencial.

La época en que murió mamá fue como un vuelco en mi mundo, uno que jamás logré superar. Me sucedieron tantas cosas… Mi pobre padre siempre estaba a mi lado, atento a mí como quien cuida una sartén en el fuego. Él tenía claro que, cualquier día, lo llamarían para

decirle que me habían encontrado muerta en algún lugar remoto de la isla. Así que, cuando le dije que me casaba con Albert, respiró aliviado y pensó que su hija, al fin, asentaba la cabeza. Eso creí yo también… pero todo salió mal. No lograba sentir amor por nada ni por nadie —salvo papá y mis amigas—, hasta que apareció Bob. Con su llegada y mi separación, entendí que debía relajarme y encontrar mi paz interior. Necesitaba madurar, aprender a quererme un poco más. Cuidarme. Incluso llevaba sin acostarme con el primero que se cruzaba en mi camino desde que me separé.

Mere sonrió, satisfecha de que al menos una de nosotras estuviera interesada.

—¡Exacto! Es una oportunidad para conectarnos con nosotras mismas y con el universo. Además, no todo en la vida tiene que ver con fiestas y lujo, ¿verdad, Nora?

Nora puso los ojos en blanco, aunque no pudo evitar reír.

—Lo sé, lo sé. A veces pienso que debería ser más como vosotras dos; más espiritual o algo así, pero no puedo evitarlo, me encanta la buena vida; nací con gustos de rica. Aunque, quién sabe, tal vez esos cuencos tibetanos tengan algún hechizo para atraer millonarios —nos guiñó un ojo.

Las tres reímos juntas: Mere, con su mundo de misticismo y espiritualidad; Nora, siempre con esa ansia de lo material; y yo, que navegaba entre ambas e intentaba encontrar mi propio camino.

—¿Entonces qué? —preguntó Mere con una mirada expectante—. ¿Nos apuntamos las tres?

—Definitivamente me apunto. Podría ser exactamente lo que necesito para... ya sabes, despejar mi mente y sentir la magia de la noche.

Nora suspiró y fingió una resignación exagerada.

—Está bien, chicas, me apunto, pero solo porque os adoro y no quiero perderme una de nuestras aventuras locas. Y quién sabe, tal vez encuentre a un millonario espiritual. Que también los habrá, digo yo.

—Pero esta vez tenemos que comportarnos, ¿vale? —propuso Mere con cierta preocupación.

—¿Te lo estarás diciendo a ti misma, no? Porque la última vez… acabaste con el culo al aire —soltó Nora.

—¿Qué? —gritó Mere alarmada.

Yo había jurado que no le diría nada de aquello, pero Nora era una imprudente verbal.

—Te vio el culo bastante gente, bonita —continuó mientras se subía ligeramente las gafas de sol que resbalaban por su pequeña nariz.

—¡No jodas! ¿En serio? —Mere se empezó a agobiar.

—A ver, Mere, cariño, solo fue un segundo, pero ahí estábamos tus amigas para ponerte la falda bien y taparte el culete. Llevabas unas braguitas preciosas, y la escena no quedó fea en absoluto.

—¡Cabronas! ¿No pensabais contármelo? —preguntó agitada.

—Ya lo estamos haciendo. No ha habido otra ocasión —respondió Nora encogiéndose de hombros—. Además, las místicas como tú, ¿no sois de bañaros desnudas a la luz de la luna y esas cosas? Paz y amor, cariño mío.

—¡Qué idiota eres, Nora! —respondí entre risas y le di un trago al vino.

—Todo el mundo se baña desnudo —contestó Mere mientras miraba a Nora con desafío.

Nos reímos de nuevo mientras el sol empezaba a descender. Al final del día, lo más importante era compartir esos momentos con mis amigas, mis cómplices en esta aventura llamada vida. Me recosté en una roca, con mi vestido fresco y vaporoso que ondeaba al compás de la brisa.

—Oye, Mere, ¿cuándo nos vas a presentar a Fonsi? La verdad es que me muero de curiosidad por conocer al hombre que ha robado tu corazón —comentó Nora mientras se servía más vino.

—Oh, no, Nora, nunca te lo presentaré. Sé que lo que realmente te interesa no es conocerlo, sino quedarte con él por la pasta —respondió con una media sonrisa mientras agitaba su copa.

—¿Te refieres a la carbonara o al *risotto*? Porque si hablamos de pasta en términos culinarios, te aseguro que tengo una receta que haría que te olvidaras de ese tal Alfonso —bromeó Nora con tono juguetón.

—¡Fonsi! ¡Nada de Alfonso! ¡Por favor, Nora! —contestó Mere llevándose una mano a la frente en un gesto exagerado.

—Hablando de cosas secretas, Nora, ¿cuántos han caído este mes? —intervine mientras me incorporaba para darle un toque picante a la conversación.

—¡Ay, Vega! ¿Qué te puedo decir? Mi vida amorosa es como un buen libro de misterio, está lleno de giros inesperados —respondió con fingida sorpresa mientras ponía los ojos en blanco.

—Eso suena a que has estado ocupada en la batalla… —añadió Mere con complicidad.

—Digamos que tengo mis momentos de diversión, pero no os equivoquéis, chicas, no todo es tan emocionante como parece. A veces, la carbonara y el *risotto* son mucho más satisfactorios —dijo Nora, con un tono intrigante.

—Oh, claro, el caso es comer… —comenté con sarcasmo.

Mientras la tarde se desvanecía y el murmullo de las olas rompía a nuestros pies, nos reíamos y compartíamos nuestras historias. No pude evitar que mi mente viajara hacia el pasado, a aquel rincón de la playa donde el grupo de chicos de la isla solíamos reunirnos al atardecer. Durante semanas, se había convertido en un lugar distante e inalcanzable. No me sentía capaz de enfrentarme a la misma luz que había compartido con mamá; me aislé. Pasé días sin salir de casa, sin visitar ese lugar. El simple acto de reunirme con mis amigos para contemplar un atardecer parecía una tarea monumental que no podía abordar.

A veces me preguntaba si alguna vez volvería a ser la misma Vega que mis amigas conocían antes de la pérdida. Sin embargo, pese a mi resistencia, sentía que ellas siempre estaban ahí, de una manera constante y silenciosa. No curaron ni solucionaron mi dolor, pero su amistad se convirtió en un refugio inquebrantable. Su capacidad para estar cerca, incluso cuando no sabían cómo consolarme, me enseñó que el verdadero apoyo no siempre consiste en tener todas las respuestas, sino simplemente en permanecer, tanto en las buenas como en las malas.

En ese momento, mientras compartía risas con ellas frente al mar, me di cuenta de cuánto había avanzado desde aquellos días

oscuros.

Llegó el día de la luna llena. Nora y Mere iban a llegar en cualquier momento, y el plan era ir al caserío juntas en mi camioneta. Dejé a Bob con mi padre para poder disfrutar de la noche sin preocupaciones. Mis amigas llegaron. Nora llevaba un vestido ajustado con estampado tropical y sandalias de plataforma, mientras que Mere optó por un *top* y pantalones anchos decorados con símbolos estelares.

Justo cuando estábamos a punto de subir a mi vieja camioneta roja, un ladrido rompió el silencio y me sacó de mi ensueño. Miré hacia el lugar de donde provenía el ruido y me quedé paralizada al ver a Darío. Llevaba un bañador azul, chanclas y una camiseta ligera que ondeaba al compás de la brisa. En su mano sostenía la correa de una perra preciosa, de pelaje marrón oscuro y ojos brillantes.

—¿Vega? —preguntó con un tono relajado y alegre—. ¡Qué casualidad encontrarte aquí!

—¿Darío?

Me bajé de la camioneta para acercarme, mientras las risas de Nora y Mere resonaban desde el interior del vehículo.

—¡Dios, ¿quién es este tío? —jadeó Nora a través de la ventana —. Parece un sueño, ¿no?

Mere, intentando entender lo que ocurría, miró a Nora con curiosidad mientras arqueaba una ceja.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Ay, coño! ¡Es el policía! —exclamó Nora mientras se tapaba la boca por la sorpresa—. Uno de los que te ayudó cuando te desmayaste en la discoteca. No estoy segura de qué pasa entre él y Vega, pero claramente aquí hay tomate.

Mere levantó las cejas y observó con atención la interacción entre nosotros.

—¿En serio? ¿Así que la cosa está más interesante de lo que pensaba? Y luego soy yo la que esconde amores…

Mientras mis amigas continuaban con las bromas dentro del coche, yo intentaba mantener la compostura, aunque la sensación

de vergüenza era innegable. Me giré hacia ellas y les saqué el dedo corazón como una broma.

Darío me miró con una sonrisa encantadora.

—Bueno, si estás ocupada no quiero interrumpir. Solo quería saludarte y presentarte a mi amiga —dijo inclinando la cabeza hacia la perra, que movía la cola con entusiasmo—. Ella es Bella. ¿Y tú qué haces por aquí?

—Vivo aquí. Esta es mi casa —respondí mientras señalaba mi pequeña guarida—. ¿Y tú? De primeras no te había reconocido sin el uniforme…

—Quería disfrutar del atardecer y dar un paseo por las calas. Parece que el destino nos ha vuelto a reunir. ¿Te ha pasado algo malo?

No pude evitar reírme.

—Pues por ahora no… —respondí entre risas—. Me voy con mis amigas a un concierto.

—¡Ah! ¡Buen plan! ¿Qué grupo toca?

—Ehhh… es un concierto de cuencos tibetanos.

—¿Júramelo? —rió él divertido.

—Palabrita del niño Jesús.

—Ya sé por qué estoy aquí entonces; seguro que necesitas que te salve.

—¡Nooo! —abrí los ojos con dramatismo—. No creo que esté tan mal el plan. Si no voy, mi amiga Mere me mata; ya la conocerás.

—¿Ah, sí? ¿La conoceré? —preguntó con una sonrisa pícara.

Me quedé en silencio mientras observaba los ojos de aquel chico. Eran claros como el mar; en realidad, era irresistiblemente atractivo.

—Bueno, me voy, que llegamos tarde.

—¡Claro! Ya me contarás qué tal esos cuencos. Si les falta alguno, yo tengo en casa unos preciosos. Los compré para tomarme la leche con cereales, pero sigo usando mi taza vieja.

Con una última mirada hacia las caras de mis amigas, subí a la camioneta, todavía con la sonrisa puesta. Arranqué el motor y noté que las bromas y las risas no cesaban. Seguían soltando chistes sobre la «intervención» de Darío en mi vida.

—¡Vamos, chicas! ¡A disfrutar de la luna llena y del concierto! —dije, aunque no lograba ocultar la risa contenida.

—¿No piensas decirnos de qué conoces a ese muso rubio? —preguntó Nora con evidente curiosidad.

—Es una larga historia…

—Tenemos unos veinte minutos para escucharla —intervino Mere animándome.

Durante el trayecto, les conté lo que sucedió aquella noche. Después de firmar mi divorcio, me puse fina a tequila en compañía de mi abogada y, tras dejarla en su casa, continué la fiesta por mi cuenta. Encontré una sombrilla rota tirada en el paseo marítimo y decidí dirigir el tráfico con ella. Esto lo sé porque Darío me lo contó por mensaje al día siguiente y me mostró un vídeo que lo confirmaba. Iba tan pedo que no recordaba haberle dado mi número de teléfono, pero resultó mejor eso que haber acabado en comisaría.

6
13 años atrás…

La semana había sido un desastre absoluto. Me había sumido en un estado de desesperanza que resultaba difícil de explicar, incluso para mí misma. Pasé la mayor parte de los días acostada en la cama, sin ganas de comer y con aún menos fuerzas para salir de ese rincón sombrío en el que me había refugiado. Mi padre, desesperado por encontrar algún atisbo de mejora, se había convertido en una sombra constante a mi lado, intentaba animarme con palabras y gestos que, en mi estado, no lograban significar nada.

Aquella mañana, logré salir de la cama casi por inercia. Mi padre había insistido en llevarme de nuevo a la consulta del psicólogo y, aunque me resistí, terminé sentada en el asiento del copiloto, con la vista fija en la ventana del coche, sin ver en realidad nada. Cuando finalmente llegamos, me empujó suavemente hacia la puerta de la casa, como si fuera un peso demasiado grande para cargar por sí mismo.

Kairos me esperaba en su consulta. Esta vez no llevaba su característica camisa hawaiana; en su lugar, vestía una camisa turquesa de manga corta, algo más formal que la última vez que lo vi. Parecía más serio, como si la ocasión lo exigiera.

—Hola, Vega —saludó con una voz suave, aunque yo mantenía la mirada fija en el suelo. No tenía ganas de hablar; no tenía nada que decir.

Mi padre, que permanecía a mi lado, trataba de mantenerse sereno, aunque su rostro reflejaba la angustia que llevaba dentro. Me miraba con desesperación, como si la poca esperanza que le quedaba se le escapara entre los dedos.

—Vega, ¿quieres que tu padre se quede durante la sesión o prefieres que hablemos solos? —preguntó Kairos.

Yo no respondí. No tenía la energía ni las palabras para hacerlo. Mi padre lo miró con ojos implorantes.

—¿Qué hago? —preguntó impotente—. No sé cómo ayudarla, no sé qué más hacer.

—Germán, creo que será mejor que te relajes un poco. Hay una terraza frente al mar cerca de aquí. Quizá podrías ir a tomar una cerveza y despejarte mientras hablo con tu hija.

Papá asintió, aunque seguía preocupado, y me lanzó una última mirada cargada de tristeza antes de salir de la consulta. Dejó la puerta entreabierta al marcharse. Me quedé allí, sentada en una de las sillas frente al escritorio de Kairos, inmóvil, con la mirada perdida y sensación de desolación.

Él no cerró la puerta. Se sentó en su silla y me observó con paciencia. No intentó forzarme a hablar; permaneció en silencio, como si supiera que presionarme no serviría de nada. El sonido del mar, que llegaba desde la ventana abierta, contrastaba de manera extraña con mi estado.

Mantuve la vista fija en el vacío, sentí el peso de la semana acumulado en mis hombros. Cada segundo que pasaba en esa habitación me resultaba asfixiante, pero al menos no tenía que enfrentar la mirada ansiosa de mi padre. Kairos me ofrecía el espacio que necesitaba. Desde su silla, seguía mostrando una tranquilidad pasmosa, como si estuviera dispuesto a esperar indefinidamente.

Pasaron un par de horas. La luz del sol se había desvanecido y daba paso a una oscuridad densa. Seguía en la misma postura, con las manos entrelazadas sobre mi regazo y los ojos clavados en un punto indefinido del suelo. Kairos, con la misma calma y paciencia que había mostrado desde el principio, mantenía la postura. Parecía completamente preparado para esperar lo que hiciera falta. La quietud en la sala se volvía cada vez más insoportable.

Finalmente, el peso del silencio se volvió tan abrumador que no pude soportarlo más. Me levanté bruscamente de mi silla; rompí la quietud con un ruido inesperado, y me enfrenté a Kairos con un sarcasmo que no disimulaba mi frustración.

—¿Sabes qué, Kairos? Me pregunto cómo logras mantenerte tan tranquilo. ¿Te entrenan para esto o es algo que traes de nacimiento? ¿Hacéis un curso tipo entrenamiento *marine* cuando estudiáis psicología? —dije con una sonrisa forzada que no alcanzaba mis ojos

—. Porque, francamente, el hecho de que puedas sentarte ahí, tan impasible, mientras yo estoy hecha una mierda, es bastante impresionante.

Él me miró sin inmutarse ante mi tono y sentí que atravesaba la capa de desdén que había construido a mi alrededor.

—Vega —dijo con suavidad—, estoy aquí para escucharte cuando estés lista.

—Escuchar —repetí con una risa seca—. Eso parece ser todo lo que haces. ¿No te cansas de escuchar a personas como yo que no tienen nada que decir?

—No, en absoluto —respondió con serenidad—. Cada persona tiene su propio ritmo, y mi trabajo es estar aquí para ti, sea cual sea ese ritmo.

Me dejé caer de nuevo en la silla, con la sensación de que, al menos, podía empezar a desafiar esa calma que me resultaba tan irritante. La noche continuaba avanzando, y aunque la oscuridad envolvía la habitación, había algo en la voz de Kairos que parecía iluminar el espacio mientras transformaba el silencio en una conversación con forma.

—¿Por qué estás tan interesado en escucharme? —pregunté casi desafiándolo—. ¿Qué es lo que esperas conseguir de todo esto?

—No espero conseguir nada en particular —respondió él con firmeza—. Lo que quiero es ayudarte a explorar tus pensamientos y sentimientos, a que encuentres tu propio camino en este proceso.

—¿Mi propio camino? —repliqué con escepticismo—. ¿Y qué hay del camino que lleva a la muerte? Porque, honestamente, no tengo ni idea de lo que hay después. ¿Tú lo has pensado alguna vez?

La pregunta lo tomó por sorpresa, pero mantuvo la serenidad. Se inclinó ligeramente hacia adelante, como si mis palabras le hubieran tocado de una forma inesperada, y comenzó a responder con una profundidad que me obligó a detenerme.

—El tema de la muerte y lo que viene después es algo que muchas personas se plantean —dijo—. No hay respuestas definitivas, pero muchas culturas y creencias han intentado darle sentido. Algunas hablan de una vida después de la muerte, otras de

la reencarnación, y hay quienes encuentran consuelo en la idea de que es simplemente el final de un viaje.

—¿Y tú, qué opinas? —pregunté sin poder evitar mi tono desafiante—. ¿Crees en algo más allá de esto?

Kairos se tomó un momento para reflexionar, y su voz adquirió un matiz más introspectivo.

—Personalmente, creo que la muerte es una parte natural del ciclo de la vida. No tengo una respuesta definitiva sobre qué hay después, pero encuentro consuelo en pensar que la existencia podría ir más allá de lo que conocemos.

—¿Así que, básicamente, estás diciendo que debemos aceptar lo desconocido? —repuse con una mueca de escepticismo.

—En cierto sentido, sí —respondió con calma—. Aceptar lo desconocido no es resignarse, sino abrirse a la posibilidad de encontrar paz y significado en ese proceso. A veces, la pregunta más importante no es qué hay después, sino cómo elegimos vivir nuestras vidas mientras estamos aquí.

Las palabras de Kairos quedaron resonando en mi mente. La conversación, aunque difícil, comenzó a abrir un espacio en mí para reflexionar sobre lo que significaba realmente enfrentar el dolor y la pérdida.

Kairos continuó hablando sobre diversas creencias y enfoques para enfrentar el duelo. Mientras lo escuchaba en silencio, intentaba encontrar un atisbo de sentido en sus palabras. Aunque no todas las respuestas resultaban claras, me di cuenta de que comenzaba a abrirme a la idea de que, quizá, había algo más en este viaje del duelo que simplemente el vacío.

Cuando la sesión llegó a su fin me sentí agotada, pero de algún modo, menos perdida. No salí de allí con una epifanía ni con una respuesta concreta, sino con una especie de neblina de comprensión que aún debía descifrar.

Lo que más me impactó fue la manera en que Kairos abordó el tema del más allá. No ofreció promesas sobre que la vida después de la muerte fuera algo tangible o comprensible. Aceptar que no tenía respuestas definitivas sobre lo que ocurría después de la muerte no era lo mismo que rendirme al dolor. Al contrario, parecía

ser un paso hacia la aceptación de la incertidumbre como parte de la existencia. La idea de que la humanidad había buscado respuestas a lo largo de los siglos me hizo sentir menos sola en mi búsqueda de significado. La vida seguía siendo una sucesión de momentos, y quizá lo único que podía hacer era encontrar propósito y valor en ellos mientras estuviera aquí.

Sentí que aquella conversación me ayudaba a mirar mi dolor desde una perspectiva ligeramente distinta. Era como si, por primera vez, me hubiera permitido aceptar que no necesitaba tener todas las respuestas y que estaba bien construir mi propio camino en medio de la incertidumbre.

Cuando la puerta se abrió al final de esa interminable sesión, vi a mi padre esperando en el umbral. Estaba confuso mientras Kairos y yo intercambiábamos una breve despedida.

Le sonreí. Era una sonrisa imperceptible, pero honesta, algo que no había mostrado en semanas. De alguna forma, el hielo comenzaba a deshacerse y, en medio de la bruma, un pequeño rayo de luz parecía asomarse. No era la solución a todos mis problemas, pero al menos era un paso hacia adelante. Escuché cómo mi padre, al despedirse del psicólogo, murmuraba un «gracias» con una gratitud que no podía ocultar.

Aquella noche, mientras caminábamos juntos por la calle pintoresca, me sentí un poco menos sola. Y eso, por pequeño que fuera, ya era un consuelo.

7

Había transcurrido casi una hora desde que salimos de mi casa. El trayecto hacia el caserío antiguo, situado al final de una colina apartada del pueblo, se convirtió en toda una aventura. La carretera serpenteaba entre árboles y palmeras, rodeada por un verde tan intenso que parecía sacado de otro mundo. Finalmente, llegamos a nuestro destino. El paisaje era digno de un sueño: aquella finca, con sus paredes de piedra impecablemente cuidadas, se alzaba majestuosa; ofrecía vistas al mar, que se extendía hasta perderse en el horizonte.

El lugar resultaba increíble, un punto de encuentro habitual para quienes buscaban la calma y la belleza del campo, lejos del bullicio. Las personas que asistían al evento mostraban claramente un estilo bohemio y libre.

Cuando entramos, Nora fue la primera en percatarse de que desentonaba. Llevaba unas plataformas altísimas que llamaban la atención entre la multitud. A medida que avanzaba, las miradas se posaban sobre ella, y no podía evitar la incomodidad de ser el centro de atención por motivos poco deseados. Mere, en cambio, irradiaba felicidad. Su emoción era evidente, y, al llegar, abrazó a la chica que nos recibió con la calidez de quien saluda a una vieja amiga. La anfitriona nos dio la bienvenida y nos condujo a una zona donde había un *buffet* libre.

Este estaba repleto de comida vegana, lo que provocó que Nora arrugara la nariz con desdén. Ensaladas frescas, *quiches* de verduras y otros manjares adornaban la mesa, aunque, en su opinión, ninguno ofrecía el valor nutricional necesario para mantener sus músculos.

—¿Esto es todo? —preguntó con el ceño fruncido mientras tomaba un plato visiblemente decepcionada.

—¡Vamos, Nora! —la animó Mere—. No todos los días se tiene la oportunidad de probar cosas nuevas. ¡Seguro que hay algo que te

gusta!

—Cómo me fastidia la gente vegana… Siempre os llenáis la boca gritándolo a los cuatro vientos —replicó Nora con desgana—. Si tan veganos sois, vestíos con hojas de palmera, chinches y garrapatas… —farfullaba claramente de mal humor.

—¡Joder! ¡Me cago en todo! —exclamé de repente llevándome una mano a la boca.

—¿Qué te ha pasado, escandalosa? —preguntó Mere con curiosidad.

Intenté escupir discretamente en mi mano y la cerré para ocultar el contenido.

—¡Puto asco! —gruñí entre susurros.

—¡Mira, otra a la que no le gusta esta comida! —saltó Nora con sarcasmo.

—Cállate… He visto pasar una bandeja con almendras y aceitunas, y me he cogido un puñado de lo que creía que eran almendras, pero, tías… ¡eran los huesos de las aceitunas! —hice un puchero y puse cara de asco.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Mere mientras se descojonaba de risa—. ¡Estás cegata, cabrona!

—¿Te falta algún diente? —preguntó Nora entre carcajadas.

Me pasé la lengua por cada diente, comprobando uno a uno para asegurarme de que todos estaban enteros y en su sitio. Por suerte, lo estaban. A saber quién había chupado esos huesos… Estaba claro que, donde fuera, siempre terminábamos causando alboroto.

Decidimos pasar por el baño antes de subirnos a los colchones que se extendían sobre de la piscina. Cuando Nora salió, lo hizo con los ojos bien abiertos y con cara de desconcierto.

—Chicas, no sabía que aquí controlan cuándo vamos al baño. Supongo que será para saber si sus productos diuréticos han hecho efecto, ¿no? —preguntó, mientras se ajustaba el vestido que llevaba.

—¿Control de qué? —pregunté.

—¡Hombre! Al salir, he tenido que poner mi nombre, la hora y firmar en un papelito.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —abrí los ojos de par en par.

—¿Tú estás bien de la cabeza? —replicó Mere.

Yo no pude aguantar más y solté una carcajada. Nora, con el ceño fruncido, nos miraba incrédula.

—¿Qué pasa? ¿Os estáis riendo de mí?

—Vamos a ver, alma cándida… Ese papel es para que la persona encargada de limpiar el baño lo complete cada vez que realiza su trabajo. Es un registro… ¡pero de las tareas de limpieza!

—¿Qué dices? —exclamó escandalizada, pero, tras unos segundos, comenzó a reírse también—. Pues yo le he dejado un autógrafo y me he sentido importante.

La situación no podía ser más surrealista, digna de nosotras tres. Estaba claro que no podíamos alejarnos mucho de mi casa y de mi cala.

Tras secarnos las lágrimas de risa, nos dirigimos hacia la zona de la piscina. Allí, cada uno de los asistentes se subió a un colchón. Nos ofrecieron suaves y finas mantas para protegernos del frescor de la noche. Yo miraba de reojo a Nora; era un espectáculo. Estaba completamente fuera de su zona de confort, con la nariz arrugada casi todo el tiempo, reflejo de la incomodidad que sentía.

—Esta tiene que estar en el plato y en la tajada. Con tal de no perderse nada… —murmuró Mere mientras se cubría con la manta.

Los colchones eran gruesos, de esos que no se hunden al acostarte y evitan que te mojes. Antes de comenzar, nos dieron una serie de pautas para disfrutar al máximo del momento.

Ya instaladas, nos deslizamos suavemente sobre el agua, como si quisiéramos fundirnos con el entorno. La brisa nocturna acariciaba nuestros rostros, mientras el cielo despejado se extendía adornado por una luna llena grande y resplandeciente que se reflejaba en la superficie.

El murmullo de las conversaciones y las risas se fue apagando lentamente. El primer tono de los cuencos tibetanos resonó a través del silencio que se había instalado. Miré hacia el borde de la piscina, donde un hombre de complexión robusta y barba larga se encontraba de pie. Frente a él, varios cuencos de diferentes tamaños estaban perfectamente colocados. Vestía de blanco y parecía envuelto en una aura de serenidad.

Los cuencos emitían tonos profundos y suaves, creaban una melodía etérea que se mezclaba con el sonido del agua y la brisa. La atmósfera se transformó; era como si el tiempo se detuviera mientras nos dejábamos envolver por aquellas vibraciones.

Allí rodeada de personas con un estilo tan distintivo, no podía evitar que mi mente divagara hacia el encuentro con Darío. Aquel policía, que esta vez se había presentado en bañador y en una versión mucho más informal, había despertado un pequeño burbujeo en mi estómago. A pesar de saber que la vida debía vivirse al máximo, como me enseñó aquel psicólogo en su momento, sentía miedo de dar un paso hacia algo que ya conocía demasiado bien. Pensé también en Albert, mi ex.

Cuando me separé de él, comprendí lo que siempre había sabido, aunque me negara a aceptarlo: nadie ocuparía mi corazón como lo hizo mi primer amor. Durante años, evité compromisos y me entregué a relaciones efímeras, buscando apenas una satisfacción momentánea, como si el amor fuera un terreno minado que no me atreviera a pisar de nuevo. Guardaba en mí una mezcla amarga de rencor y dolor, especialmente hacia los hombres, una carga que llevaba desde aquella traición silenciosa.

Al casarme, supe, en lo más profundo, que no era amor lo que sentía, sino una especie de desafío: una prueba para demostrarme que lo había superado, pero todo salió mal, y entonces entendí que quizá nadie podía llenar el vacío que él había dejado. Era como si el destino me gritara que ese espacio permanecería intacto, reservado para un amor que no supe sostener y que nunca terminó de irse.

A medida que los sonidos de los cuencos tibetanos llenaban el aire, me permití dejarme llevar por la experiencia. Las vibraciones parecían tocar algo dentro de mí, algo que había permanecido dormido durante demasiado tiempo. Era una sensación de conexión con algo más grande, una armonía que me recordaba que había belleza en la simplicidad y en el momento presente.

Por primera vez en semanas, sentí una paz genuina. El lugar, la música y la compañía habían creado un espacio donde podía soltar el dolor y la ansiedad acumulados. Sentí que me perdonaba a mí misma por haberme fallado en aquella relación que se había hecho

añicos. Durante tanto tiempo había cargado con el peso de la tristeza, pero esa experiencia me permitió comprender que, al final, solo debía seguir a mi corazón. Él siempre supo la verdad: Albert no era para mí, aunque yo me negara a escucharle.

Recuerdo que, al día siguiente de haberme liado con él en la discoteca, mientras hablaba con Mere y Nora en una terraza, les confesé que no me atraía físicamente para nada. Sin embargo, me dejé llevar por el juego. Me dejé arrastrar por el orgullo de demostrar que podía tener una relación y seguir adelante.

En ese instante, mientras el trascendental sonido seguía envolviéndonos, el mundo pareció detenerse. Fue un momento de quietud, de verdadera tranquilidad mental; el universo me concedía un respiro para reconciliarme con mis propios errores y hallar un poco de paz.

8
13 años atrás…

Llegué a casa de Kairos con los hombros encorvados y una expresión de desgana. Me detuve frente a la puerta, pero, para mi sorpresa, esta vez no tuve que llamar. La puerta estaba entreabierta, y el interior parecía desierto. Entré con pasos cautelosos que hacían sonar el suelo de madera envejecida. No había rastro de él ni en la sala de espera ni en su despacho. Fruncí el ceño con irritación. ¿Dónde estaría?

Decidí buscarlo por aquella casa antigua. La luz del sol se colaba a través de las ventanas altas y proyectaba sombras caprichosas sobre las paredes encaladas. El lugar tenía un aire acogedor y nostálgico, con muebles de mimbre y estanterías rebosantes de libros. Había una mesa de madera desgastada, un reloj de pared antiguo cuyo suave tic-tac marcaba el tiempo, y varias fotografías enmarcadas de paisajes marinos.

Avancé hasta un pequeño patio en la parte trasera de la casa. La escena que encontré me dejó sin aliento por un instante. Kairos estaba allí, me daba la espalda, mientras regaba unas plantas con una calma casi meditativa. Llevaba una camisa de colores y un bañador. Estaba descalzo, y sus pies desnudos se hundían levemente en la tierra húmeda. Frente a él, un pequeño huerto exhibía tomates, fresas y otras frutas, dispuestas como si formaran parte de un cuadro perfectamente orquestado.

Me quedé en la puerta y lo observé en silencio. Llegué a dudar de si realmente me había citado a esa hora. Me pregunté cuántos años tendría y cómo sería su vida más allá de lo profesional. ¿Qué hacía cuando no escuchaba los problemas de los demás? ¿Tendría pareja?

De repente, Kairos se dio la vuelta y me vio. Llevaba la camisa ligeramente desabrochada en la parte superior. El sol brillaba sobre su piel, dejando a la vista parte de su pecho. Me saludó con una

sonrisa cálida y, sin pronunciar una palabra, me hizo un gesto para que me acercara. Lo hice con lentitud, aún sin saber qué pensar de todo aquello. Cuando estuve a su lado, me entregó una regadera.

Lo miré desconcertada mientras la sostenía en mis manos. Una ola de enfado empezó a crecer en mi interior.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? —dejé que mi tono borde se filtrara en las palabras—. No he venido aquí para ser tu jardinera. Mi padre no te paga para que yo haga esto.

Kairos, sin perder su calma habitual, siguió cortando unas ramas secas de una planta cercana. Decidí dejar la regadera en el suelo, crucé los brazos y esperé una respuesta.

—Las plantas necesitan cuidado y atención para crecer —dijo finalmente con serenidad—. Igual que nosotros.

Resoplé y sentí cómo mis defensas se alzaban de nuevo.

—No sé qué pretendes con esto —murmuré casi escupiendo las palabras.

Kairos se volvió hacia mí con su mirada tranquila y respondió:

—Vega, no solo estoy cuidando las plantas.

—¿Y ahora querrás que te pregunte qué es lo que estás haciendo, entonces? —repliqué con los ojos en blanco.

Él levantó una mano y señaló un rincón del patio donde una pequeña flor colorida había brotado entre las grietas de la pared.

—Mira ahí. ¿Qué es lo que ves?

Levanté la barbilla para enfocar el lugar que me señalaba.

—Una flor...

—Es una flor que ha roto una superficie durísima para salir a la luz. Algo impensable para algo tan frágil.

—¿Y? —respondí todavía incrédula ante el sentido de todo aquello.

—Pienso que esa flor puedes ser tú…

—La flor rebelde y desafiante… tal cual…

—Yo no te veo así. Si esa flor es capaz de romper el muro, ¿cómo no vas a poder tú?

Lo miré sin saber qué decir. Kairos se acercó un poco más, me sostuvo la mirada con esos ojos grandes y redondos que tanto

transmitían.

—Además, eres inmarcesible, Vega.

—Inmarcesible... —repetí en voz baja. Dejé que la palabra resonara en mi mente.

—Eso significa que no te puedes marchitar. Puedes aprender a convivir con tu dolor, abrazarlo y seguir adelante. Tu madre siempre será parte de ti, y su amor te dará fuerza. No se trata de superar el duelo, sino de aprender a caminar con él.

Guardé silencio mientras una ligera presión se asentaba en mi pecho. Kairos me pasó la regadera de nuevo, y esta vez la tomé con más seguridad. Me incliné para regar las plantas casi de manera mecánica, como si mi cuerpo reaccionara antes que mi mente. Observé cómo la tierra absorbía el agua, y las hojas adquirían un brillo especial al cubrirse con pequeñas gotas.

—Siempre pensé que cuidar plantas era una pérdida de tiempo —admití con un tono más suave.

Kairos sonrió, como si aquel pequeño avance fuera suficiente por el momento.

—Las plantas nos enseñan a ser pacientes y a encontrar belleza en los pequeños detalles. Eso mismo puedes aplicarlo en tu vida, Vega.

Una hora después, salí de la consulta con la cabeza llena de preguntas y un peso extraño en el corazón. No sabía cómo una chispa de felicidad iba a aligerar el peso de este duelo, pero sentía que algo, por mínimo que fuera, había cambiado.

Caminé lentamente hacia el rincón de la playa donde mi grupo de amigos se reunía al caer la tarde. Era la primera vez que volvía a ese lugar desde la muerte de mi madre.

A lo lejos, distinguí a Nora, Mere y al resto de mis compañeros de clase. Estaban sentados en círculo alrededor de una hoguera, pasándose una botella de Ventisca —una bebida típica de la isla— que brillaba con la luz de las llamas. En aquella época, beber aquello nos hacía sentir mayores; era un sabor tan característico que se había convertido en nuestro símbolo de rebeldía juvenil.

Cuando Nora me vio aparecer, se levantó rápidamente. Sus pies descalzos levantaron arena mientras corría hacia mí, y me envolvió

en un abrazo lleno de energía.

—¡Vega! —exclamó—. Te hemos echado tanto de menos.

Mere se acercó y también me abrazó.

—Sí, tía. ¿Cómo estás? Siento que tu energía está más iluminada —comentó con su tono místico habitual, siempre buscando un significado más profundo en todo.

El resto de los chicos me dieron la bienvenida con sonrisas y palabras amables. Sentí que todo era diferente, que yo no era la misma, pero, al mirar a mi alrededor, veía que ellos seguían igual.

—¿Cómo estás, Vega? —preguntó Jonah, el chico más tímido del grupo—. ¿Y tu padre, cómo lo lleva?

Suspiré y traté de encontrar las palabras adecuadas.

—Estamos... sobreviviendo. Mi padre lidia con todo lo mejor que puede. Gracias por preguntar.

—Lo siento, no pude ir al entierro —dijo Liam mientras se rascaba la nuca con incomodidad—. Siempre me ha dado miedo el cementerio.

—No te preocupes, Liam —intenté tranquilizarlo—. A mí tampoco me van esas cosas.

Mere, con su toque místico, añadió:

—La energía de los cementerios puede ser muy intensa.

—¿Vas a hacer una *ouija* para hablar con ella? —preguntó Ricard con su tono siempre provocador.

—Vete a la mierda, Ricard —respondí sin pensarlo dos veces.

Mere le lanzó una mirada severa.

—Eso no se hace, idiota. Es peligroso jugar con esas cosas.

Poco a poco, empecé a sentirme más cómoda. Nora me apretó el hombro suavemente.

—¿Qué tal con el psicólogo?

—Bufff, déjalo. Hoy me ha tocado regarle las plantas.

—¿Qué? ¿No jodas? ¿Qué tipo de psicólogo es ese?

En ese momento, algunos mechones sueltos de la trenza que siempre me caracteriza me taparon la cara. Instintivamente, moví la cabeza hacia atrás para despejarla, y entonces lo vi. Vi a Kairos metiéndose al mar. No me había dado cuenta de que había llegado y no estaba muy lejos de donde me encontraba. Me quedé en silencio

unos segundos, sorprendida, y finalmente respondí:
—Pues ese es…

Nora abrió los ojos de par en par y gritó:
—¿¿¿Qué???

—Pero es muy joven, ¿no? —preguntó Mere, también sorprendida.

La conversación se desvió hacia la juventud de Kairos, con un tono de cachondeo y eso me hizo sentir un poco incómoda.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Jonah.

—No tengo ni idea —sentí un leve nerviosismo al hablar de él.

—¿Se habrá dejado el chupete con la toalla en la arena? —soltó Liam de cachondeo.

Ricard, siempre desafiante, no pudo evitar hacer su comentario típico.
—Lo que ese quiere es que le riegues otra cosa, Vega.

Le di un empujón.
—Vete a la mierda de nuevo, Ricardito.

Todos rieron, incluso él, aunque se llevó las manos al pecho y fingió dolor.

A pesar de las risas y el tono bromista, no podía ignorar la sensación de inquietud que me invadía al ver al psicólogo allí. Algo en su presencia me devolvía a la realidad de la muerte de mi madre, pero también surgía algo más. Quizá era la manera en que me miraba o la calma que transmitía, incluso en la playa.

Veía su espalda y aunque en la isla solíamos ir todos con poca ropa, aquello me fascinó. Guardé silencio mientras lo observaba adentrarse en el agua. Sentí un nudo en la boca del estómago, una mezcla de emociones.

—Estás muy callada, Vega —comentó Nora al tocarme el hombro.

—Sí, es solo que... todo esto me resulta un poco extraño —admití.

—Bueno, al menos te estás alegrando la vista, porque aunque esté lejos, está de buen ver —añadió Mere con una sonrisa divertida.

Esbocé una sonrisa débil, agradecida por su intento de levantarme el ánimo. Sin embargo, mientras mis amigos continuaban con la conversación y lanzaban carcajadas, mi mente regresaba una

y otra vez a él: a su camisa entreabierta, a su pecho definido que ahora podía ver por completo, a sus ojos que parecían guardar algo más allá de lo evidente. No paraba de preguntarme cómo sería su vida tras aquellas viejas paredes. Quizá, en algún momento, tendría la oportunidad de descubrirlo.

9

Estaba en la marquesina de mi pequeña casa; disfrutaba del segundo café del día mientras trabajaba. El sol se filtraba a través de las hojas de las palmeras que rodeaban mi hogar. La mesa, cubierta de papeles, sostenía también mi portátil abierto, desde donde revisaba las últimas campañas para el hotel. Bob correteaba libremente a mi alrededor, y de vez en cuando se acercaba a beber agua de su cuenco.

Levanté la vista para descansar un momento y me encontré con la figura imponente de Darío. Vestía, de nuevo, de manera informal: bañador, chanclas y una camiseta de tirantes que dejaba entrever su musculatura. Su altura y su presencia llenaban el espacio de forma magnética.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mientras me levantaba para saludarlo y me protegía del sol con la mano.

—Hola, buenos días, ¿qué tal y esas cosas, no? —respondió con tono divertido.

—Buenos días, señor agente, un placer —dije con sarcasmo.

—He venido a rescatarte —replicó con una sonrisa juguetona—. Bueno, en realidad, necesito tu ayuda.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué puedo ayudarte? —pregunté intrigada.

—Quiero que me enseñes algún rincón bonito y poco conocido de la zona —dijo con descaro—. Hace poco que llegué y, para ser un buen policía, necesito conocer la isla mejor. Tú, que has crecido aquí, seguro que sabes de esos lugares especiales que no están en las guías turísticas.

Solté una carcajada, sorprendida por su petición.

—¡Vaya! ¡Buena excusa! —exclamé mientras Bob se acercaba a olerle los pies—. ¿Así que ahora soy tu guía turística?

—Exactamente —respondió guiñándome un ojo.

No pude evitar sonreír ante su descaro. Me hacía gracia la poca vergüenza que tenía ese tipo.

—Es solo cuestión de trabajo. Ya sabes… —dijo mientras se agachaba para acariciar a Bob—. Además, creo que te vendría bien descansar un poco.

—¿Y quién te ha dicho que necesite un descanso? —le desafié.

—¡Oh!, ya sabes; los polis cuidamos de la gente, salvamos gatitos de los árboles, ayudamos a las ancianitas a cruzar la calle… y también sabemos cuando una chica está cansada… —respondió con una sonrisa pícara—. Pero hoy, quiero que me muestres un rincón secreto.

—¿Un rincón secreto, eh? —enarqué una ceja, interesada—. Me gusta cómo suena eso.

—Entonces, ¿te animas? Prometo que no te arrepentirás.

Miré el reloj y luego el portátil. Un descanso no me vendría mal, y la compañía de Darío tenía su encanto.

—Está bien, me has convencido. Dame cinco minutos para cambiarme.

—Tómate tu tiempo —dijo mientras se recostaba contra una de las columnas de la marquesina—. Te espero aquí.

Fui rápidamente a mi habitación con nerviosismo. Aunque apenas lo conocía, había algo en él que me atraía más allá de su físico. Me puse el bañador, una camiseta amplia y ligera, y salí de nuevo.

—Lista —dije con una sonrisa—. ¿A dónde te llevo, Súper Agente?

—A donde la señorita guste —me ofreció su brazo con exageración.

—¡Qué caballero! Menos mal que has dicho señorita, porque llegas a decirme señora y te vuelves para tu casa —respondí mientras tomaba su brazo.

Entre risas, nos dirigimos hacia su coche. Dejé a Bob en la casa, pero antes me aseguré de que tuviera suficiente agua y sombra.

Cuando Darío encendió el motor, en la radio sonaba una canción que a Nora, Mere y a mí nos volvía locas. Subí el volumen y me puse a cantarla a pleno pulmón. Crucé las piernas en posición de loto y, como de costumbre, empecé a trenzarme el pelo.

—*Flores rojas para ti, mi amor…* —canté mientras cerraba los ojos y me dejaba llevar por la letra.

—¿Conoces la historia de esta canción? —me preguntó Darío mientras disfrutaba de la música.
—¡Claro! ¿Y quién no? La novia de Dio Silva es la mujer más afortunada del mundo. Menuda canción le ha escrito. Es preciosa su historia de amor. Vi una entrevista de él otro día y habló sobre ello.
—¿Te gustaría que te escribieran una canción de amor? —preguntó con una sonrisa pícara mientras mantenía la vista fija en la carretera, justo cuando la canción terminaba.
—Depende…
—¿De qué depende? —insistió curioso.
—De según cómo se mire, todo depende… —canté imitando el famoso verso de Jarabe de Palo. Sonreí y añadí—: Depende de quién me la escriba. Imagina que lo hace mi ex.
Lo dije con un tono despreocupado, pero, en el fondo, quizá intentaba advertirle de que tenía un pasado complicado.

—Ya… eso sí que sería una putada. ¿Estuviste mucho tiempo casada?

—No demasiado. Bueno, tres años. No sé si eso es mucho o poco para ti.

—Pues hoy en día, diría que eso es bastante —soltó una carcajada.

—El amor actual es de usar y tirar —comenté e hice un pequeño puchero—. Venga, ahora cuéntame algo de tu vida amorosa. Déjame marujear un poco —le pedí, con ganas de saber más sobre él.

—He tenido varias relaciones, pero es complicado que duren. Me mueven de un sitio a otro constantemente.

—Vamos, que más que policía, podrías considerarte marinero —me burlé con humor.

—Podría decirse que tuve en cada puerto una mujer… —respondió con un tono que mezclaba broma y sinceridad.

—¡Vaya con el Darío! —comenté mientras él volvía a sonreír—. Tienes cara de pillo… No sé si fiarme mucho de ti.
—¡Prueba! —respondió mordiéndose el labio con descaro.
—¡Porque tú lo digas! Haré lo que me dé la gana…

Darío levantó una mano, mientras sujetaba el volante con la otra.
—No se enfade, señora…

—¿Cómo que señora? ¿Quieres que te lleve de vuelta a tu casa? —repliqué fingiendo indignación.

Ambos nos echamos a reír al instante. Sabíamos que estábamos bromeando, y la complicidad entre nosotros fluía de forma natural. Me sentía cómoda con él, algo que no me pasaba a menudo con alguien a quien apenas conocía.

Darío comenzó a contarme algunas anécdotas divertidas de su trabajo, historias que me hicieron reír a carcajadas. Era fácil estar a su lado, con su contagioso sentido del humor.

El lugar al que lo llevé realmente era un rincón secreto: una cala escondida rodeada de imponentes acantilados y palmeras que parecían bailar al ritmo de la brisa marina. El agua era cristalina, reflejaba el cielo como un espejo, y la arena, suave y blanca, se extendía como un abrazo acogedor.

—¡Wow, Vega! Esto es increíble —exclamó Darío maravillado.

—Sabía que te gustaría —respondí con una sonrisa de satisfacción—. ¡Vamos! ¡A darnos un chapuzón y disfrutar del paisaje!

Darío y yo nadamos hasta una pequeña formación rocosa en el centro de la cala, donde nos detuvimos para descansar. El sol brillaba con intensidad, pero la brisa y el agua mantenían la temperatura agradable.

—Entonces, Darío, cuéntame más sobre ti. ¿Por qué decidiste mudarte a esta isla? —le pregunté.

Darío esbozó una sonrisa.

—Siempre he sentido una conexión especial con los lugares tranquilos. Además, necesitaba un cambio después de años trabajando en la ciudad. El estrés y el ruido estaban acabando conmigo.

—¿Y cómo terminaste siendo policía?

—Mi padre era policía, y creo que siempre quise seguir sus pasos. Aunque, siendo sincero, nunca imaginé que acabaría en un sitio tan tranquilo como este.

—Es un cambio drástico cambiar la ciudad por esto —dije y pensé en lo diferente que debía ser la isla en comparación con el bullicio urbano.

—Lo es, pero me encanta la comunidad que hay en Coraluna. Todo el mundo se conoce y se cuida; es algo que nunca encuentras en la ciudad.

Después de un rato, volvimos a nadar hacia la orilla y nos tumbamos en la arena para secarnos bajo el sol.

—¿Y tú, Vega? ¿Cómo terminaste trabajando en *marketing* digital? —preguntó mientras inclinaba la cabeza hacia un lado para sacar el agua que le había entrado en los oídos.

—Siempre me han gustado las redes sociales y la tecnología. Estudié a distancia, pero hace poco sentí que necesitaba cortar con muchas cosas. Dejé mi trabajo en la redacción y decidí enfocarme en esto. Al final, resultó ser perfecto para mí. Además, me permite quedarme en la isla, que es lo que siempre he querido.

—¿Nunca has pensado en irte a otro lugar? —preguntó algo sorprendido.

—Lo pensaba cuando era pequeña, pero después de todo lo que ocurrió con mi madre, sentí que debía quedarme aquí, cerca de mi padre y de mis recuerdos. Esta isla es mi hogar.

Darío asintió; captó la importancia de mis palabras.

—¿Qué le pasó a tu madre? —preguntó con interés aunque su tono denotaba respeto.

—Murió de un ictus, de repente, delante de mis narices… —desvié la mirada hacia el horizonte mientras aquel horroroso momento volvía a mi mente.

—Lo siento. Perdona por indagar en este tema.

—Tranquilo. Ya ha pasado tiempo, e hice lo que pude para sobrellevar ese duelo, aunque hay momentos en los que siento que me quedé a mitad.

—¿Por qué lo dices?

—El psicólogo que me trataba me dejó tirada en pleno proceso, pero prefiero no entrar en detalles ahora —evité profundizar en el tema.

—Es admirable que hayas decidido quedarte y cuidar de tu familia y tus recuerdos. No todos tienen esa fortaleza.

Sonreí agradecida por su comprensión.

—Gracias. A veces es complicado, pero también es gratificante. He viajado mucho y he hecho auténticas locuras, pero aquí encuentro mi felicidad.

Después de un rato, Darío se levantó y me ofreció su mano.

—¿Qué te parece si exploramos un poco más? Seguro que tienes más rincones secretos para enseñarme.

Acepté su mano, y juntos nos adentramos en la pequeña selva que rodeaba la cala. Caminamos entre árboles y plantas exóticas; Darío hacía comentarios divertidos y el tiempo pasó volando mientras charlábamos y disfrutábamos del entorno.

Finalmente, llegamos a una cueva oculta entre las rocas. Al entrar, descubrimos una diminuta laguna interior iluminada por la luz que se filtraba a través de una abertura en el techo. Los reflejos danzaban sobre las paredes húmedas, creando destellos que parecían estrellas en el cielo. Era un lugar mágico, como sacado de un cuento de hadas.

—¡Dios mío! ¡Esto supera todo lo que hubiera imaginado! —exclamó con los ojos muy abiertos, mientras giraba lentamente para no perderse ni un detalle. Su voz retumbaba por el eco.

—Es uno de mis lugares favoritos. Muy poca gente lo conoce —comenté con una sonrisa, disfrutando de su asombro.

Nos sentamos en una roca cercana a la laguna, el agua cristalina reflejaba nuestros rostros como si fuéramos parte del paisaje. La brisa que se colaba por la abertura en el techo era fresca y llevaba consigo un aroma salino.

El sol comenzó a ponerse, y los últimos rayos que se filtraban por la abertura teñían la cueva de un tono dorado. Decidimos regresar a la playa, pero antes de salir, me detuve un momento, y observé el lugar.

—No se lo muestres a nadie más, ¿vale? No quiero que deje de tener esta magia —le pedí con una sonrisa cómplice.

Él asintió solemnemente, como si acabara de jurar un secreto sagrado.

—Nunca lo haría.

Caminamos de vuelta en silencio, con la marea subiendo lentamente a nuestro alrededor, mientras el crepúsculo extendía su

manto sobre la isla.

Me llevó de vuelta a casa.

—Gracias por enseñarme este lugar, Vega. Me ha gustado conocerte en un ambiente tranquilo.

—Gracias a ti por sacarme de la monotonía un rato —respondí con sinceridad.

Mientras caminaba hacia la puerta, no podía dejar de sonreír. Darío había logrado hacerme sentir especial y, por unas horas me había olvidado de todas mis preocupaciones.

Apenas crucé la puerta, Bob se lanzó sobre mí, moviendo la cola con entusiasmo y lamiéndome la cara de manera nerviosa.

—¡Hola, mi chico! —le acaricié—. Vamos, te pongo el collar y damos un paseo juntos.

Decidí ir al club náutico donde trabajaba mi padre. Mientras caminaba, saqué el móvil y abrí el grupo de WhatsApp que tenía con Mere y Nora.

Vega: ¡Chicas, no os podéis imaginar lo que me ha pasado hoy!
Nora: ¡Cuenta, cuenta!
Mere: ¿Algo emocionante? 🤔
Vega: Darío, el policía, se ha plantado en mi casa esta mañana y me ha medio obligado a hacerle de guía turística. 😅
Nora: ¡¿QUÉ?! ¿Ese pedazo de buenorro? 😍

Vega: Sí, sí. Vino con todo el morro del mundo y me dijo que le llevara a algún sitio secreto de la isla porque, como policía, tenía que conocer todos los rincones. 😂

Mere: Omg, ¿en serio? ¿Medio obligado? ¡Vega, tienes que darnos todos los detalles! ¿Qué signo del zodiaco es?

Vega: ¡Y yo qué sé, Mere! No pregunto eso nada más conocer a alguien…

Nora: ¡Madre mía! ¿Y qué tal está sin camiseta? 😏

Mere: Pues la siguiente vez que lo veas, pregúntale, que hay que saber si sois compatibles… ¡Oye!, cuéntanos. ¿Se le marcan los abdominales como lo hacen los brazos?

Vega: 🙈 Está buenísimo, chicas. Vino con bañador y una camiseta de tirantes. Se le marcaban todos los músculos, pero sin esa camiseta, gana.

Nora: Ay, Vega, ¿te has besado con él? 😜

Mere: ¡Sí, necesitamos saberlo!

Vega: ¡No! ¡No nos hemos besado! Solo hemos pasado un día genial… Fue muy divertido.

Mere: ¡Qué envidia! 😆

Mere: ¿Cuándo pretendes que te dé con la porra? 😏

Vega: ¡Qué idiota! Jajaja. Fue genial pasar el día con él, no os lo voy a negar. 😊

Nora: ¡Te lo mereces, amiga! Y quién sabe, tal vez sea el comienzo de algo bonito. 😉

Mere: Totalmente de acuerdo. ¡Vega, te queremos! ❤️

Vega: ¡No me agobiéis!

Sonreí mientras leía los mensajes. El buen rollo entre nosotras siempre me levantaba el ánimo. Guardé el móvil en el bolsillo y continué caminando hacia el club. Bob trotaba a mi lado, feliz de estar al aire libre.

Al llegar al club, vi que mi padre aparcaba unas motos de agua que acababan de dejar unos clientes. Lo saludé con la mano y me acerqué.

—¡Hola, papá!

—¡Mi estrella favorita está aquí! Qué alegría verte. ¿Cómo estás, hija? —me abrazó con fuerza.

—Muy bien. Hoy he tenido un día diferente. He ido a la «Cala encanto».

—Eso suena estupendo. ¿Te apetece quedarte un rato aquí? —me preguntó y señaló una silla que había junto a la suya.

—Claro, me encantaría.

Me senté y observé a mi padre trabajar. No había vuelto a estar con otra mujer tras la muerte de mi madre; se había centrado en el club y prácticamente no salía de allí. Mientras Bob se tumbaba a mis pies, reflexioné sobre lo afortunada que era de tener un grupo de

amigas tan increíble y un padre tan maravilloso. La vida en la isla, aunque estaba llena de recuerdos difíciles, también me recordaba que yo era *inmarcesible*, como decía Kairos. ¡Maldito sabelotodo!

10
13 años atrás…

El aire fresco de la tarde me golpeó el rostro al salir de casa, mientras iba camino a mi sesión con Kairos. Me sentía nerviosa.

Al llegar a la consulta, me sorprendió encontrar la puerta abierta de par en par. Entré esperando encontrarlo en su despacho, pero el lugar estaba vacío. Una nota pegada en la mesa captó mi atención:

«Vega, te espero en el acantilado. Sigue el sendero que hay detrás de la casa. Kairos»

Suspiré con irritación y curiosidad. ¿Qué tenía planeado esta vez?

Salí y vi el acantilado frente a mí; a un lado había un sendero que atravesaba un pequeño bosque. Lo seguí y vi que culminaba en una zona despejada con vistas al mar. Allí, sentado sobre una manta, estaba Kairos, con una cesta de picnic a su lado.

—Hola, Vega —dijo con una sonrisa mientras se ponía de pie—. Pensé que un cambio de escenario podría ser agradable.

—¿De verdad? —respondí con tono sarcástico—. Me mareas con tantos cambios.

Kairos soltó una suave risa.

—Lo entiendo, pero a veces un entorno diferente puede ayudar a cambiar nuestra perspectiva.

Me senté en la manta y crucé los brazos sobre el pecho. A pesar de mi molestia, no podía negar que la vista era impresionante.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer aquí? —pregunté.

Kairos se sentó, sacó un termo y sirvió té en dos tazas.

—Hoy vamos a hablar sobre ti. Sobre tus fortalezas, tus capacidades. Quiero que te veas a través de otros ojos.

—¿A través de los tuyos? —arqueé una ceja y fijé mi atención en su mirada—. No entiendo cómo eso puede ayudarme.

—Te sorprenderías —respondió tendiéndome una taza de té—. Vamos a empezar con algo sencillo. Quiero que me cuentes una ocasión en la que te hayas sentido realmente orgullosa de ti misma.

Tomé un sorbo y dejé que el calor del té me calmara. No era fácil recordar algo positivo cuando el duelo pesaba tanto.

—Bueno... supongo que cuando gané el torneo de debate el año pasado. Fue un gran desafío y nadie pensaba que pudiera lograrlo, ni siquiera yo.

Kairos me miró con atención y eso me alentó a continuar.

—Eso es admirable, Vega. Ganar ese torneo demuestra tu talento, tu determinación y tu capacidad para superar expectativas, incluso las tuyas.

—Supongo —murmuré a la vez que notaba cómo un leve rubor se colaba en mis mejillas.

—Ahora piensa en cómo esas mismas cualidades pueden ayudarte en este proceso. Eres fuerte, decidida y capaz. ¿Por qué crees que no podrías superar esto?

Sentí que un nudo comenzaba a formarse en mi garganta.

—Porque esto es diferente. No es solo un debate o un reto académico; es la muerte de mi madre.

Kairos mantuvo la mirada cargada de ternura.

—Lo sé, Vega, pero esas cualidades no desaparecen solo porque enfrentas algo más difícil. Al contrario, ahora son más necesarias que nunca. Tu madre estaría orgullosa de ver cómo enfrentas esta situación, incluso en los días en los que sientes que no puedes más.

Bajé la mirada mientras las lágrimas amenazaban con escapar. Había algo en sus palabras, en la serenidad de su voz, que traspasaba todas mis barreras.

—No sé si puedo, Kairos. Hay momentos en los que todo parece tan vacío... me siento tan perdida.

Él se acercó un poco más, sin invadir mi espacio, pero lo suficiente para que sintiera su apoyo.

—Vega, eres inmarcesible, ¿lo recuerdas? —señaló una flor que justo teníamos delante y que crecía entre las rocas.

Me quedé en silencio mientras la observaba. La brisa del mar hacía que las hojas de las palmeras cercanas susurraran

suavemente. Kairos se acomodó sobre la manta y me miró con esa expresión paciente que empezaba a conocer demasiado bien. Aún no entendía por qué me había llevado allí, lejos de la consulta, para hablar de mí misma. Sentía que su manera de actuar me descolocaba, y eso no me gustaba en absoluto.

La primera vez que me dijo aquella palabra, no comprendí del todo su significado. Ahora comenzaba a hacerlo, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a aceptar lo que implicaba.

—Sí, claro, como si eso significara algo ahora —respondí con un tono defensivo.

Kairos no se inmutó.

—Si a un huevo lo rompe una fuerza externa, se acaba la vida, como la de tu madre, pero si lo rompe una fuerza interna, la vida comienza —dijo, y la frase quedó flotando en el aire.

Lo miré fijamente mientras intentaba comprender qué trataba de decirme. Jugaba con metáforas cuando lo único que yo quería era una respuesta clara, algo que pudiera entender sin sentir que estaba siendo analizada constantemente.

—¿Y qué se supone que significa eso? —pregunté con un tono afilado—. ¿Que si no me rompo por dentro, no puedo seguir adelante? ¿Que tengo que romperme para vivir? Es absurdo.

Kairos negó con la cabeza lentamente; con paciencia.

—No, Vega. Significa que la fuerza para seguir adelante, para transformar el dolor en algo que te haga más fuerte, solo puede venir de dentro de ti. Nadie más puede hacerlo, solo tú.

Sentí cómo la frustración crecía dentro de mí, una mezcla de dolor y rabia acumulada durante semanas. Me levanté de la manta incapaz de permanecer quieta.

—¡No lo entiendes! No puedes ayudarme, Kairos. No puedes devolverme a mi madre, ni hacer que el dolor desaparezca. Todo esto… —gesticulé hacia el acantilado, la manta, todo lo que nos rodeaba— …es inútil.

Kairos permaneció en su lugar, sin moverse, pero sus palabras atravesaron mi rabia con una suavidad que desarmó mi ira.

—Los girasoles buscan el sol continuamente, Vega, pero los días en que el sol no aparece, ¿sabes lo que hacen? —preguntó a la espera

de que lo mirara de nuevo—. Se buscan unos a otros para compartir su energía y mantenerse erguidos hasta que el sol vuelve a salir.

Me detuve. Otra metáfora. Ese tipo de discursos siempre lograba irritarme, pero esta vez me tambaleó. El significado de sus palabras era claro: él estaba allí, sosteniéndome, ayudándome a mantenerme de pie hasta que pudiera encontrar el sol por mí misma.

—Eso es lo que estamos haciendo aquí, Vega —continuó con una ternura que me atravesó—. No se trata solo de sobrevivir al dolor, sino de encontrar formas de compartir esa carga, de apoyarnos mutuamente hasta que puedas ver la luz otra vez.

Las lágrimas que había contenido rompieron la barrera que las frenaba. Caí de rodillas sobre la manta y sentí cómo la lucha interna que había reprimido finalmente salía a la superficie. Kairos no dijo nada más; simplemente dejó que lo sintiera todo, que entendiera que no estaba sola.

—No sé si alguna vez podré estar bien otra vez —susurré entre lágrimas, más para mí que para él.

Kairos se inclinó hacia adelante y posó una mano cálida y firme sobre mi hombro. Su gesto me transmitió una paz que no recordaba haber sentido en mucho tiempo.

—¿Me dejas que te de un abrazo? —me preguntó tímidamente.

No me esperaba que me preguntara eso, pero instintivamente asentí con la cabeza mientras me limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano. Kairos se inclinó hacia delante y, arrastrándose sobre la manta con movimientos lentos, se acercó hasta estar a mi lado. Cuando rodeó mis hombros con sus brazos, el mundo pareció quedarse mudo. Su abrazo era firme, pero no invasivo; sus manos descansaban en mi espalda con suavidad y me hizo sentir protegida. Me sorprendió lo natural que parecía estar entre sus brazos. El olor de su piel se mezclaba con la brisa del mar que nos rodeaba, un aroma limpio que me llenó los pulmones y me ancló al presente. Sentía su respiración pausada junto a mi oído, un ritmo tranquilo que contrastaba con el caos que había en mi interior. Era como si él supiera exactamente cómo calmar esa tormenta sin decir una sola palabra.

Cerré los ojos y dejé de sentirme sola. Mi corazón latía con fuerza, pero no de ansiedad. Era algo que me hacía querer quedarme así, sin moverme, sin hablar. De repente, todo lo demás —mis miedos, mis dudas, incluso mis lágrimas— se desvaneció.

Cuando nos separamos, lo hicimos despacio, casi con desgana.

—Vega, no tienes que saberlo ahora. Solo permítete, poco a poco, dejar que la vida regrese a ti. Y cuando no puedas ver la luz, recuerda que siempre puedes apoyarte en quienes están para ti.

Me quedé allí llorando, mientras el mar mantenía su rítmico vaivén bajo nosotros. Kairos no dijo nada durante unos minutos, me dejo liberar aquellas lágrimas, y luego, con una voz suave dijo:

—Llora todo lo que necesites. No hay nada de malo en dejar salir todo eso. A veces, es la única manera de empezar a sanar.

A pesar de mi rebeldía y mi resistencia a estas sesiones, ahora, algo en su forma de hablarme, en la manera en que me miraba, me hacía sentir que estaba en un lugar seguro, donde podía permitirme ser vulnerable sin miedo.

Entre sollozos, logré esbozar una sonrisa triste, más por la ironía de la situación que por otra cosa. Kairos notó el cambio y, con un destello de picardía en sus ojos, comentó:

—No te preocupes, no cobraré extra por las lágrimas en la manta y en mi camiseta.

No pude evitar soltar una pequeña risa entre lágrimas. La broma era simple, pero en ese momento, era justo lo que necesitaba para romper la tensión.

Kairos percibió mi risa y añadió:

—Esa sonrisa tuya tiene más poder del que crees, Vega. No dejes que el dolor la apague.

Su comentario provocó un leve burbujeo en mi interior. Sentir que se fijaba en algo tan sencillo como mi sonrisa, me hizo sentir vista de una manera diferente. Después de unos minutos, Kairos se levantó y empezó a recoger las cosas.

—Si quieres, puedes irte ya. Hemos terminado por hoy —me dijo cerrando el tapón del termo.

Lo miré y negué con la cabeza.

—No, está bien. Te ayudo a recoger todo.

Mientras sacudía la manta, decidí contarle algo que había rondado mi mente desde la semana anterior.

—Por cierto, te vi en la playa la semana pasada, después de nuestra última sesión —dije en un tono casual—. Aquel día que me obligaste a ser tu jardinera.

Esbozó una sonrisa al captar el matiz despectivo en mi voz.

—Sí, te vi a lo lejos con tus amigos —respondió sin perder la sonrisa—, pero no quise acercarme para no incomodarte.

Lo miré, sorprendida por su consideración.

—¿Por qué ibas a incomodarme? —pregunté con curiosidad.

—Bueno, supuse que tal vez no le has contado a tus amigos que acudes al psicólogo. No quería ponerte en una situación incómoda si me acercaba a saludar.

Negué con la cabeza mientras una sonrisa ligera asomaba en mis labios; su precaución me parecía divertida.

—No puedo esconderle nada a mis amigos. Ellos lo saben todo.

—Eso está bien, Vega. Es importante tener un apoyo en quienes confías.

Tomé aire y sentí que era el momento de abrirme un poco más.

—De hecho, fue la primera vez que me acerqué a ese rincón donde siempre nos reunimos, desde que mi madre murió.

Kairos dejó de recoger la manta y me miró con esos grades ojos.

—Estoy orgulloso de los pasos que estás dando. Cada uno es importante.

—La verdad, después de nuestra última sesión me sentí con fuerzas para hacerlo. Estos ratos contigo parecen... funcionar.

Kairos me regaló una sonrisa cálida, de esas que hacen que el peso del mundo sea un poco más llevadero.

—Me alegra oírlo, pero recuerda esto: no se trata solo de las sesiones, sino del trabajo que tú haces fuera de ellas. Ese es el verdadero avance, y lo estás logrando.

Terminamos de recoger las cosas en silencio. Cuando todo estuvo listo, me acerqué a él. Sentía que debía decirle algo.

—Gracias... por todo.

Su sonrisa se suavizó.

—Nos vemos en la próxima sesión, Vega. Y no lo olvides, cada paso cuenta.

—¿Te puedo ayudar a llevar todo a tu casa?

¡Claro!

Nos marchamos del acantilado y yo tenía una sensación nueva. Tener a Kairos a mi lado hacía que el camino fuera menos oscuro.

Cuando llegué a casa, el silencio me golpeó como una ola helada. Cerré la puerta y, de inmediato, sentí la ausencia de mi madre. Me quedé quieta en la entrada mientras el peso del duelo volvía a instalarse sobre mis hombros. Una lucha interna se encendió en mi pecho: una parte de mí quería rendirse al dolor, dejarse arrastrar por la tristeza, pero, al mismo tiempo, había un pequeño destello de luz.

La sesión con Kairos había puesto una semilla en mí. Había una fuerza, un hilo de esperanza que empezaba a tejerse entre las sombras.

Subí las escaleras lentamente. Al llegar a mi habitación, me dejé caer sobre la cama. Cerré los ojos y respiré profundamente. La lucha continuaba, pero, por primera vez en mucho tiempo, aquella luz, aunque tenue, parecía más cercana.

11

Estábamos sentadas en la terraza de una pequeña cafetería frente al océano. Bob, como siempre, descansaba tumbado a mis pies mientras observaba con calma a los transeúntes que pasaban.

—Esto es vida, chicas —dijo Nora mientras se estiraba en su silla y dirigía la mirada hacia el horizonte.

—Definitivamente —respondí mientras jugaba con la taza de café entre las manos.

Mere, que revisaba su móvil, levantó la vista y sonrió.

—Ahora mismo se me antoja una buena siesta —comentó con aire soñador.

A pesar de sentirme tranquila en su compañía, había algo que no podía sacar de mi cabeza.

—Vega, estás pensativa —observó Mere inclinándose hacia mí—. ¿Qué pasa?

Solté un suspiro. Sabía que no podría engañarlas.

—Es Darío... —comencé sin estar segura de cómo expresar lo que sentía—. Es maravilloso, en serio, pero tengo miedo... miedo de enamorarme.

Nora, que bebía de su vaso de limonada, lo dejó con un ligero golpe sobre la mesa y me miró con incredulidad.

—¿Miedo? ¿De enamorarte? —repitió sorprendida—. Venga ya, Vega, ¡no puedes estar hablando en serio!

Mere, en cambio, me observó con comprensión y posó una mano sobre la mía.

—Es normal tener miedo, sobre todo después de lo que has pasado, pero no puedes cerrarte al amor para siempre. El amor es algo precioso, Vega. Sentirlo es lo más grande del mundo. Y sí, a veces nos equivocamos, pero eso no significa que debas renunciar a él.

Sabía que tenía razón, aunque eso no hacía que mis temores se disiparan. Era como si mi corazón estuviera dividido entre la

esperanza y el miedo.

—Lo sé, Mere, pero… —no sabía cómo expresarme—. No quiero volver a pasar por lo mismo; no quiero sufrir.

Nora, siempre directa y práctica, no pudo evitar intervenir.

—Mira, si no quieres enamorarte, simplemente acuéstate con él —sonrió con picardía—. Aprovecha esos músculos y ese culo redondo y duro que parece tener. ¡No tienes que complicarte la vida!

No pude evitar sonreír ante su perspectiva tan irreverente.

—Siempre tan sutil, Nora —sacudí la cabeza con una mezcla de resignación y cariño—, pero supongo que por eso te quiero tanto. Las dos me hacéis ver la vida de maneras completamente distintas, pero juntas sois perfectas.

Mere rió suavemente.

—Es lo que pasa cuando juntas una cabeza fría y una cabeza caliente. El equilibrio perfecto.

—¿Quién es la caliente? —pregunté yo.

Nora, aún sonriendo, se señaló a sí misma.

—La cabeza no lo sé… pero otra cosa sí la tengo caliente.

Evidentemente, ni Mere ni yo le llevamos la contraria. Después, Nora decidió cambiar de tema.

—A propósito, chicas, esta noche hay una fiesta ibicenca en la discoteca. Tenéis que venir. ¡Va a ser increíble!

Mere se removió ligeramente en su silla.

—Es que… he quedado con Fonsi esta noche —admitió con cierta timidez.

Vi la oportunidad perfecta para animarla y, con un tono bromista, lancé mi propuesta.

—¡Pues tráelo a la fiesta! Así lo conocemos de una vez. Aprovecha que Nora estará ocupada trabajando y no te lo quitará.

Esta levantó las manos en señal de inocencia.

—Eh, eh, yo no le voy a quitar a nadie, pero sí, Mere, tráelo. Ya va siendo hora de que conozcamos al misterioso hombre.

Mi amiga se lo pensó unos segundos. Miró su móvil, luego a nosotras, y parecía debatirse internamente.

—No sé… —dijo finalmente con un deje de duda.

—Vamos, Mere, no te lo pienses tanto. Es solo una fiesta. Y si no te apetece presentarlo aún, no pasa nada, pero piensa en lo divertido que sería estar todos juntos —la animé para quitarle presión.

Finalmente, suspiró y escribió un mensaje al rico y pijo de su novio para invitarlo a la fiesta. La miramos en silencio mientras lo enviaba y, unos minutos después, su móvil vibró con la respuesta.

—Dice que no puede, que me ha preparado una sorpresa esta noche —dijo con cierto alivio.

Sonreí. Sabía que, en el fondo, Mere no estaba del todo preparada para presentarlo en sociedad.

—Bueno, entonces disfruta de tu sorpresa. Ya nos contarás qué te ha preparado.

Nora, con una sonrisa traviesa, añadió:

—Eso sí, Mere, ¡no nos puedes tener en ascuas mucho tiempo! Queremos saberlo todo.

Mere rió.

—Lo prometo, pero esta noche es solo para nosotros dos.

Nora, de repente, me miró con un brillo pícaro en los ojos.

—Oye, Vega, se me acaba de ocurrir algo. ¿Por qué no invitas a Darío a la fiesta esta noche? Así lo conoces un poquito más... y estoy segura de que con ropa blanca va a estar para comérselo.

Me reí algo nerviosa mientras pensaba en la idea.

—No sé... —dudé—. Tal vez tenga que trabajar.

—¡Venga ya! —exclamó Nora dándome un pequeño empujón en el brazo—. Escríbele y pregúntale. Si está libre, apuesto a que dirá que sí en un segundo.

—Sí, Vega. No pierdes nada con preguntarle —me animó Mere.

Las miré a ambas. No quería parecer demasiado ansiosa, pero la verdad era que me intrigaba la idea de ir a la fiesta con Darío. Finalmente, saqué mi móvil y escribí un mensaje rápido:

Vega: Oye, Darío, esta noche hay una fiesta ibicenca en la discoteca. ¿Te apetecería venir? No sé si tienes turno…

Casi al instante, llegó la respuesta. Mi corazón dio un pequeño brinco cuando vi su nombre en la pantalla.

Darío: ¡Hola, Vega! Termino de trabajar a las siete, así que me parece de maravilla ir a la fiesta contigo. Aunque, no estoy seguro de tener ropa blanca... 😅

Leí su respuesta en voz alta.

—¡Eso tiene solución! —exclamó Mere—. Dile que vaya a la tienda de la calle Mayor. Solo venden ropa blanca.

Asentí con la cabeza y le escribí rápidamente.

Vega: Mere me dice que vayas a la tienda de la calle Mayor. Solo venden ropa blanca, así que seguro encuentras algo.

No pasó mucho tiempo antes de que Darío respondiera de nuevo.

Darío: ¡Perfecto, gracias por el dato! Entonces pasaré a recogerte a las nueve, ¿te parece? Podemos cenar juntos antes de ir a la fiesta, así ya llegamos animados.

Mi estómago dio un vuelco al leer su mensaje. No solo iba a ir a la fiesta con él, sino que también íbamos a cenar juntos. De repente, la idea me puso a mil.

—¿Y bien? —preguntó Nora mientras se inclinaba hacia mí con curiosidad.

—Dice que le parece de maravilla ir a la fiesta conmigo... y que me recoge a las nueve para cenar juntos antes de ir a la discoteca —dije mientras sentía cómo el color subía a mis mejillas.

Mere sonrió con calidez.

—Eso suena genial, cariño.

Nora, por otro lado, soltó una risa y exclamó:

—¡Vaya, vaya! Así que cena romántica antes de la fiesta... No me digas que no te encanta la idea.

—Es solo una cena —me apresuré a decir para no sonar demasiado nerviosa—. Pero, sí... me da un poco de vergüenza.

—No te preocupes —dijo Mere mientras me daba un toque tranquilizador en el brazo—. Solo sé tú misma y lo demás fluirá.

—Escucha —añadió Nora con una sonrisa cómplice—, que no se te olvide depilarte.

Le di un pequeño golpe en el hombro.

—¡Qué burra eres! ¿Crees que no me depilo de normal? Amor mío, que vivimos en una isla y enseñamos todo diariamente.

—Lo decía para que no te pase lo que le pasó a Mere aquella vez que quedó con el payaso ese que trabajaba para tu padre en el club náutico.

—Lo arreglé cuando le dije que era fan de Amaya, la cantante.

Nos reímos al recordar aquella anécdota. Y mientras el sol dejaba un brillo dorado sobre el mar, sentí que, tal vez, abrirme a nuevas experiencias no era tan aterrador como pensaba.

12

Sabía que aquella no era una noche cualquiera; era la primera vez que salía con Darío, una cita concertada, y quería que todo saliera perfecto.

Después de rebuscar en mi armario, finalmente me decidí por un vestido blanco de lino, sencillo pero elegante, que caía suavemente hasta mis rodillas. El escote en forma de "V" realzaba mi cuello y dejaba al descubierto un colgante de plata que había pertenecido a mi madre. Me miré en el espejo mientras ajustaba el vestido y esbocé una ligera sonrisa, satisfecha con mi elección.

Dejé mi cabello rubio, con reflejos dorados por el sol isleño, suelto, con suaves ondas que caían sobre mis hombros. Sabía que Darío me había visto en situaciones más casuales, pero esta vez quería mostrarle una versión distinta de mí. Mis ojos azules, que me devolvían la mirada desde el espejo, parecían tener un brillo que no recordaba haber visto en mucho tiempo. Me apliqué un poco de maquillaje, justo lo necesario para resaltar mis rasgos: un toque sutil en las mejillas, algo de máscara de pestañas y un color nude suave en los labios. Con eso, estaba lista.

Daba los últimos retoques cuando escuché el sonido de la puerta principal abrirse. Era mi padre, que venía a recoger a Bob. El perro, que estaba tumbado cerca de la entrada, se levantó de inmediato al escucharlo y comenzó a mover la cola con entusiasmo.

—¡Hola, papá! —lo saludé mientras bajaba las escaleras.

—Hola, cielo —respondió y se detuvo al verme—. ¡Vaya, estás preciosa esta noche! ¿Ocasión especial?

—Gracias, papá —le devolví la sonrisa—. Sí, voy a una fiesta ibicenca… y he quedado con un chico.

—¿Un chico, eh? —preguntó con un tono entre curioso y bromista—. ¿Y quién es el afortunado?

—Es Darío, uno de los policías de la isla —sentí un leve nerviosismo al mencionarlo.

Papá dejó escapar un pequeño silbido y fingió sorpresa.

—Así que un policía... Veo que has subido el nivel, hija. —Se agachó para acariciar a Bob antes de levantar la vista y mirarme con interés—. ¿Y cómo es este Darío?

—Es… bueno, es amable, divertido y… bastante guapo, la verdad —respondí con una risa nerviosa—. Lo conocí hace poco, y aunque me ha costado dar el paso para quedar con él, reconozco que me gusta.

Mi padre me observó con esa mirada sabia que parecía desentrañar más de lo que decía.

—Entiendo, Vega. Después de todo lo que has pasado, es normal que te sientas así. No es fácil abrirse de nuevo, pero también es una oportunidad para ser más consciente de lo que realmente buscas en una pareja.

Sabía que tenía razón. Sus palabras, como siempre, lograban calmarme y darme perspectiva.

—Lo sé, papá. Por eso quiero ir despacio. No estoy buscando una relación formal ahora mismo.

Sonrió con ternura y posó una mano en mi hombro.

—Mientras no vuelvas a irte a la otra punta del mundo a hacer *puenting* o alguna de tus locuras arriesgadas, sal con quien quieras. No te apresures, cariño. Si en algún momento sientes que no es lo correcto, frena; pero si crees que vale la pena, déjate llevar poco a poco. Y, si resulta ser un idiota, bueno… siempre puedo tener una conversación amistosa con él. Ya sabes, tengo buenos contactos en la jefatura de policía.

Solté una carcajada, agradecida por su intento de aliviar mis nervios.

—Gracias, papá. No sé qué haría sin ti.

—Ni yo sin ti, hija —respondió mientras me abrazaba con fuerza. Luego, se dirigió hacia la puerta con Bob a su lado—. Bueno, me llevo a este campeón para que no te preocupes por él. Diviértete esta noche.

Después de despedirnos, permanecí un momento en la puerta y observé cómo se alejaba con el perro. Saber que estaba de acuerdo con este paso me daba tranquilidad.

Volví a entrar en casa, cogí mi bolso y me miré una última vez en el espejo del recibidor. Esta noche no solo sería una oportunidad para conocer mejor a Darío, sino también un paso hacia la reconexión con esa parte de mí que había permanecido dormida durante tanto tiempo. Aun así, los nervios seguían presentes, acompañados de una pequeña chispa de miedo.

El sonido de una moto que se aproximaba interrumpió mis pensamientos. Me asomé por la ventana justo a tiempo para verlo aparcar frente a mi casa. El rugido del motor se detuvo, y cuando se quitó el casco, supe que había tomado la decisión correcta al invitarlo. Estaba impecable, vestido completamente de blanco, con una camisa de lino que realzaba su piel bronceada y unos pantalones que caían con elegancia sobre sus sandalias. Parecía un modelo salido de una revista, y mi corazón se agitó al verlo.

Mientras me dirigía hacia la puerta, traté de calmar la oleada de nervios. No era solo que él estuviera impresionante, sino que esta era mi primera cita en mucho tiempo, y todo resultaba nuevo y un poco abrumador.

—Hola, Vega —saludó con una sonrisa que iluminaba su rostro cuando abrí la puerta.

—Hola, Darío —el calor subía a mis mejillas.

Sus ojos brillaron al mirarme, y no pude evitar sentirme especial bajo aquella atención tan directa.

—Estás preciosa —dijo con un tono sincero mientras su mirada se llenaba de admiración—. ¿Estás lista?

—Sí, lista —contesté con una sonrisa.

Me tendió un casco mientras señalaba la moto.

—Espero que no te importe viajar en moto. Es la mejor manera de moverse por la isla.

—No me importa en absoluto —respondí tomando el casco y ajustándolo sobre mi cabello. A pesar de los nervios, había algo en la idea de ir en moto con él que resultaba emocionante, casi liberador.

Me subí detrás de él y, al acercarme para sujetarme a su cintura, sentí el calor de su cuerpo. La moto arrancó suavemente, y mientras avanzábamos, no podía ignorar la fuerza de sus músculos bajo mis

manos ni cómo su proximidad me hacía desearlo con ganas. El viento fresco y el aroma del mar solo acentuaban esa atracción cruda, visceral, que me recorría de arriba a abajo.

Tras unos minutos de recorrido, llegamos a un pequeño restaurante. Al bajar de la moto, me quedé maravillada con lo que vi. El lugar estaba escondido en un jardín lleno de luces colgantes que pendían de las ramas de los árboles. Había algo mágico en la decoración: mesas dispuestas con elegancia entre la vegetación, rodeadas de un ambiente íntimo y acogedor.

—Este lugar es precioso —dije asombrada—. Nunca había estado aquí, aunque había oído hablar de él.

Darío sonrió, y su mirada irradiaba un cariño que me desarmó.

—Me alegra que te guste. Una amiga me lo recomendó hace un tiempo, y pensé que esta sería la ocasión perfecta para descubrirlo contigo.

Al escuchar «una amiga», un leve destello de celos me atravesó. ¿Quién sería esa amiga? Apenas conocía detalles de la vida personal de Darío, y ese desconocimiento encendía pequeñas alarmas en mi interior.

Mientras caminábamos hacia nuestra mesa, no pude evitar preguntarme si estaba confiando demasiado rápido. A pesar de su amabilidad y de lo cómoda que me sentía a su lado, esas dudas se instalaban como un eco que recordaba las lecciones aprendidas de experiencias pasadas.

Cuando nos sentamos, una mujer de unos sesenta años se acercó a nuestra mesa con una sonrisa radiante. Al ver a Darío, su expresión se iluminó aún más.

—¡Darío, querido! Qué alegría verte por aquí —exclamó mientras se inclinaba para darle un abrazo.

Darío se levantó y le devolvió el gesto con afecto.

—¡Hola, Ceci! Qué alegría verte. Te presento a Vega —dijo mientras se giraba hacia mí—. Ceci es la madre de uno de mis compañeros de la comisaría.

—Encantada, Vega —respondió con una sonrisa maternal que logró hacerme sentir más cómoda de inmediato—. Darío, siempre es un placer verte.

—Bueno, tú misma me recomendaste este lugar para una ocasión especial, y pensé que esta era la más importante de todas —replicó él con un guiño cómplice.

Ceci sonrió, claramente complacida.

—Me alegra que hayas venido. Estoy segura de que disfrutaréis mucho de la cena. Ahora dejadme traeros algo especial para empezar.

Se marchó con la misma energía con la que había llegado, dejándonos nuevamente solos. Me sentí un poco avergonzada por las dudas que había albergado minutos antes. Había juzgado demasiado rápido, y ahora comprendía que aquella «amiga» no era en absoluto lo que había imaginado.

—Vega —dijo Darío suavemente al notar mi expresión—. Espero que no te haya incomodado que mencionara a Ceci antes. Es alguien a quien respeto mucho.

Lo miré, y sentí cómo un peso se levantaba de mis hombros.

—No, no me incomodó. Es solo que... bueno, no te conozco tanto como quisiera, y supongo que a veces es fácil dejar que la imaginación vuele —admití con un atisbo de vulnerabilidad.

—Lo entiendo. Y quiero que sepas que me encantaría que me conocieras mejor; por eso estoy aquí contigo esta noche.

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

La noche transcurrió, y mis dudas se fueron disipando poco a poco. Aunque no estaba lista para comprometerme en algo serio, sentía que con Darío podía explorar lo que sentía, sin prisa y con la honestidad que ambos merecíamos.

Mientras saboreábamos el primer plato —una ensalada fresca con ingredientes locales—, Darío mostró interés por mi vida. Comenzó a hacer preguntas sobre mi familia, y pronto me vi hablándole de papá.

—Mi padre se llama Germán y es el dueño del club náutico de la isla —expliqué—. Es un lugar especial para él, donde ha pasado la mayor parte de su vida.

Sus ojos se iluminaron con curiosidad.

—¡Vaya! Debe de ser un lugar lleno de historias y aventuras.

—Lo es —afirmé—. Organiza actividades de paddle surf, buceo y paseos en moto acuática; incluso pequeñas excursiones en barco al atardecer. Es un hombre apasionado por el mar.

Darío sonrió mientras se limpiaba la boca con la servilleta de tela.
—¿Y alguna vez te has planteado llevarme allí? Me encantaría conocer ese lugar y, por supuesto a tu padre.

Empecé a ponerme nerviosa.
—Me encantaría llevarte. Podríamos hacer una pequeña excursión juntos, quizá al atardecer. Es una experiencia que nunca me canso de repetir.

—Suena perfecto —dijo Darío, y un brillo especial apareció en sus ojos—. ¿Y cómo es tu padre?

Tomé un sorbo de vino blanco antes de responder.
—Es un hombre fuerte y sabio. Me tuvo cuando era muy joven. Siempre ha sido mi apoyo incondicional. Después de la muerte de mi madre fue mi roca, aunque sé que también le costó mucho sobrellevarlo. Ambos tuvimos que pasar por un proceso de duelo muy duro.

Darío me escuchaba con atención, y la empatía en su mirada me confirmó que había elegido a la persona adecuada para compartir este momento.

—Debe haber sido muy difícil para ambos —dijo en voz baja—. Perder a alguien tan cercano no es algo fácil de superar.

Asentí mientras los recuerdos de esos días oscuros pasaban por mi mente. Fue entonces cuando decidí hablarle de Kairos, algo que no solía hacer a menudo porque llevaba años odiándolo con todas mis fuerzas.
—Sí, lo fue, pero, afortunadamente, y gracias a la insistencia de mi padre, encontré a alguien que me ayudó mucho durante ese proceso. Mi psicólogo.

Noté la curiosidad en la mirada de Darío, así que continué:
—Era diferente a cualquier otro psicólogo que hubiera imaginado. Cuando lo vi por primera vez, pensé que era el ayudante porque era demasiado joven. Nada que ver con esos profesionales carcas que te imaginas.

Darío soltó una risa suave.

—¿En serio? Cuéntame más. ¿Cómo eran esas sesiones con él?

Guardé silencio e intenté expresarme con las palabras adecuadas.

—Kairos... tenía una forma muy peculiar de tratarme —hice una pausa para gestionar la repulsa que sentía—. Tengo que aceptar que me hizo entender que el duelo no es algo que puedas superar, sino algo con lo que puedes aprender a convivir.

—A veces, las personas que nos ayudan a sanar son las que menos esperamos —comentó con un tono reflexivo.

—Así es —respondí con una leve sonrisa—. Él me enseñó que la vida sigue … aunque a veces tengamos que seguir pagando el precio de haberla retomado.

Darío, sumido en sus pensamientos, levantó la mirada tras unos segundos y añadió:

—Yo también tuve que ir al psicólogo cuando era niño. Mis padres se separaron, y no lo llevé muy bien. Me costó mucho adaptarme a la nueva situación, y fue entonces cuando me llevaron a hablar con alguien. Al principio no entendía por qué tenía que ir, pero poco a poco me di cuenta de que era necesario. Me ayudó a comprender que no todo lo que ocurre en la vida está bajo nuestro control.

Lo miré sorprendida por su apertura. No esperaba que él compartiera algo tan personal, pero me alegró que lo hiciera. Sentí que, de alguna manera, estábamos conectados por experiencias similares, por luchas internas que nos habían moldeado.

—Creo que esos momentos difíciles son los que nos hacen quienes somos, y compartirlos con alguien más... bueno, ayuda a que sean un poco más fáciles de llevar.

—Tienes razón, Vega. Y te agradezco poder compartir esto contigo.

La cena había sido perfecta. Tras terminar los postres y despedirnos de Ceci, la mujer que nos había recibido con tanta amabilidad, nos dirigimos hacia la moto de Darío. Él tomó el casco con una delicadeza que contrastaba con su imponente figura. Mientras lo colocaba sobre mi cabeza, sus dedos rozaron mi cabello y lo ajustaron con un cuidado que me desarmó. No pude evitar

sentir un leve escalofrío. Lo disfruté. Había algo reconfortante, casi embriagador, en la forma en que este hombre, tan alto, tan seguro de sí mismo, se tomaba el tiempo para mimarme. Me sentí pequeña, protegida, pero sobre todo, me sentí vista. Y, por un instante, olvidé el mundo que nos rodeaba. Después, se puso el suyo con rapidez.

—¿Lista para la fiesta? —preguntó esbozando esa sonrisa que logró ponerme nerviosa.

—¡Claro! —respondí, y nos subimos a la moto, preparados para el siguiente capítulo de la noche.

El trayecto hacia la discoteca transcurrió tranquilo; todo parecía perfecto. Volver a sentir sus músculos bajo mis manos era un gran placer. Sin embargo, justo cuando comenzaba a dejarme llevar por esa sensación, divisamos un control policial más adelante. Darío redujo la velocidad y detuvo la moto cuando uno de los agentes le hizo una señal con la mano.

—Si tenemos en cuenta que estamos juntos, algo tenía que salir mal —dije en tono de broma para suavizar los nervios que empezaban a asomar.

Él sonrió con calma.

—No te preocupes, estoy seguro de que esto no será un problema.

Cuando uno de los policías se acercó y Darío e quitó el casco, pude notar cómo la expresión del agente cambiaba al instante.

—¡Muchacho! —exclamó sorprendido al reconocerlo—. ¡Qué alegría verte por aquí!

Él le devolvió el saludo con una sonrisa cordial.

—¡Hola, Loren! Espero que no tengáis demasiada faena esta noche.

Los dos conversaron durante unos minutos sobre trabajo, e intercambiaron bromas con naturalidad. Mientras tanto, yo los observaba impresionada por la facilidad con la que mi cita manejaba la situación. Finalmente, Loren nos deseó una buena noche y nos permitió continuar.

—¿Ves? Todo bajo control —dijo al arrancar de nuevo la moto.

—Sí, pero debo admitir que por un segundo he pensado que la noche se iba a la mierda —respondí con diversión.

Llegamos al aparcamiento de la discoteca, y Darío dejó la moto en un lugar algo apartado, donde el sonido de la música llegaba como un eco suave. Bajé de la moto, me quité el casco y despejé mi cabello con un par de movimientos.

—Si te hubieran hecho la prueba de alcoholemia, estoy segura de que habrías dado positivo después de esa botella de vino —comenté en tono jocoso.

Darío me miró con una chispa de diversión en los ojos.

—¿Ah, sí? —respondió mientras levantaba la pierna izquierda e intentaba tocarse la nariz con la mano derecha. Lo hizo con una precisión sorprendente—. Estoy más fresco que una lechuga.

No pude evitar reírme; me encantaba su actitud despreocupada y juguetona.

—Bueno, entonces vamos a disfrutar.

Entramos al bullicioso Tropik, donde las luces vibraban al compás de los sonidos. De repente, sentí un toque en mi espalda. Al girarme, me encontré con Xuso.

—¡Vega! —exclamó—. ¡Qué guapa estás hoy! Y veo que vienes bien acompañada.

Dirigió su atención a Darío y le ofreció la mano con entusiasmo.

—Soy Xuso. Encantado de conocerte.

Darío aceptó el apretón con firmeza.

—Darío; el placer es mío.

Xuso lo observó con curiosidad y dijo:

—Tu cara me suena de algo… y no lo digo por el programa de la televisión.

Aunque no tardó en ser interrumpido por Nora, que apareció por detrás con su característico entusiasmo.

—¡Claro que te suena! —exclamó ella con una sonrisa traviesa—. Es uno de los policías que estaba aquí cuando Mere se desmayó. ¿Te acuerdas?

Xuso abrió los ojos claramente sorprendido.

—¡Joder con la Veguita! —soltó entre risas—. Bueno, ya sabes que la botella de ron sigue a tu nombre, pero Darío tendrá que pedirse sus cubatas.

Solté una carcajada ante la broma de siempre mientras Xuso se despedía con un gesto despreocupado.

—Nos vemos luego, chicos. ¡Disfrutad de la noche!

Nora, como era habitual, no tardó en llenar el vacío que él dejó. Me dio un abrazo fuerte, uno de esos que solo ella sabía dar, cargado de cariño y energía. Sin darme tiempo a reaccionar, se giró hacia Darío con la misma efusividad.

—¡Hola! Yo soy Nora, la mejor amiga de Vega. Espero que estés cuidando de ella.

Darío sonrió.

—Encantado, Nora. Tu amiga está en buenas manos.

Nora me miró de reojo, con una picardía inconfundible, y movió los labios de manera exagerada, asegurándose de que solo yo pudiera entender:

—Tú hoy mojas.

El rubor invadió mis mejillas antes de que pudiera evitarlo, pero ella ya se había subido a la barra con Eva para comenzar a bailar.

Cuando nos quedamos solos nuevamente, Darío me miró con diversión.

—¿Qué era eso de la botella de ron? —se inclinó hacia mí para hacerse escuchar por encima de la música.

—Aquí, en la discoteca, algunas chicas tenemos botellas reservadas con nuestros nombres. Es por dar imagen, pero como no me pagan por ello, me la dan gratis. Es una especie de tradición entre amigas, pero nos tienen prohibido dar de beber a ningún hombre. Es una regla un poco tonta, pero forma parte del juego.

Darío arqueó una ceja, claramente entretenido por la explicación.

—Eso suena un poco machista, ¿no te parece?

—Tal vez un poco —admití con una sonrisa—; aunque te prometo que contigo haré una excepción. Eso sí, si me la quitan, te encargarás tú de pagar mis cubatas el resto de la noche.

Con un gesto natural, Darío rodeó mi cintura y se inclinó para susurrarme algo al oído con una voz que hizo que mi piel se erizara.

—No me importará hacer eso y muchas cosas más.

Su cercanía, el tono de su voz, y esa manera de mirarme, me hicieron sentir un ligero temblor. Mi corazón se aceleró, y aunque

intenté mantener la compostura, era evidente que sus palabras me habían seducido.

—¿Qué te parece si empezamos con unos chupitos? —sugirió con una sonrisa cómplice.

—¿Chupitos? —arqueé una ceja con fingida incredulidad—. ¿Los polis también beben eso?

—Ven y verás —me guiñó un ojo—. Además, necesito algo que me dé valor para seguirte el ritmo. El otro día me insinuaste que cuando bebes, dejas de ser esta chica dulce que conozco, y, la verdad, no sé si fiarme de la Vega que puede aparecer.

Reí ante su broma mientras pedíamos un par de chupitos. Brindamos y los bebimos de un trago. El calor del alcohol descendió por mi garganta y dejó tras de sí un calor que, de algún modo, encendía un fuego dentro de mí. La noche apenas comenzaba, pero sentía que con Darío cualquier cosa era posible.

—¡Otro más! —dijo, levantando el vaso hacia el barman, quien nos sirvió otra ronda con rapidez.

Entre risas y comentarios, seguimos brindando uno tras otro, mientras observábamos a Nora bailar con Eva sobre la barra. Su energía era contagiosa y, como siempre, se convertía en el centro de todas las miradas masculinas. A pesar de la atención, ella simplemente disfrutaba del momento sin darle demasiada importancia.

—Mírala —comenté con una sonrisa—. Siempre ha sabido cómo robarse el *show*.

—Tiene una energía increíble —respondió Darío, pero sus ojos pronto regresaron a mí—. Aunque, si te soy sincero, prefiero mirarte a ti.

El comentario me descolocó. Antes de que pudiera reaccionar, la música cambió a un ritmo más animado, y él, sin pensarlo demasiado, tomó mi mano con suavidad.

—Vamos a bailar.

Me dejé llevar mientras me guiaba hacia la pista. La multitud se movía al compás de la música, y nosotros nos unimos a ese ritmo electrizante. Después de un rato bailando, recordé algo importante relacionado con mi trabajo.

—Darío, necesito pedirte un favor —dije cerca de su su oído para que pudiera escucharme entre el bullicio—. Necesito unas fotos para las redes sociales de la discoteca. Tú serías perfecto para representar la imagen de la fiesta ibicenca.

Él levantó una ceja con una sonrisa pícara y se cruzó de brazos, después adoptó una pose exagerada.

—¿Llevas las redes de este lugar? —preguntó claramente sorprendido.

—¡Sí!

—La de cosas que estoy aprendiendo de ti esta noche... —añadió, antes de posar como si fuera un modelo profesional—. ¿Así? ¿Qué tal me ves?

No pude evitar reírme.

—Pareces sacado de un anuncio de motos. Tienes toda la pinta de un malote.

Mientras decía esto, saqué mi móvil y tomé varias fotos; intenté no reírme demasiado para no mover la cámara. Tras hacerle varias tomas, le pregunté:

—¿Me puedes levantar para hacer una foto del local desde lo alto?

—¡Ven para acá! —me agarró de la cintura y me levantó como si yo fuese peso pluma. Aproveché rápidamente para hacer un par de fotos del ambiente.

Darío, divertido, sugirió:

—¿Qué te parece si nos hacemos un *selfie* juntos? Creo que eso mejoraría aún más la publicación.

Nos acercamos para la foto, y mientras él sostenía el móvil, capturó el momento con precisión, pero justo cuando el *flash* se apagó, una voz fuerte y familiar gritó mi nombre desde la multitud. Me giré rápidamente para buscar el origen, y mis ojos se encontraron con alguien que no esperaba ver allí: Albert, mi exmarido.

Mi corazón se detuvo por un instante porque nunca había sido de los que frecuentaban este tipo de lugares, y encontrarlo allí, era desconcertante. La tensión me atrapó pero Darío, siempre atento, se apartó ligeramente para darme el espacio que necesitaba.

Albert se abrió paso entre la gente y, para mi sorpresa, me saludó con una sonrisa que no tenía nada que ver con nuestras últimas interacciones.

—¡Hola, hermosa! —dijo con naturalidad.

—Albert —respondí con una sonrisa forzada—. No esperaba verte esta noche.

Albert miró a Darío de reojo, lo evaluó de arriba a abajo, y después me lanzó una frase que destilaba condescendencia:

—Así que estás de vuelta en el juego... Me alegro por ti. Aunque ya sabes, si por algún motivo esto no funciona... siempre puedes regresar a lo que ya conoces, ¿no? Al final, hay sabores que son difíciles de olvidar.

Sentí indignación y repulsión. Su sonrisa arrogante y su actitud altiva me recordaron exactamente por qué lo había dejado. Ese aire de superioridad con el que asumía que yo estaría dispuesta a regresar con él solo reafirmaba lo lejos que estaba de mi vida y de mi corazón.

Lo observé en silencio y dejé que mi mente se aclarase. Con toda la calma que pude reunir, nos despedimos con un intercambio cortés de palabras, y lo vi desaparecer entre la multitud. Me quedé quieta unos segundos, necesitaba digerir lo ocurrido, hasta que giré hacia Darío, que me miraba con curiosidad.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí… —asentí, aunque aún sentía un nudo en el estómago—. Es mi ex.

Me dedicó una sonrisa tranquila.

—No tienes que hablar de ello si no quieres.

Sentí un alivio inmediato al escucharlo.

—Siento esto, Darío. No esperaba encontrármelo —dije con un suspiro.

—No tienes que disculparte. De hecho, me ha gustado ver cómo lo has manejado. Nunca has hablado mal de él, y eso dice mucho de ti —hizo una pausa y añadió con un destello de humor en los ojos—. Yo nunca he logrado quedar bien con ninguna de mis ex.

Sonreí por su comentario y sentí cómo la tensión empezaba a desvanecerse gracias a lo comprensivo que era. Justo cuando

parecía que la noche retomaría su curso, la música se apagó abruptamente. Un murmullo de confusión recorrió a la multitud, y el silencio posterior resultó casi ensordecedor.

Desde algún lugar de la barra, la voz de Xuso se alzó sobre el caos.

—¡No os preocupéis! —gritó desde su posición elevada—. Ha habido un corte de luz, pero todo está bajo control. ¡En unos minutos volvemos a darlo todo!

Darío y yo intercambiamos una mirada en aquella penumbra, y entonces tomó mi mano, esta vez con más firmeza. Me guió hacia la salida, donde al menos la luz de las estrellas ofrecía algo de claridad.

La discoteca daba directamente al mar, y el paisaje que se desplegaba ante nosotros era casi mágico. Las estrellas brillaban intensamente y se reflejaban en la superficie del agua, mientras las olas rompían suavemente contra la orilla. El entorno tenía una serenidad inesperada, un contraste sorprendente con el bullicio que habíamos dejado atrás.

No dijimos nada hasta que finalmente Darío rompió el silencio.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo con suavidad mirando hacia el horizonte.

—Sí, lo es —respondí, sin apartar la vista del reflejo de las estrellas en el agua. Él se volvió hacia mí, sus ojos encontraron los míos en la penumbra.

—Algo tenía que salir mal… —comenté con un tono ligero.

Darío soltó una breve risa.

—Bueno, el otro día, cuando fuimos a ese rincón secreto, todo salió perfecto.

—Es verdad —recordé la paz de aquel lugar.

Me observó detenidamente un momento, y luego preguntó con cuidado:

—¿Quieres que te lleve a casa o esperamos por si vuelve la luz?

Su tono era amable. Dejaba claro que cualquier decisión estaría bien para él. Sin embargo, había un matiz en su mirada, una tensión sutil que hacía que el aire entre nosotros pareciera cargado de posibilidades. Lo miré y sabía que lo más lógico sería volver a casa, pero algo en mí deseaba prolongar esta conexión.

—Podríamos ir a mi casa —sugerí en voz baja, incluso dudé por un instante de cómo sonaría—, y seguir charlando, tomar algo… si te apetece.

Darío me miró con atención como si quisiera asegurarse de que mi invitación era real. Luego, una sonrisa suave se dibujó en sus labios, una sonrisa que me hizo sentir segura.

—Me encantaría —respondió.

Nos dirigimos hacia la moto. Durante el trayecto de regreso a casa, sentí el calor de su cuerpo al rodearlo con mis brazos, mientras el aire fresco de la noche avivaba el ritmo acelerado de mi corazón. Me percaté de que la cercanía con Darío despertaba en mí una chispa de deseo, una necesidad física que buscaba liberar la tensión acumulada a través del sexo. Sin embargo, sabía que no podía permitir que esa emoción trascendiera. Estaba acostumbrada a controlar ese juego interior: cuando detectaba ese cosquilleo en mi interior, lo apagaba con rapidez. No quería, ni debía dejar que esos sentimientos ganaran espacio en mi corazón, un territorio que había decidido reservar únicamente para mí. Era mi refugio, y yo marcaba el compás de mis emociones.

Al llegar a casa, bajé de la moto y nos quedamos un instante frente a la puerta, mirándonos con una ligera tensión hasta que decidimos entrar.

—¿Te apetece un poco de Ventisca? —pregunté mientras caminaba hacia la cocina.

—¿Ventisca? —respondió con curiosidad mientras me seguía.

—¿No lo conoces?

—No, pensaba que una ventisca era algo relacionado con el viento.

Preparé dos vasos y le entregué uno. Luego nos acomodamos en el sofá, con una distancia prudente entre nosotros, pero lo suficientemente cerca para sentir que no estaba sola.

—¿Y este licor verde? —inquirió Darío mientras levantaba el vaso para observar el contenido—. Parece una especie de poción mágica.

—Es un licor típico de aquí —expliqué con una sonrisa—, y no está tan lejos de serlo, al menos según las leyendas.

—¿Ah, sí? Me tienes intrigado. ¿Qué tiene de especial?

—Se elabora exclusivamente con plantas que crecen en las montañas de la isla, en el punto donde la brisa del mar y la niebla convergen. Dicen que si no lo tomas helado, pierdes lo mejor de su sabor… y también su efecto.

—¿Y cuál es ese efecto? —me preguntó con escepticismo.

—Es difícil de describir. No es solo su sabor, sino la conexión que crea. Los primeros habitantes de Coraluna creían que Ventisca purificaba el alma y reforzaba el vínculo con la isla. Siempre lo usaban en ceremonias de despedida o bienvenida.

Darío asintió lentamente a la vez que escuchaba lo que le explicaba.

—Interesante... ¿entonces me lo has ofrecido para darme la bienvenida a la isla? —me miró fijamente y eso me hizo sonreír.

—Cuando lo pruebas, te conviertes en un isleño más —le respondí con picardía.

—¿Hay algún ritual para beberlo o simplemente se toma? —preguntó con una chispa de diversión en la mirada.

—Un poco de ambos —respondí entre risas—. La tradición dice que primero debes sostener el vaso frente a la luz para apreciar su color. Luego, inhalas su aroma, con ese toque fresco de las plantas. Después, colocas una pizca de sal en la lengua, como un homenaje al mar, y tomas un pequeño sorbo.

—Parece que tienes mucha práctica con esto —arqueó una ceja mientras su sonrisa se acentuaba.

Le devolví la sonrisa y me incliné un poco hacia él, como si le confiara un secreto.

—Alguna vez lo he hecho. Ah, y no olvides el último trago. Tienes que tomarlo mirando al mar. Es una señal de respeto hacia los antiguos isleños; así, tu espíritu queda en armonía con el de la isla.

Darío acercó el vaso y aspiró el licor.

—Me gusta la idea. ¿Crees que funcionará? —preguntó con su mirada fija en la mía.

Lo observé por un instante, atrapada por la curiosidad de su expresión.

—Creo que dependerá de cuánto estés dispuesto a dejarte conquistar por este lugar —respondí con una sonrisa que reflejaba mucho más de lo que decía con palabras.

—Por este lugar y por una de sus habitantes —dijo antes de darle un trago.

Al dejar el vaso en la mesa, sus ojos se clavaron de nuevo en los míos. No pude evitar que una sonrisa, tímida pero cargada de atrevimiento, asomara en mis labios.

—¿Así que el famoso licor Ventisca tiene más de una función? — se inclinó unos centímetros hacia mí.

El calor de su proximidad me envolvió. Su respiración se estaba entremezclando con la mía, y entonces, su mano rozó ligeramente mis dedos; un contacto sutil que parecía una pregunta sin palabras. Me quedé inmóvil y permití que el momento creciera entre nosotros. Dejé que el aire se cargara con esa tensión expectante que parecía haber estado presente desde el principio.

—Quizá —susurré y mi voz estaba tan baja como el latido que sentía en mis oídos.

Vi cómo su mirada recorría mi rostro y se detenía en mis labios. Esbozó una sonrisa lenta, provocadora, mientras se acercaba lo suficiente como para que nuestros alientos se encontraran. El deseo había tomado el control, una atracción innegable que ninguno de los dos intentó reprimir.

Sus labios rozaron los míos, primero con suavidad, como una caricia, pero enseguida, la intensidad de su deseo se hizo evidente, tan urgente y abrasador como el mío. Su mano, firme pero delicada, se posó en mi cintura, me atrajo hacia él con una fuerza puramente instintiva, mientras despertaba en mí un anhelo crudo que no buscaba amor, sino placer.

Mis dedos se posaron sobre su corto cabello. Podía sentir su respiración contra mi cuello, su pecho firme rozando el mío, y el leve temblor de sus dedos al explorar mis formas. Su calor irradiaba contra mi cuerpo y hacía que cada roce, cada movimiento, me dejara sin aliento, como si estuviera descubriendo algo deliciosamente inevitable.

El mundo desapareció mientras nos perdíamos en ese sofá y después en mi cama. Las primeras luces del amanecer comenzaron a colarse tímidamente por las ventanas y nos bañaron con un resplandor dorado que no prometía un nuevo comienzo, sino el recuerdo de una noche entregada al deseo más puro y visceral.

13
13 años atrás…

Recuerdo aquel día con una claridad sorprendente. Mere y yo habíamos salido del instituto y, como casi siempre, decidimos volver a casa paseando por el mercado de la isla. Mi amiga hablaba animadamente sobre algo que había ocurrido en clase de arte, pero yo apenas prestaba atención. Mi mente estaba en otro lugar, atrapada en un torbellino de pensamientos desordenados desde que mamá se había ido.

Y entonces lo vi. Kairos estaba junto a un puesto de especias, vestido con una camiseta colorida y unos pantalones de lino color caqui. Parecía tan diferente, tan... normal, que casi me costó reconocerlo; pero lo que realmente me desconcertó fue cómo respondió su cuerpo cuando nuestras miradas se cruzaron, como si él también se sorprendiera de encontrarme allí.

—Kairos... —murmuré, y mi voz tembló un poco, casi sin darme cuenta.

Él sonrió. No fue la típica sonrisa profesional de nuestras sesiones, sino una más cercana. Se acercó a nosotras con esa calma que siempre parecía envolverlo.

—Vega, ¿qué tal? —preguntó cuando se detuvo a nuestro lado—. No esperaba encontrarte en el mercado.

—Yo tampoco... te esperaba aquí —sentí de inmediato un calor incómodo en mis mejillas. Busqué una salida rápida y lancé una broma—. ¿Buscas especias para alguna de tus sesiones? ¿En la próxima me tocará cocinar?

Kairos arqueó una ceja, visiblemente sorprendido por mi comentario, pero su sonrisa se amplió.

—Quién sabe —me siguió el juego—. Cocinar puede ser muy terapéutico. ¿Te animarías?

Reí nerviosa, más por cubrir mi incomodidad que por auténtica diversión, mientras mi corazón latía más deprisa de lo habitual.

—No sé si se me da bien cocinar, pero supongo que siempre hay una primera vez para todo. Aunque quien realmente lo agradecería sería mi padre, porque al pobre no le sale nada decente.

Mere, que había observado la conversación en silencio, nos miraba con una sonrisa socarrona, como si hubiera captado algo más allá de lo que tenía delante de sus narices. Kairos desvió la mirada hacia ella y le dedicó un saludo cortés.

—Hola, soy Kairos. ¿Cómo estás? —preguntó con amabilidad.

—Muy bien, gracias. Yo soy Mere —respondió ella con una sonrisa juguetona y luego me lanzó una mirada cómplice—. Parece que ya has planeado la próxima sesión de Vega, ¿eh?

Sentí cómo mis mejillas ardían aún más. Él soltó una risa ligera, pero sus ojos reflejaban cierta sorpresa por el comentario.

—Siempre hay que estar preparado —repuso antes de volver a dirigirse a mí—. Bueno, no quiero interrumpir vuestro paseo. Disfrutad del mercado.

—Gracias —logré decir con una voz más baja de lo que pretendía —. Nos vemos pronto.

Nos despedimos, y mientras Kairos se alejaba entre la multitud, un gran alivio se asentó en mi pecho.

—Vaya, vaya... —Mere rompió el silencio con una risita cuando desapareció de nuestra vista—. ¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —intenté sonar indiferente, aunque sabía que no engañaría a nadie.

—Eso de ahí ha sido un tonteo en toda regla, amiga mía —dijo dándome un pequeño codazo—. No lo niegues. ¿Desde cuándo te pones tan nerviosa al hablar con tu psicólogo?

—No fue... nada —protesté, aunque mi voz carecía de convicción. Estaba segura de que mi rostro seguía rojo, y odiaba lo vulnerable que me sentía—. Es solo raro verlo fuera, eso es todo.

—Claro, lo que tú digas, pero, ten cuidado, Vega. No vaya a ser que acabes cocinando algo más que una receta en esas sesiones.

14
13 años atrás…

El despacho de Kairos siempre había sido un refugio seguro para mí, pero esa tarde, mientras me acomodaba en el sillón, sentía algo distinto en el ambiente. No sabía si era por nuestro encuentro en el mercado o porque, poco a poco, empezaba a darme cuenta de cosas que antes me parecían ajenas.

—¿Cómo te has sentido desde la última vez que hablamos? —preguntó con su voz tranquila.

Me encogí de hombros mientras jugueteaba con un mechón de mi cabello.

—He tenido días mejores... y peores. Supongo que eso es normal.

Kairos me observaba con atención, sin presionarme para que dijera más, pero sus ojos parecían invitarme a continuar.

—En el mercado... —comencé a decir aunque sentía cierta inseguridad—, mencionaste que cocinar podía ser terapéutico. ¿Hablabas en serio?

Kairos inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás y esbozó una sonrisa serena.

—Lo decía completamente en serio. Cocinar es una forma de centrarte en el presente. Los ingredientes, las texturas, los olores... todo contribuye a crear una experiencia sensorial que puede ayudarte a desconectar del dolor y a reconectar contigo misma; pero no he querido proponértelo aquí porque ya hiciste suficiente al regarme las plantas. No quiero que sientas que me estoy aprovechando.

—No me sentiría así —repliqué casi de inmediato, sorprendida por la firmeza de mi respuesta—. De hecho, creo que podría ayudarme. Quizá hacer algo con las manos, en lugar de limitarme a hablar, sea lo que necesito para procesar lo que siento.

—Con las manos se pueden hacer muchas cosas… —dejó la frase en

el aire. Fue como si se arrepintiera al instante; desvió los ojos hacia un lado al notar mi desconcierto—. Fuera bromas —añadió enseguida para suavizar el momento con una ligera sonrisa—. Podríamos intentarlo. Seguro que se me ocurre una receta sencilla, pero, por favor, avísame si en algún momento te sientes incómoda; esto es para ti, no para mí.

—Bueno, eso dependerá de lo bien que manejes tus propias manos —respondí, arqueé una ceja y dejé que una sonrisa traviesa se dibujara en mis labios, tratando de seguirle el juego para aliviar la tensión.

Kairos soltó una risa corta, claramente sorprendido por mi respuesta, y me devolvió la mirada con un destello de diversión en los ojos.

—*Touché*. Pero cuidado, porque puede que ahora te ponga a cortar cebollas solo para comprobarlo.

—Perfecto —respondí, con una confianza que no sabía de dónde salía—. Llorar es mi pasión, ya lo has ido viendo.

Su sonrisa se amplió mientras negaba levemente con la cabeza.

—Me gusta este lado tuyo, Vega. Creo que va a ser una sesión interesante.

Sin decir nada más, se puso en pie e hizo un gesto para invitarme a seguirlo hacia la cocina. Su actitud se percibía más cómoda, más natural.

La cocina de Kairos era un espacio amplio y acogedor, con un toque rústico. El suelo de madera crujía bajo nuestros pasos, y en el centro destacaba una gran mesa rodeada de sillas robustas. Las paredes estaban adornadas con estantes repletos de tarros de especias y utensilios que colgaban con un orden casi obsesivo.

—Vamos a preparar algo que a mi abuela se le daba de maravilla —dijo mientras abría la puerta de una despensa que parecía el rincón secreto de un *chef*. Sacó ingredientes frescos con una precisión casi ceremonial—. Una ensalada tibia de verduras asadas con queso de cabra. Es fácil, pero tiene muchos matices, como la vida misma. A veces, lo más simple puede resultar profundamente significativo si se combina bien.

Colocó calabacines, pimientos, cebollas rojas y una pequeña rueda de queso de cabra sobre la encimera de mármol con un cuidado que rozaba la reverencia. Al lavar las verduras, lanzó una pregunta que me pilló completamente por sorpresa:

—¿Cuál era el plato favorito de tu madre?

El aire pareció detenerse. La pregunta me obligó a buscar entre recuerdos que no solía visitar. Mamá tenía muchos platos favoritos, pero uno en particular siempre destacaba.

—Le encantaba el *risotto* de setas —respondí con un nudo en la garganta al evocar las veces que lo habíamos cocinado juntas—. Decía que la cremosidad del arroz, combinada con el sabor terroso de las setas, era como un abrazo en un plato.

Kairos detuvo lo que hacía y me dirigió una mirada de cariño, como si entendiera la importancia de ese recuerdo. Luego, retomó el corte de las verduras con movimientos cuidadosos.

—El *risotto* es un plato que requiere paciencia. No puedes apresurarlo; tienes que estar presente, removiendo constantemente para que el arroz suelte su almidón y logre esa textura cremosa. Es un poco como el duelo, ¿no crees? Necesita tiempo, dedicación… si intentas acelerar el proceso, puede quedarse crudo por dentro.

Me concentré en cortar las cebollas, e intenté desviar mis pensamientos, pero sus palabras seguían en mi mente, reverberando.

—Supongo que tienes razón —dije finalmente—. Es fácil querer que todo termine rápido, pero sé que no funciona así.

—Exactamente —respondió sin apartar la vista de las verduras—. A veces necesitamos permitirnos sentirlo todo, incluso lo más incómodo, para poder sanar.

Me comenzaron a picar los ojos y Kairos al darse cuenta intervino:

—¡Espera! Te voy a enseñar un truco para que no te haga llorar —dijo mientras cogía un recipiente, lo llenaba de agua y sumergía la cebolla—. Córtala directamente ahí dentro. Verás cómo así es mucho más llevadero.

Le hice caso y, efectivamente, el ardor en mis ojos comenzó a desaparecer.

—Gracias por el truco. No tenía ni idea —le dije todavía sorprendida por lo efectivo que era.

Kairos levantó la vista hacia mí.

—No me gusta verte llorar.

Mi corazón dio un vuelco. Sus palabras me pillaron completamente desprevenida. Me dejó sin saber qué responder. Desvié la mirada hacia la cebolla, fingí concentrarme en el corte que estaba haciendo, pero mis manos temblaron ligeramente al sujetar el cuchillo.

—Llorar por culpa de una maldita cebolla no es tan malo— balbuceé, intentando quitarle importancia al momento mientras el calor subía a mis mejillas. Sabía que estaba roja como un tomate, y eso solo aumentaba mi nerviosismo—. Así me limpia los ojos.

Kairos sonrió de lado. No insistió, pero su mirada seguía ahí, fija en mí, como si supiera exactamente lo que estaba pasando en mi cabeza.

Tras este tenso momento, me explicó con detalle cómo asar las verduras; insistió en que el calor debía ser el adecuado para que se caramelizaran sin quemarse. No podía evitar pensar en las metáforas que empleaba una vez más. ¿Eran solo eso, metáforas o escondían algo más?

—No siempre es fácil encontrar el equilibrio —continuó mientras colocaba las verduras en una bandeja para hornear—. A veces, cuando estás en medio del proceso, parece que todo está fuera de lugar, como si nada encajara, pero con el tiempo, las piezas empiezan a encontrar su lugar, los sabores se mezclan, y, de repente, todo cobra sentido.

Decidí acercarme para ayudarlo a esparcir las verduras en la bandeja. La proximidad entre ambos me ponía inesperadamente nerviosa. Intentaba concentrarme en la tarea, pero cada vez resultaba más difícil. Jamás había cocinado junto a un chico.

—¿Y si algo se quema, qué haces? —pregunté, y sentí cómo mi voz se entrecortaba levemente.

—Lo descartas —dijo al fin—, pero también aprendes de ello. Entiendes que no todo tiene que salir perfecto a la primera. Y está bien, porque lo importante no es la perfección, sino el proceso, el

aprendizaje. Con el duelo sucede lo mismo: habrá momentos en los que te sientas quemada por dentro, pero eso no significa que todo esté perdido. Siempre puedes empezar de nuevo, usar lo que has aprendido y seguir adelante.

Sus palabras me envolvían, y aunque intentaba mantenerme centrada, me resultaba complicado no perderme en todo lo que me contaba. Había algo en la forma en que sus ojos buscaban los míos, que me descolocaba.

—¿Te refieres solo al duelo? —me atreví a preguntar, y creo que crucé un límite que, tal vez, no debería.

Kairos me miró con una intensidad que hizo que el tiempo pareciera detenerse. En ese instante, sentí una vulnerabilidad desconocida, como si él pudiera ver más allá de lo que yo misma entendía de mí.

—Sí, me refiero al duelo, Vega —respondió, aunque su voz sonaba más suave, casi íntima—, pero también hablo de la vida en general. A veces, lo que pensamos que está roto o quemado puede transformarse en algo inesperado, algo mejor.

Sentí que caminábamos por una línea peligrosa. Quizá todo estaba en mi cabeza, pero no podía controlar el nudo que se formaba en mi pecho.

Cuando las verduras estuvieron listas, Kairos las sacó del horno, las colocó en la mesa junto con el queso de cabra desmenuzado y una vinagreta casera. Me sirvió un plato y se sentó frente a mí.

—Es importante que recuerdes que el duelo no tiene un único sabor. Habrá momentos amargos, pero también dulces. Está bien permitirte experimentar ambos. La vida es una mezcla de sabores, y con el tiempo, aprenderás a combinarlos.

—¿Esto me lo tengo que comer? —pregunté en un intento por aliviar la tensión con un toque de humor.

—¡Claro! ¿No conoces eso de «yo me lo guiso, yo me lo como»?

—¿Otra metáfora?

—Algo así… —sonrió levemente—. Somos responsables de nuestras acciones y debemos afrontarlas, para bien o para mal.

Noté cómo su tono adquiría una leve carga de autocrítica, probablemente refiriéndose al comentario torpe que había hecho

antes sobre las manos. Decidí seguirle el juego.

—¿Y tú a quién le preguntaste si me gustaba el queso de cabra? —dije en tono burlón.

—¿No te gusta? —Sus ojos se abrieron con fingida preocupación.

—Yo no he dicho que no me guste... —respondí mientras le sostenía la mirada con desafío.

—¡Dios, Vega! Mira que eres volátil e impredecible.

La carcajada que solté fue inevitable, y al instante él también se relajó. Esa naturalidad entre nosotros era extrañamente cómoda, aunque al mismo tiempo desconcertante.

Comimos en silencio durante algunos momentos, intercalando pequeñas conversaciones sobre mamá. Por primera vez, me sentí capaz de hablar de ella sin que una presión insoportable me aplastara el pecho. Descubrí que el recuerdo comenzaba a llenarse de cariño en lugar de dolor.

Cuando terminamos, Kairos me acompañó hasta la puerta.

—Gracias por cocinar conmigo —quería disimular la turbación que sentía—. Fue… diferente.

—Me alegra que lo hayas disfrutado —respondió con su tono habitual, ese que siempre parecía profesional. Sin embargo, había algo en su mirada que sugería que también él había sentido esa tensión, aunque no lo admitiera.

Salí de su casa con una mezcla de emociones que revoloteaban en mi interior, sin saber cómo interpretarlas. Cocinamos juntos, casi como una pareja, y solo pensar en ello me provocaba un escalofrío de angustia.

Había una nueva capa en nuestra relación, una conexión que no había notado antes o que, tal vez, siempre había estado ahí, latente. La línea entre lo profesional y lo personal se había desdibujado, por lo menos para mí, y eso me asustaba tanto como me fascinaba.

15

El sonido distante de un gallo rompió el silencio de la mañana y me despertó con suavidad. Abrí los ojos despacio y lo primero que vi fue a Darío, aún adormilado a mi lado. Era la primera vez que despertaba junto a un hombre desde mi separación. Había disfrutado de su compañía intensamente... y de cada instante junto a su cuerpo.

—¿Un gallo? —murmuró Darío sin abrir los ojos, aunque una sonrisa perezosa asomaba en sus labios—. ¿Dónde estamos, en una granja?

No pude evitar reír por su manera de tomarse todo con humor.

—Bienvenido a la isla —respondí mientras apoyaba la cabeza en su pecho—. Aquí no usamos relojes; solo los gallos marcan el inicio del día.

Él soltó una carcajada baja, el sonido resonó en su pecho musculoso, y provocó en mí una sensación de conexión tan inesperada como placentera.

—No me importa despertarme así… —susurró. Yo levanté la mirada y me la devolvió con intensidad, cuidado y deseo, aunque algo dentro de mí me instó a no dejarme llevar del todo por esos preciosos ojos.

El aroma fresco de la mañana se mezclaba con la brisa salada de la isla. Aquella atmósfera parecía rozar la perfección.

—Esto es muy diferente a mis mañanas habituales —comentó mientras acariciaba suavemente mi brazo.

—¿Ah, sí? —pregunté, con interés genuino—. ¿Cómo son tus mañanas normalmente?

Darío sonrió y dejó entrever una expresión casi nostálgica.

—Bueno, si no he tenido guardia nocturna, suelo levantarme temprano para salir a correr. Es una especie de ritual que tengo desde que era adolescente. Mi abuela me llevaba a explorar las

montañas cuando visitábamos su casa en los Pirineos. Es algo que me calma y me ayuda a ordenar mis pensamientos.

Lo miré con sorpresa. No había imaginado a Darío como alguien que disfrutara de algo tan sereno y reflexivo como correr en plena naturaleza; siempre lo había asociado más con las máquinas del gimnasio.

—Eso es... inesperado —admití con una sonrisa curiosa—. No te veía como alguien que se conectara de una forma tan profunda con la naturaleza.

—Supongo que es algo personal —respondió encogiéndose de hombros—. Aquí en la isla he encontrado un tipo de paz diferente a la de las montañas, pero igual de intensa.

—Tal vez por eso nos entendemos tan bien —comenté—. La naturaleza tiene esa capacidad de sanar y de ponerte las cosas en perspectiva.

—Exactamente —replicó—. Quizá por eso nos hemos encontrado aquí.

—Serendipia —recordé esa la palabra que tanto me gustaba cuando era adolescente.

Darío repitió la palabra en voz baja, como si la saboreara.

—Serendipia... Sí, creo que describe perfectamente lo que vivimos, ¿no crees? Algo inesperado que aparece cuando no lo buscas.

Sentí un cosquilleo recorrerme, pero a pesar de lo bien que me sentía, una sombra de duda se deslizó en mis pensamientos.

—Darío... —me sentía vulnerable—. Tengo miedo de que esto vaya en serio. No sé si estoy lista para... otra relación.

Él me miró con ternura y tomó mi mano entre las suyas con delicadeza.

—No tienes que estar lista para nada —respondió con suavidad —. Vamos paso a paso, sin prisa. No quiero que sientas que esto es una carrera. Lo importante es que estemos bien y disfrutes del presente, sin preocuparte demasiado por el futuro.

Le agradecí su paciencia, la forma en que me dejaba espacio para ser yo misma, sin presiones. Era justo lo que necesitaba escuchar. En ese momento, un suave tamborileo comenzó a sonar

sobre el techo. Miré hacia la ventana y vi pequeñas gotas de lluvia deslizarse por el cristal, algo inusual en la isla.

—¿Llueve? —pregunté sorprendida.

—Cada vez que estamos juntos, algo tiene que torcerse, ¿no? Primero el gallo, ahora la lluvia en una isla donde apenas llueve una vez al año... —bromeó con una sonrisa traviesa.

—Tal vez sea una señal —seguí el juego, pero él negó con la cabeza divertido.

—O quizá el universo nos está diciendo que no importa lo que pase, siempre encontraremos la manera de disfrutarlo.

Nos levantamos de la cama y nos acercamos a la ventana. Él estaba tras de mí. Apoyó su barbilla en mi hombro y me rodeó con sus brazos. Juntos observamos cómo las gotas humedecían la tierra reseca y liberaban un aroma profundo y característico que llenó la habitación.

—Ese olor... —aspiré profundamente—. Petricor. Así se llama el perfume de la lluvia sobre la tierra seca.

Darío me miró con curiosidad.

—No conocía esa palabra. Suena... especial.

Por un instante, mi mente viajó al pasado, a cuando Kairos me enseñaba palabras nuevas que me fascinaban. Sentí una punzada de nostalgia, pero no quise quedarme en ese recuerdo. No merecía desaprovechar mi tiempo en él. Regresé al presente, decidida a disfrutar el momento.

—Es uno de mis olores favoritos —dije con una sonrisa mientras miraba de nuevo la lluvia.

—Quizá es porque apenas llueve. Lo poco gusta, lo mucho cansa…

Darío me atrajo más hacia él. Permanecimos así, contemplando cómo el agua transformaba el paisaje.

—Nada va a estropear este momento —dijo de repente con un brillo en los ojos—. De hecho, propongo que salgamos y aprendamos a bailar bajo la lluvia. Si cada vez que estamos juntos algo se tuerce, mejor acostumbrarnos a disfrutarlo.

Estaba encantada por su actitud. Tomó mi mano y, entre risas, salimos al pequeño jardín que rodeaba la casa. La lluvia nos empapó

en cuestión de segundos, pero lejos de incomodarnos, dejamos que nos envolviera mientras nos mirábamos a los ojos.

—Es una buena filosofía de vida —levanté el rostro hacia el cielo para sentir las gotas frescas en mi piel—. Aprender a bailar bajo este agua.

Reímos y nos movimos juntos, torpes pero felices. Por primera vez en mucho tiempo, sentí una felicidad pura. No solo por estar con Darío, sino porque estaba aprendiendo a vivir de nuevo, a encontrar belleza incluso en las tormentas inesperadas que la vida me traía.

De pronto, un sonido interrumpió el momento. Un coche se acercaba a toda velocidad por el camino de grava. Nos detuvimos, desconcertados, mientras el vehículo frenaba bruscamente frente a la casa. La puerta se abrió de golpe y bajó Mere. Su rostro, empapado, estaba también cubierto de lágrimas. El rímel corrido dibujaba manchas negras que acentuaban su expresión de angustia.

—¡Mere! —corrí hacia ella sin dudar. Darío me siguió de cerca, visiblemente preocupado.

Mi amiga permaneció inmóvil mirando nuestra escena bajo la lluvia, pero no parecía importarle. En cuanto llegué a su lado, se derrumbó en mis brazos; sollozó con una intensidad que me rompió el corazón.

—¿Qué ha pasado? Mere, ¿qué ocurre? —le pregunté mientras acariciaba su cabello mojado.

Ella se aferró a mí como si fuese su única tabla de salvación. Sus palabras, entrecortadas y cargadas de desesperación, salieron a duras penas.

—Era todo mentira, Vega... todo. Fonsi... —su voz se quebró—. Fonsi me ha estado engañando todo este tiempo.

Darío se acercó y, sin decir nada, puso una mano en su hombro. La tormenta ya no solo estaba en el cielo; ahora había una en el corazón de mi amiga, y yo estaba dispuesta a acompañarla.

—Vamos adentro —dijo el policía con suavidad—. Hablaremos allí.

Empapados hasta los huesos, los tres entramos en la casa. El calor del interior nos envolvió al cruzar la puerta, pero el ambiente estaba cargado de tensión. Mientras Mere se desplomaba en una de

las sillas de la cocina, corrí al baño y regresé con unas toallas. Les entregué una a cada uno. Nos secamos lo mejor que pudimos, aunque la humedad en nuestras ropas y en el aire parecía difícil de disipar.

Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina, en un silencio solo interrumpido por el sonido de la lluvia que golpeaba contra el tejado.

—Lo siento tanto... —murmuró Mere mientras intentaba secar sus lágrimas con la toalla—. No quería fastidiaros, no quería arruinaros el momento.

—No te disculpes —respondió Darío con firmeza—. Si necesitas ayuda con ese tal Fonsi, cuenta conmigo.

Mere lo miró con gratitud, aunque el dolor seguía reflejado en sus ojos.

—Gracias, Darío... pero creo que ya no hay nada que hacer. Ayer... todo parecía tan perfecto. Quedamos para cenar y... —hizo una pausa; intentó contenerse antes de desmoronarse otra vez—. Me preparó una velada maravillosa en un hotel. Fue una noche mágica, como las que siempre soñé, pero luego, cuando bajé al coche a por mi bolso, que él había guardado en el maletero, las vi. Al abrirlo, había dos sillas de bebé.

Sentí que el estómago se me contraía.

—¿Qué? —pregunté incapaz de contener mi incredulidad.

—Sí... —continuó Mere, que temblaba mientras hablaba—. No entendía qué hacían allí esas sillas, así que le pregunté. Al principio trató de evadirme, pero al final, después de una larga discusión, me lo confesó todo. Las sillas eran de sus hijas... porque Fonsi es padre. Y está casado.

La revelación cayó sobre nosotros como un mazazo. Mere se cubrió el rostro con las manos, y me acerqué para abrazarla con fuerza.

—No me lo esperaba… en absoluto —sollozó—. Ahora entiendo por qué nunca quiso formalizar nuestra relación. Me ha engañado durante años, y yo... yo nunca lo vi venir.

Darío frunció el ceño visiblemente disgustado, pero mantuvo la calma.

—Mere, eso no es culpa tuya. Lo que Fonsi ha hecho es imperdonable, pero tú no podías saberlo. Has sido honesta, y él... él ha sido un cobarde.

Mere alzó la vista perdida, como si no supiera cómo seguir adelante.

—Supongo que los astros lo sabían, ¿verdad? —murmuró con una sonrisa amarga—. Siempre he creído en esas cosas, en que las energías del universo nos guían, pero... no quise verlo. Las cartas me advertían que algo no iba bien, pero me negué a escucharlas.

Me aparté un poco para darle espacio, y que así pudiera sacar todo lo que llevaba dentro.

—El universo nos habla, Mere —le dije—, pero también nos da libertad para decidir. Lo importante es que ahora sabes la verdad.

—Tal vez sea eso... —trataba de encontrar algo de sentido en lo sucedido—. Tal vez tenía que pasar para darme cuenta de que él no era lo que necesitaba. Quizá esto sea una señal de que debo cambiar de camino, aunque ahora mismo no sepa hacia dónde ir.

Darío le ofreció una sonrisa alentadora.

—Eso suena como una serendipia —retomó nuestra conversación anterior—. No lo esperabas, no lo buscabas, pero quizá esto te lleve a algo mejor, algo que de otro modo no habrías encontrado.

Mere respiró hondo, se esforzaba por aceptar esa posibilidad.

—Sí... tal vez, pero ahora mismo, solo necesito tiempo y rodearme de buenas energías. —Nos miró a ambos con ojos agradecidos—. Gracias por escucharme. Siento haber irrumpido así, pero... necesitaba estar con alguien que me entendiera.

Le tomé las manos; no estaba sola. A su lado, Darío asintió con gesto solidario, y juntos creamos ese espacio seguro que Mere necesitaba en ese momento.

—Nunca tienes que disculparte por eso —dije—. Siempre estaré aquí para lo que necesites.

Permanecimos en la cocina un rato más, mientras la lluvia seguía cayendo afuera con fuerza. En mi interior sabía que Mere, aunque destrozada, encontraría su camino. Había llevado en silencio algo tan bonito como el amor durante dos años, y aunque ahora todo se desmoronara, estaba segura de que renacería. Después de todo,

¿quién mejor que yo para comprender lo difícil que era enfrentarse a esas sombras?

El momento, que parecía estabilizarse, volvió a quebrarse cuando el sonido de neumáticos chirriando sobre la grava nos llamó la atención. Darío se acercó a la ventana y arqueó una ceja, con sorpresa y diversión.

—Parece que la fiesta no ha terminado —señaló hacia afuera—. Es Nora.

Antes de que pudiera procesar lo que había dicho, la puerta de la casa se abrió de golpe y Nora irrumpió como una tormenta mientras maldecía y se sacudía el pelo empapado.

—¡Me cago en todo! ¡Esta maldita lluvia me ha destrozado el pelo! —exclamó sin darse cuenta de la tensión en la habitación. Cuando finalmente levantó la vista y nos observó, mojados y tensos, su expresión cambió—. ¿Qué... qué pasa aquí?

Mere, todavía con los ojos hinchados por el llanto, intentó esbozar una sonrisa triste mientras se giraba hacia ella.

—Fonsi... —comenzó, pero su voz se quebró antes de poder continuar.

—¿Qué ha hecho ese fantasma? —preguntó Nora.

—Me ha engañado. Está casado y tiene dos hijas.

Nora, que hasta ese momento parecía lista para explotar, suavizó de inmediato su expresión. Se acercó rápidamente a Mere y la envolvió en un abrazo.

—Lo siento tanto, cariño —dijo con una voz dulce que rara vez usaba—. Dime dónde está ese capullo, que voy ahora mismo a quemarle el coche.

Mere soltó una risa entre lágrimas, y no pude evitar sonreír ante la determinación de Nora.

—Ah, es verdad, he olvidado que tenemos aquí a la ley —bromeó Nora mirando a Darío y le dio un empujón amistoso—. Bueno, lo dejaremos en un pensamiento inofensivo, pero que conste que mis intenciones eran buenas.

Darío se llevó las manos a los oídos.

—No he escuchado nada, no he escuchado nada... —fingió con una sonrisa divertida.

El ambiente comenzó a relajarse. Parecía que nuestras reuniones siempre acababan en algún tipo de caos, pero eso también era parte de su encanto.

—Nora, ¿qué haces aquí a estas horas? —pregunté con curiosidad.

Ella sonrió ampliamente, su tono pasó de estar preocupado a exultante en un instante.

—Bueno, quería daros una noticia, pero veo que llego en mal momento.

—¡Suéltala! —insistió Mere, secándose las últimas lágrimas con la manga de su jersey.

—¡He pasado la noche con Dante Moretti! —soltó de golpe con los ojos brillantes.

—¿Y? No es la primera vez que te lo tiras —comenté yo.

—Pero nunca hemos pasado la noche entera juntos. Por primera vez me ha llevado a la casa que tiene aquí, en la isla, y no os la podéis imaginar. ¡Es una mansión! Ni en mis sueños más locos pensé que viviría algo así.

Mere y yo intercambiamos miradas y contuvimos una risa divertida. Nora siempre tenía una habilidad especial para protagonizar las historias más inesperadas.

—¡Vaya, Nora! —exclamé.

—Dios, tienes que contarnos todo —añadió Mere, claramente agradecida por el cambio de tema—. Necesito distraerme, y esto me va a venir bien.

Darío, que sonreía al margen, comenzó a recoger sus cosas.

—Bueno, chicas, os dejo para que habléis de vuestros famosos y mansiones —dijo con una sonrisa relajada—. Tengo que irme, entro a trabajar en una hora y tengo que pasarme por casa antes.

Me giré hacia él y sentí una punzada de culpa.

—Darío, lo siento... —comencé, pero él levantó una mano para detenerme.

—No te preocupes, Vega. Me lo he pasado genial, incluso con las interrupciones. —Hizo una pausa con su mirada chispeante—. Aunque, admito que teníamos un momento perfecto y ahora es... un poco menos perfecto —solté una risa y negué con la cabeza. Él se

inclinó para darme un beso suave en la frente—. Disfruta con tus amigas... y no queméis ningún coche sin mí.

—Lo tendré en cuenta, señor agente —respondí y le devolví la sonrisa.

Lo acompañé hasta la puerta, y mientras lo veía marcharse bajo la lluvia, sentí una bonita certeza: Darío entendía las complejidades de la vida, y eso me hacía desearlo aún más.

Regresé al salón, donde Nora y Mere ya estaban sumidas en una animada conversación. Me acomodé junto a ellas.

—Bueno, Nora, ahora que estamos todas aquí, cuenta todos los detalles —me preparé para escuchar la última de sus aventuras.

Y así, entre risas, confidencias y un toque de locura, la mañana que había comenzado bailando bajo la lluvia, terminó con la fuerza inquebrantable de nuestra amistad, esa que siempre conseguía transformar cualquier situación en algo memorable.

16
13 años atrás…

Salí del instituto con la sensación de que era uno de esos días que pasan sin dejar huella. Aunque había quedado con mis dos amigas para ir a comer a casa de Mere, mi ánimo distaba mucho de ser festivo. Las clases habían resultado tediosas, y mi mente permanecía atrapada en la rutina, en el vacío. Solo me consolaba pensar en el momento de regresar a la consulta de Kairos para hablar con él.

La casa de los padres de Mere siempre había sido como un segundo hogar para mí. Me trataban como a una hija más, y desde la muerte de mi madre, ese lugar se había convertido en un refugio al que recurría cada vez que el dolor se volvía demasiado grande para soportarlo sola. Llegamos las tres juntas.

—¡Por fin! —exclamó Nadia, la madre de Mere, al vernos entrar por la puerta.

Nadia era el retrato perfecto de una mujer *hippie*. Su cabello pelirrojo recogido en un moño alto del que caían algunos mechones rizados, enmarcaban su rostro lleno de pecas; una cinta ancha de colores vivos adornaba su cabeza y aquello realzaba el brillo de sus ojos verdes, profundos y expresivos. Vestía siempre con ropa suelta de estampados florales y collares largos que se movían con suavidad al caminar. Descalza dentro de casa, transmitía una energía tranquila y envolvente.

Nos dirigimos al salón, donde ya estaba lista la comida, que, por cierto, olía tan bien que logró disolver, al menos por un rato, la nube de tristeza que me acompañaba. Las tres nos sentamos a la mesa, pudimos reír y bromear como solíamos hacer.

Comimos solas, ya que el padre de Mere trabajaba todo el día y su madre hacía ayuno esa semana. Las charlas sobre la escuela, los chicos y la vida en general nos distrajeron y, por un rato, todo pareció normal, o al menos, tan normal como podía ser.

Después de comer, cuando ya estábamos relajadas en la sobremesa, Nadia hizo una sugerencia:

—Chicas, ¿qué os parece si jugamos un poco con las cartas del Tarot? —propuso con una sonrisa traviesa mientras sacaba un mazo de cartas gastadas de un cajón.

—¡Mamá! —protestó Mere, aunque no parecía del todo reacia a la idea—. Ya sabes que Nora no cree en estas cosas.

Nora soltó una carcajada mientras levantaba las manos en señal de rendición.

—¡Claro que no creo! Pero si nos va a regalar unas risas, estoy dentro.

Yo me encogí de hombros, dispuesta a seguir el juego. No me entusiasmaba, pero cualquier distracción que me sacara de mi cabeza era bienvenida.

Nadia comenzó con Nora y barajó las cartas con una destreza que solo alguien con años de práctica podía hacer. Mi amiga, siempre la escéptica del grupo, se cruzó de brazos y esperó a que la lectura empezara.

—Vamos a ver qué te deparan las cartas, Norita —dijo con un tono misterioso mientras las colocaba en una formación sobre la mesa—. A ver… —empezó Nadia con un tono casi teatral—. Aquí hay algo interesante.

Sus ojos verdes recorrieron las cartas mientras una ligera sonrisa asomaba en sus labios.

—Primero, las cartas te dicen que dejes de levantar esos muros tan altos. A veces, eres tan superficial con la gente que ni siquiera les das la oportunidad de acercarse. Tienes que aprender a dejarte querer, Nora.

Nora soltó una carcajada breve y ladeó la cabeza.

—¿Dejarme querer? ¡Pero si ya me quieren suficiente! ¡Pregúntale a mi abuelo!

Nadia la miró con una mezcla de diversión y seriedad.

—No, cariño. Hay una diferencia entre que te quieran y que tú lo permitas. Si sigues huyendo del amor verdadero, solo atraerás a lo que yo llamo «garrapatas». Esas personas que se pegan a ti y te chupan la energía sin darte nada a cambio.

Nora levantó las manos en señal de rendición, aunque en su rostro se dibujó una sonrisa burlona.

—Vale, vale. Lo tendré en cuenta. ¿Algo más que me deban decir las cartas mágicas? ¿Me voy a casar con un rico?

Nadia rió sacudiendo la cabeza.

—Lo único que te dicen las cartas es que elijas bien, Nora. Tanto en el amor como en la vida, las decisiones que tomes marcarán tu camino. Hazlo con el corazón, no solo con los ojos. Y cuando así sea, tendrás lo que deseas.

Mere y yo intercambiamos una mirada divertida, mientras Nora agitaba una mano para restarle importancia. Ella asintió con una sonrisa despreocupada, pero noté algo en su expresión que dejaba entrever que había tomado nota de la advertencia, aunque no lo admitiera.

Llegó mi turno. Nadia me observó con una leve preocupación antes de empezar a barajar de nuevo.

—A ver qué nos dicen las cartas sobre ti, cariño —murmuró mientras colocaba tres cartas boca abajo sobre la mesa.

El ambiente en la sala cambió ligeramente cuando empezó a destaparlas. Mere se inclinó hacia adelante, observó cada carta con atención, mientras Nora mantenía la mirada fija en la disposición.

—Esto es interesante… —comentó Nadia—. Parece que algo inesperado va a llegar a tu vida, Vega. Algo relacionado con alguien que ya conoces, pero que te hará ver a esa persona de una manera diferente.

Un escalofrío recorrió mi espalda al escuchar sus palabras.

—¿Algo inesperado? —No quería sonar demasiado inquieta.

—Sí, algo que te sorprenderá —continuó—. Este cambio vendrá de alguien cercano, alguien que ya está en tu vida, pero que hará que te replantees muchas cosas.

Mere soltó una risa suave y me dio un codazo amistoso.

—Seguro que es Ricard, que lleva meses detrás de ti —bromeó Nora para aliviar el ambiente—. ¡Por fin va a conseguir que lo veas con otros ojos!

Sin embargo, algo en la mirada de Nadia me hizo dudar. En mi mente no estaba precisamente mi compañero de clase, pero

contemplar la posibilidad que rondaba en mi interior resultaba algo surrealista.

Después de comer, mientras recogíamos la mesa, Mere me lanzó una mirada y yo reconocí esa expresión: tenía algo en mente y no iba a aceptar un no por respuesta.

—Vega… —empezó con cautela—. He pensado que podríamos ir al cementerio a ver a tu madre.

Un nudo se formó en mi garganta. Desde el día del funeral, no había reunido el valor para volver. Era como si una parte de mí se resistiera a cerrar ese capítulo, a aceptar la realidad de que mamá ya no estaba.

—No sé si estoy lista, Mere —admití en un susurro.

—Lo sé, y te entenderé si decides no hacerlo —respondió con suavidad—, pero creo que te vendría bien. No tienes que hacerlo sola; vamos contigo.

Miré a Nora, que me sonrió con apoyo incondicional, y luego volví a centrarme en Mere.

—Está bien. Vamos.

El trayecto al cementerio fue pesado. Sentía cada paso como un lastre que me acercaba a una verdad inevitable. Al llegar, el silencio del lugar nos envolvió. La paz y la tristeza estaban mezcladas en igual medida. Nos acercamos a la tumba de mamá y me detuve frente a la lápida; leí su nombre grabado en la piedra. Mere y Nora permanecieron a mi lado, en respetuoso silencio.

Me arrodillé y sentí el frío del mármol bajo mis dedos. Una mano se posó en mi hombro; era Mere. El dolor me atravesaba con fuerza, pero no aparté la mirada de la lápida. Pasé los dedos por el grabado mientras recordaba el último beso que le di antes de cerrar el ataúd. Su piel estaba igual de fría que aquella piedra.

En silencio, le hablé. Le pedí que descansara en paz, que no se preocupara por nosotros. Le dije que papá estaba bien, que yo también lo estaría. Le aseguré que siempre la llevaría en mi corazón y que nada, ni nadie, podría reemplazarla. Ahora ella era mi estrella que brillaba en el cielo y en mi alma.

Cuando me levanté, me sentí más ligera. Parte de la culpa que me había acompañado durante meses se había esfumado.

Antes de marcharnos, me acerqué a la pequeña capilla a la entrada del cementerio. Era un lugar sencillo, iluminado por velas cuyas llamas temblorosas proyectaban una serenidad que me hacía falta. Tomé una cerilla, encendí una y observé cómo la llama cobraba vida, pequeña y frágil, reflejo de cómo me sentía en ese instante.

Con la vela en la mano, me giré para colocarla en el altar, pero choqué con alguien. Retrocedí un paso, sobresaltada, y casi dejé caer la vela. Atrapadas en mi garganta quedaron las palabras cuando levanté la mirada y vi quién estaba frente a mí. Mis ojos se abrieron más de lo habitual, sorprendida de encontrarlo allí, tan cerca. La tenue luz de la vela iluminaba su rostro, y por un instante me quedé paralizada.

—¡Lo siento! —logré decir con la voz algo quebrada—. ¿Te he quemado?

Kairos esbozó una sonrisa tranquila, como siempre, mientras bajaba las manos que había alzado instintivamente.

—No te preocupes, estoy bien —respondió con esa chispa en los ojos que me desarmaba.

Intenté apartar la incomodidad y no pensar en lo extraño que resultaba encontrarlo en ese momento, en ese lugar.

—Es la primera vez que vengo a ver a mi madre —confesé, como si necesitara justificar mi presencia. Las palabras salieron solas, sin filtro, impulsadas.

—Me gusta ser partícipe de tus primeras veces —replicó con suavidad, y la frase me golpeó justo en el corazón.

Durante unos segundos, no supe qué responder. Mi mente era un caos.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —pregunté al fin para desviar la atención hacia él.

Kairos pareció dudar antes de contestar:

—Visito a mis abuelos de vez en cuando —dijo con un tono inusualmente serio.

Había algo en su respuesta que me dejó una sensación rara, como si ocultara algo, pero decidí no insistir.

—Bueno, me voy, que me esperan mis amigas.

Nos despedimos con cortesía, y lo observé mientras se alejaba. Cuando dejé de verlo, Mere y Nora se acercaron con esa expresión que anunciaba comentarios inevitables. No me equivocaba.

—¿Así que también te lo encuentras aquí? —preguntó Mere con una picardía que no disimulaba.

Antes de que pudiera responder, Nora, siempre lista para añadir su toque, se unió al ataque.

—Te está siguiendo —soltó con tono conspirativo y exagerado, y me arrancó una risa nerviosa que no logré contener.

—No es eso… —Lo peor era que ni yo misma estaba segura de lo que pensaba.

Mere me miró con su expresión medio seria, medio enigmática.

—Las energías que vibran igual se buscan, aunque sea de manera inconsciente —dijo mientras nos alejábamos de la capilla.

Una cosa era segura: ese encuentro con Kairos, por inesperado que fuera, no podía ser una simple coincidencia. Al menos, no lo sentía así.

Esa noche, tras un día agotador y cargado de emociones que no parecían darme tregua, me encerré en mi habitación en busca de un respiro. Me dejé caer sobre la cama, como si el peso del día pudiera olvidarse con el simple acto de cerrar los ojos. Busqué mis auriculares; necesitaba desconectar, apagar el ruido que inundaba mi mente. La música siempre había sido mi refugio, un lugar sagrado al que acudía cuando la vida se volvía demasiado abrumadora.

Reproduje una lista de canciones que sabía que me calmaría, esas melodías que podía escuchar sin pensar y que me llevaban lejos de todo. Entonces, como si el universo quisiera jugar con mis emociones, comenzó a sonar *Historia de un sueño* de La Oreja de Van Gogh. No era la primera vez que la escuchaba, pero esa noche su significado para mí fue diferente.

Mientras la voz cantaba *«perdona que entre sin llamar, no es esta la hora y menos el lugar»*, un nudo comenzó a formarse en mi garganta. ¿Y si esa canción era un mensaje? ¿Y si, desde algún rincón del universo, mi madre intentaba decirme que estaba bien? La letra continuaba, y mis recuerdos se mezclaban con la melodía. Hablaba de la visita, a través de un sueño, de un ser querido fallecido. Cuando mencionó una estrella fugaz, sentí cómo la nostalgia y el consuelo me abrazaban al mismo tiempo. No podía ser una casualidad; no esa noche.

Al llegar a *«Promete que serás feliz. Te ponías tan guapa al reír. Y así, solo así, quiero recordarte»*, sentí que me hablaba directamente. Era ella. Era su forma de recordarme que lo que más deseaba era verme feliz, no consumida por la tristeza. En ese instante, lo entendí. La mejor manera de honrarla era recuperar la alegría que había dejado atrás, permitirme reír de nuevo, vivir de nuevo.

Al terminar la canción, permanecí en silencio, con el corazón algo más ligero. Quizá no era más que una canción, pero para mí fue la forma en la que el universo me insistió en que los lazos verdaderos no se rompen tan fácilmente. Allí, en la penumbra de mi habitación, me permití sonreír.

17

Habían pasado varias semanas desde aquella primera noche con Darío, y lo nuestro se había vuelto más cercano, más natural. A veces, cuando estábamos juntos, todo parecía demasiado sencillo. Sin embargo, incluso en esos momentos, un nudo en el estómago me recordaba que nada era tan simple como parecía.

Conduje hacia la comisaría donde él trabajaba. El plan para ese día llevaba tiempo en mi mente: una excursión de paddle surf por las calas de la isla, organizada por el club de mi padre. Sabía que a Darío le encantaría. El trayecto me ofreció el tiempo suficiente para reflexionar, algo que siempre resultaba peligroso. En las últimas semanas, todo había cambiado. Mere, tras descubrir la infidelidad de Fonsi, decidió alejarse de todo. La última vez que hablé con ella, estaba en un retiro espiritual en la montaña, buscando sanar y, sobre todo, aprender a quererse de nuevo. La admiraba por su valentía, por enfrentar sus heridas en lugar de huir de ellas. Nora, por su parte, siempre con su actitud despreocupada, ocultaba un corazón que deseaba algo auténtico. Esta vez parecía dispuesta a arriesgarse. Y luego estaba yo, con Darío, atrapada entre el deseo y el miedo.

Al llegar a la comisaría, aparqué la camioneta bastante nerviosa. Cuando lo vi salir por la puerta principal, vestido con su uniforme, casi me da algo, porque realzaba su figura atlética; le daba un aire de seguridad que me hacía sentir, atraída y vulnerable en partes iguales. Sonreí sin poder evitarlo; estaba para comérselo. Se acercó con esa sonrisa deslumbrante que tanto me gustaba y abrió la puerta del copiloto.

—Dame un segundo para cambiarme, ¿vale? No creo que el mar y el uniforme sean compatibles —comentó señalando su ropa con una sonrisa.

Lo observé mientras se alejaba hacia el edificio. Una vez que desapareció de mi vista, apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y solté un largo suspiro. En esos momentos de soledad, mis pensamientos siempre regresaban al mismo lugar: me atraía brutalmente. Darío era maravilloso: atento, divertido, y me hacía sentir que todo era posible; sin embargo, esa misma intensidad me aterraba. Temía perderme en él, como me había pasado antes. Había construido una independencia que no estaba dispuesta a ceder.

El sonido de la puerta al abrirse me sacó de mis pensamientos. Darío se había cambiado y ahora lucía una camiseta básica, un bañador y una mochila.

—¿Vamos? —preguntó con una chispa en los ojos.

Lo miré y permití que su seguridad me cobijara. Tal vez no necesitaba todas las respuestas en ese momento, tal vez solo debía dejarme llevar.

—¡Vamos! —respondí con energía.

Llegamos al club náutico justo cuando el sol comenzaba a teñir todo con un suave resplandor dorado. Mi padre estaba allí, con su impecable organización. Las tablas de paddle surf y todo lo necesario estaban listos. Él era el alma del club, y su amor por el mar era algo que siempre habíamos compartido.

—¡Vega! ¡Darío! —nos saludó mientras se acercaba. Aunque intenté ocultarlo, sentí un pequeño cosquilleo al saber que era la primera vez que mi padre y el policía se veían.

—Papá, te presento a Darío —dije con una sonrisa mientras ellos estrechaban las manos—. Darío, este es mi padre, Germán. Es el hombre que me enseñó todo lo que sé sobre el mar.

—Es un placer conocerlo —respondió con cortesía, aunque su tono relajado me hizo sonreír.

—Igualmente, muchacho —contestó papá con una mirada amistosa pero inquisitiva, esa que usaba para evaluar a cualquiera que entrara en mi vida—. Cualquiera que soporte a Vega en el mar tiene mi respeto.

—Intentaré estar a la altura, Germán —respondió Darío con un guiño mientras me miraba de reojo.

—Vamos, papá —interrumpí mientras tomaba una de las tablas —. No le des demasiada información. Ya sabe que puedo ganarle a cualquier cosa dentro del agua.

—Eso está por ver, hija —contestó mi padre con una sonrisa—. Pero estoy seguro de que lo pasaréis bien hoy. Las calas están especialmente hermosas con este cielo.

Tomamos las tablas y las deslizamos sobre el agua. Sentir el contacto del mar bajo mis pies me relajó.

—Para ser alguien que se ha criado en una zona de montaña, la manejas bastante bien.

Él giró la cabeza hacia mí, sin perder el equilibrio.

—Bueno, tiene sentido. Me encanta esquiar —dijo con una chispa en la mirada—. El equilibrio en una tabla y en unos esquís no es tan distinto, ¿no crees?

—Mmm… no sé —fingí dudar—. Con las olas tienes que leer el agua, reaccionar al momento. En la nieve no es lo mismo.

—¿Ah, no? —replicó, alzando una ceja en un gesto desafiante—. Entonces tendrás que probarlo algún día para ver si puedes seguirme el ritmo en las pistas.

Le lancé una mirada divertida por su tono competitivo.

—¿Y qué gano si resulta que tú eres el que no me puede seguir el ritmo? —entré en su juego sin pensarlo demasiado.

—Eso no va a pasar, pero si ocurre… supongo que me toca invitarte a unas cervezas en la montaña.

—¿Y si pierdo yo?

—En ese caso, tú me invitas a unas cervezas aquí, en la playa, después de darme unas lecciones de surf.

Solté una carcajada antes de responder, pero en ese instante me di cuenta de algo: estaba dejándome llevar. A pesar de mis miedos, le estaba dando cuerda.

—Trato hecho —mi corazón latía un poco más rápido de lo habitual.

—Perfecto. Ve pensando en la tabla que vas a necesitar —bromeó él antes de lanzarme una mirada que parecía prometer que

esto no sería el fin de la conversación, sino el principio de algo más.

Remamos hasta una cala apartada, donde el agua era tan cristalina que podíamos ver el fondo. Nos sentamos en las tablas y dejamos que el suave movimiento del mar nos envolviera mientras el sol comenzaba a desaparecer en el horizonte. Era un momento perfecto, pero en mi interior sabía que había cosas que debía decir.

—Darío… —comencé, mirando al horizonte—. He estado pensando en nosotros, en lo que estamos haciendo.

Él se giró hacia mí, atento.

—¿Sigues con tus desconfianzas? —preguntó con un tono tranquilo.

Suspiré y dejé que mis pensamientos salieran a la luz.

—Me gusta estar contigo. Es fácil, divertido y no he sentido algo así en mucho tiempo, pero… —hice una pausa—. No puedo evitar tener miedo. Miedo de perderme en esto, de dejar de ser yo misma, como me pasó antes.

Darío asintió con seriedad.

—Vega, nunca he sido de relaciones serias. Siempre he preferido disfrutar del momento, sin compromisos pero, pase lo que pase, te prometo que no voy a dejar que te pierdas.

Sus palabras me sorprendieron, pero también me aliviaron. Estábamos en el mismo punto, conscientes de lo que teníamos y de lo que no queríamos perder.

—Entonces… ¿qué hacemos con esto? —pregunté y busqué en sus ojos la respuesta.

—Seguimos como estamos. Nos divertimos, disfrutamos y no nos preocupamos por lo que pueda venir después. Y si algo cambia, lo hablamos, como ahora.

Sentí cómo una carga se aliviaba en mis hombros. Su propuesta era exactamente lo que necesitaba.

—Me gusta esa idea —admití—. Me gusta cómo somos.

—Eso es lo que me gusta de ti, Vega. Sabes lo que quieres y no tienes miedo de decirlo. Eso es raro y muy valioso.

Con esas palabras, dejamos que el momento se desarrollara, sin ataduras, sin presiones, solo nosotros dos bajo la luz dorada del atardecer.

Estaba sentada sobre la tabla, con las piernas cruzadas, como una india. Darío pasó de la suya a la mía con un salto ágil. Se detuvo frente a mí y, con un gesto suave, deshizo el cruce de mis piernas; me obligó a cambiar de postura. Las dejé colgando, cada una a un lado de la tabla. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando él se sentó frente a mí, tan cerca que nuestras rodillas se rozaron. Me atrajo hacia él con firmeza. Se inclinó hacia mi oído y, con una voz que me estremeció, susurró:

—Hola, amiga.

La forma en que pronunció «amiga» me hizo sonreír, pero también me puso en alerta. No había nada de amistoso en ese susurro; era una invitación, una provocación. Sentí su aliento cálido en mi cuello antes de que sus labios lo rozaran. Luego depositó un beso lento que me hizo cerrar los ojos y abandonarme. Lo único que importaba era el contacto de sus labios contra mi piel, la manera en que sus besos encendían chispas en cada rincón de mi cuerpo mientras sus manos recorrían mis piernas con delicadeza.

—Larga vida al salitre en tu piel, amiga —volvió a susurrar, poniendo un énfasis intencionado en la palabra «amiga», como si quisiera asegurarse de que comprendiera que no era solo un juego de palabras.

Abrí los ojos y me encontré con su mirada. En esos ojos tan claros vi el reflejo del mar, estaban más hermosos que nunca. Darío me tomó por la cintura, me acercó aún más hasta que nuestros cuerpos se fundieron. Sentí su calor, su fuerza, y cualquier resistencia que pudiera quedarme desapareció.

Sus labios buscaron los míos en un beso profundo. Mis manos subieron por su pecho, notaron la tensión en sus músculos. Los besos se volvieron más intensos, más demandantes, y el mundo a nuestro alrededor dejó de existir.

Solo estábamos nosotros, bañados por los últimos rayos de sol que acariciaban el horizonte.

Él dejó un rastro de besos ardientes por mi cuello, se detuvo en cada curva, en cada suspiro que escapaba de mis labios. Incliné la cabeza hacia atrás, me dejé dominar por la sensación. Nada más

existía. Me dejé caer suavemente sobre la tabla, y él me siguió hasta cubrirme con su cuerpo. Menos mal que tomaba la píldora…

El sonido del mar marcaba el compás de nuestros movimientos. Las respiraciones se trenzaron, y mi piel se erizó al sentirlo dentro. Mis manos se aventuraron por cada centímetro de su piel, explorándolo con precisión. El deseo crecía con cada beso, más intenso, más apasionado. No había vuelta atrás.

La tabla bajo nosotros se movía con el vaivén del agua, y eso añadía un desafío inesperado. La superficie inestable intensificaba cada sensación y lo volvía todo más difícil y, al mismo tiempo, más emocionante. Cada vez que nos inclinábamos, Darío me sujetaba con más fuerza, y juntos logramos mantenernos, nos negamos a que ese obstáculo nos venciera. Me parecía excitante disfrutar de eso allí. Sentí su fuerza y su ternura, dos caras de la misma pasión. Lo que compartíamos no era un amor convencional; era un deseo inventado por nosotros.

Cuando finalmente el mar volvió a ser el único sonido en la playa y nuestras respiraciones se normalizaron, nos quedamos abrazados. Mi cuerpo aún temblaba por la intensidad de lo que había vivido. Levanté la vista hacia el cielo, donde las estrellas comenzaban a brillar, y supe que no quería enamorarme, pero sí disfrutar de él.

18
13 años atrás…

Llevaba meses en terapia con Kairos, meses en los que había aprendido a confiar en él más que en cualquier otra persona. Se había convertido en mi refugio, el único lugar donde podía desahogar todo el dolor que me consumía desde la muerte de mamá, pero esa semana fue diferente. La culpa me había destrozado, sobre todo después del cumpleaños de mi padre. Era el primero sin ella, y había sido un desastre. Ese fracaso me mataba por dentro.

Cuando entré en la consulta, supe que no sería una sesión como las demás. Arrastraba esa carga como si la llevara sobre los hombros, y cada vez que Kairos me miraba con su habitual serenidad, sentía que algo en mí se desmoronaba un poco más.

—¿Cómo te has sentido esta semana, Vega? —preguntó.

Me senté en el sillón frente a él y, por un instante, consideré darle una respuesta automática, una de esas que sabía que aceptaría sin cuestionar demasiado, pero no pude. Algo dentro de mí hervía, algo que necesitaba salir a la superficie.

—Ha sido una mierda de semana, Kairos —solté de golpe, sorprendiéndome—. El cumpleaños de mi padre fue horrible. Todo lo que intenté para hacerlo especial... falló. Nada salió bien, nada fue suficiente. Y lo peor es que siento que nunca podré llenar el vacío que dejó ella.

Kairos permaneciendo inmutable, y esa calma que normalmente encontraba reconfortante, esta vez, avivó la rabia que ardía dentro de mí.

—Y tú, sentado ahí, con tu tranquilidad y tus palabras cuidadosas. ¡No tienes ni idea de lo que es este dolor, Kairos! No tienes ni puta idea de lo que estoy sufriendo.

La última palabra resonó en la sala, y un silencio denso se hizo dueño del espacio. Esperé a que él respondiera con una de sus

frases tranquilizadoras, pero lo que ocurrió a continuación me dejó helada.

Kairos se levantó de su silla. Su cuerpo parecía tenso, casi tembloroso. Caminó hacia la ventana y me dio la espalda; se creó una distancia repentina. Cuando finalmente habló, su voz era baja, rota, distinta a la serenidad habitual que siempre transmitía.

—Mi hermana melliza murió hace unos años —dijo con una tristeza tan profunda que me faltó el aire.

Me quedé sin palabras, paralizada. Jamás habría imaginado que Kairos, el hombre que siempre parecía tener todo bajo control, hubiera pasado por algo tan devastador. Él, que había sido mi roca, ahora se desmoronaba delante de mí.

—Fue repentino—continuó sin girarse—. Como tu madre, pero ella por un accidente de coche. Desde que nacimos, los dos compartimos todo, y un día, de la nada, dejó de estar. Me sentí... roto, incompleto. Como un puzzle al que le falta la pieza más importante.

La tensión en la habitación era insoportable. Cada palabra que pronunciaba era un golpe directo a mi corazón. Ver a Kairos así, tan humano, era algo que nunca había imaginado. Su paz habitual se había desvanecido, y dejaba al descubierto un dolor profundo que me hacía sentir como si yo misma cayera en un abismo.

—Kairos... —apenas encontraba mi voz. No sabía qué decir ni cómo consolarlo.

Él giró ligeramente la cabeza, pero evitó mirarme, como si estuviera demasiado avergonzado de haber dejado al descubierto esa parte de sí mismo. Su respiración se volvió más irregular, y algo en la rigidez de sus hombros me indicó que estaba al borde del colapso.

—Nunca deberías dar por hecho que alguien no entiende lo que sientes —dijo finalmente girándose del todo con lentitud, aunque aún evitaba encontrarse con mis ojos—. Todos llevamos nuestras propias cargas, nuestras propias pérdidas. Y si insisto tanto en ayudarte a ti y a tu padre, es porque sé lo que se siente al perder a alguien que es tu mundo. Sé lo que es ver cómo tu vida se desmorona y no saber cómo seguir adelante.

Sus palabras me golpearon con la fuerza de una bofetada. Todo lo que había pensado sobre él, todo el resentimiento que había acumulado por su aparente calma, se desmoronó en un instante. Me di cuenta de lo injusta que había sido, de lo poco que realmente sabía sobre su vida, sobre su dolor.

Me levanté del sillón con las piernas temblorosas y me acerqué a él. Kairos seguía evitando mi mirada, como si temiera lo que pudiera encontrar en mis ojos, pero no podía dejarlo así. Necesitaba que me mirara, que supiera que estaba allí, como él había estado para mí tantas veces.

—Kairos, mírame —le pedí suavemente mientras colocaba una mano en su brazo.

Al principio pareció resistirse, pero finalmente levantó la mirada. Lo que vi en sus ojos me rompió el corazón. Toda la tristeza del mundo parecía reflejada en ellos, una pena que había ocultado durante todo este tiempo. Una parte de mí deseaba abrazarlo, decirle que todo estaría bien, porque no solo era mi terapeuta: era un hombre que había sufrido una pérdida inimaginable, y ahora me mostraba su dolor de una manera que jamás había esperado.

—Lo siento tanto... —murmuré y, esta vez, las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas sin que pudiera detenerlas —. No sabía, no tenía ni idea...

Kairos cerró los ojos un instante para recomponerse. Cuando los volvió a abrir, vi que seguía luchando por no llorar, que se aferraba desesperadamente a la compostura que siempre lo había definido.

—El otro día iba a verla —dijo, y al principio no entendí a qué se refería hasta que continuó—. Está enterrada en este cementerio, junto a mis abuelos. Por eso vine a la isla, para estar más cerca de ella. No soportaba la idea de que estuviera lejos de donde yo vivía. Mis padres me cedieron esta casa, donde pasé los veranos de mi infancia.

Nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos. Sentí que entre nosotros se había creado una resonancia emocional, algo que iba más allá de la terapia. En ese momento compartíamos un dolor que nos unía, un vínculo forjado en la pérdida.

Mis dedos, todavía sobre su brazo, se deslizaron hacia su mano, y él no se apartó. Al contrario, sentí cómo sus dedos se cerraban alrededor de los míos; buscaban consuelo en ese gesto. El ambiente cambió; la tensión que se respiraba ya no era solo tristeza. Sentía el calor de su piel, la fuerza de su presencia, y todo mi cuerpo comenzó a reaccionar de una manera que no lograba controlar. Mis pensamientos se entremezclaban: empatía, compasión y una atracción que llevaba meses tratando de reprimir.

Nos acercamos, y su respiración cálida acarició mi rostro. Supe que estábamos al borde de algo peligroso, pero, en ese instante, no me importó. Kairos inclinó ligeramente la cabeza, y mi corazón latía desbocado dentro de esa burbuja de emociones crudas e intensas. Justo cuando parecía que íbamos a cruzar esa línea, Kairos se detuvo. Lentamente soltó mi mano. Dio un paso atrás, y rompió el contacto entre ambos.

—No podemos, Vega —dijo con voz ronca, cargada de aflicción—. No podemos dejar que esto suceda. No sería correcto, ni para ti ni para mí.

Sus palabras me dolieron, pero en el fondo sabía que tenía razón. Habíamos rozado un límite que no debíamos cruzar, y aunque una parte de mí deseaba que él no se hubiera detenido, entendí que lo que había hecho era lo correcto.

—Lo siento... —murmuré mientras mis lágrimas empezaban a frenarse en mis ojos. Me sentía estúpida—. No quería…

Kairos negó con la cabeza, y una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

—No tienes nada que lamentar —dijo con suavidad—. Estoy aquí para ayudarte, y eso es lo que seguiré haciendo.

El silencio que siguió fue denso, juraría que estaba cargado de emociones que queríamos esconder. Ambos intentábamos recomponernos, regresar a la normalidad, pero sabíamos que aunque no quisiéramos, algo había cambiado. Habíamos compartido más que palabras y aunque no podíamos permitir que sucediera, ese vínculo latente permanecía.

Finalmente, Kairos regresó hasta su silla pero no se sentó. Apoyó sus manos sobre el respaldo e intentó recuperar la calma que solía

transmitir, aunque ahora parecía sostenida por un hilo frágil.

—Vamos a terminar la sesión de hoy aquí —dijo con voz serena, aunque algo más apagada—. Hablaremos de todo esto la próxima vez. Hoy... ambos necesitamos espacio.

Cuando salí de la casa, el aire fresco de la calle no logró apaciguar el torbellino que se había desatado en mi interior. Me apoyé contra la pared, cerré los ojos e intenté poner en orden mis pensamientos. Sin saber cómo ni cuándo, me había enamorado de Kairos. Era una certeza tan aterradora como inevitable. No podía dejar de pensar en él, y el deseo ardiente de abrazarlo y no soltarlo nunca se aferraba a mi pecho como una llama imposible de extinguir. Este sentimiento, tan nuevo y abrumador, me hizo darme cuenta de que había cruzado una línea hacia un terreno desconocido. Aunque sabía que lo nuestro era imposible, la idea de renunciar a lo que sentía, de apagar ese fuego, era aún más aterradora.

Sin darme tiempo a reflexionar ni detenerme, giré sobre mis talones y volví a entrar en la consulta. Kairos estaba de pie, y antes de que pudiera decir una palabra, me acerqué a él y lo besé. Fue un beso simple, suave, que lo pilló completamente por sorpresa. Sus labios permanecieron inmóviles durante un instante, y en ese breve segundo, una oleada de pánico me invadió.

Me aparté de golpe, el arrepentimiento me sacudió como un balde de agua fría. ¿Qué había hecho? Me había dejado llevar por un impulso, por esa vena temeraria que nunca pensaba en las consecuencias.

Me di la vuelta rápidamente con la intención de huir, atormentada por mi arrebato, pero antes de que pudiera dar un paso, sentí como su mano firme me sujetaba del brazo; me giró, y esta vez fue él quien me besó.

Ese beso no fue como el primero. Fue intenso, profundo, cargado de pasión y eso, yo jamás lo había experimentado. Sentí su boca explorar la mía con una mezcla de fuerza y ternura. Me estaba dejando sin aliento. Cada movimiento parecía calculado, como si estuviera descubriendo cada rincón de mis labios con una precisión que iba más allá de lo físico. Nunca había sentido algo semejante.

Los besos que había dado antes eran simples caricias, curiosidades sin significado real, pero esto… esto era distinto. Sentí que me derretía en sus brazos; no quería que ese instante terminara nunca. Por primera vez en mucho tiempo me sentí viva.

Y entonces, de repente, se apartó. Su respiración era entrecortada y sus ojos, más oscuros, reflejaban una maraña de emociones intensas. Me miró fijamente, y las únicas palabras que salieron de su boca fueron un suave y casi inaudible:

—Lo siento. No debería haberlo hecho.

Me quedé bloqueada, incapaz de procesar lo que acababa de suceder. Aquellas palabras resonaron en mi mente como una sentencia. «Lo siento». Dos palabras que lo cambiaron todo. El calor que había sentido un segundo antes se convirtió en una ola de frío que recorrió todo mi cuerpo. ¿Se había arrepentido?

Sin decir nada, sin atreverme a mirarlo de nuevo, me giré y salí de la consulta apresuradamente. Me faltaba el aire. Cada paso que daba me alejaba más de él, pero no podía escapar del torbellino que me consumía. Estaba aterrada por la posibilidad de que Kairos no sintiera lo mismo, de que lo que para mí había sido un momento revelador, para él no hubiera sido más que un error. La idea me desgarraba por dentro.

19
13 años atrás…

El club de surf siempre había sido un refugio para mí. Al llegar, distinguí voces provenientes del vestíbulo. Una era la risa profunda de mi padre y la otra... la otra era de Kairos. Mi corazón dio un vuelco. No estaba preparada para verlo tan pronto, no después de lo que había sucedido entre nosotros días atrás.

Me acerqué lo suficiente para verlos conversar de manera casual junto a la recepción. El psicólogo actuaba como si nada hubiera ocurrido, pero cuando nuestras miradas se cruzaron, percibí una sombra de vacilación en sus ojos que se desvaneció casi de inmediato.

—¡Vega! —exclamó mi padre con una sonrisa radiante—. Mira quién ha venido a visitarnos.

—Hola —murmuré de manera indiferente.

Kairos me saludó con cortesía, aparentaba calma, pero algo en su mirada delataba que la distancia que yo había impuesto en ese momento le afectaba.

—Le estaba agradeciendo a Kairos todo lo que ha hecho por nosotros —continuó mi padre, ajeno a la tormenta interna que me embargaba—. He visto grandes progresos en ti, hija, y sé que él ha sido parte importante de eso.

La vergüenza me inundó al recordar lo ocurrido. Sin decir más, me dirigí al área donde estaban las tablas de surf y comencé a limpiarlas con movimientos bruscos.

Kairos se acercó, aunque mantuvo una prudente distancia. Solo un par de tablas nos separaban. Sentí su mirada fija en mí.

—Vega, sobre lo que ocurrió... necesito que entiendas algo —comenzó—. Lo que sientes, lo que crees que está ocurriendo entre nosotros, es… algo bastante común en estas situaciones.

Fruncí el ceño sin mirarlo directamente mientras él continuaba:

—Tiene un nombre: transferencia erótica. Es un fenómeno habitual en terapia. A veces, el paciente proyecta ciertos sentimientos hacia su terapeuta, pero esos sentimientos suelen tener su origen en el proceso emocional que atraviesa. Es una reacción natural.

—¿Una reacción natural? —pregunté, incapaz de contener la frustración. Lo miré con intensidad y vi un destello de sorpresa en sus ojos. Tomé aire y bajé la voz, consciente de que mi padre podía escucharnos—. ¿De verdad piensas que esto es solo otro síntoma? ¿Que me lo estoy inventando todo?

Kairos intentó mantener la calma, pero vi cómo cada palabra pesaba sobre él.

—No es que te lo inventes, Vega —respondió, su tono era firme pero lleno de cautela—. Cuando alguien está en un momento de duelo o de gran vulnerabilidad emocional, es fácil confundir la necesidad de consuelo con... una conexión emocional.

Solté una risa amarga y me crucé de brazos.

—Ah, muy bien, ¿eso es lo que crees? ¿Que todo lo que siento es una ilusión? —lo miré con dureza—. Yo fui quien dio el primer paso, Kairos, pero tú… Tú me detuviste cuando intenté irme. Tú me besaste. No puedes decir que eso fue solo un error profesional.

Kairos titubeó, desvió la mirada por un instante, como si no quisiera enfrentarse a la verdad de mis palabras. Apretó la mandíbula, tomó aire y volvió a mirarme.

—Tienes razón. No debería haberlo hecho. Me equivoqué, y lo lamento profundamente, pero eso no cambia las cosas, Vega. Fue un error por mi parte, y nunca debí permitir que llegáramos a ese punto.

Me dejó momentáneamente muda. Noté un leve temblor en sus manos, apenas perceptible, y supe que había algo más detrás de su máscara de profesionalidad.

Kairos suspiró antes de continuar:

—Vega… tú eres menor de edad, ¿entiendes? Es algo que no puedo permitirme, por ti y por mí; sería una locura. Soy tu terapeuta, y aunque me cueste reconocerlo, me dejé llevar por un impulso, y eso estuvo mal.

Sentí cómo la confusión y la rabia se mezclaban en mi interior. Aunque quería refutarlo, algo en su mirada me hizo dudar. Había en sus ojos una sombra de lucha; ni él mismo estaba del todo convencido de lo que decía, pero parecía que intentaba aferrarse a la razón.

—Entonces, ¿fue solo un «impulso»? —repliqué—. ¿Eso es lo que quieres que piense? ¿Que te «dejaste llevar»?

Kairos bajó la mirada, me dio la sensación de que la culpa pesaba sobre él.

—A veces, incluso los terapeutas… nos equivocamos, Vega —murmuró con un rastro de vulnerabilidad—, pero eso no lo hace correcto. Mi papel aquí es ayudarte a procesar tu dolor, no a confundirte.

La tensión creció entre nosotros. Mi voz se suavizó con la idea de desmontar la armadura que él intentaba mantener intacta.

—¿Sabes lo que me duele, Kairos? Que pienses que esto es una simple «proyección». Que tú, de entre todas las personas, me trates como si fuera solo un caso más.

Kairos dio un paso hacia mí.

—No eres un caso más para mí, Vega —susurró. La intensidad en sus ojos dejaba claro que no era una simple excusa—, pero si seguimos así, podríamos perder lo que has logrado en las sesiones. No quiero ser alguien que te haga daño, y aunque te cueste creerlo, esta «distancia» es lo mejor para ti ahora.

Me mordí el labio mientras sentía cómo sus palabras calaban. ¿Y si solo era eso? ¿Y si había idealizado a Kairos como un salvavidas en medio de la tormenta, cuando en realidad lo único que necesitaba era sentir que alguien me apoyaba?

Kairos, al verme sumida en mis pensamientos, murmuró casi sin fuerza:

—Vega… por favor, no confundas este proceso con algo más.

Sabía que tenía razón, aunque mi orgullo y mis emociones me impedían aceptarlo. De alguna manera, la barrera que había puesto, parecía ser lo único que podía mantener a flote lo que había entre nosotros.

Nos quedamos en silencio unos segundos antes de que él diera un paso atrás.

—Si sientes que no puedes continuar con las sesiones, si necesitas un descanso —retomó la calma que solía mostrar—, lo entenderé. Lo importante es que te sientas bien y sigas avanzando. Si prefieres buscar a otro psicólogo, no te lo reprocharé.

Me miró por última vez antes de darse la vuelta y marcharse. Lo vi alejarse mientras sentía un vacío inmenso en el pecho. Sabía que, aunque nuestros sentimientos fueran reales, había una línea que no podíamos cruzar. Y eso, más que cualquier otra cosa, era lo que más dolía.

20

Había pasado un tiempo desde la última vez que coincidíamos las tres, y ahora, con Mere de vuelta tras su retiro, sentía que todo volvía a encajar en su sitio.

La mañana prometía. Nuestra primera parada en la «rutina de amigas» fue en una tienda local que vendía los jabones de Mere. El lugar era encantador: paredes decoradas con plantas colgantes, luces suaves que daban calidez al ambiente y un aroma embriagador de lavanda, eucalipto y otras esencias que se entremezclaban delicadamente. En el centro de la tienda, una mesa rebosante de jabones en todas las formas y colores posibles, algunos decorados con pétalos y semillas incrustados, como pequeñas obras de arte naturales.

Mere avanzó con la seguridad de quien sabe que su trabajo es impecable. Tomó uno de los jabones, un bloque verde con manchas doradas, y lo levantó con orgullo mientras nos mostraba su creación.

—Este es mi *Amor Eterno*, hecho con aceite de oliva, romero y un toque de tomillo para «ahuyentar las malas energías» —explicó, antes de guiñarnos un ojo con picardía.

Nora, fiel a su estilo, resopló con aire irónico.

—De ese ponte un kilo, querida.

Mere se echó a reír, divertida, y cogió otro jabón, este de aspecto brillante y plateado.

—Bueno, este es el *Desintoxicante Lunar* —anunció con dramatismo—. Hecho con polvo de cuarzo, aceite de menta y unas gotitas de aloe. Perfecto para recuperar la energía después de una noche loca…

—Hazme un favor y empácalo todo —respondió Nora, mirándose las uñas con fingido desinterés—. Últimamente, me hacen falta más que unas gotitas.

Sabíamos que, detrás de su aparente indiferencia, Nora estaba disfrutando. A saber qué secretos guardaba sobre su vida amorosa y

sexual.

Tras comprar algunos jabones, salimos de la tienda. Paseamos hasta una cafetería moderna que acababan de abrir en la isla. Mientras esperábamos los cafés en la barra, Nora, como siempre, captó nuestra atención con una de sus historias. Tenía un talento único para convertir cualquier anécdota en algo memorable.

—¿Os acordáis de cuando mi abuelo trabajaba en casa, justo al lado del paseo marítimo? —empezó con una sonrisa traviesa—. Era parte del equipo de la Cruz Roja, y nuestra puerta siempre estaba abierta por si alguien necesitaba ayuda, pero lo mejor era lo que le hacía a la gente que venía con picaduras de medusa.

Mere y yo la mirábamos expectantes.

—Cuando llegaba una mujer con una picadura, la trataba como una reina —continuó, deleitándose en la anticipación—. Le ponía crema, la cuidaba con toda la delicadeza del mundo, pero si era un hombre el que venía… —hizo una pausa teatral antes de soltar la bomba—. Lo obligaba a mear en el jardín, directamente sobre la herida. Decía que era el mejor remedio.

La risa nos explotó en el pecho al imaginar la escena. Era tan absurdo y, a la vez, tan propio del humor peculiar de la familia de Nora.

—¡Tu abuelo es único! —dijo Mere entre carcajadas.

—Lo es —respondió, mientras las tres reíamos sin poder contenernos.

Nos acercamos a la barra para recoger nuestros cafés. Todo parecía normal hasta que Nora miró su vaso y frunció el ceño.

—Oye… —dijo mientras examinaba el vaso con extrañeza—. Aquí no pone mi nombre.

Intrigada, me acerqué para leer lo que estaba escrito. Las palabras me dejaron perpleja.

—¿Qué dice? —preguntó Mere acercándose también.

—Espera… —dije procesándolo—. Pone… «me encantaría tener tus piernas en mis hombros».

Un silencio sepulcral cayó sobre nosotras antes de que la risa rompiera la tensión. Era tan ridículo que no podíamos tomárnoslo en serio.

—¡Esto es de locos! —exclamó Nora—. ¡Será cerdo el tío!

El momento pasó de absurdo a hilarante. Mere y yo no podíamos dejar de reír mientras Nora fingía indignación, aunque sus ojos brillaban con una chispa de diversión. Sin pensarlo demasiado, me acerqué de nuevo a la barra. El camarero me miró extrañado, pero antes de que pudiera reaccionar le solté un escupitajo directo en la cara. Sus ojos se abrieron de par en par, paralizado por la sorpresa.

—Yo también sé ser igual de cerda que lo has sido tú con mi amiga, maleducado —dije con voz firme mientras que mis palabras retumbaban por toda la cafetería.

Desde la distancia, Nora y Mere observaban la escena con caras de asombro, completamente en *shock*. Agarré mi café y salimos a toda prisa.

—¿Qué acabas de hacer? —preguntó Mere, todavía con la boca abierta.

Nora me miraba como si acabara de descubrir que yo era un alienígena infiltrado.

—¡Vega! ¿Pero se puede saber quién te ha poseído? —exclamó al borde de la risa.

—Tenía mocos y he aprovechado, chicas. Me ha venido de perlas —respondí encogiéndome de hombros con una sonrisa desafiante.

Mere se llevó las manos a la cara para contener la carcajada, aunque sus ojos ya brillaban por la risa.

—Vega, ¿te das cuenta de que eres una heroína para nosotras ahora mismo? —dijo inclinando la cabeza como si me hiciera una reverencia.

—Si lo llego a saber, te habría traído un pañuelo antes de que te acercaras al pobre chico —añadió Nora entre risas—. Aunque… admito que se lo tenía merecido. ¿Quién escribe cosas así en un vaso de café?

—Es que hay gente con menos tacto que un cactus —respondí cruzándome de brazos—. ¿De verdad creen que esas frases funcionan?

Nora soltó una carcajada.

—¿No es el colmo? Con lo fácil que es un simple «hola, ¿qué tal?» en lugar de un «pondría tus piernas en mis hombros» —añadió

Mere todavía divertida—. Eso sí, chica, tu técnica de escupitajo es algo que deberíamos aplicar más a menudo.

—Llámalo honestidad brutal —repliqué mientras nos alejábamos de aquel lugar.

De repente, un niño pequeño, de unos cinco o seis años, apareció frente a nosotras y se plantó delante de Nora, mirándola con ojos como platos.

—¡Tienes una mancha de sangre en el culo! —gritó con esa voz chillona e implacable de los niños.

Nora se quedó petrificada. Su expresión pasó de divertida a pura vergüenza en cuestión de segundos. Mere intentó cubrir la mancha con la bolsa de jabones, pero el niño seguía dando vueltas alrededor de ella, señalándola y riendo como si hubiera contado el chiste del siglo.

—¿Qué pasa, señora? ¿Te has hecho daño o te has muerto por dentro? —dijo el niño entre carcajadas.

Nora puso los ojos en blanco y masculló entre dientes:

—¡Niño, bocazas! ¿No tienes nada mejor que hacer que fiscalizar a la gente? ¡Y encima me llama señora, el asqueroso!

El niño parecía ajeno a su indignación y continuó señalándola hasta que su madre lo arrastró, disculpándose apresuradamente.

Cuando el pequeño desapareció, Nora respiró hondo, sin saber si reír o buscar un agujero donde esconderse.

—¡Mierda! —exclamó finalmente—. Me ha bajado la regla. No me tocaba.

Nos quedamos quietas durante un segundo, hasta que reaccioné.

—No pasa nada. Me pondré detrás de ti y te cubro mientras encontramos una tienda.

Mere ya estaba mirando alrededor con rapidez.

—Hay una tienda de ropa a dos calles. Vamos.

Nos movimos en formación, con Nora en el centro y yo detrás, para cubrir la mancha con mi cuerpo. Ella caminaba rígida, claramente incómoda, pero agradecida por nuestra rápida maniobra.

—Esto es una pesadilla —murmuró con una risa nerviosa.

—No es para tanto —le dije en un intento de tranquilizarla—. Podría pasarle a cualquiera.

Finalmente llegamos a la tienda. Nora fue directa a la sección de ropa, eligió rápidamente algo discreto que no volviera a delatarla en el futuro y se dirigió al probador. Poco después salió, ya con sus nuevos *shorts* y una sonrisa de alivio.

—Gracias, chicas. Sois mis heroínas —dijo suspirando profundamente.

—Eso siempre —le guiñé un ojo.

La acompañamos a la caja, donde pagó mientras nosotras seguíamos bromeando sobre la situación. A pesar del cachondeo, ambas sabíamos que, cuando las cosas se torcían, siempre estaríamos allí para cubrirnos las espaldas, literalmente.

—¡Es que todo me pasa a mí! Con el buen despertar que he tenido… —exclamó Nora.

Mere y yo nos miramos intrigadas, con las antenas del cotilleo levantadas, antes de dirigirnos hacia ella.

—¿Buen despertar? —arqueé una ceja con curiosidad—. A ver, cuenta, ¿qué ha pasado esta vez?

Nora sonrió con un brillo en los ojos. Con ella siempre había una nueva historia emocionante, y sabíamos que nos esperaba algo jugoso.

—Bueno, es que las cosas con Dante están cada vez más intensas… y bonitas —admitió mientras dejaba escapar un suspiro que jamás le habíamos escuchado antes—. Ya sabéis que nos hemos acostado alguna vez, pero estas últimas semanas… él ha estado diferente. Más cercano, más... no sé, más romántico.

Mere y yo nos detuvimos en seco, sorprendidas. No era el tipo de comentario que esperábamos escuchar de ella, la misma que siempre había afirmado que el amor era un mito y que la vida estaba para disfrutar sin ataduras.

—¿Romántico? —repetí, incapaz de ocultar mi asombro—. ¡Nora! ¿Tú hablando del amor? ¡Quién te ha visto y quién te ve!

Ella me lanzó una mirada de advertencia, pero no pudo ocultar la sonrisa que se asomaba en su rostro.

—No es lo que piensas, Vega. Es solo que… no sé, con él es diferente. Me hace sentir cosas que nunca había sentido. Es como si me mostrara una nueva cara de mí misma.

—La vida da muchas vueltas, Norita. Tal vez ha llegado el momento de sentar la cabeza y de dejarte querer ¿no crees? —apuntó Mere con suavidad.

Nora rodó los ojos, aunque era evidente que aquellas palabras la habían tocado. Estaba claro que Dante había logrado atravesar las barreras que ella siempre había levantado.

—Bueno, si él estuviera aquí ahora, no me habría traído a esta tienda de la esquina —comentó señalándola con la cabeza—. Me habría llevado a una *boutique* cara, como en *Pretty Woman*.

—Algo puta sí que eres —bromeé con un toque de picardía.

Ella me dio un manotazo en el brazo, pero disfrutaba del momento.

—No me compares con Julia Roberts, que yo tengo más clase —replicó con falsa indignación.

—Bueno, si Dante está dispuesto a hacer de tu Richard Gere, no creo que nosotras tengamos mucho que objetar —dijo Mere con complicidad.

El brillo en sus ojos la traicionó, y yo no pude evitar sentir una cálida satisfacción al verla tan entusiasmada. Nora, la misma que iba «de oca en oca», como solíamos decir, parecía estar replanteándose muchas cosas. Era raro verla así, tan feliz, tan ilusionada por alguien. Y aunque intentara ocultarlo, estaba claro que Dante había logrado lo que nadie más había conseguido.

21
13 años atrás…

Las fiestas del pueblo siempre habían sido un punto de encuentro para todos, una excusa para olvidar las preocupaciones y perderse en la música, la compañía y la euforia de la celebración. Esa noche, la plaza estaba abarrotada. La orquesta tocaba una mezcla de canciones tradicionales y éxitos actuales. Sobre nuestras cabezas colgaban guirnaldas de luces que iluminaban el ambiente. El aire se impregnaba de energía y todos estábamos contagiados.

Yo estaba allí con mis amigos. Había sido una semana complicada, llena de dudas, pero aquella noche me había propuesto dejar todo eso atrás y disfrutar como la chica de diecisiete años que era.

Reía y bebía con ellos, me dejaba llevar entre la multitud. Entonces, a lo lejos, lo vi. Kairos estaba de pie, y me observaba con una expresión tensa. Nuestras miradas se cruzaron un instante, y sentí una sacudida en el pecho. Decidí ignorarlo. Me negué a dejar que su presencia me afectara. Después de todo lo que había pasado, después de cómo se había alejado de mí, no le debía nada.

—¡Vega! —me llamó Ricard, el más arrogante del grupo.

Era guapo, sí, pero un imbécil. Siempre tenía un comentario sarcástico preparado y disfrutaba menospreciando a los demás. No era mi tipo, pero cuando lo vi acercarse con esa sonrisa ladina, supe que podía aprovechar la situación para mi propio beneficio.

—¿Qué pasa, Ricard? —respondí mientras tomaba un sorbo de mi bebida.

—Vamos a bailar —dijo sin esperar respuesta. Tomó mi mano y me arrastró hacia la improvisada pista de baile en el centro de la plaza.

Sentí la mirada de Kairos clavada en mi espalda mientras Ricard me guiaba entre la gente que se movía al ritmo de la música. Algo dentro de mí ardió. Si ese psicólogo quería distancia, si deseaba que

lo olvidara, entonces tendría que ver cómo lo hacía, aunque fuera a través de alguien como mi amigo.

Me dejé llevar por el ritmo. Ricard intentó acercarse más de lo que me gustaba, pero lo permití porque sabía que Kairos nos observaba. Quería que viera que no lo necesitaba, que podía seguir adelante sin él.

—Vas a tener que esforzarte más, Ricard —dije con una sonrisa desafiante cuando intentó pegarse aún más a mí—. No soy tan fácil.

—Eso ya lo veremos —respondió él con su tono habitual cargado de arrogancia.

Fingí disfrutar más de lo que realmente lo hacía. A medida que la noche avanzaba, sentí los efectos del alcohol intensificarse. Mis risas se hicieron más ruidosas, mis movimientos más desinhibidos. Cuando mis amigas me ofrecieron más bebida, acepté sin pensarlo. Sabía que estaba cruzando un límite, pero no me importaba.

Ricard, por su parte, no dejaba de seguirme. Cada vez que intentaba regresar con Mere y Nora, él me retenía, insistía en que siguiera bailando, que bebiera más. Y yo, perdida en mi estado, no veía el peligro.

En un momento, Ricard tomó mi brazo y me apartó del grupo. Comenzó a guiarme hacia un rincón más oscuro, en dirección a un callejón que desembocaba en la playa. Reía y tropezaba mientras caminábamos por la arena, pero cuando llegamos a un lugar apartado, lejos de las luces y el bullicio de la fiesta, algo en mí despertó. Su proximidad me incomodaba.

—Ricard, ¿qué haces? —pregunté y mi voz estaba teñida por los efectos del alcohol.

—Vamos, Vega. Sé que te gusto —respondió con una sonrisa que ahora me parecía depredadora, mientras se acercaba demasiado.

Intenté apartarme, pero él era más fuerte. Sentí una mano apretarse alrededor de mi brazo y la otra buscó mi cintura.

—Déjame. No quiero esto —intenté sonar firme, pero mi voz temblaba.

—No sigas haciéndote la difícil —ignoró mis palabras, y entonces el miedo me invadió por completo.

—Ricard, basta.

Él soltó una risa que me puso los pelos de punta.

—Venga, Vega, tengo ganas de probarte.

—¡He dicho que me sueltes! —grité. Mi voz estaba quebrada por la impotencia.

Antes de que pudiera reaccionar, sentí cómo él era arrancado de mi lado con una fuerza que me tambaleó. Me giré confusa, y vi a Kairos. Su rostro, transformado por la furia, me dejó paralizada. Empujó a Ricard con tal fuerza que este cayó al suelo.

—Aléjate de ella —ordenó Kairos con una voz baja y peligrosa. Luego, rugió—: ¿Qué demonios creías que estabas haciendo?

Ricard, sorprendido, levantó las manos en señal de rendición, pero Kairos no le dio tiempo. Se agachó y lo sujetó del cuello. En su mirada había una rabia contenida que me asustó tanto como me alivió. La tensión en su mandíbula revelaba el esfuerzo que hacía para controlarse.

—No me toques, imbécil —balbuceó mi amigo, aunque en su voz se notaba el miedo.

Kairos lo soltó bruscamente, empujándolo hacia atrás, lo que obligó a Ricard a tambalearse antes de incorporarse. Con una mirada rabiosa y maldiciendo entre dientes, se marchó a toda prisa.

Cuando desapareció, Kairos se giró hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó todavía tenso.

En lugar de sentir alivio, la indignación brotó en mi interior como un incendio. ¿Por qué tenía que ser él quien me rescatara? ¿Por qué siempre aparecía cuando menos lo deseaba?

—No necesito que me salves —espeté con la voz temblorosa—. No eres mi héroe, ni mi salvador. ¿No lo entiendes? ¡No quiero saber nada de ti!

Sus ojos se oscurecieron ante mis palabras, como si acabara de recibir un golpe, pero no retrocedió.

—Vega, yo solo...

—¡No quiero escucharlo! —lo interrumpí. Sentí cómo las lágrimas ardían en mis ojos—. Dejaste claro que no querías nada conmigo, que todo esto fue un error. Pues está bien; lo he entendido. No quiero volver a verte. No voy a regresar a las sesiones, así que dile a

mi padre que deje de insistirme. Ya no me importa nada de lo que tengas que decir.

Kairos permaneció en silencio, sus puños estaban cerrados con fuerza. La tensión en su cuerpo delataba que intentaba contenerse, pero la furia hervía bajo la superficie. De pronto, antes de que pudiera darme cuenta, se acercó con rapidez y, sin previo aviso, tomó mi rostro entre sus manos y me besó.

El beso fue feroz, cargado de una desesperación que parecía haber contenido durante demasiado tiempo. Sentí el calor de su cuerpo contra el mío mientras sus manos me sujetaban con fuerza. Todo lo que había querido decirle, todo el dolor y la rabia que me carcomían, se desvanecieron en ese contacto. Cerré los ojos y le devolví el beso con la misma intensidad. Yo también me dejé llevar por lo que había reprimido durante días.

Pero entonces, la realidad me golpeó como un cubo de agua fría. Con un esfuerzo titánico lo empujé para apartarlo.

—¡No! —exclamé alejándome de él con el corazón desbocado—. ¡Olvídate de mí!

Su pecho subía y bajaba con fuerza. En sus ojos vi que había llegado a su límite. Él también estaba al borde de romperse.

—No me pidas que me olvide de ti, Vega —dijo en un susurro ronco—. Porque no puedo. No importa cuánto lo intente.

El beso de Kairos había dejado mis labios ardiendo y mi mente atrapada en una vorágine. Sus palabras resonaban en mi cabeza, como una cuerda invisible que tiraba de mí hacia él, incluso cuando cada parte de mí gritaba que debía huir, que aquello estaba mal. Así que hice lo único que podía hacer: me di la vuelta y empecé a correr.

Corrí por la playa, dejé que la arena se deslizará bajo mis pies. No sabía hacia dónde me dirigía, solo que necesitaba poner distancia entre nosotros. La música y las luces de la fiesta se desvanecían en la distancia, y lo único que podía oír era el latido frenético de mi corazón. No importaba cuánto corriera, podía sentir su presencia detrás de mí, siguiéndome, intentando alcanzarme.

—¡Vega! —su voz, llena de preocupación, rompió el aire—. ¡Por favor, espera!

Me giré, el pecho subía y bajaba con rapidez, y grité con todo lo que me quedaba dentro:

—¡Me dices que enfrente mis sentimientos, pero cuando se trata de ti, te cierras! ¡No es justo! ¡Vete a la mierda!

Kairos volvió a llamarme por mi nombre, estaba desesperado, pero ignoré sus súplicas. Solo me concentré en poner un pie delante del otro, en escapar de él y de lo que acababa de suceder. Sin embargo, mi cuerpo, aturdido por el alcohol y la adrenalina, no aguantó mucho más. Una oleada de náuseas me golpeó con fuerza.

Me detuve en seco cuando mi estómago se retorció. No pude evitarlo. Me incliné hacia adelante y vomité en la arena; sentí cómo todo lo que llevaba dentro se vaciaba de golpe. Las lágrimas de vergüenza comenzaron a rodar por mi rostro, mezclándose con las náuseas. En ese momento, lo único que deseaba era desaparecer.

Kairos llegó a mi lado. Sentí sus manos cuando me sostuvieron mientras mi cuerpo se deshacía de lo poco que quedaba en mi interior. Con delicadeza, apartó mi cabello de la cara.

—Tranquila —susurró—. Estoy aquí. Respira.

Cuando mi cuerpo dejó de convulsionarse, Kairos me ayudó a sentarme en la arena. Mis piernas no tenían fuerzas, y me sentía como una muñeca rota, vacía y agotada. Llevé las manos a la cara, quise recuperar algo de dignidad, pero me sentía completamente expuesta, vulnerable.

—Dios, qué vergüenza —murmuré, rota por la humillación.

Kairos no dijo nada al principio. Sacó un pañuelo de su bolsillo y me lo ofreció con suavidad.

—Toma, para que te limpies.

Miré el pañuelo con recelo.

—Si tiene tus mocos, no lo quiero. Me da asco —respondí con un intento débil de humor.

Kairos dejó escapar una risa ligera.

—¿Y no te ha dado asco cuando te he metido la lengua hasta el fondo? —replicó divertido.

La risa que brotó de mis labios fue involuntaria, pero la sentí como un alivio en medio de aquel caos.

Tomé el pañuelo y limpié mi boca con cuidado. Kairos se sentó a mi lado y miró hacia el horizonte, donde el mar y el cielo se fusionaban en una línea oscura e infinita. Permanecimos en silencio mientras respirábamos el mismo aire.

—La primera vez que te vi, supe que serías diferente. Que no serías una paciente más —dijo finalmente—. Y eso... eso me asustó.

Lo miré, sorprendida.

—¿Te asusté? —pregunté incrédula.

—Sí. Me asustaste porque vi en ti algo que me recordaba a mí mismo cuando era joven. Esa rebeldía, esa resistencia a que alguien te diga qué hacer o cómo sentirte… Me sentí atraído por eso, por esa fuerza, pero también supe que serías un desafío.

Sus palabras comenzaron a desarmar las barreras que había levantado entre nosotros, y me sentí más desprotegida de lo que quería admitir.

—¿Y qué fue lo que te hizo decidir que querías ayudarme? —pregunté en busca de su mirada.

Kairos exhaló profundamente antes de continuar.

—Cuando murió mi hermana… —comenzó, y su voz tembló— sentí que todo mi mundo se desmoronaba. Fue como si me arrancaran una mitad de mi alma. Estuve perdido durante mucho tiempo, sin nadie que me ayudara, que me entendiera. Así que, cuando te conocí y vi el dolor en tus ojos, me prometí a mí mismo que no dejaría que pasaras por lo mismo sola. Quería ayudarte a encontrar una forma de salir de ese lugar oscuro en el que yo mismo estuve atrapado.

Un nudo se formó en mi garganta mientras escuchaba su confesión. La brisa no lograba aliviar el silencio pesado que nos rodeaba. Lo miré de reojo. Su mirada reflejaba un leve desamparo, como si la armadura de profesional que siempre llevaba estuviera a punto de ceder. Sin pensarlo, extendí mi mano y la coloqué sobre la suya; la apreté suavemente.

—Nunca hablo de ella —continuó—. Es demasiado doloroso, incluso después de todos estos años, pero contigo… no sé, sentí que necesitabas saberlo, que entenderías lo que significaba para mí. Y,

tal vez, al compartir esto contigo, podría ayudarte de alguna manera.

Dejé que sus palabras se asentaran en mi mente. De repente, comprendí mucho más sobre él: su calma, su necesidad de control, todo aquello que lo hacía parecer imperturbable.

—Tú… —intenté encontrar las palabras adecuadas mientras mi voz se quebraba—. Tú siempre estás tan sereno, con todo bajo control. A veces pienso que nada te afecta, pero ahora veo que no es así. Llevas mucho más dentro de lo que dejas ver, ¿verdad?

Kairos asintió lentamente sin decir nada. Y, por un momento, el hombre fuerte y seguro se desvaneció y dejó paso a alguien más vulnerable, más real.

—Sí. La calma es lo único que me queda, lo único que me mantiene a flote. He aprendido a vivir con el dolor, a encontrar un equilibrio, pero eso no significa que no sienta. He aprendido a no dejar que me controle, aunque cuando estoy contigo... todo eso se desmorona. No puedo ser el terapeuta perfecto; soy solo… yo. Y eso me asusta.

Habíamos pasado tanto tiempo esquivando esta conversación, intentando escapar de lo que realmente sentíamos, que ahora que las palabras fluían, no quería detenerme.

—Kairos... —susurré, y sentí las lágrimas acumulándose en mis ojos—. A mí no me gusta la perfección.

Kairos giró el rostro hacia mí. Después de todo este tiempo, parecía haber encontrado a alguien con quien podía ser él mismo, sin pretensiones, sin máscaras.

—Gracias por entenderme, Vega. Por escucharme.

El aire nocturno resultaba refrescante sobre nuestra piel, mientras las hojas de las palmeras se agitaban suavemente.

—Vega, nunca te he preguntado… ¿Qué es lo que más te gusta hacer cuando estás sola? Algo que nadie más sepa de ti.

La pregunta me pilló por sorpresa. Solté una pequeña risa mientras me acomodaba en la arena y sentía el calor residual del día bajo mis piernas.

—¿Quieres que te revele mis secretos? —bromeé para aligerar el ambiente—. No es nada emocionante, te lo advierto.

Kairos esbozó una sonrisa, con esa calma tan característica suya que ahora comprendía mejor.

—No importa si es emocionante o no —respondió—. Solo quiero saber más de ti. Las pequeñas cosas son las que realmente importan.

Me mordí el labio mientras pensaba en qué decirle. Había tantas cosas insignificantes que me gustaban, pero compartirlas con él me parecía… importante.

—Bueno —dije finalmente—, me encanta coleccionar conchas. Suena un poco infantil, lo sé, pero cada vez que vengo a la playa, busco las más bonitas, las más perfectas. Las guardo en un frasco que tengo en mi habitación. Cuando era pequeña, mi madre me enseñó a buscarlas y me dijo que cada concha era un pequeño tesoro del mar, una pieza de su historia. Desde entonces, no puedo evitar agacharme y buscar alguna nueva para añadir a la colección.

Kairos me miró con una sonrisa que iluminó sus ojos.

—No suena infantil para nada. Es… bonito, en realidad. Esas conchas son como un pequeño pedazo del mar que te llevas contigo.

Sentí un cálido cosquilleo en el pecho. Nadie había descrito mi pequeño pasatiempo de esa manera.

—¿Y tú? —le pregunté, curiosa por saber algo similar sobre él—. ¿Tienes alguna manía secreta o un pasatiempo que nadie conozca?

Kairos se quedó pensativo un momento y dirigió la mirada hacia el horizonte, como si buscara la respuesta en el mar.

—Es algo muy mío, pero... me gusta escribir. Relatos cortos, a veces solo fragmentos de pensamientos que se me ocurren. Es mi manera de lidiar con todo lo que pasa por mi cabeza. Escribo sobre cualquier cosa: la gente que veo por la calle, los sueños que tengo, incluso sobre pacientes que he atendido. Claro, sin nombres ni detalles personales, solo… impresiones. Escribir me ayuda a procesar cosas que no puedo decir en voz alta.

La imagen de Kairos, sentado en su escritorio, escribiendo en un cuaderno, me pareció tan íntima, tan personal, que por un instante me sentí intrusa en su mundo.

—¿Y nunca has pensado en publicar algo de lo que escribes? — estaba intrigada.

—No, nunca he tenido esa ambición. Escribir para mí es algo privado, algo que no quiero compartir con el mundo. Es... mi refugio.

Comprendí perfectamente lo que quería decir. Hay cosas que simplemente no pueden compartirse porque son demasiado personales, demasiado esenciales para uno mismo.

—¿Y qué más te gusta hacer? —continué.

Kairos se recostó un poco y apoyó el peso en sus brazos mientras miraba el cielo estrellado. Su postura relajada contrastaba con la intensidad de la conversación, y eso me hizo sentir más cómoda.

—Me gusta caminar por la isla, observar a la gente. Es una manera de desconectar, de estar en el mundo sin tener que interactuar con él. A veces, puedo pasar horas caminando sin rumbo fijo, solo viendo cómo la vida se despliega ante mis ojos. Es una de las pocas cosas que realmente me relaja.

Me sorprendió lo mucho que tenía en común con él. Nunca lo habría imaginado.

—A mí también me gusta hacer eso —respondí—. A veces, cuando no puedo dormir, salgo a caminar por el pueblo. Es un lugar tan pequeño que todo el mundo se conoce, pero de noche parece completamente diferente. Me gusta ver las casas dormidas, las luces apagadas. Hay algo mágico en esa quietud.

Kairos giró la cabeza hacia mí, y nuestros ojos se encontraron bajo la luz tenue de las estrellas.

—Me encantaría acompañarte alguna vez en una de esas caminatas —dijo con un tono que parecía más una promesa que una sugerencia.

Un calor suave se extendió por mi pecho al imaginar compartir algo tan íntimo con él, algo tan mío.

—Me encantaría que lo hicieras —admití con sinceridad.

En ese momento no solo compartíamos palabras, sino fragmentos de nuestras almas. Lo miré con una sonrisa traviesa mientras dibujaba círculos en la arena con mis dedos.

—¡Oye! Después de toda esta conversación tan profunda y con tantas preguntas, me vas a tener que cobrar por esta sesión extraoficial —bromeé para aligerar el ambiente.

Kairos dejó escapar una risa baja, suave, que resonó como una caricia en el silencio de la noche.

—¿Cobrarte? —repitió fingiendo sorpresa—. Creo que soy el paciente en esta ocasión. Has conseguido que abra mi corazón después de tenerlo cerrado con llave durante tanto tiempo. Tal vez sea yo quien deba pagarte a ti por esta «consulta».

—¿Y cuánto crees que vale que me cuentes tus secretos más oscuros? —le pregunté, con una sonrisa burlona—. No es fácil ponerle precio a algo así.

Kairos hizo una pausa antes de responder con una sonrisa que aceleró ligeramente mi corazón.

—Bueno, si pienso en lo mucho que me has hecho abrirme esta noche… diría que vale al menos unos cuantos paseos nocturnos. ¿Qué te parece?

—¿Paseos nocturnos? —fingí que evaluaba la propuesta—. Mmm, suena justo, pero con una condición: pizza incluida y una vuelta por el puerto.

—Trato hecho. Pizza, paseo nocturno y… nada de tener siempre la última palabra. También voy a hacerte algunas preguntas incómodas para equilibrar la balanza.

—¿Preguntas incómodas? —reí—. Vale, acepto el reto, pero te advierto que soy un hueso duro de roer.

Kairos se giró hacia mí, apoyó la cabeza en su mano, con un brillo divertido en los ojos.

—Eso ya lo sé, Vega, pero me gustan los retos.

La tensión que había pesado sobre nosotros durante toda la conversación parecía haberse desvanecido por completo. Lo miré pensativa antes de responder.

—Tal vez deberíamos cambiar de roles de vez en cuando. Me ha gustado lo que hemos hecho hace un momento. No es justo que tú siempre cargues con todo. Además, es más divertido verte responder.

Kairos sonrió y negó con la cabeza, como si no pudiera creer lo que decía.

—Tienes razón. Es… refrescante. Aunque, debo admitir, también es un poco aterrador.

—¿Aterrador? —pregunté, intrigada.

—Sí —admitió—. Me aterra lo fácil que es hablar contigo de estas cosas. Normalmente no soy tan abierto. Supongo que eso significa que estamos en problemas.

Le devolví la sonrisa, y mi pecho se llenó de un calor que abrasaba.

—Tal vez lo estemos —dije suavemente—, pero no me importa. Prefiero estar en problemas contigo que estar a salvo sola.

Kairos me miró con una intensidad que me desarmó, y su voz, aunque baja, resonó como un eco dentro de mí.

—Yo también, Vega. Yo también.

El cielo repleto de estrellas brillaba sobre nosotros, mientras las olas continuaban su eterno vaivén. La carga eléctrica entre los dos era inconfundible. Cada palabra, cada mirada parecía empujarnos más cerca del borde de algo que sabíamos que no podíamos permitirnos cruzar. Él, deslizó su mano hasta la mía y yo se la agarré suavemente. Sentirlo encendió todo mi mundo.

Levanté la vista hacia el cielo. Mis ojos encontraron una estrella brillante y clara.

—¿Ves esa estrella? —rompí el silencio.

Kairos siguió mi mirada.

—Sí, la veo.

Respiré hondo antes de continuar.

—Me llamaron Vega por ella —dije en voz baja—. Mis padres me contaron que cada noche brillaba tanto que decidieron que debía llevar su nombre.

—Así que, en cierto modo, eres una estrella… —Kairos me miró con tal intensidad que me estremecí. Aparté la mirada, porque sentía que mi corazón se apretaba en el pecho y me costaba inhalar—. Eres una estrella, pero de sal —añadió de repente—. Una con el pelo salvaje, arena en los pies y la piel salada. Brillas de una manera que es imposible no percibir, incluso de lejos.

El calor subió por mi cuello hasta invadir mi rostro. Sus palabras me dejaron sin habla. Había soñado millones de veces con un

momento como este, pero jamás pensé que sería tan real, tan avasallador.

—No digas eso… —sentí la vergüenza arder en mi interior.

Kairos sonrió, pero no era una sonrisa burlona. Era suave, casi tierna, e hizo que el torbellino en mi pecho se calmara, al menos por unos segundos.

—¿Tú? ¿Vergüenza? No tienes por qué sentir vergüenza, Vega —dijo y su voz se mezcló con el sonido del mar—. Eres mucho más de lo que crees.

Mi corazón latía con tanta fuerza que pensé que podría escucharse en el silencio de la noche. Me sentía completamente expuesta, como si él pudiera ver todas mis inseguridades, todas esas noches en las que había pensado en él con la esperanza de un momento como este, pero ahora que lo tenía frente a mí, ahora que me decía esas cosas, me sentía más desprotegida que nunca.

Intenté calmarme mientras las palabras se atoraban en mi garganta. Lo miré, incapaz de hablar, esperando que, de alguna manera, entendiera todo lo que no podía expresar.

—Kairos… —rompí el silencio con un hilo de voz—. Nunca te he preguntado por qué te llamas así.

Él bajó la mirada, y una pequeña sonrisa apareció en sus labios, como si la pregunta le trajera un recuerdo íntimo.

—Mi nombre tiene un significado especial —comenzó—. En filosofía y teología, *kairos* se refiere a un momento cualitativo, un tiempo lleno de significado. Es el instante en que las circunstancias son perfectas para que ocurra algo importante. Es cuando se toman decisiones trascendentales o se experimentan cambios determinantes. —Hizo una breve pausa para asegurarse de que yo entendiera la profundidad de lo que decía—. En resumen, *kairos* es el tiempo de las oportunidades, el momento preciso en el que algo crucial sucede, algo que puede tener un impacto duradero.

Lo miré fijamente y sentí como si, de repente, todo cobrara sentido.

—Entonces… tú eres eso para mí —dije casi sin darme cuenta—. Eres mi *kairos*. Has llegado en el momento más oscuro de mi vida y,

aunque a veces no sé si estás aquí para salvarme o para empujarme a enfrentar todo esto, siento que eres el cambio que necesitaba.

Sentí una punzada de miedo al abrirme tanto, pero al mismo tiempo, una extraña paz me invadió.

—Tal vez… —murmuró finalmente—. Tal vez no soy solo tu *kairos*, Vega. Quizás tú también eres el mío.

El aire entre nosotros se cargó de una intensidad nueva, estaba claro que esas palabras habían abierto una puerta. Fue entonces cuando me hizo una pregunta que no esperaba.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

Parpadeé, sorprendida por el repentino cambio de tema.

—El tres de julio. ¿Por qué?

Kairos se inclinó un poco más cerca.

—Porque cuento las horas para que llegue ese día —dijo—. Porque cuando eso pase, ya no estaré en problemas por haberme vuelto loco por una menor de edad.

—Madre mía… —empecé, pero las palabras se desvanecieron en el aire, atrapadas entre el deseo y la incertidumbre.

Su mirada era intensa, repleta de emociones frenadas. Sabíamos que estábamos en una situación complicada, llena de obstáculos que ninguno de los dos podía controlar.

—Es una gran putada, lo sé —dije finalmente—, pero, dentro de toda esta mierda, solo son unos meses. Podría ser peor, podrían ser años.

Kairos soltó un suspiro profundo, y pude ver cómo todo esto lo desgastaba.

—No sé cómo voy a poder manejar esta situación durante este tiempo —confesó—. Es difícil, Vega. Mucho más difícil de lo que pensé que sería. Estos días han sido horribles para mí, te lo juro.

No era fácil para ninguno de los dos, pero sabía que para él la carga era aún mayor.

—Tú eres el adulto aquí —intenté aligerar el ambiente con una sonrisa traviesa—. Deberías ser capaz de torear esta situación. A mí me da igual todo; me tiraría a la piscina aunque no hubiera agua.

Él dejó escapar una risa suave.

—Eso es lo que me gusta de ti —dijo con sinceridad—. Esa frescura de la juventud, esa fuerza que te hace imparable, sin miedos. A veces echo de menos sentirme así, sentir que soy el rey del mundo.

Lo miré con curiosidad.

—¿Y por qué no puedes? —pregunté—. ¿Por qué no puedes volver a sentirte así?

Kairos reflexionó un instante, con la mirada perdida en el horizonte.

—Porque con el tiempo, las responsabilidades y los miedos te alcanzan —admitió—. Te das cuenta de que no puedes simplemente lanzarte sin mirar, de que cada acción tiene consecuencias. Y eso… te cambia.

Sabía que tenía razón, pero también sabía que, en este momento, todo lo que deseaba era sentir esa libertad de la que hablaba. Quería que, aunque solo fuera por un instante, pudiéramos ser simplemente Kairos y Vega: dos personas bajo las estrellas, que compartían algo tan puro como el amor.

—Pero aun así… —dije finalmente con una sonrisa esperanzada —. Eso no significa que no puedas volver a intentarlo. A veces, solo necesitas un empujón, alguien que te recuerde cómo es sentirse invencible. Yo estoy dispuesta a hacerlo… si me dejas.

Kairos me miró, y en su sonrisa encontré una chispa de posibilidad.

—Tal vez… —dejó la frase en el aire.

22

Estaba tranquila en casa, sentada en la mesa del salón que utilizaba para trabajar. Tenía el portátil abierto frente a mí, con la pantalla dividida entre diferentes ventanas: redes sociales, documentos de estrategia y un sinfín de pestañas. Todo estaba lleno de papeles, notas adhesivas y bocetos de campañas publicitarias. Unos minutos antes me había dado un baño en la cala. Era una tarde tranquila, algo que se había vuelto un lujo últimamente. La música resonaba a todo volumen con un ritmo que me ayudaba a concentrarme.

—«*Me callo porque es más cómodo engañarse. Me callo porque ha ganado la razón al corazón. Pero pase lo que pase y, aunque otro me acompañe, en silencio te querré tan solo a ti…*» —gritaba a todo pulmón una de mis canciones favoritas de La Oreja de Van Gogh, *Deseo de cosas imposibles*.

Las cortinas se movían suavemente con la brisa que entraba por las ventanas abiertas, y mi perro corría alegremente por el salón, empeñado en perseguir su propia sombra. Me sentía en paz, inmersa en mis pensamientos y en las tareas pendientes.

De repente, una mano firme se posó en mi hombro. Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera procesarlo; salté del susto y giré la cabeza bruscamente.

Era Darío. Estaba de pie junto a mí, vestido con su uniforme de policía, pero lo que realmente me alarmó fue el estado en el que se encontraba. Tenía un ojo morado e hinchado. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. No esperaba verlo allí y, mucho menos, así.

—¡Dios! —exclamé casi gritando mientras me apresuraba a apagar la música y me levantaba de la silla—. ¿Qué te ha pasado?

Él levantó una mano y me pidió calma, aunque la preocupación en su mirada era evidente.

—Vega, siéntate —dijo con voz cansada.

El miedo me golpeó en el estómago, pero hice lo que me pidió. Me acompañó al sofá y me dejé caer, sin apartar la mirada de su ojo

morado.

—¿Qué ha pasado? —repetí.

Darío se sentó a mi lado y respiró hondo antes de hablar. Evitó mirarme al principio.

—Tu ex, Albert… —empezó—. Me ha esperado en la puerta de la comisaría. Al principio no lo he reconocido.

Sentí cómo un nudo se formaba en mi estómago.

—¿Qué ha hecho? —insistí con el corazón desbocado.

Darío soltó un suspiro, y finalmente me miró. Sus ojos estaban llenos de frustración.

—Se me ha encarado. Estaba fuera de sí, lleno de rabia. Me reconoció, Vega, y soltó toda su ira. Me ha gritado cosas horribles sobre ti, insultos que prefiero no repetir. He intentado mantener la postura; no quería hacer nada que pudiera complicarme las cosas, pero ignorarlo ha sido imposible.

Una ola de rabia y miedo me arrasó. No podía creer que Albert, después de tanto tiempo, siguiera guardando ese rencor. Pensé que había encontrado la manera de seguir adelante.

—Dice que le arruinaste la vida —continuó Darío con un amargo deje de ironía—. Que no soporta verte feliz con otra persona. He intentado razonar con él, pero no escuchaba. Y cuando ha visto que no le respondía, que no me inmutaba… me ha golpeado.

—¿Esto lo ha hecho él? —sentí que la realidad me golpeaba también. Mi voz salió más alta de lo que pretendía—. ¿Y cómo has respondido tú?

Darío me miró con una leve sonrisa triste.

—Lo detuve, Vega. Lo reduje y lo llevé dentro. Ahora está detenido, pero las cosas se han complicado: le han hecho pruebas y estaba drogado. Las consecuencias pueden ser graves para él… y para mí. No debí dejar que llegara a ese punto, pero no fue mi intención que terminara así.

El suelo pareció desvanecerse bajo mis pies. Me levanté, con las manos temblorosas, y caminé hacia la cocina. Necesitaba hacer algo, cualquier cosa, para calmarme.

—Voy a buscarte un hielo para ese ojo —quise sonar más firme de lo que me sentía.

Darío me siguió con la mirada, pero no dijo nada. Sabía que yo estaba afectada.

Cuando regresé con el hielo envuelto en un paño, me senté frente a él y lo apliqué con cuidado sobre su herida. Mis manos temblaban, y aunque lo notó, no hizo ningún comentario. Solo cerró los ojos y dejó que lo cuidara.

—¿Cuáles son las posibles consecuencias para ti? —pregunté moviendo el paño suavemente sobre el hematoma.

—Todo depende de cómo se maneje el caso —respondió sin abrir los ojos—. Si se considera que usé la fuerza de manera excesiva o que actué influido por mis sentimientos personales, podría enfrentarme a una investigación interna. Eso podría afectar mi carrera.

Sentí cómo la culpa se acumulaba en mi pecho y subía por mi garganta, ahogándome.

—Esto ha sido por mí… —murmuré con un hilo de voz.

Darío abrió los ojos y puso su mano sobre la mía para que lo mirara.

—No, Vega. Esto no es tu culpa. Albert tomó sus propias decisiones. No puedes responsabilizarte de lo que él hizo. Yo me encargaré de la situación. Haré lo necesario para que no te afecte.

Sus palabras eran sólidas, casi un refugio en medio de la tormenta. Sentí cómo me protegía, cómo intentaba aliviar mi carga.

—Darío, lo siento tanto… —murmuré mientras las lágrimas se acumulaban en mis ojos.

Él negó con la cabeza.

—No tienes por qué disculparte. He pasado por cosas peores, créeme. Solo prométeme que estarás bien, que no dejarás que esto te afecte más de lo que debe. Prométeme que no le vas a escribir ni a contactar.

Sabía que no sería tan fácil, pero en ese momento lo único que importaba era que Darío estaba allí, a salvo, aunque herido. Sabía que nuestra relación era complicada, que ninguno de los dos estaba seguro de lo que quería, pero sentí que necesitaba más que nunca estar cerca de él.

Me incliné y lo abracé. Sentí cómo su cuerpo, tenso al principio, se relajaba mientras correspondía al gesto. Fue un abrazo largo, con mucho cariño.

—Gracias —murmuré contra su pecho—. Por aguantar todo esto, por estar aquí, por todo.

Darío me apretó un poco más fuerte antes de soltarme.

—Estoy aquí, Vega. No voy a irme a ninguna parte, aunque juntos tengamos una nube negra encima.

Lo miré y vi el cansancio reflejado en sus ojos. El moratón comenzaba a oscurecerse en su rostro, y supe que no quería que se fuera.

—Deberías quedarte aquí esta noche —propuse casi sin pensarlo —. No tiene sentido que te vayas solo a casa, no después de lo que ha pasado.

Pero Darío negó con la cabeza.

—No puedo dejar a Bella sola —hizo referencia a su perra.

—Entonces vamos juntos a tu casa —sugerí—. Puedes cambiarte y traemos a Bella. Así puede jugar con Bob. Será bueno para ellos... y para nosotros también.

Darío me miró con una chispa de diversión en los ojos, a pesar del evidente cansancio.

—Vaya, vaya —dijo con tono bromista—. Y pensar que no quieres una relación seria. Con esa propuesta, no lo parece.

Me ruboricé al instante, pero antes de que pudiera responder, le di un pequeño golpe en el brazo, más por reflejo que por intención. Darío se quejó enseguida, y se llevó la mano al lugar donde lo había golpeado.

—¡Ay! —exclamó y fingió dolor—. Justo ahí también me ha dado.

Mi corazón se detuvo por un segundo, y el susto me recorrió como un rayo.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —me disculpé rápidamente, y me llevé las manos a la boca para callarme.

Antes de que pudiera hacer algo más, Darío me agarró con firmeza y, en un movimiento rápido y decidido, me sentó sobre sus piernas. Me quedé sin aliento, atrapada en sus brazos, mientras su mirada recorría mi rostro con una vehemencia que me dejó inmóvil.

Sus dedos acariciaron suavemente mis mejillas y apartó un mechón de cabello que se había escapado de mi trenza. Tomó una de mis manos entre las suyas y la acercó a sus labios.

—Esta parte está intacta —dijo con una sonrisa traviesa mientras rozaba mis dedos con un leve beso. Luego, acercó su rostro más al mío—. Mis besos, le pese a quien le pese, ahora son para ti, amiga mía.

Sonreí al recordar nuestra conversación en la tabla de *paddle surf*. La forma en que sus labios rozaban mis dedos hacía que todo mi cuerpo se estremeciera. No pude evitar observar cada detalle de su rostro. Darío era realmente guapo. Había en él una dureza suavizada por una ternura latente que me fascinaba. Sin pensarlo, alcé la mano y toqué su cabeza; dejé que mis dedos exploraran la textura de su cabello rubio y rapado.

—¿Alguna vez te lo has dejado largo? —pregunté con curiosidad.

—Sí, pero en la isla es más práctico así. El calor, la sal… ya sabes.

Comprendí lo razonable de su respuesta, pero, en realidad, me daba igual, porque me estaba perdiendo en su cercanía, en la manera en que su voz resonaba en mi pecho. De repente, sentí algo húmedo en mi mano. Bob, mi perro, había decidido unirse al momento y nos daba lametazos con ansia.

El ambiente cambió al instante, y solté una carcajada que no pude contener. Darío empezó a reír también.

—Veo que sabe perfectamente cuándo intervenir —dijo entre risas—. Porque, sinceramente, la cosa estaba empezando a ponerse seria.

Acarició la cabeza de Bob con cariño y, tras un instante, me miró de nuevo con esa chispa divertida que hacía que todo pareciera más fácil.

—Vamos, recoge todo esto. Nos vamos a mi casa a por Bella.

Me levanté, todavía con una sonrisa en los labios, apagué el portátil y comencé a recoger los papeles. El corazón me latía con fuerza. Me volví hacia Darío, que seguía sentado en el sofá, observándome.

—Oye… —quise sonar casual—. ¿Me vas a dejar quitarte el uniforme de policía cuando lleguemos a tu casa?

Vi cómo sus ojos se iluminaban con un brillo travieso y una sonrisa de medio lado apareció en su rostro.

—¿Así que te pone cachonda verme vestido así? —preguntó mientras se levantaba, se mordía el labio y se acercaba a mí lentamente.

Sentí cómo el calor subía por mis mejillas, pero no aparté la mirada.

—Mucho —admití sin un ápice de vergüenza—. Y me gustaría hacer realidad ese deseo.

Darío me guiñó un ojo, y ahora estaba tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—En ese caso —respondió con un tono cómplice—, prometo que en mi casa, Bella puede esperar un rato en la cocina. No nos molestará mientras cumplimos ese deseo, porque a los amigos hay que cuidarlos.

El calor de su voz y la promesa implícita en sus palabras hicieron que mi corazón se acelerara aún más. No me importaba si aquello no era amor, no me importaba nada más. Mi mente pedía a gritos desabrochar aquellos botones… y mi cuerpo no parecía tener la menor intención de resistirse.

Y entonces, como si mi subconsciente quisiera recordarme lo que estaba a punto de hacer, la palabra *apodyopsis* cruzó mi mente. La había aprendido de Kairos, en una de esas sesiones donde las conversaciones se alejaban de lo convencional. Me explicó que era el acto de desvestir mentalmente a una persona.

Kairos había vivido en mi mente, pero Darío estaba aquí, frente a mí, entregado, dispuesto. Sacudí ese pensamiento como si fuera una gota incómoda en la piel. El policía no era el psicólogo, y eso, en ese momento, era todo lo que importaba.

23

Me desperté al amanecer con lentitud; aún disfrutaba del calor que recorría mi cuerpo tras la noche anterior. Estiré un brazo hacia el lado de la cama donde Darío había dormido, pero solo encontré las sábanas frías y arrugadas. Me incorporé y parpadeé para despejarme mientras escuchaba los ladridos de Bob y Bella en la distancia. Sonreí al recordar cómo habían congeniado tan rápido. Me levanté y, como por la casa no había nadie, salí al exterior. Allí vi a los perros jugando entre la arena y las rocas, felices y despreocupados. Al fondo, distinguí la silueta de Darío. Estaba dándose un baño en el mar, sumergido hasta la cintura en el agua cristalina del amanecer. Cuando me vio, levantó una mano y me saludó con una sonrisa.

Mientras lo observaba, mi mente empezó a divagar sobre lo que había sucedido el día anterior. Albert... no podía creer que hubiera llegado a ese punto, que se hubiera enfrentado a Darío de una manera tan violenta. ¿Podría intentar acercarse a mí de nuevo? ¿Hacerme daño? El miedo me atrapó durante unos instantes, pero lo aparté. Me obligué a centrarme en el presente, en la imagen que tenía delante.

Cerré los ojos y dejé que la brisa me tranquilizara. Recordé lo excitante que había sido quitarle el uniforme cuando llegamos a su casa. Nunca antes había estado allí, y me sorprendió lo bien organizada que la tenía para ser un hombre soltero. Apenas pude fijarme en los detalles, porque tan pronto cruzamos la puerta, la tensión entre nosotros explotó. Darío se dejó hacer, me permitió desnudarlo lentamente mientras escuchábamos a Bella rascar la puerta de la cocina, ansiosa por darnos la bienvenida.

Hacer realidad uno de mis deseos fue un éxtasis. Sentí cómo mi cuerpo se estremecía solo con recordar lo que habíamos hecho antes de caer rendidos en su cama.

Volvimos a mi casa más tarde, más cómodos y con Bella acompañándonos. La perra se emocionó al conocer a Bob. Fue tan dulce y cuidadosa que mi pseudohijo no pudo resistirse a ella.

Miré de nuevo hacia Darío, que ahora nadaba con un estilo relajado mientras disfrutaba del agua. Me sorprendí pensando que despertarme así cada día, con él a mi lado, no estaría tan mal. Por un segundo, me permití imaginar lo que sería formalizar la relación, pero enseguida sacudí la cabeza y deseché la idea. No, no podía ser. Estaba bien sola, disfrutaba de mi independencia y la libertad que venía con ella. No necesitaba complicarme la vida, no cuando había logrado tanto por mi cuenta. Me obligué a recordar lo bien que estaba siendo solo Vega, la mujer independiente que no necesitaba a nadie para ser feliz.

Sin embargo, mientras Darío volvía a la orilla, con el agua goteando por su cuerpo y esa sonrisa irresistible en su rostro, me fue imposible no sentir un pequeño escalofrío. Estaba tan guapo, tan cómodo en su propia piel, que me resultaba difícil apartar la mirada. Al llegar a mi lado, me dio un pequeño beso en la mejilla, un gesto tierno que me hizo sonreír.

—¿Y eso? —pregunté con un tono de reproche—. ¿Por qué no en los labios?

Darío sonrió, con esa expresión traviesa que siempre lograba desarmarme, y respondió sin perder el tono bromista:

—Para no enamorarnos, amiga.

No pude evitar soltar una carcajada, aunque una parte de mí se preguntó si, en el fondo, había algo más que una simple broma en sus palabras. Le eché un vistazo a su ojo, que todavía mostraba las secuelas de la pelea del día anterior. Seguía algo hinchado y ligeramente morado, pero no parecía tan grave como había temido al principio.

—¿Te duele? —pregunté preocupada.

Darío tocó suavemente el área afectada y me guiñó el ojo bueno.

—Un poco menos —respondió con una actitud despreocupada—. Tengo que ir a comisaría ahora, a ver cómo se desarrolla este tema; deséame suerte.

—Te deseo toda la suerte del mundo —le dije, aunque sabía que necesitaría más que eso.

Entramos en la casa, y mientras Darío se vestía, lo observé en silencio. Cuando estuvo listo, se acercó a mí una vez más, me dio un último beso en la frente y me sonrió.

—Nos vemos luego, amiga —usó esa palabra con el mismo tono juguetón de siempre.

Lo vi salir con Bella, que se subió al coche con la misma energía con la que había llegado la noche anterior. Y entonces me quedé sola, sentada en la marquesina de mi casa. Acaricié a Bob mientras él se acurrucaba a mi lado. El silencio de la mañana, roto solo por el suave sonido del mar y los ocasionales ladridos del perro, me dejó con mis pensamientos. Todo parecía tranquilo a mi alrededor, pero mi mente era un completo desorden.

El amor siempre había sido complicado para mí. Lo que había sentido por Kairos me había marcado de una manera que ninguna otra relación había conseguido. Desde entonces, no había vuelto a experimentar ese sentimiento tan profundo, ese amor que te consume por completo y que te hace sentir viva en todos los sentidos.

Me casé una vez, más por inercia que por verdadera convicción. Lo hice porque parecía que era lo que debía hacer; me convencí de que era lo correcto, de que así tendría que ser el amor, pero en el fondo sabía que me estaba engañando. Lo que había tenido con Kairos era diferente. Fue ese primer amor intenso y limpio, el tipo de amor que no conoce límites, que está envuelto en una ilusión adolescente.

Recordé algo que me dijo una vez y que en su momento no entendí completamente: *«Las responsabilidades y los miedos te alcanzan»*.

Ahora, con la misma edad que él tenía entonces, lo entendía mejor que nunca. La vida adulta traía consigo un peso que te fuerza a hacer elecciones seguras, a reprimir los impulsos y las emociones que una vez parecían tan fáciles de seguir. Y ahí estaba yo, atrapada entre el deseo de mantener mi independencia y la atracción innegable que sentía por Darío.

El miedo a comprometerme de nuevo, a sentir algo tan fuerte como lo que sentí por Kairos, me mantenía en guardia. Construía barreras que no estaba segura de querer derribar.

Miré hacia la playa, donde Darío había estado minutos antes, y me pregunté si alguna vez sería capaz de dejar atrás esos miedos. ¿Sería capaz de permitirme sentir de nuevo, sin el temor constante de que todo se desmoronara a mi alrededor? Pero, por el momento, solo podía hacer lo que mejor sabía: mantenerme en movimiento, sin dejar que las emociones me arrastraran a un lugar del que no pudiera salir.

Bob gimoteó a mi lado, como si percibiera mi confusión. Lo acaricié con más fuerza. Las respuestas, si es que alguna vez llegaban, tendrían que esperar.

Decidí escribir a mis amigas en el chat que compartíamos, en busca de un poco de distracción y, quizá, algún consejo.

Vega: Chicas, tengo que contaros algo que no os vais a creer… Albert se enfrentó a Darío ayer. Hubo una pelea.

Mere fue la primera en contestar, como siempre, rápida y directa.

Mere: ¡¿Qué?! ¡No me jodas! ¿A ese tarado se le fue la olla? ¿Cómo está Darío?

Vega: Sí, está bastante loco. Esperó a Darío en la comisaría, lo insultó y, al final, le soltó un puñetazo. Darío tiene un ojo morado, pero está bien. Aunque, entre nosotras, el ojo morado no evitó que le quitara el uniforme a bocados cuando llegamos a su casa anoche… 😏

Mere: ¡Esa es mi chica guarrona! 😜 Pero, en serio, qué fuerte lo de Albert. Ya te dije que ese tío no estaba bien. Quizá deberíamos echar las cartas para ver qué le depara su futuro… y el tuyo.

Vega: No, ni hablar. Prefiero dejarme llevar; ya bastante tengo con lo que pasó.

Mientras intercambiábamos mensajes, me di cuenta de que Nora no había respondido. Era raro en ella. Siempre tenía algo que decir.

Vega: ¿Nora? ¿Estás bien? Si no contestas es porque estás jugando con las pelotas del futbolista…

Mere: JAJAJAJAJAJAJA, no puedo con tus salidas, Vega.

Vega: Salida estoy un rato… aunque algo menos que ayer.

Silencio. Mere intentó animar la conversación.

Mere: Oye, hablando de ex… Fonsi me ha contactado. Dice que se va a separar de su mujer y que quiere verme.

Mi corazón dio un vuelco. Mere siempre había sido la más sensata de las tres, pero también sabía cuánto le había afectado lo de Fonsi.

Vega: ¿Y tú qué piensas? ¿No me digas que has considerado quedar con él?

Mere: ¡Por supuesto que no! Aunque, lo admito… el sexo que teníamos era maravilloso. Eso sí que lo echo de menos.

Solté una risa al imaginar la cara de satisfacción de Mere al escribirlo. Aunque sabía que era sincera, también conocía lo complicado que era revivir una historia con un ex.

Vega: Madre mía, Mere… qué complicada es la vida con los ex. Al final quedarás con él…

Mere: Ni de coña, pero es que a veces me pongo a pensar… ¿Y si de verdad cambia? Pero no, paso. No quiero volver a lo mismo.

Justo cuando la conversación estaba en su punto álgido, el móvil vibró con un nuevo mensaje. Era de Nora.

Nora: Chicas, necesito veros y hablar con vosotras. Es importante.

Me quedé mirando la pantalla durante un segundo. Nora siempre había sido la más fuerte de las tres, la que siempre tenía una respuesta rápida y sarcástica para todo. Su tono serio y directo me preocupó.

Vega: ¿Qué pasa, Nora? ¿Estás bien?

Mere: Nora, cuéntanos, ¿qué te ocurre?

Nora: Tranquilas, prefiero hablarlo en persona. ¿Vega, podemos vernos en tu casa para comer? Cada una llevamos algo, así no tienes que preocuparte por nada.

Me mordí el labio; el tono de Nora me había inquietado. Si ella estaba preocupada por algo, debía de ser algo serio.

Vega: Claro, venid cuando queráis. Yo trabajaré un rato y luego haré una tortilla. Mere, ¿puedes traer algo dulce?

Mere: Hecho. Llevo mi famosa «tarta de la abuela». Nora, estamos aquí para lo que sea.

Nora: Gracias, chicas. Nos vemos en un rato.

Apagué la pantalla del teléfono e intenté calmarme mientras me enfocaba en el trabajo que tenía por delante. Sin embargo, sabía que sería difícil concentrarme hasta que nos reuniéramos y descubriéramos qué le había pasado a Nora.

24
13 años atrás…

El cielo comenzó a teñirse de tonos suaves, de rosa y dorado, mientras la primera luz del día asomaba en el horizonte. Kairos y yo permanecíamos sentados uno al lado del otro, contemplando el espectáculo natural que se desplegaba ante nuestros ojos.

—Siempre he creído que los amaneceres son un recordatorio —dijo sin apartar la vista del horizonte— de que no importa lo oscura que haya sido la noche, el sol siempre encontrará su camino de regreso. Es como un renacimiento, una promesa de que cada día trae consigo la oportunidad de empezar de nuevo, de corregir errores, de avanzar.

Lo miré, y me hizo sentir que todo tenía un propósito, que las cosas que pasaban en mi vida no eran solo una serie de eventos al azar.

—Es bonito pensar así. Me hace sentir que hay esperanza.

Kairos volvió su mirada hacia mí. Sus ojos reflejaban la luz del sol naciente. Desvié la mirada hacia su tobillo que quedaba al aire. Vi que tenía un tatuaje que ponía: *Maktub.* Lo observé con curiosidad e incliné ligeramente la cabeza.

—¿Qué significa?

—Es una palabra árabe que significa «está escrito» —explicó—. Lo que está destinado a ocurrir siempre encontrará una manera única, mágica y maravillosa de manifestarse. A veces no entendemos por qué suceden ciertas cosas, o por qué debemos esperar, pero en el fondo, todo tiene un propósito.

—¿Crees que eso se aplica a nosotros? —pregunté en voz baja, con miedo de romper el hechizo del momento.

—Sí —respondió finalmente—. Creo que nuestro encuentro, lo que estamos viviendo, no es casualidad, pero también creo que tenemos que ser cuidadosos. Hay cosas que no podemos controlar,

pero otras que sí, y es nuestra responsabilidad manejarlas de la mejor manera posible.

Sabía que nuestra relación era complicada, pero también sentía que había algo más grande que nosotros, algo que nos unía de una manera inexplicable.

—Voy a acompañarte a casa —dijo Kairos mientras se ponía de pie y me ofrecía una mano para ayudarme a levantarme.

Negué con la cabeza, aunque acepté su mano.

—No tienes que hacerlo —dije—. No quiero meterte en problemas si alguien nos ve juntos por el pueblo.

Kairos me miró con seriedad y apretó ligeramente mi mano.

—Vega, antes que nada, soy tu terapeuta. Mi deber es protegerte, asegurarme de que estás bien. Y después de todo lo que hemos hablado y vivido esta noche, no puedo dejarte sola.

Sentí que, a pesar de todo, él estaba a mi lado.

Juntos comenzamos a caminar por el paseo marítimo. El sonido del mar acompañaba nuestros pasos, y no dijimos mucho más. Cuando llegamos a la casa de mi padre, nos detuvimos en la puerta. No hubo ningún gesto de despedida; simplemente nos miramos a los ojos y nos comunicamos con ellos. Había un entendimiento mutuo, una aceptación de que, por ahora, las cosas debían ser así.

—Pásate mañana por mi casa. Tenemos mucho de qué hablar —me dijo con una sonrisa.

—Nos vemos mañana —respondí.

Y, con una última mirada, Kairos se dio la vuelta y se alejó. Mientras entraba en casa con el corazón desbocado, supe que, a pesar de la incertidumbre, estaba dispuesta a esperar lo que fuera necesario para descubrir qué nos deparaba el futuro.

No podía dormir. Me quedé tumbada en la cama, pero el sueño no llegaba. Miraba fijamente al techo, quería calmar mi mente, pero era imposible dejar de pensar en lo que había pasado, sobre todo en el beso que Kairos me había dado… o mejor dicho, el beso que nos habíamos dado.

Aún podía sentir el calor de sus labios sobre los míos, la manera en que mis manos habían subido instintivamente hacia su cuello,

como si mi cuerpo hubiera sabido lo que quería antes que mi mente.

Mi corazón latía con fuerza cada vez que recordaba ese momento. Pensé en mi madre, en cuánto desearía poder contarle todo esto. Ella siempre había sido una romántica empedernida, alguien que entendía la pasión y el amor más allá de lo convencional. Estaba segura de que habría comprendido lo que sentía por él, incluso con nuestra diferencia de edad, pero cuando pensaba en mi padre, todo cambiaba.

Él siempre había sido protector, especialmente desde que mamá murió. No estaba segura de que pudiera entender lo que yo sentía por Kairos, ni cómo nuestra relación había evolucionado de manera tan inesperada. Sabía que lo mejor era no decirle nada por el momento, tendría que mantener ese sentimiento en secreto, al menos hasta que yo misma pudiera entenderlo mejor.

Llevaba rato dando vueltas en la cama cuando escuché un leve crujido en la puerta de mi habitación. Giré la cabeza y vi a mi padre asomado en el umbral con esa expresión de preocupación que ya había aprendido a reconocer. Me sonrió al ver que estaba despierta y se acercó en silencio.

—Hola, cariño —dijo en voz baja mientras se sentaba en el borde de la cama—. ¿Qué tal las fiestas del pueblo?

Le devolví la sonrisa.

—Muy bien —respondí con sencillez.

No quería preocuparlo. Aproveché la oportunidad para mencionar a Kairos de manera casual, así no levantaría sospechas.

—Me crucé con Kairos mientras estaba allí —dije con tono despreocupado—. Le he dicho que me pasaré por su consulta otra vez.

Vi cómo su rostro se relajaba un poco, dando paso a una leve expresión de alivio.

—Me alegra escuchar eso —dijo con sinceridad—. Sabes que me preocupa que decaigas y, con Kairos, sé que estás en buenas manos.

Sentí una punzada de culpa. Sabía que mi padre confiaba en nuestro psicólogo. Para él, era el terapeuta que había conseguido sacarme del pozo oscuro en el que caí después de la muerte de

mamá. Jamás se le habría pasado por la cabeza que, además de estar en sus manos, también estaba en su corazón.

Mi padre me dio un último beso en la frente antes de levantarse.

—Descansa un rato, cariño —dijo suavemente antes de salir de la habitación.

Cerré los ojos, quería encontrar algo de paz en la oscuridad de mi habitación, pero lo único que veía cuando los cerraba, era a él, a Kairos. Y mientras me acurrucaba bajo las sábanas, una pequeña parte de mí no podía evitar preguntarse si ese sentimiento, ese amor tan profundo y prohibido, era realmente parte de lo que estaba escrito para mí.

A mitad de mañana, Nora y Mere llegaron a mi casa. Vi algo en sus caras que me hizo saber de inmediato que no era una visita casual. Nos saludamos brevemente, y luego las guié hacia mi habitación, donde me sentía más cómoda para hablar. Nos sentamos en la cama. Sabía que algo grave había pasado y Nora, con su tono directo de siempre, decidió hablar:

—Vega, Ricard nos ha dicho que te has liado con tu psicólogo. Que os vio anoche en la playa.

—Bueno, nos lo ha dicho a nosotras y a media isla.

Mi corazón se detuvo por un segundo y luego comenzó a latir tan fuerte que sentí que iba a explotar en mi pecho. La habitación se hizo pequeña, y enseguida sentí claustrofobia. ¿Cómo demonios podía saber Ricard algo así? La única explicación era que nos había espiado en la playa.

—¿Qué? —logré decir. La ira comenzó a hervir dentro de mí, mezclada con un miedo paralizante—. ¡No puede ser! ¡Será cabrón!

Nora y Mere intercambiaron una mirada preocupada, pero no dijeron nada. Sentía cómo la presión se acumulaba en mi pecho y mi respiración era demasiado rápida y superficial. La ansiedad hizo que mis manos temblaran. Cerré los puños para mantenerlas quietas y me levanté de un salto.

—¡Vamos a su casa ahora mismo! —grité llena de furia.

Mis amigas me siguieron. La rabia me impulsaba. Salimos de casa y, con pasos rápidos, nos dirigimos a la de Ricard. No estaba muy lejos, así que en pocos minutos nos plantamos frente a su

puerta. La aporreé con tanta fuerza que mis nudillos empezaron a doler, pero no me detuve hasta que escuché el ruido de la cerradura.

Cuando abrió la puerta, lo primero que vi fue esa sonrisa maliciosa que siempre me había repugnado.

—Vega, ¿a qué debo el placer? —dijo con tono burlón.

Sin pensarlo dos veces, lo agarré por la camiseta y lo empujé contra el marco de la puerta. Pude sentir su cuerpo tensarse bajo mi mano.

—¡Escúchame bien, imbécil! —le grité—. Vas a desmentir cada palabra de lo que has dicho por ahí o te juro que te denuncio por abuso. ¡No te voy a perdonar lo que me hiciste anoche!

El color desapareció de su rostro, y su sonrisa se desvaneció instantáneamente. Vi el miedo en sus ojos, una chispa de pánico. Ricard siempre había sido un cobarde disfrazado de bravucón, y ahora, al ver que se enfrentaba a consecuencias reales, su fachada se desmoronaba.

Nora dio un paso adelante y le lanzó una mirada tan afilada como un cuchillo.

—Yo lo vi todo, Ricard. Soy testigo —dijo, aunque yo sabía que era mentira.

Mere, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se unió a la amenaza.

—Yo también lo vi. Así que si las tres vamos juntas, te aseguro que te caerá todo el peso de la ley y nadie en esta isla te verá de la misma manera.

Ricard abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Nos miró a las tres, claramente consciente de que estaba acorralado. No quedaba rastro de la arrogancia que había mostrado al abrir la puerta. Ahora solo era un tipo asustado.

Solté su camiseta con un empujón y di un paso atrás.

—Esto no es un juego, Ricard. Tienes hasta el final del día para arreglarlo o juro que haré todo lo posible para que tu vida en esta isla sea un infierno.

Lo dejé allí, en la puerta, con el miedo reflejado en su mirada. Nora, Mere y yo nos dimos la vuelta y nos alejamos sin decir una palabra más.

Cuando regresamos a mi casa, el nudo en mi estómago no había hecho más que crecer. Sabía que mi padre no llegaría hasta más tarde, así que aproveché la tranquilidad para hablar con mis amigas. Nos sentamos en el salón y comencé a contarles todo, sin ocultar nada.

Primero les hablé del miedo que había sentido la noche anterior con Ricard. Mis amigas me escuchaban en silencio, con el rostro lleno de preocupación. Cuando terminé de contar lo ocurrido con él, tomé aire y, con un nudo en la garganta, les abrí mi corazón sobre lo que realmente había sucedido con Kairos.

—Después de lo que pasó en la playa, todo cambió —dije—. Estar con Kairos, sentir sus labios sobre los míos... fue mágico. Era como si todo en mi vida, todo el caos y el dolor, hubiera desaparecido de golpe. No sé cómo explicarlo, pero estar con él me hace sentir viva de una manera que no puedo comparar con nada más.

Mere sonrió.

—Sabía que esto iba a pasar en algún momento —dijo con una convicción profunda—. La energía entre vosotros dos siempre ha sido palpable. No es casualidad que os hayáis encontrado en esta vida, Vega; hay algo más grande en juego aquí.

Nora, siempre más práctica y realista, frunció ligeramente el ceño.

—Vega, sabes que te apoyo en todo, pero tienes que tener cuidado. Lo que sientes por él es muy bonito, pero también puede ser un problema, especialmente por la diferencia de edad y su rol como tu terapeuta. Si alguien se entera de esto… se le puede caer el pelo.

Asentí, consciente de los riesgos. Estaba atrapada entre el miedo y la emoción, entre la realidad y la magia.

—Lo sé, Nora —admití—. Y ahora, después de lo de Ricard, necesito hablar con Kairos, contarle lo que ha pasado para que esté preparado. No puedo dejar que esto lo pille por sorpresa.

—Te acompañaremos hasta la puerta de su casa —dijo Mere—. No queremos que vayas sola. Si alguien te ve, al menos verá que estamos contigo y no habrá malentendidos.

Sentí un alivio inmenso al saber que no estaba sola en esto, que mis amigas estaban dispuestas a apoyarme sin importar lo complicado que se volviera.

Nos levantamos y salimos de mi casa juntas. Cuando llegamos a la puerta de la de Kairos, me detuve y tomé aire antes de llamar. Ellas se quedaron un paso atrás para darme espacio. Llamé y esperé, muy nerviosa. La puerta se abrió lentamente, y cuando lo vi mirarme con esa ternura, mi cuerpo se relajó, pero sabía que tendría que encontrar la manera de proteger lo que sentía sin que nos destruyera a ambos en el proceso.

25
13 años atrás…

Allí estaba él, con su cabello oscuro desordenado que caía sobre la frente y esos ojos color miel que me dejaban sin aliento. Llevaba una camisa de tela ligera con un estampado tropical que le daba un aire relajado e irresistiblemente atractivo. La camisa, en tonos azules, contrastaba perfectamente con su piel bronceada, y los primeros botones desabrochados dejaban entrever su pecho. Todo aquello hizo que mi respiración se entrecortara ligeramente.

—Vega —esbozó una sonrisa—. No esperaba verte tan pronto. ¿Estás bien? —miró brevemente a mis amigas, que estaban detrás de mí.

Intenté responder, pero las palabras se atoraron en mi garganta. Estar tan cerca de él, después de lo que había pasado la noche anterior, llenaba mi mente de recuerdos y sensaciones difíciles de controlar.

—Necesito hablar contigo —logré decir finalmente—. Es importante.

Él asintió, abrió más la puerta y me invitó a pasar. Antes de entrar, lancé una mirada hacia mis amigas, quienes me sonrieron con apoyo antes de alejarse discretamente.

Me detuve en medio del salón. Kairos cerró la puerta tras de mí y se acercó con cautela. Aunque mantenía una distancia respetuosa, no podía ocultar que la tensión también le afectaba.

—¿Quieres sentarte? —señaló el sofá gris que ocupaba el centro de la estancia—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Agua, té...?

Negué con la cabeza.

—No, gracias. Prefiero hablar ahora mismo.

Se rascó la barbilla y deslizó las manos en los bolsillos de su pantalón con cierto nerviosismo.

—Te escucho.

Tomé aire profundamente para calmar el temblor en mis manos. Comencé a relatar lo sucedido con Ricard, desde los rumores que había esparcido por el pueblo hasta el enfrentamiento que tuve con él esa misma mañana. Mientras hablaba, vi cómo la preocupación se dibujaba en su rostro. Sus cejas se fruncieron y apretó los labios con incredulidad e indignación.

—No puedo creer que haya hecho algo así —dijo cuando terminé. Se acercó a una ventana y apoyó la frente contra el cristal—. Esto es serio, Vega.

La culpa me golpeó como una ola. Bajé la mirada.

—Lo sé. Lo siento tanto. Si no hubiera pasado nada entre nosotros, esto no habría ocurrido. No quiero poner en peligro tu trabajo.

Despegó la frente del cristal y se acercó a mí. Sentí sus dedos rozar suavemente mi barbilla mientras levantaba mi rostro hasta que nuestros ojos se encontraron de nuevo.

—No tienes por qué disculparte —dijo con ternura—. Nadie se disculpa por enamorarse.

Su confesión hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Tengo miedo —admití en voz baja—. Miedo de no estar a tu altura.

Kairos suspiró y dio un paso más hacia mí. El calor de su cuerpo era palpable, y sus ojos buscaban los míos con una mezcla de deseo y vulnerabilidad.

—Yo también tengo miedo —confesó—. Miedo de hacerte daño, de cruzar líneas que no deberíamos. Eres joven, tienes toda una vida por delante, y no quiero ser quien te cause más dolor.

Podía sentir la atracción que nos empujaba el uno hacia el otro, y también las barreras que intentábamos mantener en pie. Era una lucha constante entre lo que deseábamos y lo que sabíamos que era correcto.

Sin pensarlo demasiado, di un paso adelante y acorté la distancia que nos separaba. Mis ojos no se apartaban de los suyos, y pude ver cómo su mirada reflejaba el mismo deseo que ardía dentro de mí.

—No me estás haciendo daño —dije con firmeza—. Hace tiempo que no me sentía tan viva. Sé que no es sencillo, pero quiero ver

hacia dónde nos lleva esto... juntos. Para mí, la diferencia de edad no importa.

Kairos cerró los ojos, y supe que estaba librando una batalla interna. Cuando los abrió, una determinación serena brillaba en ellos.

—Seremos discretos, pero honestos entre nosotros.

Una suave sonrisa curvó sus labios, y noté cómo la tensión en su cuerpo disminuía ligeramente. Sin romper el contacto visual, levantó una mano y acarició mi mejilla con delicadeza. Su pulgar trazaba pequeños círculos, y me envió un cosquilleo que recorrió todo mi cuerpo.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —dijo en voz baja—. Más fuerte y valiente de lo que crees.

Una sonrisa tímida apareció en mis labios.

—Tú también lo eres.

El silencio entre nosotros era tan intenso que parecía detener el aire. Podía escuchar cada latido de mi corazón, cada respiración. Estábamos inmóviles, como si el mundo se hubiera reducido a ese momento, a ese espacio.

—Vega —dijo finalmente con tono suave pero preocupado —, creo que lo mejor será que te vayas. No quiero dar de qué hablar a los vecinos después de lo de Ricard. Sabes cómo es la gente en este pueblo. Si te ven aquí, podrían malinterpretar las cosas.

Negué con la cabeza.

—No voy a irme, Kairos. Estoy en una de mis sesiones contigo, y tengo derecho a estar aquí. No me importa lo que opine la gente.

Vi cómo la tensión en su rostro se intensificaba, pero también noté cómo mis palabras lo desarmaban un poco. Sabía que lo que decía era cierto, pero también era consciente de que esto iba mucho más allá de una simple sesión de terapia.

Mi mano tembló ligeramente cuando la levanté, pero aun así la coloqué en la curva de su cuello. Kairos se tensó de inmediato al sentir mi roce.

—Vega... —susurró y había una mezcla de advertencia y deseo en su voz—. Si sigues así, no voy a poder controlarme mucho más tiempo.

Volvió a cerrar los ojos para apartarse de la tentación. Sabía que trataba de protegerme, de protegernos a ambos, pero en ese momento, lo único que podía pensar era en lo que él mismo me había enseñado durante los últimos meses.

—No quiero parar, Kairos —dije con una convicción que ni siquiera sabía que tenía—. Me has enseñado a vivir, a disfrutar del momento. Y esto... esto no lo voy a dejar pasar.

Se mordió el labio y ese gesto que me atrapó. Podía ver cómo su pecho subía y bajaba con rapidez, cómo sus manos se tensaban mientras intentaba mantener el control.

—Vega, por favor... —su voz era un ruego lleno de sinceridad—. No sabes lo difícil que es para mí. No quiero hacerte daño, no quiero que te arrepientas...

Lentamente, me acerqué más, hasta que nuestros cuerpos se rozaron.

—No me voy a arrepentir —fijé mi mirada en la suya—. Te elijo a ti, Kairos. Quiero descubrir lo que significa esto... el amor, el cariño, la conexión. No quiero esperar más. No quiero quedarme con la duda de lo que podría haber sido. «Si tienes miedo, hazlo con miedo», me dijiste una vez.

Sus ojos se abrieron con un gesto lento, casi imperceptible. Levantó una mano y la colocó sobre la mía, la que aún descansaba en la curva de su cuello. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Por primera vez sentía, con calma y consciencia, lo que significaba estar junto a un hombre.

—Vega... —murmuró de nuevo—. Si seguimos adelante con esto, no habrá vuelta atrás. Quiero que estés segura.

Asentí mientras mantenía mi mirada fija en la suya.

—Lo sé —respondí con serenidad—. Estoy segura, Kairos.

La última barrera entre nosotros pareció desmoronarse con esas palabras. Él se inclinó hacia adelante, y sus labios, temblorosos, rozaron los míos. En ese instante, el miedo y las dudas desaparecieron. No quería vivir con el arrepentimiento de no haberlo intentado, de no haber seguido lo que mi corazón me dictaba.

Mis manos se extendieron hacia los botones de su camisa. El contacto de mis dedos con la tela me provocó un escalofrío, y mi

respiración se aceleró. Kairos permaneció en silencio, observándome con ternura y deseo. Desabroché el tercer botón —los dos primeros ya estaban sueltos—, luego el cuarto, y la tensión creció.

La piel expuesta de Kairos era cálida y suave bajo mis dedos. Mi pulso se aceleró aún más al sentir su piel desnuda, y desabroché los botones restantes sin apartar mi mirada de la suya.

Cuando la camisa finalmente cayó al suelo, y reveló su torso fuerte y musculoso, no pude evitar admirar la belleza de su cuerpo. Los músculos se marcaban sutilmente bajo su piel, y la forma en que su pecho se elevaba con cada respiración despertó en mí un deseo profundo e irrefrenable.

—Eres increíble —murmuré mientras mis manos exploraban su piel y trazaban cada línea con cuidado.

Cerró los ojos; su respiración era irregular y delataba el esfuerzo que hacía para contenerse. Mi mano recorrió su pecho, y podía sentir cómo su corazón latía tan rápido como el mío. Me incliné hacia él, y mis labios encontraron la piel de su cuello, cálida y con un leve aroma a sal y madera.

Kairos emitió un suspiro bajo, ronco, y su mano se posó en mi espalda con suavidad para pegarme del todo contra su cuerpo.

—Vega, tú... —murmuró con voz cargada de deseo—. Eres tan especial, y este momento es...

No pudo terminar la frase. En lugar de palabras, sus manos comenzaron a explorar mi cuerpo. Levantó la sudadera *oversize* que llevaba, y un fuego interno me consumió. Mi pecho subía y bajaba con rapidez, cada respiración era más pesada que la anterior.

El timbre resonó de forma estridente; me arrancó de aquel momento y llenó la tranquila habitación con un eco que parecía interminable.

Kairos se tensó de inmediato. Su mirada se oscureció, y con pasos rápidos, se acercó a la ventana. Apartó ligeramente la cortina y, tras observar, se giró hacia mí con expresión de urgencia.

—Vega, es tu padre —dijo claramente nervioso—. Está en la puerta. Tienes que irte ahora mismo.

Un nudo se formó en mi estómago al escuchar sus palabras. No había tiempo para pensar. Me agaché de inmediato, recogí su camisa

del suelo y se la entregué. Kairos la tomó apresurado, se la puso rápidamente y volvió a echar un vistazo, esta vez a través de la mirilla.

—Voy a abrirle —dijo en un susurro apremiante—. La puerta que da al acantilado está abierta. Sal por allí y hazlo rápido.

La adrenalina comenzó a correr por mis venas y cada movimiento era torpe y pesado. No encontraba la manera correcta de ponerme la sudadera. Me acerqué a la puerta trasera con el corazón en un puño, consciente de que cualquier ruido podría delatarnos. Mientras avanzaba, escuché el sonido de la voz de mi padre, grave y clara que resonaba en la entrada de la casa.

Con el corazón a punto de salirse de mi pecho, me aseguré de colocar bien la sudadera mientras intentaba no dejar rastro de mi presencia. Cada crujido del suelo bajo mis pies parecía amplificado, como si el universo estuviera conspirando para traicionarme.

La puerta del acantilado estaba justo frente a mí, y el aire fresco del exterior me golpeó cuando me acerqué. El sonido del mar me acompañaba, pero lo único que podía escuchar con nitidez era el latido frenético de mi corazón.

26

Mere llegó primero; llevaba una caja de cartón que desprendía el aroma inconfundible de la tradicional «tarta de la abuela», que siempre preparaba para cualquier celebración. Poco después apareció Nora, cargada con una bolsa de comida que había comprado de camino.

—¡Chicas! —exclamé con entusiasmo—. ¡Por fin!

Nos abrazamos con fervor, como si no nos hubiéramos visto en años. Sin embargo, algo en Nora no estaba bien. A pesar de la sonrisa forzada que intentaba mantener, sus ojos reflejaban una mirada ausente que no pasó desapercibida.

—No ha dicho ni una palabra en todo el camino —comentó Mere mientras la señalaba—. Dijo que quería hablar cuando estuviéramos las tres juntas.

Decidí no presionarla y me concentré en terminar de preparar la tortilla.

—Preparad la mesa en la marquesina —sugerí—. Hace un día precioso, y las vistas a la cala siempre son un buen escenario.

Bob, siempre cariñoso, andaba suelto por allí, mientras yo sacaba una botella de vino tinto y tres copas. El ambiente parecía prometedor, y esperaba que una comida tranquila pudiera animar a mi amiga para abrirse.

Comencé a servir el vino. Cuando llegué a la copa de Nora, ella puso la mano sobre el borde para taparla y negó con la cabeza. Sus ojos brillaban, al borde de las lágrimas.

—¡No! —exclamé con los ojos muy abiertos, mientras hacía un gesto en mi barriga imitando a una embarazada—. ¿En serio?

Nora, con una expresión de angustia, rompió a llorar y asintió. Mi corazón dio un vuelco. Antes de que pudiera procesar completamente la noticia, Mere y yo nos lanzamos a abrazarla con fuerza.

Tras unos segundos, Nora se apartó un poco para recomponerse. Nos miró con tristeza y miedo, y finalmente comenzó a hablar:

—La mancha del otro día… no era la regla —tras decir esto, se sonó los mocos con la servilleta que tenía delante—. Me asusté porque el color era diferente. Fui al ginecólogo, me hicieron una eco y... estoy embarazada. Me explicaron que algunas mujeres manchan durante la implantación.

El silencio se volvió pesado mientras integrábamos la noticia.

—¿Es de Dante, verdad? —pregunté, aunque la respuesta era obvia.

—No sé cómo decírselo —admitió Nora con la voz temblorosa—. Estoy aterrada. No sé si estoy preparada para ser madre, y mucho menos cómo va a reaccionar él. No sé qué hacer.

Mere tomó sus manos con firmeza y le habló con cariño.

—Nora, sea cual sea la decisión que tomes, no estarás sola. Si decides tener a este bebé, estaremos contigo en todo momento.

—Sí, Nora —añadí con convicción—. Esto es una locura, pero si decides seguir adelante, aunque sea sin Dante, seremos las mejores tías del mundo para ese bebé. No te vamos a dejar sola ni un minuto.

Nora dejó escapar un suspiro profundo.

—Quiero tener a este bebé —dijo finalmente con lágrimas en los ojos—. Pero estoy muerta de miedo. No sé si voy a poder con esto...

—Podrás —dijimos Mere y yo al unísono.

Chocamos nuestras copas con suavidad. Aunque Nora no bebió, pude ver en sus ojos que el gesto significaba mucho para ella. Sabíamos que, a partir de ese momento, las cosas cambiarían para siempre, pero también que, por difícil que fuera el camino, nosotras estaríamos allí para apoyarla.

Disfrutamos de la tarta que Mere había traído mientras la tensión se disipaba poco a poco. Bob, como siempre, hacía lo imposible por ganarse algún pedazo.

De repente, el sonido de mi teléfono rompió la tranquilidad. Lo saqué del bolsillo y vi que era Darío. Mi corazón dio un vuelco; después de lo que había pasado con Albert, sabía que esta llamada no sería una simple charla casual.

—Es Darío —les dije a Mere y Nora mientras me levantaba de la mesa y me dirigía hacia un rincón más privado—. Voy a ver qué quiere.

Deslicé el dedo por la pantalla para aceptar la llamada.

—Hola, amigo.

—Hola, Vega —respondió, pero había algo en su tono que me puso en alerta de inmediato; sonaba tenso—. Tengo algunas novedades sobre lo de Albert.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con urgencia.

Darío suspiró, y pude imaginarlo llevándose una mano a la cabeza, ese gesto que hacía siempre que estaba estresado.

—Después de la pelea, Albert presentó una denuncia en la comisaría. No es solo por la pelea en sí, sino por el hecho de que soy policía. Ha alegado que abusé de mi posición y que lo provoqué. Dice que todo fue un acto de intimidación porque es tu ex.

—¡Eso es ridículo! —exclamé. La indignación me quemaba por dentro—. ¡Tú no lo provocaste! Fue él quien se presentó en la comisaría, él fue quien empezó todo.

—Lo sé, Vega, pero esto ha escalado —respondió Darío, y su voz tenía un deje de cansancio que me preocupó aún más—. Mis superiores han decidido abrir una investigación para asegurarse de que no hay conflicto de interés. Eso significa que estaré bajo observación durante un tiempo.

Sentí cómo el peso de sus palabras me aplastaba. Esto no era solo un problema menor. Darío estaba en riesgo de ser trasladado o incluso suspendido por algo que, en el fondo, tenía que ver conmigo. La culpa comenzó a invadirme y trajo consigo recuerdos amargos de lo que había pasado con Kairos años atrás.

Me llevé una mano al pecho, quería calmar los latidos desbocados de mi corazón.

—No debí haberte involucrado en esto.

—No es tu culpa. Sabía en lo que me metía y no iba a permitir que Albert siguiera insultándote.

—¿Y qué vas a hacer? —intenté mantener la calma a pesar del pánico que sentía.

—Todavía no lo sé. Me han sugerido que, por el bien de mi carrera,

sería mejor que mantuviera cierta distancia contigo, al menos hasta que esto se resuelva.

Sentí cómo el suelo se desmoronaba bajo mis pies.

—Entiendo —dije con un hilo de voz—. Si es lo mejor, lo aceptaré.

—Vega… —su voz se suavizó—. Esto no significa que quiera alejarme de ti. Solo quiero que sepas que, por ahora, las cosas pueden ser complicadas, pero no quiero que te preocupes demasiado. Aún no han tomado ninguna decisión.

—No puedo evitarlo, Darío —sentí cómo las lágrimas pugnaban por salir—. Siento que lo único que hago es meter en problemas a las personas importantes de mi vida.

—¡Oye! No eres culpable de esto. No lo eres —dijo con una firmeza que casi me convenció—. Solo necesitamos tiempo para que las cosas se calmen. Todo va a salir bien, lo sé.

Sabía que Darío hacía todo lo posible por mantener la calma y tranquilizarme, pero también sabía que la situación era complicada. El miedo de perderlo, de ver cómo esto se transformaba en otro error del que me arrepentiría, era abrumador.

Darío habló de nuevo:

—Por ahora, necesito que confíes en mí y que te cuides.

—Siempre lo hago, Darío —traté de sonar fuerte—. Y siempre confío en ti.

Nos despedimos, y cuando colgué el teléfono, sentí como si me hubieran vaciado por dentro. Me quedé allí, sola en un rincón, tratando de asimilar todo lo que había pasado. Mere y Nora, que habían estado en la mesa todo el tiempo, se acercaron preocupadas.

—¿Qué ha pasado, Vega? —preguntó Mere.

Les conté todo lo que él me había dicho; me esforcé por no romperme mientras lo hacía. Ellas me escucharon en silencio, sin interrumpirme.

—Vega —dijo Nora, con mi mano entre las suyas—, Darío es un adulto y tomó sus propias decisiones. No puedes cargar con la responsabilidad de todo lo que pasa a tu alrededor.

—Pero siempre parece que los hombres en mi vida acaban en problemas por mi culpa —murmuré impotente.

—Eso no es cierto —dijo Mere con una firmeza que no admitía

réplica—. Eres una persona fuerte y maravillosa. Esto es solo una circunstancia difícil, pero no define quién eres ni lo que vales.

Hubo un silencio durante unos segundos mientras ellas me abrazaban para calmar mi dolor.

Estábamos sentadas en la mesa de la marquesina, las copas de vino casi vacías y los restos de la tarta de la abuela esparcidos por la mesa. Tras la llamada, no podía dejar de darle vueltas a lo que había dicho.

—Desde que conocí a Darío, siempre pasa algo que oscurece todo. Es como si, cada vez que las cosas empiezan a ir bien, algo tiene que estropearlas. Ya no sé si es mala suerte o qué es, pero estoy cansada de que todo se complique.

Nora me miró con simpatía, mientras que Mere, siempre la más mística de las tres, frunció ligeramente el ceño, como si creyera que había algo más profundo detrás de todo.

—¿Y si no es solo mala suerte? —dijo ella pensativa—. ¿Y si tiene que ver más con el miedo que tienes de dar un paso hacia adelante con Darío?

—¿El miedo? —pregunté algo desconcertada—. ¿Qué tiene que ver el miedo con todo esto?

Mere se inclinó hacia adelante y adoptó esa expresión seria que solía poner cuando hablaba de energías y esas cosas en las que tanto creía.

—Vega, sabes que el universo tiene formas curiosas de funcionar —empezó a decir—. A veces, cuando tenemos miedo de algo, ese miedo puede bloquear las cosas, impedir que fluyan como deberían. Si en el fondo, aunque sea inconscientemente, tienes miedo de formalizar la relación con él, ese miedo podría proyectar negatividad y atraer problemas o complicaciones.

—¡Ves! ¡Todo esto es mi culpa! —dije a la defensiva, aunque sabía que Mere no me culpaba.

—No es culpa, Vega —respondió con suavidad—. Es más bien una señal de que hay algo a lo que no te estás enfrentando, algo que te frena. Puede que sea tu miedo el que está creando bloqueos, pero también podría ser una señal del universo, una forma de decirte que quizá ese no es el camino que debes seguir.

Nora intervino con preocupación.

—¿Te refieres a que Darío no es el indicado para ella?

Mere asintió lentamente.

—Podría ser. A veces, cuando el universo nos pone tantas dificultades, no es solo para desafiarnos sino para indicarnos que estamos en el camino equivocado. Quizá Darío no es para ti, Vega. Quizá estas señales son la forma en que el universo te está diciendo que debes replantearte lo que realmente quieres y necesitas.

Sentí cómo esas palabras se grababan a fuego en mi mente, como si una semilla de duda comenzara a echar raíces en mi cabeza. ¿Y si Mere tenía razón? ¿Y si todos estos problemas no eran solo mala suerte, sino señales de que él no era el hombre para mí? No podía dejar de preguntármelo.

—No sé... —dije finalmente—. Es difícil de aceptar, pero no puedo evitar pensar en lo que dices, Mere.

—Solo tú puedes descubrir eso, Vega —dijo ella con comprensión —. Pero lo importante es que enfrentes esos miedos y tomes las decisiones que te hagan sentir en paz contigo misma. Si sientes que Darío es el indicado, entonces lucha por ello, pero si en tu corazón sabes que algo no está bien, escucha esas señales.

Nora tomó mi mano.

—Si decides seguir adelante, te aconsejo que uses condones o cualquier otro tipo de protección aunque uses la píldora. Consejo de una sabia…

Y con esa recomendación inesperada, el ambiente cargado se desvaneció en un instante, y las tres estallamos en carcajadas.

27
13 años atrás…

Mientras me deslizaba hacia la salida, la conversación entre Kairos y mi padre llegó a mis oídos. Me detuve, incapaz de resistir la tentación de escuchar.

—Estoy preocupado por Vega —dijo mi padre con ansiedad—. No ha vuelto a casa y no sé dónde puede estar. La llamo y no contesta.

—Germán, te entiendo —respondió Kairos, aunque era evidente que estaba nervioso—. Tuvo una sesión conmigo, y después se fue. Estoy seguro de que estará bien.

Sentí una punzada de culpa en mi interior. Sabía que le estaba mintiendo para protegernos, pero no podía evitar la sensación de estar metiéndolo en un gran lío.

—Hay algo más que me preocupa —continuó mi padre, bajando la voz como si no supiera cómo abordar el tema—. He escuchado rumores... rumores de que durante la fiesta del pueblo, tú y mi hija... bueno, que os vieron muy cariñosos.

Mi corazón se detuvo por un instante. Un sudor frío recorrió mi espalda mientras escuchaba esas palabras. Todo parecía estar a punto de derrumbarse.

Kairos, por su parte, mantuvo la calma, aunque su tono traicionaba la tensión que sentía.

—Germán —dijo con firmeza—, la acompañé a tu casa porque habido un problema con uno de sus amigos.

Sentí un nudo en la garganta mientras desviaba la conversación hacia Ricard. Sabía que lo hacía para protegernos, pero escuchar a mi padre lidiar con aquella carga me llenó de tristeza.

—¿Qué amigo? —preguntó mi padre, claramente sorprendido y confundido—. ¿Qué ha pasado?

Kairos comenzó a explicarle lo sucedido: Ricard había esparcido rumores tras faltarme al respeto y querer aprovecharse de mí. Desde

mi escondite, podía escuchar la desesperación en la voz de mi padre.

—No puedo creerlo —dijo con la voz rota—. No sé cómo lidiar con todo esto, Kairos. No sé cómo cuidar de Vega... me siento como un mal padre.

Sus palabras me partieron el alma. Desde que mamá murió, había luchado por ser el mejor, y escuchar el peso de su dolor me desgarró por dentro. Las lágrimas comenzaron a arder en mis ojos mientras intentaba mantener la calma y salir de la casa sin ser vista.

Kairos, con su tono siempre reconfortante, intentó aliviar su carga.

—Germán, no eres un mal padre —dijo con sinceridad—. Estás haciendo todo lo que puedes en una situación muy difícil. Vega lo sabe y te ama por ello. Solo necesita tiempo, y yo estoy aquí para ayudarla en lo que necesite.

Con el corazón apesadumbrado, finalmente salí por la puerta trasera y sentí el aire fresco del acantilado golpear mi rostro. Me alejé de la casa de Kairos lo más rápido que pude. No sabía si sentía alivio o una tristeza profunda. Lo que había pasado entre él y yo no sería fácil de manejar, pero el dolor de mi padre, su lucha, era algo que no podía dejar de lado.

Mientras caminaba por el sendero que me llevaba de vuelta a casa, con el sonido del mar que golpeaba las rocas bajo mis pies, supe que este era solo el comienzo de una serie de decisiones difíciles a las que tendría que enfrentarme.

Cuando llegué a casa, todo estaba en silencio. Sin pensarlo demasiado, me dirigí al porche, donde estaba la vieja hamaca de mi madre, en su lugar de siempre. Me senté en ella y dejé que el suave vaivén me tranquilizara mientras ponía en orden mis pensamientos. No sabía cuánto tiempo había pasado hasta que escuché el coche de mi padre detenerse en la entrada. Mi corazón se encogió.

Lo vi salir del coche con una expresión de cansancio. Al verme en la hamaca, su rostro cambió; el alivio suavizó sus facciones. Se acercó lentamente, como si el peso de la preocupación le impidiera caminar más rápido.

—Vega... ¿Dónde has estado?

Lo miré y noté las profundas ojeras bajo sus ojos. Me sentí pequeña, como una niña que había hecho algo malo y estaba a punto de ser regañada. Sin embargo, en lugar de encontrar reproches, en sus ojos vi miedo.

—Papá... —comencé, pero las palabras no salían de mis labios—. Lo siento... no quería preocuparte.

Él se arrodilló frente a mí y tomó mis manos entre las suyas. Sus manos, grandes y fuertes, ahora temblaban ligeramente. Sentí un nudo en el pecho al darme cuenta de cuánto lo había hecho sufrir.

—Estaba muerto de miedo, Vega —confesó—. No soportaría perderte a ti también. Yo no puedo... No puedo perder a mi hija como perdí a tu madre.

El dolor en su voz era palpable, y me sentí peor que nunca. Quise abrazarlo, decirle que todo estaría bien, pero las palabras no salían. En su lugar, un torrente de lágrimas silenciosas comenzó a caer por mis mejillas.

—Papá... —susurré finalmente, encontrando mi voz tras un esfuerzo—. No quería preocuparte. Lo siento tanto… Necesitaba estar sola.

—¿Qué pasó con Ricard, Vega? —preguntó con firmeza, aunque su tono delataba ese miedo que intentaba ocultar.

Le conté lo que había pasado en la playa con él y cómo Kairos había aparecido en el último momento para quitármelo de encima. Procuré restarle importancia al asunto, explicándole que había bebido demasiado y que, en mi imprudencia, le di pie antes de arrepentirme. Sabía que hacía mal al minimizar lo ocurrido, pero lo hice para evitar que mi padre interviniera con demasiada severidad y que la situación se agravara aún más.

Papá escuchó en silencio, su rostro palidecía con cada palabra que salía de mi boca. Al final, cerró los ojos, como si tratara de contener el dolor y la rabia que se acumulaban en su interior.

—Vega, debiste decírmelo antes. Soy tu padre. Estoy aquí para protegerte. No tienes que pasar por esto sola.

Sabía que tenía razón, pero aun así sentía que las palabras se quedaban cortas.

—Lo sé, papá... pero... —tragué saliva para contener las lágrimas —. No quería preocuparte. Ya has pasado por demasiadas cosas, y yo no quería ser una carga más.

Él negó con la cabeza, con los ojos llenos de ternura y una calma que contrastaba con el temblor de sus manos.

—Vega, tú nunca serás una carga para mí. Eres mi hija, mi tesoro. —Me acarició el cabello, como solía hacerlo cuando era pequeña—. Eres lo más importante en mi vida, y sé que con Kairos estarás a salvo.

Sabía que mi padre confiaba ciegamente en nuestro psicólogo, y eso solo aumentaba mi sensación de traición.

—Papá... —murmuré mordiéndome el labio—. Gracias por confiar en mí, de verdad. Y siento no haberte contado antes lo de Ricard.

—No importa, hija. Lo importante es que estás aquí, a salvo. —Me abrazó con fuerza, con ese abrazo que podía curar cualquier herida—. Y no importa lo que pase, siempre estaremos juntos. Ya hemos perdido mucho, pero no vamos a perder lo que tenemos.

Sus palabras resonaron en mi corazón. Habíamos perdido a mi madre, y ese dolor nunca desaparecería del todo, pero también sabía que, de alguna manera, habíamos encontrado la forma de seguir adelante; de vivir con la ausencia y de seguir queriéndonos a pesar de todo.

El secreto que guardaba era grande, demasiado, pero en ese momento decidí no decir nada. Tal vez algún día podría contarle a mi padre la verdad, pero por el momento preferí mantener el amor que sentía por Kairos como algo solo mío. Algo que, aunque complicado y prohibido, me hacía sentir viva, libre.

28

El sol de la mañana comenzaba a calentar suavemente la arena bajo nuestros pies mientras nos preparábamos para la clase de yoga en la playa. Nora, Mere y yo nos habíamos apuntado a una sesión en grupo y, aunque la intención era relajarnos, sabíamos que, estando las tres juntas, lo último que conseguiríamos sería eso.

—Vale, chicas —susurró Nora mientras se acomodaba en su esterilla—, esta vez me han adaptado los ejercicios por el embarazo.

—¡Venga ya! —respondió Mere en voz baja, con una sonrisa pícara—. Tú siempre has sido una máquina en esto. Eres la *Spice Girl* deportista *forever*. Ahora solo tienes una excusa para tomártelo con calma.

Comenzamos con los primeros movimientos, respiramos profundamente, cuando, de repente, Nora soltó en un susurro:

—Chicas, he hablado con Dante.

Mere y yo nos miramos expectantes, pero hicimos lo posible para mantener la compostura.

—¿Y qué pasó? —pregunté en un murmullo, mientras hacía la postura de perro boca abajo sin perder el equilibrio.

—Bueno, preparé una cena especial para decírselo. Algo sencillo, pero con velas, música suave, todo ese rollo —dijo Nora mientras se inclinaba hacia adelante con gracia y susurraba de manera conspirativa—. Estaba tan nerviosa que casi se me quema la comida.

—¡No! —exclamó Mere a la vez que levantaba la cabeza de su esterilla para mirarla, pero enseguida disimuló al ver que la profesora nos lanzaba una mirada de advertencia—. ¿Y qué le dijiste al final?

—Le preparé su plato favorito y le serví un vaso de vino —dijo Nora estirándose en silencio pero con una sonrisa de satisfacción—. Y cuando le llevé el postre, en el fondo del plato le había escrito con chocolate: *Vas a ser papá*.

—¡Ay, qué bonito! —intenté no perder el equilibrio en la postura del guerrero—. ¿Y cómo reaccionó?

—Cuando vio el mensaje, se quedó en *shock*. Solo me miró con los ojos enormes y luego se levantó de la silla y me abrazó como si no quisiera soltarme nunca. Estaba tan feliz... —susurró Nora con una sonrisa mientras recordaba la escena.

—¡Al final, el futbolista que va por ahí de machito resulta ser un ñoño! ¡Me alegro tanto por ti! —la emoción me hizo tambalearme—. Dante parece arrogante, pero se le ve el tipo de hombre que siempre ha querido una familia.

—Ya sabes lo que dicen —bromeó Mere—. Los futbolistas siempre quieren formar su propio equipo.

Nos reímos, pero, en ese mismo instante, un pequeño «*¡plof!*» resonó en el aire. Mi cara se puso roja como un tomate al darme cuenta de que había sido yo. Mientras cambiaba de postura, se me había escapado un pedo en plena clase.

La profesora se giró hacia nosotras con una mezcla de sorpresa y horror en sus ojos, mientras mis amigas luchaban por contener la risa. Mere incluso se llevó la mano a la boca para ahogar un sonido, y Nora terminó tapándose la cara con la esterilla, incapaz de contenerse.

Yo, avergonzada pero también a punto de estallar de risa, no pude evitar unirme a ellas. El yoga, definitivamente, no era lo nuestro.

—Vega, te has relajado más de la cuenta —soltó Mere, cubriéndose.

—¡Cállate! —le susurré, deseando desaparecer—. ¡Esto no ha pasado!

—Lo que ha pasado es que has liberado todas las toxinas, amiga —añadió Nora aguantando la risa.

Pero antes de que pudiéramos procesar mi bochorno, su camiseta deportiva se deslizó y dejó una de sus tetas al aire.

—¡Dios mío! —exclamó Nora. Se tapó de inmediato, mientras Mere y yo nos debatíamos entre la risa y el asombro.

—Estas últimas semanas me están creciendo tanto que ya no sé qué hacer con ellas.

Intentaba arreglarse la camiseta, pero ahora era yo quien no podía parar de reír. En consecuencia, comencé a llorar, porque, inevitablemente, siempre lloro cuando me río a gusto. Mere, con un esfuerzo monumental lanzó una tos fingida para intentar encubrir mi «accidente» y la exposición involuntaria de Nora, aunque su tos resultó ser tan exagerada que solo añadió más humor a la situación.

El grupo entero empezó a mirarnos con juicio, y algunas señoras murmuraban entre ellas, claramente escandalizadas. La profesora nos fulminó con una mirada que dejaba claro que su paciencia había llegado al límite.

—¿Alguna otra parte que queráis «liberar»? —preguntó con sarcasmo a la vez que se cruzaba de brazos mientras el resto de la clase intentaba retomar sus posturas.

Nora, aún enrojecida y con la camiseta ya en su lugar, soltó:

—Ya sabemos que el yoga nos hace soltar… emociones.

La frase provocó una risa nerviosa en nosotras y, en cuestión de segundos, nos derrumbamos en una carcajada contagiosa. Nadie más estaba realmente concentrado ya; incluso la profesora suspiró con frustración, deseando estar en cualquier otro lugar. Y así, entre miradas reprobatorias y risas ahogadas, la sesión terminó siendo de todo menos relajante.

Cuando finalmente conseguimos calmarnos, Nora retomó el hilo de la conversación en otro susurro:

—Bueno, ahora que lo sabe, hemos hablado sobre qué hacer. Voy a seguir en la discoteca unos meses más, y luego me darán la baja. No quiero dejar de bailar, al menos no hasta que realmente tenga que hacerlo.

—Seguro que ya no tendrás que trabajar nunca más en tu vida. ¡Lo has conseguido, chica! —bromeé.

—Sí, lo que siempre habías anhelado —añadió Mere con tono burlón—. Ahora podrás dedicarte a tu verdadera pasión: las compras.

Nos reímos una vez más, aunque esta vez intentamos mantener el volumen bajo. La clase había terminado para nosotras hacía rato.

—¡Cállate! —exclamó Nora entre risas—. No pienso dejar de trabajar. Me encanta lo que hago y lo haré hasta que no pueda más.

Mere, siempre en sintonía con el universo, levantó una mano y adoptó su tono más místico.

—Eso es lo que pasa cuando manifiestas lo que quieres con fuerza. Te enfocas en tu deseo, lo proyectas al universo y, al final, se cumple.

—Pues yo voy a manifestar un amor de verdad —dije con un destello de determinación—. De esos que te revienten el corazón y te dejen sin aliento. Ya basta de medias tintas, quiero el paquete completo.

Nora y Mere me miraron con sonrisas cómplices, y antes de que pudiera añadir algo más, Nora comentó:

—Vega, me encanta que sueñes así.

—La vida sin un poco de romanticismo sería muy aburrida —respondí con buen humor.

Tras la clase de yoga, mientras recogía mi esterilla y me despedía de las chicas, no pude evitar que mi mente se quedara con la futura mami. Allí estaba ella, radiante, viviendo exactamente la vida que siempre había soñado. Desde que éramos pequeñas, Nora había dejado claro que quería una vida llena de lujos, un hombre que la amara y, por qué no, que fuera rico. Ahora estaba embarazada de un futbolista famoso, y todo lo que había deseado parecía estar materializándose ante sus ojos.

Caminé por la orilla del mar, con el suave sonido de las olas acompañando mis pensamientos. Reflexioné sobre lo que eso significaba para ella.

Sabía que, tarde o temprano, tendría que mudarse de un país a otro, seguir los pasos de Dante a donde fuera necesario, pero también sabía que eso era precisamente lo que le encantaba: el cambio, la emoción, la posibilidad de vivir en diferentes lugares. Me alegraba por ella, de verdad, pero no podía evitar preguntarme si alguna vez tendría esa misma certeza sobre lo que quería en mi propia vida.

El comentario de Mere sobre la manifestación volvió a mi mente y decidí investigar un poco más. Saqué el móvil y, mientras caminaba, busqué información en internet. Lo que encontré me dejó alucinada: decenas de videos de chicas que hablaban sobre cómo

manifestaban sus sueños y cómo creaban una especie de «pizarra de manifestación» al comenzar el año. La idea de llenarla con imágenes que representaran lo que deseabas para el futuro me parecía fascinante aunque, al mismo tiempo, algo surrealista. Sabía que, muchas veces, lo que se ve en las redes no es más que una versión idealizada de la realidad, una mentira bien empaquetada. Aun así, mientras observaba las olas romper suavemente en la orilla, pensé en lo que yo pondría en esa pizarra, no solo para atraer lo que deseaba sino también para recordarme a mí misma que tenía derecho a soñar y a luchar por lo que quería.

29

Habían pasado varios días desde la última vez que hablé con Darío, y aunque intentaba no darle demasiadas vueltas, algo en mi interior me decía que las cosas no estaban bien. Sus mensajes breves y casi distantes confirmaban mis sospechas, hasta que finalmente me llamó. Su voz, normalmente tan segura y firme, sonaba menos enérgica.

—Vega... necesito verte —dijo, y en sus palabras sentí un deje de urgencia—. Te echo de menos.

Esa confesión me pilló por sorpresa. Siempre había visto a Darío como alguien que disfrutaba de nuestra relación sin complicaciones, pero esta vez, su tono me hizo pensar que quería ir más allá. Esa idea me inquietó, no porque no me gustara Darío, sino porque sentía que aún no estaba lista para algo serio. Y, sin embargo, no podía ignorar la culpa que me perseguía. Sabía que todo lo que había pasado con Albert lo había afectado, y mucho.

—¿Qué tienes en mente? —pregunté.

—Quiero que pasemos un par de días juntos, lejos. He encontrado una cabaña en la montaña, en la parte más tranquila de la isla. Necesito alejarme de todo esto, y me gustaría que vinieras conmigo.

La idea de pasar un fin de semana lejos de las miradas curiosas y del peso de los rumores me resultaba tentadora. Sabía que se lo debía. Así que, acepté.

Días después, cuando llegué al lugar que él había elegido, quedé impresionada. La cabaña estaba situada en lo alto de una colina, rodeada de árboles frondosos y con unas vistas impresionantes de las montañas. Aunque estábamos lejos del mar, el paisaje era igual de cautivador.

Era pequeña, pero acogedora, construida con madera oscura y con un porche que daba directamente a la naturaleza. Había un silencio envolvente, roto solo por el canto de los pájaros y el susurro del

viento entre las ramas. En ese momento, supe que, al menos por unos días, podríamos escapar de todo y enfocarnos solo en nosotros.

Darío ya estaba allí cuando llegué. Vestía una camiseta ajustada y unos jeans que le quedaban de maravilla. Cuando me vio, su rostro se iluminó con una sonrisa preciosa.

—Bienvenida a este pequeño refugio —dijo mientras se acercaba para darme un abrazo. Su ojo estaba ya casi perfecto.

Cuando lo sentí cerca, quise quedarme allí un rato más para disfrutar de su cuerpo. Sin embargo, no pude evitar que la culpabilidad me recorriera. Sabía que Darío hacía todo lo posible por hacerme sentir bien, pero algo dentro de mí seguía resistiéndose.

—Es precioso —me aparté suavemente de su abrazo y miré a mi alrededor para admirar el paisaje—. No tenía idea de que existiera un lugar así.

—No me puedo creer que la reina de la isla no lo conociese —respondió, y su tono cómplice me hizo sonreír—. Quería que estuviéramos solos, sin que nada ni nadie nos molestara.

Esa tarde, después de instalarme en la cabaña, Darío me llevó a dar un paseo por la zona. El camino era tranquilo, rodeado de naturaleza en su estado más puro. Caminamos en silencio la mayor parte del tiempo, disfrutamos del crujir de las hojas bajo nuestros pies, el canto de los pájaros y el viento que susurraba entre los árboles.

Llegamos a un mirador natural desde donde se podía ver toda la extensión de la isla. El sol comenzaba a ponerse y teñía el cielo con colores que parecían sacados de un cuadro. Darío se sentó en una roca y me señaló un espacio a su lado.

—Ven, siéntate aquí conmigo —dijo con una sonrisa y, cuando me senté, pasó un brazo por mis hombros—. Quería mostrarte esto.

—Es increíble —apoyé la cabeza en su hombro y suspiré—. Gracias por traerme aquí.

Observamos en silencio cómo el sol desaparecía detrás de las montañas. Era un momento perfecto, pero no podía dejar de sentir la tensión que se acumulaba en mi pecho.

—Darío... ¿Por qué has hecho todo esto?

Él tardó unos segundos en responder.

—Porque te lo mereces, Vega. Después de todo lo que ha pasado, quería hacer algo especial para ti. Siempre has sido tú la que me ha regalado experiencias maravillosas, pero también... porque necesitaba decirte algo.

Mi corazón empezó a latir más rápido.

—¿El qué? —pregunté con cautela. Temía su respuesta.

Darío respiró hondo y apretó ligeramente el brazo que tenía sobre mis hombros.

—He pensado mucho en cómo decirte esto. Pensaba que nunca me iba a pasar, pero es la primera vez que siento que quiero algo más que un simple rollo. No quiero que seamos solo amigos con derechos —confesó, y con ello dejó que sus palabras cayeran con todo su peso—. Estos días sin verte se me han hecho eternos. Me han servido para darme cuenta de que no puedo seguir engañándome.

Sabía que Darío estaba siendo sincero, pero no estaba segura de poder corresponderle de la manera en que él lo deseaba.

—Darío... —me aparté un poco para mirarlo a los ojos—. Todo esto... me da miedo. No quiero hacerte daño y no quiero prometerte algo que no sé si podré cumplir.

Vi un destello de dolor en su mirada, pero también comprensión.

—No tienes que prometerme nada, Vega. Solo quiero que sepas cómo me siento. No te pido que tomes una decisión ahora mismo, solo quiero que lo pienses. Lo único que te pido es que no me cierres la puerta.

—No lo haré —dije con suavidad—, pero también necesito que seas consciente de que esto es complicado para mí. No quiero que te hagas falsas expectativas.

Darío asintió, con una pequeña sonrisa que reflejaba tanto su esperanza como su resignación.

—Lo sé —se inclinó y me besó en la frente—. No voy a presionarte.

El sol se había escondido por completo y el cielo ahora tenía tonos morados y azules oscuros. Mientras la noche caía sobre

nosotros, supe que la conversación que acabábamos de tener marcaría un antes y un después.

Nos quedamos un rato más, viendo cómo el cielo se oscurecía y las primeras estrellas aparecían tímidamente. Sabía que Darío había puesto mucho de sí mismo en esta escapada, y eso solo hacía que mi culpa creciera, pero también era consciente de que necesitaba tiempo, espacio para descubrir lo que realmente quería.

Esa noche, él preparó la cena. Las velas encendidas iluminaban suavemente la pequeña mesa de madera dando lugar a un ambiente más íntimo. Disfrutamos de la comida y de nuestra mutua compañía, pero ambos sabíamos que la conversación anterior aún flotaba en el aire, sin resolverse del todo.

Después de cenar, salimos al porche. Envuelta en una manta junto a Darío, miré las estrellas en silencio. Él me abrazó.

—Tengo que ponerte al día —dije mientras jugaba con los flecos de la manta—. Nora está embarazada, y lo mejor de todo es que es del futbolista.

Darío se sorprendió, abrió los ojos de par en par mientras seguía acariciando mi espalda con calma. Su tacto era reconfortante, casi hipnótico.

—¡Qué locura! Vosotras tres no sabéis lo que es la tranquilidad.

—¡Ya te digo! Y luego está Mere, que recibió otro mensaje de Fonsi. Al parecer, ahora quiere dejar a su mujer y volver con ella.

Soltó una pequeña risa; esa risa vibró contra mi pecho mientras yo lo abrazaba más fuerte.

—¿Ese tipo nunca se rinde?

—No, pero esta vez Mere lo tiene claro. Me dijo que no volverá con él.

—Me alegra que ella también esté encontrando su camino.

Me relajé en sus brazos. Su calor me envolvía más que la manta que nos cubría. Me sentía a gusto, y eso no podía negarlo. Levanté la mirada y me encontré con sus ojos. Aunque era de noche, ese azul tan profundo me hizo sentir como si estuviera frente al mar iluminado por el sol.

—Me está encantando esto —me apreté contra él.

—Nos merecemos cosas bonitas; ya hemos visto que las malas vienen solas…

Sin pensarlo demasiado, me incliné y nuestros labios se encontraron. El beso comenzó suave, lento, como si ambos quisiéramos saborear el momento. Me gustaba cómo besaba, cómo me hacía sentir, cómo su lengua atrapaba la mía con tanta delicadeza como intensidad.

Sentí sus manos deslizarse por mi espalda, atrayéndome aún más cerca. La manta que nos cubría cayó al suelo, olvidada, mientras el calor entre nosotros aumentaba. Con un movimiento decidido, Darío me sentó sobre él, como si aquello fuera ya una tradición. Tenía una fuerza que me abrumaba, pero que también me hacía sentir segura. Me manejaba con tal facilidad que dejé de intentar controlar nada; simplemente me dejé llevar. Mis piernas rodearon su cintura y, sin separar nuestros labios, se levantó de la mecedora conmigo en brazos.

Cruzó la puerta hacia el interior de la cabaña, donde la luz tenue de las velas seguía creando esa bonita atmósfera. Allí, entre sombras y destellos, supe que lo que iba a suceder era inevitable. Y, no quise resistirme.

Me guió con suavidad hacia la cama, donde me recosté mientras él se inclinaba sobre mí. Sus ojos no se apartaban de los míos, buscaron en mi mirada la confirmación de que esto era lo que deseaba; y lo era. Asentí suavemente, dándole la señal de que no se detuviera.

Nuestras respiraciones se mezclaron mientras él se acercaba, su boca encontró la mía en un beso que encendió cada rincón de mi ser. Sus manos, firmes pero llenas de ternura, recorrieron mi cuerpo con delicadeza. Me quitó la ropa con una paciencia que solo aumentaba la tensión que se acumulaba entre nosotros.

Hicimos el amor de una manera que sentí diferente. Y en medio de ese momento, comprendí que esto no era solo una conexión física. Darío no actuaba solo por deseo, no era una necesidad momentánea lo que lo guiaba. Sus caricias llevaban una intención que iba más allá del momento, sus besos transmitían algo más que pasión: una conexión emocional tangible, casi palpable. La forma en

que me tocaba, cómo sus ojos buscaban los míos, me revelaban un compromiso que no había sentido antes. Sus actos no eran solo gestos de amor, sino una promesa que hacía en silencio.

Cuando todo se calmó, me acurruqué contra su pecho junto al ritmo pausado de su respiración. Sus brazos me envolvieron y me hizo sentir completamente protegida.

—No hay otro lugar donde prefiera estar ahora mismo —murmuró él, su voz resonó en el silencio de la habitación.

—Ni yo —susurré en respuesta.

Y no mentía. Si vivir el presente era la clave, esa noche lo viví con toda su intensidad. Me permití soñar con la posibilidad de que, tal vez, Darío podría ser el protagonista de esa pizarra de manifestación que alguna vez imaginé.

30
13 años atrás…

A primera hora de la mañana, el aire fresco y renovador se colaba a través de las ventanas del instituto. Caminé por los pasillos con el corazón acelerado. Al doblar la esquina, lo vi. Ricard estaba apoyado contra una taquilla, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el suelo. Parecía nervioso, algo que contrastaba con su habitual aire de superioridad. Cuando levantó la vista y me miró, sentí rabia, pero también tristeza. Siempre habíamos sido amigos, y me fastidiaba que hubiera hecho aquello en la playa.

—Vega, quiero hablar contigo —le costó pronunciar las palabras.

No respondí, solo esperé con una postura firme y defensiva, mientras agarraba mi mochila con fuerza, como si fuera mi único soporte. Estaba dispuesta a escucharlo, pero no a ceder terreno tan fácilmente.

—Quería… quería pedirte perdón por todo lo que ocurrió —comenzó, mientras jugaba con el borde de su chaqueta—. Lo que hice fue imperdonable, lo sé. Y he tenido tiempo para pensarlo… mucho tiempo. Lo de Kairos y tú… bueno, ya he hecho público que mentía al respecto, que me lo inventé.

Lo miré sorprendida, aunque intenté no mostrarlo del todo. Sabía que Ricard no soltaría algo así sin una razón oculta. Y, como si pudiera leerme el pensamiento, continuó:

—Pero os vi. —Se detuvo para medir mi reacción, pero yo solo lo observé con una expresión impenetrable—. He decidido decir que es mentira porque… —inhaló profundamente antes de confesar—, porque prefiero eso a que tú hagas público lo que intenté hacer contigo aquella noche.

Sentí que mi cuerpo se tensaba al recordar aquel momento oscuro, pero logré mantener la compostura. Respiré hondo y sentí cómo la rabia se disipaba lentamente, reemplazada por una extraña sensación de resolución.

—Te perdono, Ricard —dije con voz firme—. Pero eso no cambia lo que hiciste. Me sentí horrible, humillada… y nunca volveré a confiar en ti.

Ricard aceptó mis palabras como el veredicto final. Creo que sintió resignación, pero también alivio. Sabía que no podía pedir más. Después de un momento, se apartó y me dejó sola en el pasillo.

Cuando salí del instituto, caminé con decisión y bastante ansiosa hasta la casa de Kairos. Sentía que la vida estaba de mi lado. No podía quitarme de la cabeza la conversación que acababa de tener, y una sensación de sosiego me invadía. Las palabras de Ricard cerraban un capítulo y, ahora, el camino hacia mi felicidad parecía más claro.

El sonido del timbre de la casa de Kairos resonó con fuerza. Esperé con el corazón a un ritmo frenético, mientras mi mirada recorría la fachada de la casa en busca de algún movimiento, alguna señal. Pasaron unos segundos eternos, y volví a golpear la puerta. Nada.

Decidí asomarme por la ventana, pero todo parecía vacío. Con frustración, rodeé la casa y me dirigí a la puerta trasera, la que daba al acantilado. Estaba cerrada también. Sin embargo, algo captó mi atención. En el horizonte, sobre el agua, distinguí una figura que se deslizaba ágilmente sobre las olas. Era él, con su tabla de surf, en perfecta sincronía con el mar.

Kairos dominaba las olas con esa calma característica que parecía convertirlo en parte del paisaje. Me acerqué al borde de las rocas y me senté; me perdí en esa imagen con la compañía del viento y el murmullo del océano.

Verlo allí, tan en su expresión, era como si el amor, esa palabra que hasta ahora había sido intangible, cobrara forma y significado. Mi corazón latía con fuerza mientras lo observaba cortar las olas. Y en ese instante, pensé en mi madre. En cuánto hubiera deseado que lo conociera, que viera a la persona que había logrado sanar las heridas invisibles que ella, sin querer, dejó en mí.

Kairos era distinto. Con él, los días oscuros parecían menos pesados, y cada paso a su lado me hacía sentir más cerca de quien

yo realmente era.

Recordé el primer día que cruzamos palabras, cuando traspasé su puerta por primera vez. En ese entonces, él era solo un psicólogo y yo una paciente rota por el dolor. Jamás imaginé que meses después él sería la razón por la que mi corazón latiría así, desbocado; pero también tenía miedo. No quería que Kairos fuera solo un sustituto del vacío que dejó mi madre, pero tampoco podía ignorar lo que sentía. No quería perderlo.

Mientras lo veía deslizarse sobre las olas con esa gracia natural, sonreí al imaginarme aprendiendo de él, compartiendo ese mar, esa libertad. Quizá, algún día, él me enseñaría a surfear, y yo aprendería a encontrar el equilibrio, no solo en el agua, sino en nuestra historia. Porque verlo así, en su esencia más pura, me hacía creer que, a pesar de todo, este amor tenía una fuerza que no necesitaba esconderse.

Me quedé detrás de la casa, en un rincón donde nadie podía verme. Apenas podía controlar la sonrisa que se me escapaba. Escuché sus pasos acercándose y carraspeé suavemente para llamar su atención. Kairos apareció, y cuando me vio sentada en la última de las escaleras traseras, su rostro se iluminó con una sonrisa. La tabla quedó apoyada contra la pared, olvidada, y él avanzó hacia mí, con sorpresa en los ojos. Cuando estuvo cerca, me di cuenta de la inseguridad que se asomaba en su mirada, creo que no sabía cómo debía actuar conmigo ahora que el amor entre nosotros era una realidad.

La última vez que nos habíamos visto, yo había tenido que huir de su casa. Aún sentía el temblor de aquel momento grabado en mi piel, en cada fibra de mi cuerpo. Y ahora, esa misma sensación me recorría al verlo ahí, mojado e inseguro.

Sonreí, me levanté y me quedé frente a él. Antes de que pudiera reaccionar, tiré con un toque travieso un poco de la cremallera de su traje de neopreno, porque la llevaba por la parte delantera. Él soltó una pequeña risa, y vi cómo su expresión cambiaba. Dejó que el alivio y la risa destensaran sus gestos, pero un segundo después me

miró con esa seriedad que a veces me sacaba de quicio y que tanto admiraba.

—Vega… ¿Sabes que podríamos meternos en un buen lío? —murmuró en voz baja, como si no quisiera que el mismo aire lo escuchara—. A veces pienso que deberíamos esperar hasta que cumplas los dieciocho.

—No hay reglas para mí, Kairos —le respondí sin titubear—. No ahora, no aquí. Nadie va a vernos, y lo único que me importa eres tú.

Lo vi debatirse internamente. Su mirada mostraba la tensión que esto le generaba, pero finalmente me tomó de la mano y la apretó con fuerza. Me acerqué un poco más y, sin soltarle, le susurré:

—Además, tengo una sorpresa para ti.

Él arqueó una ceja, divertido; su curiosidad era evidente.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de sorpresa?

—Ricard por fin ha desmentido todo. Nadie sabe lo que pasó realmente, así que, para el resto del mundo, somos solo paciente y psicólogo. Nadie puede decir nada.

Lo vi suspirar y liberar todo el peso que parecía cargar en los hombros. Se le notaba en el rostro, en la forma en que sus ojos brillaron con alivio y felicidad, algo que casi me hizo llorar.

—Entonces… somos más libres —murmuró.

Me guió hacia el interior de la casa a través de la puerta trasera y la cerró a nuestras espaldas.

—Nunca pensé que algo así pudiera pasarme —me confesó—. Que alguien como tú llegara a ocupar tantas horas en mi cabeza… No hay manera de sacarte de ella. —Me atravesó el alma.

Lo miré y, con un susurro, le confesé lo que yo misma había descubierto:

—En mí has hecho espacio para algo nuevo.

Kairos se acercó y me besó sin miedo. Nos miramos, y supe que ese era el lugar al que pertenecía: en sus brazos, en su casa.

Él suspiró contra mi piel y me susurró al oído:

—Eres todo lo que nunca supe que necesitaba. Aquí, contigo, siento que, por primera vez, puedo dejar de luchar contra mis demonios y

mis penas.
—Entonces no luches nunca más —le respondí con una sonrisa.

Estaba allí, frente a mí, con el traje de neopreno aún empapado pegado a su piel. Cada gota que resbalaba por su cuello hasta perderse en su clavícula aumentaba mi deseo. Sentía el frío de la humedad cuando me acerqué, pero el calor de su mirada me quemaba por dentro. Ese contraste me dejó sin aire.

Lo tomé del borde del neopreno. Aunque mis dedos se mojaron, no me importó. Me acerqué más, y el aroma del mar se mezcló con el suyo. Kairos me miraba serio, con duda. No sabía si eso me hacía sentir deseada o protegida. Cuando me atrajo hacia él, la humedad de su traje empapó mi ropa, enfriándome la piel, pero el calor de sus manos en mi cintura lo compensaba. Deslicé los dedos por el borde de la cremallera del traje y, con una sonrisa atrevida, la bajé un poco más.

—¿No tienes frío? —pregunté en susurros mientras acercaba mi rostro a su cuello. Rocé mi nariz contra su piel, todavía fresca por el agua.
—Tú eres la que se va a mojar ahora —respondió en un tono bajo que escondía una risa.

Sonreí y me acerqué más, tan cerca que nuestras respiraciones se fundieron en el aire. Con una voz apenas audible, le respondí:
—Ya lo hago… pero no es por el agua.

El destello en sus ojos cambió. Me acarició el rostro con sus dedos fríos, y ese roce me hizo cerrar los ojos.
—Vega… quiero cuidarte… aunque todo esto… —Se detuvo, y noté cómo su pecho subía y bajaba mientras luchaba por controlar sus propios impulsos.

Le sostuve la mirada con una sonrisa. No tenía miedo; estaba segura de lo que sentía, y no había nada que deseara más que estar con él.
—Aquí, tú y yo somos lo único que importa.

Suspiró, como si en ese momento se liberara de las últimas dudas que lo retenían, y supe que lo había convencido. Él me miró a los ojos y me susurró:

—Eres como el atardecer en el océano… algo tan increíble que no se olvida.

En el aire flotaba esa tensión dulce y adictiva que habíamos esperado desde el primer momento. Kairos dejó que el neopreno cayera hasta la cintura. En la penumbra, su piel brillaba con gotas atrapadas por la tenue luz del salón, que se deslizaban por su torso desnudo. Lo toqué con delicadeza, y pude ver cómo su respiración se volvía cada vez más densa. Mi propio pulso me golpeaba.

Cuando nuestras pieles finalmente se encontraron, mis manos recorrieron sus hombros desnudos. Sentí cada detalle, cada músculo que se tensaba bajo mi roce. Aquella noche que estuvimos a punto de caramelo, se habían quedado grabados en mi mente, ya que fue lo único que pude disfrutar de él. Lo percibí vibrar bajo mis dedos, y eso solo intensificó mi deseo.

Kairos no pudo resistirse más y me atrajo hacia él. Sus manos bajaron por mi espalda con una precisión casi tortuosa. Sentí su aliento cálido rozar mi cuello, y un escalofrío me recorrió cuando sus labios se posaron en mi clavícula.

—Eres un sueño del que nunca quiero despertar —me susurró con una voz profunda y cargada de deseo.

Le sostuve el rostro entre mis manos y volví a mirarlo fijamente.

—No voy a dejar que te despiertes —le dije—. Quédate conmigo en este instante.

Él sonrió con pasión. A medida que sus manos se deslizaban por mi piel, cada caricia me arrancaba suspiros que no podía contener. Dejé que nuestros cuerpos hablaran, que fueran ellos quienes nos guiaran. Sentí su mano llegar hasta mi pecho, donde se detuvo. Sus ojos quedaron fijos en los míos y buscaron mi permiso. Asentí sin palabras y me abrí a él. Su caricia fue delicada y firme.

Mi respiración se cortó, y su sonrisa, satisfecha y cómplice, me hizo comprender que él sabía perfectamente el efecto que tenía en mí. Jugaba con mi anhelo, y cada movimiento suyo parecía diseñado para encender aún más mi deseo de tenerlo. Me rodeó con sus brazos, y en ese abrazo me perdí, me rendí, porque habíamos llegado al corazón del otro.

Aquella tarde fue un descubrimiento, un viaje a través de la piel, el alma y el deseo. En sus brazos, sentí que el amor podía ser tan inmenso como el océano y tan ardiente como una llama que se negaba a apagarse.

La luz del atardecer dio paso a la oscuridad, y la habitación quedó medio iluminada por la luz que entraba desde la calle. Los sonidos de fuera parecían lejanos, como si el mundo hubiera decidido parar. Estábamos tumbados en su cama, tapados solo con una sábana fina. Kairos estaba de lado, sin quitarme los ojos de encima.

—¿Estás bien? —preguntó mientras pasaba la mano por mi brazo con un gesto suave, como si todavía no pudiera creer lo que había pasado.

Esbocé una pequeña sonrisa y asentí mientras me acercaba más a él. Sentir su cuerpo junto al mío, su piel contra la mía, me daba una sensación de seguridad y paz.

—Sí, estoy bien... mejor que bien.

—No sé cómo describir lo que siento.

—Yo tampoco sé cómo explicarlo con palabras —admití, mientras jugueteaba con un mechón de su cabello—. Siempre pensé que algo así sería aterrador, que me sentiría... no sé, expuesta, pero contigo, todo es diferente. Me siento segura, querida, como si esto fuera lo más natural del mundo.

Kairos deslizó su mano por mi espalda con ternura.

—Porque lo es —afirmó con convicción.

—Sé que hay muchas preguntas sin respuesta, pero lo único que tengo claro es que no quiero hacer este viaje con nadie más que contigo.

Se inclinó lentamente hacia adelante y presionó sus labios contra los míos. Cuando se separó, apoyó su frente en la mía y ambos respiramos al unísono.

—Vas a ser… bueno, ya lo eres. Eres mi perdición.

Me quedé dormida en sus brazos sin darme cuenta. Estaba exhausta. No había dormido nada la noche anterior y llevaba el día lleno de experiencias intensas.

31
13 años atrás…

Kairos me despertó con una caricia suave en la mejilla. Abrí los ojos despacio y su rostro apareció en la penumbra de la habitación. La sonrisa con la que me miraba era dulce, pero noté una leve inquietud en sus ojos.

—Vega, creo que es mejor que vuelvas a casa. Tu padre empezará a preocuparse otra vez —dijo en voz baja, como si intentara no romper el hechizo de la noche.

La burbuja de paz y calidez en la que me encontraba, se deshizo al instante. No quería marcharme, no quería que este momento terminara. Sentí un leve resentimiento, pero hice todo lo posible por no mostrarlo.

—Puedo llamar a alguna de mis amigas y decirle a mi padre que me quedo en su casa. Así podríamos... —dejé la frase en el aire, esperando su aprobación.

Kairos negó suavemente y tomó mi mano entre las suyas.

—No, Vega. No quiero más líos.

Sus palabras me dolieron. De repente, sentí que me empujaba de vuelta a la realidad, lejos de la nube en la que había estado volando esas últimas horas. Fruncí el ceño, resistiéndome a la idea de regresar a mi vida sin él.

—¿Es que no quieres estar conmigo?

Kairos me miró con ternura y respondió con suavidad:

—No hay nada que desee más que despertarme y verte a mi lado cada mañana, pero, Vega... no quiero que esto nos complique aún más. Ya hemos cruzado demasiados límites.

Sabía que tenía razón; en el fondo, entendía que aquello no podía ser tan fácil como lo imaginaba. Bajé la vista y asentí en silencio.

—Déjame acompañarte a casa —dijo mientras se vestía.

Negué con una pequeña sonrisa.

—No hace falta, de verdad —le aseguré—. Me encantaría, pero sé lo que podría significar para ti si alguien nos viera juntos a estas horas.

Kairos asintiendo con un gesto solemne. Luego me rodeó con sus brazos y me abrazó con fuerza, como si ese gesto pudiera borrar cualquier distancia entre nosotros.

Salimos por la puerta trasera, la que daba al acantilado. Al abrirla, me detuve un momento para mirar el océano. Las olas acariciaban las rocas, y el cielo estrellado se extendía hasta el infinito.

—Este lugar es mágico. Ahora puede ser nuestro rincón.

Kairos no respondió. Simplemente apretó mi mano y me besó en la frente con ternura. Quise retener ese instante, guardarlo como un recuerdo eterno. Finalmente, di un paso adelante y comencé a caminar hacia casa, con el corazón pesado y la vista fija en el camino. Traté de no girarme, pero al escuchar un silbido a mis espaldas, me detuve y esbocé una sonrisa.

—Buenas noches, mi estrella de sal —me dijo, y sus palabras flotaron en el aire hasta llegarme como una caricia.

Un escalofrío recorrió mi espalda. En ese instante, comprendí que, aunque el mundo no pudiera entender lo que teníamos, para mí, eso era suficiente.

Caminé hasta llegar a la pequeña casa de Nora, que estaba de paso, frente a la playa. Era una casa modesta, con paredes que mostraban el paso de los años y manchas de humedad, pero siempre había tenido un encanto especial para mí.

Al tocar el timbre, su abuelo apareció en la puerta con una sonrisa que me recordó a Papá Noel. Llevaba la camisa remangada, y se podían ver unos tatuajes descoloridos, testigos de historias de su juventud. Me vino a la mente aquel año en que descubrimos que él era Papá Noel en el colegio. Mere y yo habíamos dicho en voz alta que no creíamos en esa figura navideña, así que Nora, con toda su curiosidad y audacia, se acercó y tiró de su barba para comprobar si era de verdad.

Él gritó del dolor, y en ese momento Nora entendió que no había disfraz: su propio abuelo era el «mago» de las navidades. Le

reconoció la voz, un drama… pero con el tiempo se convirtió en uno de esos recuerdos que siempre nos hacía reír.

—Vega, cielo, pasa. Nora está en su habitación —me saludó con cariño mientras se apartaba para dejarme entrar—. Voy a avisarla.

Avancé por el pequeño recibidor y, al llegar al salón, me encontré con el hermano de Nora, un niño que estaba entretenido con unos rotuladores. Al verme, se acercó con una gran sonrisa.

—¿Te puedo hacer un *tatullaje*? —preguntó con esa voz angelical, refiriéndose a un tatuaje.

—¡Claro! —me senté en el sofá junto a él.

El niño comenzó a «tatuarme» el brazo con dibujos infantiles que solo él podía entender. Cada línea y garabato me sacaban una sonrisa. Cuando terminó, observé mi nueva huella en la piel con admiración exagerada, y él rió, satisfecho. Entonces, Nora apareció al fondo del pasillo, vestida con un *top* y unos pantalones cortos. Su piel brillaba ligeramente por el sudor.

—Estaba bailando en mi cuarto —dijo al acercarse.

—¡Mira! Me han quedado increíbles estos *«tatullajes»* —levanté el brazo para mostrárselos.

Nora soltó una carcajada mientras el niño nos corregía con convicción. Supongo que, en su cabeza, si era yo quien lo decía, sonaba terrible. Sin embargo, cuando las mismas palabras salían de su boca, en su mente parecían transformarse en algo perfecto. Ambas reímos, y luego Nora me invitó a su guarida. Al entrar, subió la música y empezó a bailar con soltura. La habitación era pequeña y sencilla.

Me quedé en silencio, observándola. Ella, que me conocía mejor que nadie, apagó la música, se sentó a mi lado en la cama y me miró con curiosidad.

—A ver… ¿qué te pasa? —preguntó—. Por esa cara, parece que traes un notición. Te saltan chispas de los ojos.

Intenté disimular, pero sabía que no podría engañarla. Alcé la vista y dejé escapar una pequeña sonrisa. Era verdad, mis ojos brillaban de emoción, y eso bastó para que Nora se inclinara hacia mí, sorprendida.

—¡No me jodas! —dijo en un susurro emocionado mientras me daba un suave codazo—. ¡Cuéntamelo todo!

Tomé aire, intentando contenerme, pero al ver la cara de entusiasmo que puso, supe que no podría guardarme nada. Le conté lo que había pasado con Kairos, cómo me había dejado llevar por lo que sentía y cómo, por primera vez, me sentí completamente segura con alguien.

—¡Madre mía, tía! —exclamó, sin poder contenerse—. Qué envidia me das. A mí me encantaría estar con un hombre mayor. Así podría mudarme con él y salir de esta casa de una vez. —Hizo un gesto exagerado hacia las paredes, donde las humedades eran evidentes—. Aunque… —me miró con un destello de advertencia— lleva cuidado, ¿eh? Estos tíos siempre pueden tener una doble vida.

La advertencia me hizo fruncir el ceño. Nora continuó con el tono que usaba cuando quería hacerme reflexionar.

—¿Tú sabes algo de su vida? —preguntó—. Quiero decir… ¿qué sabes realmente de él?

Me quedé pensativa mientras repasaba lo poco que sabía en realidad. Había mencionado a sus abuelos, que vivieron en la isla, y a su hermana, que murió y estaba enterrada en el cementerio del pueblo; pero, aparte de eso, no sabía mucho más.

—Pues… no mucho —admití en voz baja.

Nora me observó con escepticismo.

—Solo digo que no te fíes del todo. Puede ser un encanto, pero a veces la gente guarda secretos muy oscuros. Ten cuidado, tía. Me daría mucha rabia que te hiciera daño.

Una pequeña duda se coló en mi mente. La emoción que sentía al pensar en Kairos se mezcló con una sombra incómoda, pero no quería que eso empañara lo que había vivido con él. Nora estaba allí, como siempre, con sus advertencias y su cariño. Después de la muerte de mi madre, había sido como una guardiana, siempre atenta, siempre protegiéndome. La entendía.

El reloj en la pared de la habitación de mi amiga marcaba las diez y media.

—¿Puedo llamar a mi padre antes de irme? —le pedí.

—¿No llevas el móvil?

—Lo tengo apagado.

Cogí el teléfono y marqué el número de casa. Contestó al primer tono.

—Papá, estoy en casa de Nora. Me he quedado sin batería en el móvil. En breve llegaré, ¿vale?

Colgué y sentí un leve vértigo, esa adrenalina que me hacía sentir libre de una forma nueva, aunque había mentido más de lo habitual.

Mientras caminaba hacia casa, el eco de aquella pequeña mentira me dejó una sensación incómoda. Pensaba en mi madre. No solo estaba escondiéndole cosas a mi padre, también sentía que, de alguna manera, estaba fallándole a ella. Pero luego vino la nostalgia, mezclada con algo parecido a la esperanza, y entendí que crecer y tener mi vida no era dejar de amarla, sino aprender a vivir como ella hubiera querido, con valentía y con ganas de ser feliz. Aun así, esa sensación de estar defraudándola no desaparecía del todo.

Al llegar, percibí el aroma de la cena. Mi padre había preparado algo sencillo. Lo encontré en la cocina, sirviendo los platos. Al verme, su expresión se iluminó.

Durante la cena, me sumergí en mis propios pensamientos. Las imágenes de Kairos, su mirada intensa, su voz, el calor de su piel sobre la mía llenaban mi mente. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo al recordar cómo lo había sentido, cómo habíamos compartido algo nuevo y desconocido para mí. No podía evitar sonreír, aunque una sensación de estar dividida entre dos mundos me descolocaba.

—¿Estás bien? —La voz de papá me devolvió a la realidad.

Chasqueó los dedos frente a mí para captar mi atención.

—Sí, sí… lo siento —noté que todavía tenía una sonrisa en los labios.

Él también sonrió.

—Es bueno verte así, feliz de nuevo. Tu madre estará muy orgullosa de ti.

Respiré hondo, lo miré y sentí el peso de todo lo que él había vivido, la valentía con la que había seguido adelante tras perder a la

mujer que tanto amaba. Había decidido quedarse y luchar, por mí y por los recuerdos que guardaba.

—¿Cómo has sido tan fuerte, papá? —quería comprender esa resiliencia que lo sostenía cada día.

Me miró, y después de un breve suspiro, respondió:

—Cuando la perdí, pensé que nunca podría seguir. Pero un día, al mirarte, supe que debía hacerlo porque ella seguía viva en ti. Cada risa, cada paso que das es una parte de ella, y eso me ha dado la fuerza para vivir con una sonrisa, por las dos.

Las lágrimas se asomaron, y bajé la vista para ocultarlas. Unos segundos después miré a mi padre, agradecida por todo lo que había hecho y seguía haciendo cada día. Nos sonreímos, y supe que, aunque el tiempo pasara, siempre nos tendríamos el uno al otro.

32
13 años atrás…

Pasaron semanas desde aquella primera noche con Kairos, y mi vida dio un giro que jamás habría imaginado. Nuestra relación avanzaba en secreto, como si existiéramos dentro de una burbuja. Kairos y yo nos encontrábamos en su consulta, bajo el pretexto de una sesión de terapia. En ocasiones, veía en su mirada una gran culpa; aceptaba el dinero de mi padre, aunque ambos sabíamos que durante esa hora yo no era su paciente. Éramos dos amantes que se buscaban con la urgencia de quienes temen que el mundo pueda desmoronarse en cualquier instante.

Cada encuentro era una explosión de emociones. Vivíamos atrapados en esa nube de ilusión que envuelve a las parejas en el inicio, cuando la vida parece girar en torno a un único punto y todo lo demás se desvanece. En esos momentos, Kairos dejaba de ser solo mi terapeuta, o el hombre mayor que mis amigas consideraban un peligro, para convertirse en alguien que parecía haber nacido para estar a mi lado. La diferencia de edad no existía; solo sentía el calor de su mirada, el cuidado con el que me arropaba y la ternura con la que me atendía. Cuando estaba con él, resultaba increíble pensar que aquel hombre, que en un principio me pareció un intruso, se había transformado en el amor de mi vida.

Me cuidaba con una dedicación que me desarmaba. En sus abrazos sentía calma, y en sus caricias, un afecto que parecía no tener límites. Me miraba y sonreía como si todo girara a mi alrededor. Tenerlo a mi lado me hacía sentir afortunada. Las diferencias entre nosotros quedaban en segundo plano.

A menudo, solo disponíamos de una hora antes de que llegara otro paciente. Exprimíamos cada segundo, y cuando el timbre de la consulta interrumpía nuestra intimidad una y otra vez, yo me resistía a soltar sus labios.

Nora y Mere conocían nuestra relación, y en más de una ocasión me ayudaron a mantenerla oculta. Cuando mi padre preguntaba, alguna de ellas inventaba una excusa para que pudiera salir sin levantar sospechas.

Para Kairos, aquellos encuentros no eran meramente una escapatoria romántica. Él aprovechaba cada oportunidad para hacerme preguntas sobre mi madre y explorar los rincones de mi duelo, sin permitirme olvidar la importancia de sanar. Insistía en que hablara de los recuerdos que guardaba de ella, de mis miedos y de las pesadillas que perturbaban mi sueño. Agradecía contar con alguien a quien desnudarle el alma, alguien capaz de escuchar cada temor y que no retrocedía cuando le confesaba las partes más oscuras de mi corazón.

Esa mezcla de amor y sanación convertía nuestras horas juntos en algo único, en un refugio que no cambiaría por nada en el mundo. Como si él se hubiera convertido en el ancla que me mantenía firme y en el impulso que me invitaba a volar. Mis amigas no me entendían como lo hacía él; se notaba que había pasado por lo mismo.

Estaba en el sofá con mi padre, viendo un programa cualquiera en la televisión, cuando el teléfono de casa sonó de improviso. Me levanté para contestar, sin esperar nada en particular, pero al llevarme el auricular al oído, la voz al otro lado me detuvo en seco.

—Hola, mi estrella de sal —dijo Kairos.

El rubor me subió al rostro con una rapidez que me asustó. Temí que mi padre lo notara desde el sofá. Miré de reojo, deseando que siguiera absorto en la pantalla, pero no fue así. Me observaba con curiosidad, la barbilla ligeramente levantada y el ceño fruncido.

—¿Quién es? —preguntó con desconcierto.

Sentí cómo el corazón se me aceleraba, atrapada entre el teléfono y su mirada inquisitiva. Antes de que pudiera responder, la voz de Kairos volvió a sonar, serena y segura:

—Pásame a tu padre. Quiero hablar con él.

Las palabras me atravesaron como un rayo. ¿Hablar con él? ¿Ahora? No entendía nada, y la tensión me hizo apretar el auricular

con fuerza. Kairos pareció percibir mi nerviosismo y, en un susurro, añadió:

—Confía en mí.

Con el corazón hecho un nudo y el pulso desbocado, extendí el teléfono hacia mi padre.

—Kairos… quiere hablar contigo —dije sintiendo que cada palabra pesaba una tonelada.

Mi padre se levantó con calma, tomó el teléfono y se lo llevó al oído.

Durante la conversación, permanecí cerca, sin saber si quedarme allí o salir corriendo a mi habitación. Las frases que pronunciaba mi padre me dejaban aún más confundida.

—Lo entiendo… —asintió con seriedad—. Tienes razón, Kairos.

Cada una de sus respuestas escuetas alimentaba mi inquietud. Lo escuché dar las gracias varias veces y, antes de colgar, dijo:

—Tanto el club como nuestra casa están abiertos para ti. No nos dejes solos después de tanto tiempo viéndonos.

Al colgar, se giró hacia mí. Sus ojos parecían estar preparados para responder a todas las preguntas que bullían en mi mente. Se sentó en una de las sillas junto a la mesa y, con una voz pausada, me explicó:

—Kairos ha decidido que la terapia ha llegado a su fin. Nos da el alta como pacientes, pero nos ha dicho que su casa estará siempre abierta para nosotros. Si en algún momento necesitamos hablar con él, estará encantado de recibirnos… pero como amigo, no como terapeuta.

Sus palabras no encontraban un lugar donde asentarse en mi cabeza. Sin responder, me levanté y me fui a mi habitación. Cerré la puerta para buscar un momento de soledad. Sin embargo, los pasos de mi padre resonaron en el pasillo, y poco después golpeó suavemente la puerta antes de entrar.

—¿Por qué te enfadas? —preguntó con desconcierto—. Creía que esto te haría sentir bien. Has aprendido a llevar ese dolor tan grande.

No quise mirarlo. Mi mente era un caos de pensamientos enredados, y lo único que deseaba en ese momento era quedarme a

solas, llamar a Kairos y entender lo que todo esto significaba. Finalmente, suspiré y respondí sin mirarle directamente:

—Es que… me sentía a gusto con Kairos. Me da miedo no poder avanzar por mí misma.

Lo dije sabiendo que esa no era toda la verdad. Mi padre me miró con ternura y asintió.

—Vas a poder. Y, de todos modos, ya me has oído: Kairos está ahí para lo que necesitemos, pero ahora como amigo.

Me dolía esconderle a mi padre lo que significaba para mí, pero sabía que guardar silencio era la única opción. Revelar mi amor demasiado pronto podría desmoronar todo lo que habíamos construido. Por muy difícil que fuera, debía esperar… por él y por mí.

En cuanto me quedé sola en mi habitación, cerré la puerta con suavidad y marqué el número de Kairos con el corazón aún desbocado. Al segundo timbre, escuché su voz, esa voz capaz de devolverme la calma con solo pronunciar mi nombre.

—Vega —susurró como si estuviera a solo unos pasos de mí.

Tomé aire. Había tanto que quería decir, pero opté por expresar lo que más me pesaba.

—Kairos, mi padre me ha contado lo de las sesiones…quieres darme el alta. ¿Por qué? —pregunté.

Su respuesta llegó con la suavidad del viento en una noche de verano.

—Porque quiero que, cuando estemos juntos, sea por nosotros, no como terapeuta y paciente. Quiero que te sientas libre de verme cuando lo desees, sin ese vínculo que nos ata a una obligación que ya no necesito para seguir a tu lado. Y no quiero que tu padre se siga gastando dinero. No lo soporto.

Sentí cómo las lágrimas comenzaban a llenar mis ojos. Aunque sus palabras tenían sentido, el miedo a perder la conexión que habíamos construido me atenazaba el pecho.

—Kairos, por favor… No dejes de ser mi psicólogo. No quiero perder esa parte de ti. Necesito saber que, cuando las cosas se pongan difíciles, tendré a alguien que me entienda.

Un breve silencio se extendió al otro lado de la línea, hasta que su voz me alcanzó.

—Vega, nunca dejaré de escucharte. No necesito ser tu terapeuta para acompañarte en este camino. —Hizo una pausa—. Te prometo que seguiré a tu lado. Juntos encontraremos la manera de vivir la vida que nos merecemos, sin dolor ni penas.

Mi voz tembló, y no logré responder. Él continuó.

—Quedan pocos días para tu cumpleaños. Cuando llegue el momento, seré yo quien le diga a tu padre cuánto significas para mí, pero hasta entonces, quiero que confíes en nosotros, en todo lo que hemos creado.

Asentí, aunque él no podía verme.

33

Me desperté en la cabaña y, aún bajo la manta, decidí revisar el móvil. El grupo de WhatsApp de mis amigas estaba lleno de mensajes, pero todos eran de Nora. Uno en particular me dejó en *shock*. Había compartido una imagen de un atardecer dorado, donde aparecía con Dante abrazándola. En primer plano, Nora mostraba un anillo brillante en su mano.

La emoción me aceleró el pulso y no pude contenerme. Hice una videollamada al grupo sin pensarlo dos veces. Mientras esperaba que alguien respondiera, daba pequeños gritos de alegría. No pasó mucho tiempo antes de que Nora apareciera en la pantalla, radiante de felicidad.

—¡Nena, no puedo creer lo que estoy viendo! —grité incapaz de contenerme.

Mi entusiasmo fue tan evidente que Darío, que estaba en el baño, salió con una expresión alarmada.

—¿Qué pasa? —preguntó desde la puerta visiblemente confundido.

—¡Mira esto! —respondí emocionada, mientras corría de un lado a otro por toda la cabaña. Subí al sofá, luego a la silla y, finalmente, terminé sobre la mesa.

Darío me siguió con la mirada, divertido.

—¡Nora se va a casar con Dante! —me dejé caer en sus brazos y me sostuvo riéndose.

La risa de Nora resonó a través de la videollamada.

—¡Sí! Me lo propuso anoche. ¡No me lo creo! —exclamó, temblando de felicidad.

—¡Otra sorpresa más! —intervino Darío.

Dante apareció detrás de Nora y sonreía con orgullo.

—¡Señor Moretti! —grité hacia la pantalla—. ¡Te llevas un tesoro en bruto! Me caías fatal al principio, pero ahora te quiero como a un hermano.

La declaración provocó que Darío soltara una carcajada de diversión.

—¡Vega! ¡Yo también te quiero! Y como no lo haga… me quedo sin futura mujer —respondió Dante en tono de broma, con cara de loco enamorado.

En ese momento, Mere aceptó la llamada. Llevaba la bata blanca que usaba para hacer jabones.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?! —exclamó—. ¡No puedo creer que estés comprometida!

Nora se rió, aún incrédula.

—*Yavestruz*, amiga.

Mere negó con la cabeza, entre risas.

—¡Esto es increíble! Nora, siempre pensé que jamás te casarías.

—¡Toma, y yo! —respondió Nora riéndose a carcajadas.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

—Un poco abrumada, pero completamente feliz —admitió ella—. Dante es increíble.

Mientras hablábamos, Dante se acercó más a la cámara.

—Vega, Mere, os prometo que cuidaré de Nora como se merece.

Mere se acomodó en su silla y fingió seriedad.

—Más te vale, señorito. Por cierto, ¡seremos unas damas de honor espectaculares!

La conversación continuó con entusiasmo mientras Nora nos contaba todos los detalles de la propuesta. Al colgar la videollamada, seguía en los brazos de Darío. Instintivamente, le di un beso en los labios, incapaz de contener mi felicidad.

—¡Qué fuerte! —murmuré contra su pecho—. Nunca pensé que Nora, la que nunca se preocupaba por el amor, acabaría viviendo algo así.

Darío me miró con ternura y respondió:

—¿Ves? Si Nora puede encontrar el amor y el compromiso, tal vez eso signifique que todo es posible.

34
13 años atrás…

Esa noche, el calor del verano impregnaba mi habitación, y la ventana abierta dejaba entrar una brisa ligera junto con los sonidos de la calle. Subí el volumen de los altavoces y dejé que *Quiero ser*, de Amaia Montero, recorriera por cada rincón. Aquella canción parecía describir directamente todo lo que deseaba ser para Kairos.

«*Y caminar cerca del mar, amarradita siempre a tu cintura*» cantaba, y sentía una conexión especial con esa letra; capturaba a la perfección el deseo que me nacía cada vez que pensaba en él. Cerré los ojos y entonces, un mensaje en mi móvil me hizo abrirlos. Era de Kairos, y decía:

«***Deseo cumplido. Baja y caminamos cerca del mar***»

Mi corazón dio un vuelco. No lo esperaba, y mucho menos a esas horas. Me puse de pie de inmediato, con el corazón a mil por hora, y me asomé a la ventana. Ahí estaba él, sonriéndome con las manos en los bolsillos, como un adolescente en su primera cita. Apagué la música y salí de mi habitación con la mayor discreción posible. Mientras bajaba las escaleras, supe que había escuchado la canción desde la calle.

Al abrir la puerta, lo encontré bajo el brillo tenue de las farolas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin poder ocultar la sonrisa que se dibujaba en mi rostro.

—Pensé que esta noche podríamos pasear juntos, bajo las estrellas.

Recordé aquella conversación en la que le confesé que uno de mis placeres secretos era pasear cuando el mundo parecía dormir y todo lo sentía como mío. Jamás imaginé que él aparecería en mi puerta para compartir aquello.

Extendió su mano hacia mí. Mi primer impulso fue tomarla, pero una parte de mí se detuvo.

—¿Y si alguien nos ve? —murmuré con un nudo en el estómago.

Él sonrió, como si mi temor le pareciera encantador.

—No importa. Solo quedan unas horas para que esta mentira se acabe —respondió con tranquilidad.

Tardé un instante en entenderlo, hasta que lo comprendí.

—Es cierto, solo queda hora y media para que sea mi cumpleaños —dije incapaz de contener una sonrisa.

Acepté su mano. Saber que pronto todo cambiaría era increíble. Kairos me miró con dulzura.

—Quiero comenzar tu mayoría de edad contigo. Déjame llevarte a pasear, "*amarradita*" a mi cintura, como dice la canción.

Bajé la mirada porque mis mejillas ardían.

—Es de Amaia Montero… —musité—. Ella canta esa canción.

Kairos asintió con una chispa de nostalgia en sus ojos.

—Lo sé. Mi hermana era fan de *La Oreja de Van Gogh*. Reconocería esa voz en cualquier parte.

Caminamos de la mano por las calles desiertas, en un silencio que no necesitaba ser roto.

Cuando nos alejamos lo suficiente, se detuvo y me atrajo hacia él. Me envolvió con sus brazos, y yo apoyé la cabeza en su hombro; sentí su respiración acariciar mi piel.

—Nunca olvidaré esto —susurré y permití que el momento se grabara en lo más profundo de mí.

Él bajó la vista, y al rozar mi frente con sus labios, dijo en voz baja:

—Yo tampoco.

Sobre nosotros, el cielo era un manto infinito de estrellas, y me sentí pequeña y grande a la vez. Kairos me rodeaba la cintura con su brazo, para seguir manteniéndome cerca. Nos detuvimos en una pequeña cala desde la cual las estrellas parecían más brillantes.

—¿Sabes? En coreano existe una palabra que no se me va de la cabeza: *sarang* —dijo en voz baja, sin romper la calma de la noche —. Significa desear estar con alguien hasta la muerte.

Me estremecí al oírlo, y mis ojos buscaron los suyos. Aquello reflejaba el mismo deseo que yo sentía, algo que iba más allá de las horas, de los días y de todo lo demás.

—¡Cómo te gustan las palabras raras! ¿Eso sientes?

Con una mano acarició mi rostro, deslizó sus dedos con suavidad mientras sus ojos no se apartaban de los míos.

—No lo dudes.

Sonreí, conmovida por la forma en que parecía entenderme tan bien. Sin embargo, una sombra de miedo apareció en mi mente. ¿Qué vendría cuando amaneciera?

—Mañana… —bajé la vista—. No sé cómo vamos a hacerlo. No sé cómo se lo va a tomar mi padre, ni cómo vamos a hacer pública nuestra relación sin que todo se vaya a la mierda.

Kairos me estrechó un poco más entre sus brazos y, con un tono sereno y firme, respondió:

—Déjamelo a mí. Hablaré con él. Quiero que todo sea honesto, sin engaños, y que vea que este amor es algo verdadero. Confía.

Le devolví la mirada, y aunque una parte de mí seguía sintiendo ese miedo a lo desconocido, la calma que me transmitía su presencia logró disiparlo. Sabía que Kairos era un hombre de palabra, alguien en quien podía confiar, pero el vértigo del día siguiente me mantenía alerta, porque temía que el sueño pudiera romperse.

—Confío en ti —susurré—. Pero aun así tengo miedo.

Kairos apartó un mechón de mi pelo.

—No tienes que tener miedo. Pase lo que pase, estaremos juntos. Este amor es real, y lo defenderé hasta el final: *sarang*.

El tiempo pareció volar. Durante esa hora y media, hablamos de todo y de nada, inmersos en conversaciones que parecían no tener fin. Sentía una necesidad incontrolable de saber más sobre él, de conocer los detalles de su vida, esos que lo habían moldeado mucho antes de cruzarse en la mía.

Kairos respondió a mis preguntas con paciencia, lo vi disfrutar mientras compartía sus recuerdos conmigo. Le pregunté dónde había aprendido a hacer surf, y, con una sonrisa nostálgica, me contó una historia que me permitió imaginarlo como un niño, un

pequeño explorador del mar, con la misma intensidad en los ojos que ahora posaba en los míos.

—Mi abuelo me enseñó —dijo—. Cuando era pequeño, pasábamos los veranos en la isla, y cada mañana, antes del amanecer, lo acompañaba al mar. Era como un ritual. Sentía verdadera pasión por el surf y quería que yo también experimentara esa conexión. Recuerdo que me despertaba muy temprano y, en silencio, me llevaba a la orilla, como si fuéramos dos exploradores de otro tiempo. Todo lo que sé, se lo debo a él.

—¿Y hay algo que no se te dé bien en el agua? —pregunté para descubrir también sus debilidades, esos detalles que lo hacían tan humano.

Kairos rió y asintió, con un toque de vergüenza.

—Nunca fui bueno en los giros sobre olas grandes. Es complicado mantener el equilibrio, y siempre sentí que me faltaba algo. Mi abuelo intentó enseñarme, pero la verdad es que nunca lo dominé del todo. Es uno de esos retos que, si no los manejas bien, pueden volverse peligrosos… y él solía decir que uno siempre debe saber cuándo respetar sus límites.

Mientras lo escuchaba, lo imaginé enfrentándose a esas olas que desafiaban su habilidad. Sentí un nudo en el pecho. No importaba cuánto tiempo pasara con él, siempre habría algo nuevo que descubrir en su mirada y en sus historias.

La conversación se detuvo cuando miré hacia el horizonte y distinguí un velero avanzando lentamente, una silueta que se recortaba contra la oscuridad de la noche.

—¿Hacia dónde irá? —murmuré, más para mí que para él, mientras seguía con la mirada aquella embarcación que parecía deslizarse con gracia.

Kairos también se quedó observando el barco, y en él encontré nostalgia. Sin darme cuenta, solté:

—Kairos… ¿cómo has llevado lo de tu hermana? ¿Cómo has podido vivir con esa ausencia? —pregunté, consciente de que mis palabras quebraban el silencio con una suavidad que no pretendía alterar la calma entre nosotros.

Él mantuvo los ojos fijos en el velero.

—¿Ves ese barco? Es un buen ejemplo. No puedes controlar el viento, pero puedes ajustar la vela —respondió—. Aunque no podemos cambiar las cosas que suceden, podemos decidir cómo avanzar. La ausencia de mi hermana siempre estará, igual que el viento, que no se puede detener, pero con el tiempo aprendí a navegar con él, en lugar de dejarme arrastrar.

Entendí que, aunque el dolor permanece, uno puede encontrar una forma de vivirlo sin permitir que se convierta en un peso insoportable. Pensé en mi madre y en cómo su recuerdo formaba parte de mí de manera tan intrínseca que, como el viento en la vela, siempre impulsaría mi vida.

—¿Cómo era tu hermana? —pregunté con la necesidad de saber más sobre ella, sobre la persona que había compartido tanto con él.

Kairos esbozó una pequeña sonrisa y su expresión se suavizó.

—Se llamaba Laira. Éramos mellizos, aunque ella siempre decía que yo era el mayor porque nací cinco minutos antes. —Dejó escapar una breve risa al recordarlo—. Era tan distinta a mí… siempre llevaba el cabello corto, de color rosa y un poco despeinado. Su estilo era único, como si no le importara lo que pensara nadie. Le encantaba pintar y tenía una debilidad especial por las mariposas. Las dibujaba en cualquier rincón que encontraba, incluso en las paredes de su cuarto.

Sus ojos se perdieron en la distancia.

—¡Me encantan las mariposas! Representan la libertad y la belleza de la vida.

—Al poco de morir mi hermana, leí un libro titulado *Autobiografía de un yogui.* Una de sus frases decía *«Los que son demasiado buenos para este mundo, están adornando otros»* y estoy seguro de que así es.

—¡Ostras! Menuda frase… ¡Me ha fascinado! Mamá también lo estará haciendo.

—Recuerdo una vez que mi hermana y yo fuimos juntos al acantilado, de madrugada. Insistió en ver el amanecer desde el punto más alto, aunque yo le decía que era peligroso, pero para Laira, el peligro solo era una invitación más. Llegamos justo cuando el sol empezaba a salir y, en ese momento, ella dijo algo que nunca

he olvidado: «*¿Sabes, Kairos? La vida debería vivirse siempre como ahora, al borde de algo hermoso*».

Sentí que una lágrima me pinchaba el ojo, pero la contuve. En ese instante, comprendí que, aunque su hermana ya no estaba, su recuerdo seguía vivo en cada uno de esos momentos que él guardaba con tanto amor.

—Gracias… gracias por compartir esto conmigo. —Mi voz salió entrecortada, consciente de que me estaba abriendo una parte muy especial de su vida.

—Aún tengo muchas más cosas que contarte, Vega. Soy una caja de sorpresas —me susurró—. Y estoy aquí para escucharte siempre, cuando tú también quieras compartir lo que llevas dentro.

Y así, bajo el cielo que se cubría de estrellas, sentí cómo cada palabra de Kairos construía un puente entre su vida y la mía, entre su dolor y el mío, formando un lazo tan fuerte como los recuerdos que guardábamos en el corazón.

Estaba tan inmersa en ese momento, que no me di cuenta de cómo pasaba el tiempo, pero Kairos sí lo notó. Lo vi mirar de reojo su reloj antes de volver a clavar sus ojos en los míos.

—Vega, queda un minuto para que lleguen las doce —susurró con una sonrisa.

Me observó en silencio, sin apartar la mirada. Con lentitud, como si cada segundo importara, tomó mis manos entre las suyas y entrelazó nuestros dedos.

—Quiero ser el primero en felicitarte, mi estrella de sal —dijo y noté cómo el mundo se deshacía a nuestro alrededor.

Entonces levantó mi mano derecha y, en lugar de soltarla, la llevó suavemente a su pecho, justo donde podía sentir el latido de su corazón. Dejé de escuchar el murmullo de la noche, porque todo mi ser se concentró en esa conexión. Sentí sus latidos, constantes y firmes, como si cada uno me asegurara que estaría a mi lado.

—Feliz cumpleaños, Vega —dijo despacio. Acerqué mi rostro al suyo, incapaz de articular palabra. Él sonrió y, con la misma delicadeza, acercó sus labios a mi frente y me dio un beso suave, apenas un roce, pero para mí fue mágico—Esto es solo el principio

—añadió, mirándome como si yo fuera la única persona que había existido en su vida.

Aquel inicio de mi nueva edad fue el más bonito y especial. Mi pecho se llenó de un calor profundo y dulce, y supe, en ese instante, que él era el mejor regalo.

35
13 años atrás…

Apenas pude dormir. Cada vez que cerraba los ojos, los momentos de esa noche volvían a mi mente: la forma en que Kairos me miró cuando las agujas del reloj marcaron las doce y cómo, con tanta ternura, me felicitó. Podía sentir aún el calor de su piel. No sabía cómo sería todo a partir de ahora, pero, entre sus brazos, había sentido que nada podía ser más perfecto.

El sol se filtraba por la ventana, y justo cuando me acomodaba para intentar descansar un poco más, oí la puerta abrirse despacio. Mi padre apareció en el umbral. Sostenía un gran ramo de flores tropicales. Los hibiscos, las aves del paraíso y las orquídeas daban un toque de color a la habitación, mientras su perfume exótico, que siempre me había encantado, se extendía por el aire de forma agradable. Había recordado lo mucho que adoraba esas flores.

—Feliz cumpleaños, mi niña —dijo mientras se acercaba y me entregaba las flores con cuidado—. Hoy te has hecho mayor, y no sabes lo orgulloso que estoy de ti.

Lo abracé con fuerza, emocionada. Después de unos instantes, me miró con esa expresión misteriosa que siempre ponía cuando planeaba algo especial.

—Baja al salón. Tengo otra sorpresa para ti.

Con curiosidad y emoción lo seguí escaleras abajo. Al entrar, mis ojos se dirigieron de inmediato a una nueva tabla de paddle surf que descansaba junto al ventanal. Era absolutamente preciosa. El diseño estaba lleno de colores suaves y delicados, con un borde azul turquesa que recordaba al mar y un acabado brillante que parecía invitar a deslizarse sobre las olas.

Tenía una estrella en el medio y dentro de ella ponía mi nombre Estaba hecha para mí.

—Sé cuánto disfrutas el mar. Pensé que era momento de que tuvieras una tabla especial para ti —dijo con orgullo.

Lo abracé de nuevo. Me sentía tan agradecida que apenas podía encontrar palabras. Después de unos minutos observándola con emoción, sentí un impulso de mirar el teléfono. Al desbloquearlo, revisé los mensajes; esperaba alguna notificación de Kairos, pero no había nada. Recordé que ya me había felicitado la noche anterior, de una forma tan especial que era lógico que no hubiera enviado un nuevo mensaje. Seguramente aún estaría dormido. Era imposible pensar en lo que se me avecinaba.

Un nudo de nervios comenzó a formarse en mi estómago. No sabía cómo ni cuándo iba a hablar con mi padre, ni cómo sería ese momento tan esperado y temido. La incertidumbre me quemaba por dentro, y cada minuto sin noticias suyas intensificaba esa sensación. Intenté concentrarme en lo que tenía delante pero, en el fondo, toda mi atención estaba en él: en Kairos, y en el momento en que daría el paso para que nuestro amor pudiera finalmente ser libre.

De repente, el timbre de la puerta sonó, y sentí cómo el corazón me daba un vuelco. ¿Sería él? ¿Vendría a hablar con mi padre ahora, sin previo aviso? Me quedé inmóvil, incapaz de dar un paso hacia la puerta.

Papá, al ver que no reaccionaba, fue quien se acercó y abrió. Me preparé para escuchar su voz, pero, en su lugar, oí una risa familiar y gritos de emoción.

—¡Vega, felicidades! —gritó Nora, con una gran sonrisa y cargada de bolsas, seguida de Mere, que no dejaba de sonreír también.

Ambas se abalanzaron hacia mí, llenas de entusiasmo.

—¡Ya eres toda una mujer! —exclamó Nora mientras levantaba una bolsa—. En una de estas traemos una botella de ron, pero que tu padre no se entere.

Papá, que estaba justo detrás de ellas, escuchó la confesión y sonrió mientras negaba con la cabeza, sin decir nada. Se acercó y me besó en la frente.

—Bueno, os dejo solas, chicas —dijo—. Me voy a trabajar al club. Y tú, Vega, pásate a media mañana, ¿vale? Me gustaría que comiéramos juntos.

Asentí. Su plan me emocionaba, y con ellas en casa, el día tomaba un aire de celebración que no había planeado pero que

ayudaba a disipar mis nervios. Mientras él se despedía y se alejaba, me sentí aliviada. Hoy no tenía que apresurarme, estábamos de vacaciones. Quedaban muchas horas para disfrutar de este cumpleaños.

En cuanto la puerta se cerró tras él, mis amigas se acercaron con miradas cómplices. Nora fue la primera en hablar, y su tono pícaro dejaba claro que no iba a librarme de sus preguntas.

—Bueno, Veguita… ¿y qué te ha regalado tu querido? —preguntó.

Mere, con los ojos llenos de ilusión, asintió, claramente a la espera de que les contara hasta el más mínimo detalle. Suspiré, porque sabía que no se conformarían con una respuesta breve.

—En realidad… no me ha dado un regalo material —dije—. Anoche vino a verme y me felicitó de una manera tan… especial. No sé cómo explicarlo. Fue sencillo, pero me sentí la persona más feliz del mundo.

Mere suspiró y llevó una mano al pecho.

—Vega, se nota lo mucho que os queréis. No necesitas nada más cuando alguien te ama así.

Pero Nora soltó una carcajada y me dio un leve codazo, con ese toque sarcástico tan suyo.

—Sí, sí, muy romántico y muy bonito, pero hasta que no te dé un regalo como Dios manda, no tiene mi aprobación. Algo que puedas enseñar y decir «*me lo regaló Kairos*». Anda que…

Mere la miró con diversión, mientras yo rodaba los ojos. aunque en el fondo, me hacía gracia la insistencia de Nora en lo material.

—Nora, eres incorregible —respondí con una sonrisa, restándole importancia—. Además, hay algo más… Hoy es el día: Kairos va a hablar con mi padre sobre nuestra relación, y no sabéis lo nerviosa que estoy. Siento como si algo en el pecho me pesara mucho.

Mere fue la primera en reaccionar. Tomó mi mano con cariño.

—Vega, eso es maravilloso. Es el paso que estabas esperando, y si alguien puede hacerlo bien, es Kairos. Estoy segura de que todo saldrá perfecto. Él es la persona adecuada para ti, lo sé. Lo saben los astros.

Nora soltó un suspiro exagerado.

—Sí, claro, pero quiero ver algo más. —Hizo una pausa y me miró con picardía—. Bueno, dime que al menos sabes más cosas de él. ¿Ya te has asegurado de que no te oculta nada raro?

Suspiré, entre divertida y exasperada por su insistencia.

—Nora, créeme, es de fiar. Estoy segura de que es una buena persona y de que es… para mí.

Nora sonrió y se encogió de hombros, manteniendo su toque provocador.

—Si tú lo dices, amiga. Aunque sabes que mi trabajo es tocarte las narices —dijo con una sonrisa mientras tomaba una bolsa con los regalos que traía y me la tendía.

Sabía que así era ella.

Abrí la primera bolsa que me entregó Mere y encontré un juego de cristales en distintos colores, cada uno con un pequeño símbolo grabado.

—Son cristales energéticos —me explicó con una sonrisa llena de satisfacción—. La amatista es para la paz interior, el cuarzo rosa para el amor, y la turmalina negra para protegerte de las malas vibras.

Me reí al ver cómo sus ojos brillaban con entusiasmo.

—Sabía que traerías algo místico —comenté mientras sacaba también una vela aromática—. ¡Gracias! Sabes cuánto me gustan estas cosas.

Luego, Mere me pasó un pequeño colgante en forma de luna creciente, plateado y sencillo, que puso con cuidado en mi mano.

—Esto es para que recuerdes siempre que eres única y poderosa, Vega. La luna siempre te acompaña —dijo—. ¡Ah! Y la pulsera roja de los siete nudos no podía faltar. Ya sabes, tienes que llevarla puesta en el tobillo izquierdo, cariño mío.

La abracé con fuerza, agradecida por cada detalle que, aunque pequeño, llevaba un pedacito de su corazón y su manera de protegerme.

Entonces Nora, comenzó a sacar de su bolsa los regalos que había elegido para mí. Sabía que no tenía mucho dinero, pero se notaba el esfuerzo que había hecho.

Primero, sacó una pulsera fina de tela trenzada con pequeñas cuerdas doradas. Aunque no era de un material costoso, estaba

claro que la había elegido con cuidado.

—Esto es para que siempre tengas algo que te recuerde a mí —dijo con una sonrisa, un poco avergonzada.

Después, sacó un pequeño monedero de cuero rojo, algo desgastado pero muy bonito, y me lo pasó.

—Mira, no es de marca ni nada, pero he oído que los monederos rojos atraen el dinero. Te lo regalo a ti, pero también lo dejo caer para que el día de mi cumple me lo regaléis a mí —bromeó.

Finalmente, Nora sacó con aire triunfal una botella de ron de la última bolsa.

—¿Qué? Es una ocasión especial, ¡la niña ha cumplido dieciocho! —dijo, entre risas, mientras se dirigía a la cocina en busca de tres vasos.

—Nora, no son horas para esto —protesté.

—No me importa. Ya no eres una niña, ¡y mereces un brindis decente! —regresó con los vasos en la mano.

No pude resistirme al entusiasmo de ambas, y tras llenar los tres vasos, Nora levantó el suyo con una sonrisa pícara.

—Por Vega, porque ahora que es mayor de edad, viva con la libertad que merece y consiga todo lo que sueña.

Mere levantó su vaso.

—Y porque tengas una vida llena de paz, amor y fuerza. ¡Por ti, Vega!

Rodeada del cariño de mis amigas, alcé mi vaso y brindé con ellas. Era mi primer cumpleaños sin mamá, y no podía quitármela de la cabeza. Aunque, de alguna manera, sentía que estaba más cerca que nunca. Quizá estaba celebrando conmigo mi mayoría de edad.

Pasé una mañana increíble con las chicas. Nos despedimos en la puerta de casa y, antes de irse, les conté que primero pasaría por casa de Kairos y después iría al club a comer con mi padre.

Nora puso los ojos en blanco y soltó:

—¿Perdona? ¿Tienes que ir tú a casa de él en un día tan especial? Es él quien debería ir a casa de la cumpleañera —levantó una ceja y puso su típica cara de «hazme caso».

—Tía —respondí con una sonrisa mientras rodaba los ojos y las abrazaba una última vez.

Me despedí de ambas y, con los nervios a flor de piel, me encaminé hacia la casa de Kairos. Hoy era un gran día, el día en el que íbamos a dar un paso importante.

Al llegar, toqué el timbre. Sin embargo, los segundos pasaron y nadie abrió. No se escuchaba movimiento alguno en el interior. Volví a tocar, insistí un poco más, pero la puerta permaneció cerrada, y la casa en absoluto silencio.

Pensé que tal vez estaba en su despacho con algún paciente. Aun así, decidí probar suerte en la puerta trasera, la que daba al acantilado. Kairos solía dejarla abierta si estaba en casa, pero al intentar abrirla, descubrí que también estaba cerrada. Me moría de ganas por verlo, pero traté de calmarme. Pensé que tal vez había salido a comprar algo… quizá mi regalo de cumpleaños.

Desde la puerta trasera, mirando hacia el acantilado, saqué el teléfono y lo llamé; su móvil estaba apagado. Me quedé cabizbaja y, tras unos segundos, decidí dirigirme al club náutico. Se estaba haciendo desear.

Cuando llegué, hice lo posible para que mi padre no notara mis nervios. Aun así, él pareció percibir algo, pero antes de que pudiera preguntar, le ofrecí mi mejor sonrisa y lo saludé con el cariño de siempre. Me propuso comer en uno de los chiringuitos cercanos, un lugar encantador con vistas al mar, donde servían comida tropical típica de la isla.

Nos sentamos en una mesa de madera bajo una sombrilla de palma. Mi padre pidió un plato de gofio tostado con pescado fresco, yuca y un toque de lima, uno de sus favoritos. Yo opté por una ensalada de mango tropical con papaya, aguacate y el frescor del cilantro. Aunque disfruté de la comida, mi mente no dejaba de divagar en torno a Kairos y al motivo de su ausencia esa mañana.

—¿Qué, Vega? ¿Te apetece estrenar esa tabla esta tarde? —me preguntó mi padre, mientras me observaba saborear mi comida.

Lo miré y, aunque la idea de ir al mar me gustaba, sentía dentro de mí mucha impaciencia.

—Lo haré muy pronto, papá, te lo prometo, pero esta tarde quiero pasarme por casa de Kairos. Me gustaría contarle que hoy es mi cumpleaños y ver qué tal está —traté de sonar despreocupada.

Él asintió con naturalidad, comprensivo.

—Claro, cariño. Seguro que se alegrará de verte. Y cualquier día estrenamos esa tabla. No hay prisa.

Le sonreí un poco más tranquila. Tras despedirnos, me dirigí nuevamente a su casa, con el corazón acelerado y la esperanza de encontrarlo allí, listo para recibir el nuevo comienzo que habíamos planeado.

Llegué con la ilusión de que esta vez me abriera, pero nada. Llamé una y otra vez, golpeé suavemente la puerta a la espera de alguna señal. La frustración empezó a mezclarse con un nudo en el estómago. Sin saber qué más hacer, saqué el teléfono y lo volví a llamar, pero seguía apagado. Con los dedos temblando, le escribí varios mensajes, uno tras otro, quería alguna respuesta que me devolviera la calma, pero el silencio continuaba, como si se hubiera desvanecido.

Me senté en uno de los escalones de la puerta trasera y esperé pacientemente. Los minutos se transformaron en horas. Intenté convencerme de que había salido por algún motivo concreto, que pronto regresaría, pero el cielo empezó a oscurecerse, y con la llegada de la noche, la esperanza de que volviera se evaporó.

Escribí más mensajes, a pesar de saber que probablemente no recibiría respuesta, pero la ansiedad me obligaba a intentarlo. Mil pensamientos cruzaban mi mente, desde ideas irracionales hasta teorías sin sentido, pero todas terminaban en la misma pregunta: ¿dónde estaba? Necesitaba respuestas, pero ¿cómo explicarle a mi padre que estaba tan preocupada por Kairos sin que sospechara algo?

Finalmente, la desesperación me llevó a bajar por el camino empedrado hacia la pequeña cala bajo el acantilado. Ese era el lugar donde lo había visto surfear aquel día. No quería pensar en la posibilidad de que le hubiera ocurrido algo, pero el miedo se aferraba a mí con cada paso. ¿Y si algo había salido mal?

Llegué a la cala, pero no había rastro de él. El cielo ya estaba completamente negro, y el mar parecía un vacío oscuro e impenetrable. La brisa fría de la noche me estremeció. Cuando el teléfono sonó, mi corazón dio un vuelco. Al fin, Kairos me estaba llamando, pero al mirar la pantalla, vi que era mi padre. Contesté.

—¿Estás bien, cariño? Es muy tarde y no has regresado —dijo con preocupación.

Sentí una opresión en el pecho. Necesitaba desahogarme, contarle lo que me angustiaba.

—Papá… Kairos no está en casa. No he podido contactarlo en todo el día. He bajado a la cala, pero tampoco está aquí. No sé dónde podría estar.

Mi padre suspiró al otro lado de la línea. Percibí un tono de irritación en su voz.

—Vega, escúchame. No deberías estar sola a estas horas en un lugar tan oscuro. Vuelve a casa, cariño. Kairos es adulto y tiene vida más allá de la consulta. Déjalo en paz y no te agobies. Quizás salió de la isla o, quién sabe, tal vez tenía una cita.

Sus palabras me golpearon como un jarro de agua fría y, de repente, recordé las advertencias de Nora, esa duda que siempre sembraba con sus comentarios. Tal vez ella tenía razón, tal vez había una parte de Kairos que yo desconocía, algo que él no quería contarme.

Me sentí absurda, tonta por haberme entregado tanto sin la certeza de conocerlo realmente. Él me comentó que le quedaban muchas cosas por contarme. Aun así, decidí volver a su casa. No podía pasar mi cumpleaños sin verlo, sin saber qué había pasado. Con el corazón a mil, caminé hacia su puerta una vez más, decidida a no rendirme tan fácilmente.

Volví a tocar, esta vez con angustia y desesperación. Todo seguía en silencio. La casa, completamente a oscuras, parecía abandonada, sin un solo rastro de vida. Nadie abría. Cada segundo que pasaba sentía que mi corazón se encogía un poco más. Era como si el día de mi cumpleaños, el día en que nuestra relación iba a salir a la luz, se estuviera convirtiendo en una pesadilla. Kairos había desaparecido

sin dejar rastro, sin una palabra, sin una explicación. La idea de que él no estuviera, de que no hubiera tenido el valor de hablarme, me resultaba insoportable.

La ansiedad creció y se expandió como una sombra dentro de mí, hasta que supe que no podía soportarlo sola. Necesitaba hablar con alguien que entendiera lo que estaba pasando, alguien que me escuchara sin juzgarme. Con manos temblorosas, marqué el número de Mere. Contestó enseguida y, apenas escuchó mi voz entrecortada, me dijo con calma:

—Vega, no te preocupes. Vente a casa. Estoy aquí.

Al llegar a la puerta de la casa de mi amiga, la poca contención que me quedaba empezó a desmoronarse. Nadia, la madre de Mere, fue quien me abrió, y, al verme, su expresión cambió. Sus ojos, siempre amables, se llenaron de preocupación.

—Vega… siento una energía muy densa a tu alrededor —dijo con esa voz que parecía ver más allá de las apariencias.

Eso fue suficiente para derrumbarme. Las lágrimas, contenidas durante toda la tarde, comenzaron a correr sin control. Nadia me miró con compasión y, sin preguntar más, me rodeó con un abrazo. Mere salió al oír mis sollozos y me tomó del brazo con ternura, llevándome adentro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su madre con su instinto protector a flor de piel.

Abrí la boca para responder, pero me sentía demasiado abrumada para poner en palabras lo que había ocurrido. No sabía si contarle lo de Kairos o si guardarlo solo para Mere.

Mi amiga lo notó y, con una mano en el hombro de su madre, le sonrió con suavidad.

—Mamá, creo que es mejor que nos dejes hablar a solas. Todo está bien, de verdad.

Nadia asintió, me regaló una última mirada comprensiva y cariñosa y se retiró. Mere me condujo a su habitación, cerró la puerta y me ofreció un pañuelo mientras me sentaba en su cama.

Respiré hondo para calmar el temblor de mis manos. Saqué el teléfono y, en un intento de tranquilizarme, le envié un mensaje a mi padre:

«Estoy en casa de Mere. En un rato volveré. Tú descansa, ya soy mayor de edad. Te quiero».

Sabía que esas palabras lo dejarían más tranquilo, pero la verdad era que, en ese momento, sentía cualquier cosa menos calma. Mere se sentó junto a mí. Junto a ella me vacié.

36

El día estaba radiante cuando Nora, Mere y yo llegamos a la floristería. Ya habíamos empezado a organizar algunos temas relacionados con la boda. La pequeña tienda, con su fachada de madera pintada en tonos pastel, parecía sacada de una postal. Al abrir la puerta, un suave campanilleo nos recibió, y el aroma de flores frescas nos envolvió. En el aire flotaba una mezcla embriagadora de jazmín, rosas y lavanda.

Nora, entusiasmada como siempre, tomó la delantera.

—¡Qué lugar tan encantador! —exclamó, emocionada por elegir las flores para su boda—. Estoy segura de que aquí encontraremos el ramo perfecto.

Me uní a su entusiasmo mientras miraba a mi alrededor.

—Con todas las recomendaciones que nos han dado sobre este sitio, no tengo dudas de que encontraremos algo especial —respondí.

El florista apareció desde el fondo de la tienda. Llevaba el cabello ligeramente despeinado, una camisa de estampado colorido y una sonrisa relajada que completaba su aire bohemio. Su acento suave nos hizo sentir instantáneamente a gusto.

—Hola, soy Teo. ¿En qué puedo ayudaros? —preguntó amigable.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que Mere había quedado paralizada al verlo. Sus ojos estaban fijos en él y una ligera sonrisa coqueta apareció en su rostro. Teo parecía ser exactamente el tipo de hombre que Mere encontraba fascinante: relajado, bohemio y con un aire auténtico que la atraía de inmediato.

Nora notó el repentino interés de nuestra amiga y se volvió hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Parece que Mere ha encontrado su propia versión en chico —murmuró conteniendo la risa.

—Sí, y me temo que este muchacho no tiene idea de lo que se le avecina —respondí mientras observaba cómo Mere intentaba

disimular su entusiasmo con una tos nerviosa.

Tras comentarle nuestras ideas, Teo comenzó a mostrarnos una variedad de flores, cada una más hermosa que la anterior. Mientras lo hacía, Mere no dejaba de seguirlo con la mirada, como si estuviera hipnotizada. Trataba de mantener la compostura, pero sus movimientos y su expresión eran el epítome de la torpeza encantadora.

En un momento de distracción, estiró la mano para tocar una flor en el estante superior, pero sus dedos tropezaron con un ramo de girasoles que cayó al suelo con un estrepitoso «*iplaf*!». Las flores rodaron en todas direcciones, creando un caos floral instantáneo.

—¡Oh, no! ¡Lo siento! —exclamó mientras se agachaba rápidamente para recogerlas. Teo se apresuró a ayudarla.

—No te preocupes en absoluto —dijo con una risa fresca mientras juntaba las flores—. Los girasoles tienen una forma curiosa de querer ser el centro de atención.

En ese momento, sentí un pequeño pinchazo en el pecho. La imagen de Kairos aquel día, mientras me hablaba de lo que hacen los girasoles cuando no sale el sol, cruzó por mi mente. Hice lo posible por apartarla.

Tras limpiar el pequeño desastre, nos mostró las opciones para el ramo de novia. Podía ver la emoción en los ojos de Nora mientras elegía el perfecto. Aquel chico, con su paciencia y profesionalismo, hizo que el proceso fuera mucho más ligero.

Mientras nos ayudaba con los últimos detalles, Mere finalmente reunió el valor para hablar.

—Teo, ¿qué flor crees que te representa? Quiero decir, si tuvieras que elegir una flor que hablara de ti, ¿cuál sería?

Él, con una expresión pensativa, miró alrededor de la tienda antes de volverse hacia Mere. Sus labios dibujaron una suave sonrisa.

—Bueno, si tuviera que elegir una flor que me represente, diría que sería una orquídea. Es una flor que puede parecer frágil, pero en realidad tiene una fuerza sorprendente. Las orquídeas también simbolizan la pasión y la autenticidad. Me gusta pensar que esas son cualidades que me definen.

Mere, al escuchar la respuesta, se sonrojó intensamente. Sus ojos se abrieron con sorpresa y un suspiro de admiración escapó de sus labios.

—¡Qué… qué bonito! Nunca había pensado en las orquídeas de esa manera.

Nora, que observaba la interacción con una sonrisa divertida, no pudo resistirse a intervenir.

—Teo, ¡pareces haber descrito a Mere! Creo que has encontrado la flor perfecta para ella también.

Intenté mantener la compostura y me reí suavemente mientras anotaba algo en mi teléfono.

—Bueno, parece que hemos encontrado al florista ideal para la boda. Además de ser un experto en flores, ¡también sabe cómo encantar a la gente! —dije para relajar el ambiente.

Mere, todavía sonrojada y con una sonrisa tímida, se acercó a una orquídea azul que Teo nos había mostrado antes y la tomó para olerla.

—Bueno, creo que… creo que me llevaré esta.

Teo asintió con una mirada cálida.

—Será un placer prepararla para ti.

La conversación continuó en un ambiente distendido y alegre. Desde mi perspectiva, la elección del ramo para la boda de Nora se convirtió en un verdadero arte. Mientras observábamos a Teo combinar cada flor con cuidado, quedó claro que el ramo no era solo una cuestión estética, sino un reflejo de la esencia de mi amiga.

Mere no pudo evitar lanzar miradas furtivas al chico, mientras él seguía explicándonos diferentes combinaciones florales.

Las peonías blancas, con sus suaves y abundantes pétalos, representaban su lado soñador. Capturaban su elegancia natural y esa capacidad única de ver la vida con esperanza y resistencia. Las ramas de eucalipto añadían un verde fresco y suave; evocaban su fortaleza interior y su capacidad para proteger a quienes amaba. Finalmente, las ramas de olivo simbolizaban su habilidad para superar cualquier adversidad. El olivo, con su significado de victoria y calma, daba al ramo un aire de eternidad, como nuestra amistad: siempre floreciendo, incluso después de las peores tormentas.

El ramo de Nora, era el complemento perfecto para su carácter: una mezcla de paz, fortaleza y belleza, que no necesitaba adornos para destacar.

37

La casa de Dante era un auténtico sueño: moderna, luminosa y con ese toque de lujo discreto. La decoración era sencilla pero impecable, llena de detalles elegantes. Los ventanales inmensos enmarcaban el océano, y la piscina infinita, que se extendía hasta el borde del acantilado, parecía fundirse con el azul del mar en el horizonte. Era el tipo de lugar en el que jamás habría imaginado estar, pero Dante insistió en que sería un honor para él prestarnos su casa. Mere y yo miramos alrededor, maravilladas. La casa era tan impresionante que ni siquiera nos atrevimos a respirar demasiado fuerte.

—¿Te das cuenta de que, si tocamos algo aquí, igual nos multan por daños a la propiedad de lujo? —dijo Mere, mirando las estatuillas sobre una mesa de cristal con una sonrisa divertida.

—¡Calla, calla! —contuve una risa—. Vamos a intentar no hacer una de las nuestras… aunque, siendo nosotras tres, creo que es imposible.

Cogí el altavoz que había traído y me dirigí hacia el dormitorio donde Nora dormía plácidamente, completamente ajena a nuestros planes. Mere y yo nos miramos y, sin dudarlo, activé el altavoz.

—¡Dormilona! —grité amplificada mientras avanzaba con decisión hacia su cama—. ¡Es hora de despedirse de la soltería a lo grande!

El sonido rebotó en las paredes con un eco atronador. Nora, aún enredada en las sábanas, abrió un ojo con esfuerzo. Al vernos, se quedó paralizada. Su expresión pasó de la sorpresa al desconcierto en cuestión de segundos.

—¿Qué coño pasa? —nos miró como si hubiéramos perdido la cabeza.

—¡Sorpresa! —exclamó Mere mientras se acercaba para zarandearla suavemente—. Te advertí que te sacaríamos de la cama el día menos esperado, ¿o no?

Nora nos miró a ambas, todavía medio dormida, antes de que una sonrisa de incredulidad se dibujara en su rostro.

—¿Estáis de coña? No me digáis que habéis montado todo esto solo para mí...

Antes de que pudiera añadir algo más, Dante apareció en el marco de la puerta con una sonrisa a medias y los brazos cruzados.

—Buenos días, futura esposa. Tu ejército de locas ya ha tomado el mando. Solo me queda decirte que… lo disfrutes, pero que también me eches de menos —comentó.

—Lo primero seguro, lo segundo… no sé yo —respondí mientras reía.

Nora rodó los ojos y le lanzó una almohada, que Dante esquivó por poco entre risas.

—No quiero saber ni ver nada —levantó las manos en señal de rendición—. Me tenéis completamente fuera de los planes, ¿verdad?

—Oh, pero con cariño —añadió Mere con una sonrisa.

Dante se encogió de hombros y salió del dormitorio, dejándonos a las tres en nuestro elemento. Nora se lanzó sobre nosotras en un abrazo grupal.

—Sois unas locas… pero no sé qué haría sin vosotras —dijo emocionada.

—Aún no has visto nada —le guiñé un ojo—. Vamos a ponernos guapas y cómodas, porque esto empieza en breve.

Subimos a mi camioneta y nos dirigimos al club náutico de mi padre. Nora no tenía ni idea de lo que le habíamos preparado.

Al llegar, mi padre nos recibió con una gran sonrisa y, como primera sorpresa, llevamos a Nora a los vestuarios. Mere y yo habíamos preparado disfraces ridículos para dar más vida a la fiesta: Mere llevaba un sombrero de bruja con plumas y un traje de lentejuelas digno de una feria, Nora iba vestida de sirena con una corona de flores y una enorme peluca pelirroja, mientras que yo había optado por un disfraz de caperucita sexy, un clásico.

Nora se miró al espejo con incredulidad.

—¿En serio? —dijo mientras se tocaba la corona de flores—. ¿Pelirroja? Ya tenemos a Mere para eso. No sé por qué me ponéis esta peluca.

—Vamos, admítelo, te queda genial. Eres nuestra princesa de los mares —dijo Mere con un toque solemne, mientras trataba de ajustarse el sombrero de bruja.

—Esto no puede ser más ridículo —comenté divertida—. Pero lo que te espera va más allá de una simple vista al mar.

—Miedo me dais. Y por cierto, más vale que hoy no te vea el policía con ese traje, porque si lo hace, va a caer rendido a tus pies, guarra —añadió Nora con una risa burlona.

Al llegar al muelle, nos esperaba un yate reluciente, decorado con globos de colores y con una colchoneta en forma de anillo gigante amarrada a la parte trasera. Los ojos de Nora se iluminaron al verlo y nos miró a Mere y a mí.

—¿Un yate? —preguntó incrédula.

—Y esto solo es el principio —respondí mientras le guiñaba un ojo—. Lo mejor aún está por venir.

Nos subimos junto a Manu, el ayudante de mi padre, que era el que iba a manejarlo, y comenzamos a navegar. Nora, consciente de que no podía hacer demasiadas locuras por el embarazo, se quedó tranquilamente en la cubierta, pero Mere y yo, vestidas de caperucita y bruja, nos lanzamos al anillo de goma gigante. Con una sonrisa traviesa, Nora gritó al capitán:

—¡Manu, acelera! Esas cabronas han preparado esto más para ellas que para mí. ¡Que comience el juego!

El yate empezó a girar y a zigzaguear, mientras nosotras nos aferrábamos al anillo de goma, salpicadas por el agua y perdiendo el equilibrio una y otra vez. Nora reía tanto desde la cubierta que parecía que no podía respirar. La situación se volvió aún más hilarante cuando una bandada de gaviotas pasó justo por encima. Como si la suerte no estuviera de nuestro lado, una de ellas dejó caer su «bendición» directamente en la cara de Nora.

—¡Aaaagh! ¡Qué asco! —exclamó, quitándose la corona mientras nosotras intentábamos no caernos del anillo entre ataques de risa.

—¡Dicen que trae buena suerte! —gritó Mere.

—¿Buena suerte? —bufó Nora—. ¡Es más cerda que la caperucita esa que tienes a tu lado!

Después de ese momento caótico, finalmente subimos al yate para continuar el paseo con más calma. Manu puso algo de música tranquila mientras nos secábamos y disfrutábamos de un *picnic* que mi padre había preparado. El día era simplemente perfecto.

De regreso al muelle, ya casi con los disfraces secos, retomamos el plan de la tarde. Nuestro siguiente destino era el paseo marítimo, donde habíamos localizado un pub peculiar, famoso por su decoración de luces de neón y espejos que reflejaban toda la playa. Al llegar, un portero de brazos cruzados y expresión seria nos detuvo.

—¿Usted es menor de edad? —le preguntó a Mere, que se quedó boquiabierta.

—¿Cuántos años me echas? —replicó ella, incrédula de que dudaran de su madurez.

—DNI, por favor —pidió el portero sin inmutarse.

Con resignación, Mere rebuscó en su bolso y le entregó el documento. El portero lo miró detenidamente y se quedó un momento en silencio antes de preguntar, con una ceja levantada y una sonrisa divertida:

—¿Emerenciana?

—No empieces… —respondió Mere, roja de vergüenza, mientras Nora y yo estallábamos en carcajadas.

—¿Emerenciana? ¡Te llamas Mere de toda la vida! —exclamó Nora, intentando recuperar el aliento.

Con los ojos clavados en el suelo, Mere confesó:

—Era el nombre de mi bisabuela, una mujer de sueños muy dulces que quería abrir una pastelería…

—¿Y la abrió? —pregunté yo, incapaz de contener una risa.

—¡No! Murió antes… por diabetes —respondió Mere.

Aquel comentario fue demasiado. Creo que incluso se me escaparon algunas gotas de pis. Nora y yo nos doblábamos de la risa, apenas capaces de respirar.

—¡No os riáis, cabronas! Es un nombre de tradición familiar —replicó Mere, cruzándose de brazos.

El portero, tras unos segundos de duda, nos dejó pasar. Probablemente prefería no aguantarnos un minuto más en la

entrada. Cruzamos el umbral del pub todavía entre risas. Dentro, nos recibió una explosión de luces de neón y espejos que hacían que el lugar pareciera más grande de lo que realmente era.

—¡Yo me voy a la barra a pedirme algo a vuestra salud, damas! —anunció Mere con energía—. A ver quién me aguanta el ritmo.

Después de pedir un cubata para mí y un agua mineral para Nora, levanté mi copa y dije:

—Brindemos con estas pócimas mágicas.

—Yo no voy a brindar, que hacerlo con agua trae mala suerte —comentó Nora.

—¿Tú no eras escéptica? Porque tienes razón, pero escucha, pon tu mano junto a la mía alrededor de mi copa y brindamos juntas. Mójate los labios —propuso Mere.

Y así lo hicimos. Las tres brindamos de una forma original, como solo a nosotras se nos ocurriría. Después, nos dirigimos a la pista de baile, donde otro grupo celebraba también una despedida. Solo unos minutos después, cuando ya estábamos en nuestra salsa, entre bromas y brindis, uno de los chicos del grupo de al lado nos hizo una señal para a unirnos a ellos.

—¡Eh, chicas! ¿Os apuntáis? —gritó el que llevaba una corona de plástico en la cabeza y una camiseta que decía: *Lo siento, me caso*.

—¡Depende! —respondió Nora mientras se acercaba—. ¿Nos vais a aguantar?

Nos unimos a ellos. Mere, con su tercer cubata en la mano, proponía «brindis mágicos» por la felicidad de la futura novia y en medio del ambiente festivo, alguien terminó mencionando a Dante, el novio de Nora.

—¿Dante? ¡Bah, ese tío no juega una mierda! —soltó uno de los chicos con una sonrisa burlona.

Nora, que hasta ese momento había estado tranquila y risueña con su vaso de agua, giró la cabeza hacia él.

—¿Qué has dicho de mi chico? —preguntó mientras entornaba los ojos.

Mere y yo nos miramos. Nora se plantó delante de él y cruzó los brazos.

—Escúchame bien. Dante puede que juegue en un equipo pequeño, pero tiene más corazón en un dedo del pie que tú en todo ese cuerpo que llevas exhibiendo esta la noche.

El grupo de la despedida se quedó en silencio unos segundos, hasta que uno de ellos intentó suavizar la situación:

—Venga, venga, no pasa nada. Solo era una broma… no sabíamos que Dante era tu chico.

Pero Nora no estaba dispuesta a dejarlo pasar tan fácilmente.

—Espero que el que se casa no seas tú, porque con esa actitud…

Mientras tanto, Mere y yo luchábamos por no reírnos.

—Nora, relájate, que es una despedida, no una conferencia de autoestima —solté a la vez que reprimía una carcajada.

El chico, ya algo avergonzado, intentó devolverle el comentario.

—Tampoco hace falta que se lo tome tan en serio, ¿eh? Parece que te vendría bien un par de copas para relajarte.

Nora sonrió con calma y señaló su barriga.

—Hay gente que no necesita alcohol para ser guay. Por cierto, deberíais tomar clases de respeto, os vendrían bien.

En ese momento, el portero del pub apareció, probablemente atraído por las voces elevadas y las risas cada vez más escandalosas.

—Vale, vale, aquí no quiero conflictos. Lo último que necesito es que esto acabe en pelea. —Cruzó los brazos y nos miró con cara de advertencia—. A ver, vosotras tres, tranquilas o terminamos la fiesta.

Mere, todavía con la copa en la mano, alzó la mirada y puso su mejor cara de inocencia.

—¿Nosotras? ¡Si solo estamos aquí echando unas risas con estos chicos tan monos! —respondió.

El portero, visiblemente cansado de nuestras ocurrencias, suspiró con resignación.

—Ya… o calmamos las risas, o…

Mere lo interrumpió porque se llevó una mano al pecho con dramatismo.

—¿Quieres que nos calmemos? ¡Nosotras estamos aquí en una misión de felicidad! Nora se casa, señor portero, y nosotras somos

sus hadas madrinas. —Alzó de nuevo su copa, tambaleándose ligeramente—. Y tú, amigo, eres parte de esta misión ahora.

El portero, agotado, negó con la cabeza y nos lanzó un último aviso antes de alejarse. Tan pronto como desapareció, las risas volvieron como si nada hubiera pasado.

—Nora, casi te echan por defender el honor de Dante. Ni en tu despedida de soltera puedes dejarlo tranquilo —comenté entre risas.

—Y ni siquiera he bebido —respondió ella, negando con la cabeza mientras trataba de no reír—. Menos mal que alguien mantiene la cabeza en su sitio. ¿Vosotras cuántas pócimas lleváis ya?

—Pócimas mágicas, querida Nora —respondió Mere, con voz teatral y algo aturdida—. Este es el tercer hechizo de felicidad. Ya veo a los espíritus flotando a nuestro alrededor.

—Claro, claro… aquí hay muchos fantasmas —añadí mirando de reojo al grupo de chicos de la otra despedida, que no terminaban de creerse lo que había pasado.

La noche en el pub se transformó en una sucesión de brindis absurdos y bailes descontrolados. Cada tanto, Mere se subía a una silla para lanzar «conjuros de buena vibra» con su gorro de bruja, mientras yo me meaba de risa con cada nueva ocurrencia suya. Nora, con su disfraz de sirena y su vaso de agua en mano, nos seguía de cerca como una madre vigilante, asegurándose de que no la liáramos más y nos echaran del local.

Finalmente, salimos del pub divertidas. La puerta se abrió, y un grupo de gente entró al mismo tiempo que nosotras salíamos. Entre el bullicio, una figura demasiado familiar apareció frente a mí: Albert, mi ex. Sentí cómo mi cuerpo se tensaba de inmediato. Antes de que pudiera girarme y seguir andando, él ya estaba delante de mí, con esa sonrisa irónica que tan bien conocía.

—Vaya, vaya, cariño mío —dijo Albert con voz burlona—. ¿Ahora resulta que te has vuelto fan de los disfraces, eh? —Soltó una risa sarcástica—. Con lo de liarte con un poli ya tenías bastante circo montado.

Tragué saliva e intenté mantener la calma, pero mis amigas, que estaban a mi lado, captaron mi incomodidad al instante.

—Oye, Albert, ¿no te apetece buscarte otra fiesta? —intervino Mere mientras se ponía en medio con firmeza—. Nosotras ya tenemos suficiente con el sueño que nos das.

Albert soltó una carcajada y dio un paso hacia nosotras, ignorando el comentario de mi amiga.

—¿A vosotras? —replicó, dirigiendo una mirada a Nora, que sujetaba mi brazo como si quisiera protegerme—. No, chicas, hoy mi objetivo es esta de aquí. —Me señaló con el dedo, con una actitud desafiante—. Ya me he enterado de que estás con ese policía de tres al cuarto. ¿De verdad te va eso? ¿Con lo digna que te creías? —Rió de nuevo, mientras mis amigas me miraban con ojos de alarma.

Sentí la rabia subirme de golpe. Se había peleado con Darío y ahora venía a burlarse de mí, como si tuviera derecho. Noté cómo mi paciencia se rompía en mil pedazos.

—¡Dime, Albert! —espeté sin preocuparme por el tono de voz—. ¿Qué parte de «nos hemos separado y mi vida ya no te incumbe» no entiendes? Porque sigues apareciendo en sitios donde nadie te ha llamado.

Albert ladeó la cabeza con una expresión falsa de asombro.

—Oh, claro, lo dice la señorita fina que ahora se junta con policías. A ver si el «superpoli» te protege aquí, delante de todo el mundo. ¿Habéis jugado con las esposas? Mira —señaló sus partes—, yo también tengo una porra, que, por cierto, te encantaba comértela.

Mere, visiblemente tensa, intentó tirarme hacia atrás.

—Vega, déjalo, no merece la pena…

—¿No merece la pena? —me giré hacia ellas a la vez que respiraba con fuerza para contener la rabia—. Este tío le pegó a Darío y ahora viene aquí a tocarme los cojones como si eso no fuera suficiente.

Albert soltó una carcajada, subió la voz y añadió:

—¿De verdad te piensas que un tipejo como él va a durar mucho contigo? Al final lo dejarás tirado, como haces con todos, Vega, y estarás como siempre… sola.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Sin pensarlo, avancé hacia él, pero Nora y Mere me agarraron con fuerza.

—Vega, ni se te ocurra. No merece la pena —susurró Nora mientras apretaba mi brazo con firmeza.

La tensión era insoportable. Justo en ese momento, se oyó el eco de sirenas. Albert, al escuchar el sonido, puso los ojos en blanco.

—¿Lo has llamado? —se burló, sin darse cuenta de que alguien más ya lo había hecho.

Las luces azules destellaron, y entre la multitud apareció Darío, acompañado por una compañera de patrulla. Su mirada cambió al verme allí y con el disfraz de Caperucita: la capa roja cubría mis hombros, pero las piernas quedaban al aire por el corto del vestido. Se acercó rápidamente, y al notar cómo temblaba de rabia, me miró con preocupación.

—Vega, ¿qué haces aquí? ¿Estás bien? —preguntó con profesionalidad, aunque su mirada se desvió hacia mis piernas. El leve roce de sus manos en mis brazos hizo que mi corazón latiera aún más fuerte.

—Albert es el problema —intervino Mere y lo señaló con el pulgar —. Nos está molestando.

Darío echó un vistazo a Albert, y la tensión endureció sus facciones. Se notaba que le costaba mantener la calma. Su compañera, que observaba atentamente, le dio un leve toque en el brazo.

—Darío, quizá deberías alejarte un momento y llamar a otros compañeros —le susurró con preocupación—. Sabes que no te conviene que te vean envuelto otra vez en algo con él.

Darío respiró hondo, sin apartar los ojos de Albert. Mi ex, al notar su mirada, cruzó los brazos y sonrió con descaro.

—Vaya, el superhéroe ha llegado para salvar a la damisela. Qué predecible.

Darío apretó la mandíbula; se debatía entre su deber de mantener la calma y el deseo evidente de responder a la provocación.

—Albert, lárgate —ordenó con voz contenida, como última advertencia.

Albert levantó las manos en señal de rendición, pero la sonrisa burlona seguía en su rostro.

—Tranquilo, «agente». Ya me iba. Solo quería asegurarme de que mi querida Vega me seguía recordando. Aunque, claro, alguien como yo es difícil de olvidar. Tú sabes bien de lo que hablo.

Albert dio media vuelta y desapareció entre la multitud. En cuanto se perdió de vista, Darío se volvió hacia mí; aún trataba de calmarse. Se acercó un paso más, y antes de que pudiera reaccionar, sentí cómo su mano rozaba de nuevo mi brazo con un gesto de cariño.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro y con la voz cargada de ternura.

—Sí, pero… —mi voz temblaba, y en ese momento deseé con toda el alma que se quedara conmigo, que pudiera abrazarlo y sentirme segura.

Sus ojos se clavaron en los míos, y pude notar lo difícil que le resultaba mantener la profesionalidad. Su compañera, discreta, le hizo un leve gesto para recordarle dónde estaba.

—Voy a quedarme un poco más, ¿vale? Hasta que estés tranquila —murmuró cerca de mi oído, mientras su compañera se mantenía a cierta distancia.

Aunque no lo dijo en voz alta, podía sentir que lo que realmente deseaba en ese instante era alejarme de todo aquello y llevarme con él. Darío permaneció un momento más a mi lado. Poco a poco, sentí como su presencia me ayudó a calmarme, y mi respiración comenzó a estabilizarse. Le dediqué una pequeña sonrisa para que él también se tranquilizara.

—No hace falta que te quedes, Darío. Estoy bien, de verdad. Entiendo que estás trabajando y que deberías volver con tu compañera. Estoy a salvo con mis amigas, no te preocupes —le aseguré mientras señalaba a Mere y Nora.

Sin embargo, sus ojos seguían fijos en mí, y por un instante se desviaron, sin disimulo, hacia mi falda corta, apenas oculta por la capa roja de mi disfraz de Caperucita. El detalle me hizo sonrojar, y para aliviar la tensión, le lancé una mirada divertida.

—Ya, veo que a ti también te ponen los uniformes —bromeé con una media sonrisa—, pero tal vez deberías controlarte un poco. La gente está bastante pendiente de todo.

Darío esbozó una sonrisa, se frotó su pelo rapado y se mordió ligeramente el labio; intentaba mantenerse en su papel, aunque le costaba apartar la mirada. Se inclinó un poco hacia mí y respondió en voz baja:

—Me encantaría que fueses tú quien me controlase, porque ahora tengo demasiadas ideas, y no todas son apropiadas.

Cuando su mano rozó suavemente mi cintura, como un gesto de protección, sentí un escalofrío agradable recorrerme de pies a cabeza.

De repente, la voz de Mere nos interrumpió.

—Eh, tortolitos —se cruzó de brazos con una sonrisa—, un poco de moderación, ¿no? Sois mayorcitos y tenéis casa, ¿recordáis? Gracias por el numerito.

Nos dimos cuenta de nuestra pequeña escena y nos separamos algo avergonzados. Darío miró hacia otro lado y carraspeó, mientras yo reía por lo bajo.

—Vale, vale, ya corto —levantó las manos.

Nora se acercó, y tanto ella como Mere nos miraron con una sonrisa cómplice.

—Bueno, chicos, gracias por salvarnos de otra noche caótica. Nos despedimos antes de que esto termine en otra escena de película romántica —comentó Nora y nos guiñó un ojo.

Darío y su compañera asintieron. Él se inclinó una última vez para despedirse de mí, con una mirada tan tierna que me dejó con un burbujeo en mi estómago.

—Cuídate —murmuró, y aunque sus palabras sonaban formales, en su mirada percibí mucho más de lo que decía.

Las tres amigas nos despedimos de los agentes y, tras verlos alejarse, comenzamos a caminar hacia el mar. La brisa fresca rozaba nuestra piel mientras avanzábamos hacia la orilla, y el suave murmullo de las olas se deslizaba sobre la arena. Nos sentamos frente al agua en busca de un momento de calma tras un día lleno de emociones.

Nora suspiró.

—No sé qué haría sin vosotras. De verdad, este día ha sido perfecto. Gracias por regalarme una despedida tan… original —rió al

recordar todas las escenas que habíamos protagonizado.

Le di un suave apretón en el hombro y respondí:

—No te preocupes, esto solo ha sido el calentamiento. Te prometo que, cuando el bebé haya nacido, organizaremos una despedida como Dios manda, sin restricciones.

Mere, que escuchaba atentamente, soltó una carcajada.

—¡Y traeré un gigoló! Eso animará la fiesta —levantó las cejas de manera exagerada.

Nora la miró y negó con la cabeza.

—Ni se te ocurra. No quiero líos ni tentaciones. Ahora que por fin tengo todo lo que siempre he deseado, no pienso arriesgarme.

Sonreí y la abracé.

—Tienes a un hombre que te ama de verdad. Creo que has conseguido mucho más de lo que imaginabas —dije con cariño.

Mere y Nora me miraron sorprendidas.

—¿Pero qué es esto, Vega? —se burló Mere.

Nora se unió al cachondeo.

—¡Menuda sorpresa! Parece que la dura de Vega finalmente se ha dejado tocar por el romanticismo.

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Bueno… quizá haya llegado el momento de bajarme de la burra…

Nunca pensé que volvería a sentirme protegida por un hombre. Durante años, creí que el amor era aguantar, sobrevivir, encajar en lo que alguien más quería de mí, pero esa noche, Darío fue diferente. Me recordó que merecía ser amada de verdad, sin mentiras ni juegos. Su llegada no solo me salvó de Albert, también me hizo ver que podía dejar atrás lo que me ha hecho daño. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que no estaba sola.

38
13 años atrás…

Habían pasado días desde la última vez que vi a Kairos, pero el dolor no disminuía. Al contrario, con cada amanecer, la angustia crecía, como si su ausencia se expandiera dentro de mí y llenara cada rincón de mi ser. Aquel día en que, llena de esperanza, corrí a su casa pensando que por fin podríamos disfrutar de nuestra relación, fue la última vez que sentí algo cercano a la felicidad. Ahora solo quedaba un vacío enorme, un hueco que él dejó al desaparecer sin una palabra.

Al principio, me aferré a la idea de que habría una explicación lógica, una razón para su ausencia. Pensé que volvería, que aparecería con su sonrisa tranquila, pero los días pasaban, y con ellos, la esperanza se desvanecía como humo en el viento. Kairos no volvió. No hubo llamadas, ni mensajes, ni señales; era como si nunca hubiera existido.

Cada día me obligaba a seguir adelante, a poner un pie delante del otro, pero por dentro sentía que caía en un pozo sin fondo. La idea de que Kairos me había abandonado sin una despedida me destrozaba. Me preguntaba una y otra vez cómo alguien que me había hecho sentir tanto podía desaparecer así, como si lo nuestro no hubiera significado nada.

—Papá, desde que no hablo con Kairos, me siento perdida otra vez —dije una noche mientras cenábamos en silencio.

Intenté mantener la voz firme, pero no pude evitar que se quebrara al final. Él me miró con preocupación. Sabía que había notado mi tristeza en las últimas semanas. Siempre había sido perceptivo, y aunque desconocía la verdad sobre nosotros, podía sentir que algo no estaba bien.

—Vega, haré lo que necesites —respondió mientras dejaba el tenedor en el plato y se acercaba a mí—. Si Kairos no está, puedo buscarte otro terapeuta.

—Lo sé, pero él lo sabía todo sobre mí, conocía mi proceso. Buscar a otro sería como empezar de cero, y no me apetece nada.

Mi padre no sabía que el dolor no era solo por la ausencia de mamá, sino también por la desaparición de mi amor. Y aunque quería confiar en él, no podía revelarle mi secreto. No podía decirle que el chico al que había entregado mi corazón se había ido y me había dejado con una herida abierta que no sabía cómo cerrar.

Las noches se volvieron insoportables. El insomnio se instaló en mi vida, y pasaba horas dando vueltas en la cama, reviviendo una y otra vez el último día que estuve con él. Su imagen se repetía en mi mente, y aquello no me dejaba descansar. Cada vez que cerraba los ojos, lo veía sonreír, veía sus ojos llenos de esa luz que me atrapó desde el primer momento. Y luego, el vacío. La nada.

Estaba cansada de fingir, de intentar ser fuerte cuando, por dentro, todo lo que quería era gritar, romper algo, cualquier cosa que me ayudara a liberar el dolor que me consumía. Me sentía traicionada, usada. Kairos había sido mi luz en medio de la oscuridad, y ahora esa luz se había apagado.

¿Por qué me había hecho esto? ¿Por qué me había dejado así, sin una palabra, sin una explicación? Me había entregado a él, le había mostrado partes de mí que nunca antes había compartido con nadie, y él... él, simplemente se había marchado. ¿Era todo parte de un plan? ¿Me había utilizado para algo que no lograba entender?

Las dudas me atormentaban. Había momentos en los que deseaba odiarlo, gritarle que era un cobarde, un miserable, pero también había instantes en los que solo quería volver a verlo, preguntarle por qué, abrazarlo y sentir que todo estaba bien de nuevo, aunque sabía que eso no iba a suceder. El paso del tiempo no aliviaba la herida.

No sabía cómo avanzar, tampoco sabía si alguna vez podría confiar de nuevo en alguien. El amor que una vez sentí por él ahora se había convertido en una carga insoportable, una herida abierta que no dejaba de doler.

El viento soplaba con suavidad mientras recorríamos las calles de siempre. Mis pies se movían solos, como si algo más allá de mi

voluntad me empujara hacia aquel lugar que había evitado durante semanas: su casa. Mere y Nora caminaban a mi lado, preocupadas. Sabían lo que tenía en mente y no estaban de acuerdo con ello.

—Vega, por favor, no lo hagas —dijo Mere con firmeza—. Te estás obsesionando con esto, no puedes seguir así.

—Tienes que dejarlo atrás, Vega. Él se ha ido. No es justo para ti cargar con este sufrimiento. Eres joven, tienes toda la vida por delante y hay miles de chicos que sabrán darte un amor de verdad, no como el que Kairos te ofreció.

Sabía que tenían razón, pero algo dentro de mí se resistía a soltarlo. Sentía una necesidad insaciable de respuestas, una señal, algo que me ayudara a entender por qué Kairos había desaparecido de aquella manera.

—No lo entiendo —susurré casi para mí misma—. No puedo comprenderlo, chicas. Necesito saber por qué. No puedo simplemente dejarlo ir.

Mere suspiró, se detuvo y me miró.

—Vega, a veces no hay respuestas. A veces, la gente se marcha sin más, y nosotras tenemos que seguir adelante. No puedes quedarte atrapada ahí, no es sano.

Nora se acercó y me tomó de la mano, como si intentara transmitirme algo de su fuerza.

—Tienes que prometerme que intentarás dejarlo atrás. Kairos no es el único chico en el mundo. Sé que duele, pero mereces algo mejor. Además, hubieras sufrido con él. Había mucha diferencia de edad, Vega.

Les dediqué una sonrisa débil, pero en mi interior sabía que nada cambiaría mi decisión. Necesitaba ir a su casa una vez más, quizá por última vez.

Sin decir una palabra más, comencé a caminar hacia ella. Mis amigas me siguieron a regañadientes, pero no me dejaron sola. Mientras nos acercábamos a la puerta trasera, algo diferente llamó mi atención. Algo que no había estado allí antes.

—¿Qué es eso? —preguntó Mere con curiosidad.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, y aceleré el paso. Al acercarme, vi que de la puerta colgaba una pequeña figura. De

primeras no supe qué era. Corrí hacia allí, llena de esperanza y temor a partes iguales.

—Es... una estrella —murmuré al llegar lo suficientemente cerca para verla con claridad—. Una estrella hecha con sal.

El aliento se quedó atrapado en mi garganta mientras tomaba la figura entre mis manos. Era pequeña y frágil. Miré alrededor, pero la casa seguía vacía, tan silenciosa como siempre. Nadie respondió cuando llamé a la puerta. Nadie salió a saludarme. Kairos no estaba allí.

—¿Qué significa eso? —preguntó Nora mientras se acercaba a mi lado.

Observé la estrella de sal en mis manos, y de repente, lo entendí. Recordé aquella conversación en la playa, cuando le hablé de las estrellas y de mi nombre. Desde entonces, comenzó a llamarme «estrella de sal».

—Esta estrella... soy yo —susurré—. Kairos la dejó aquí para mí. Es su forma de decirme adiós.

Mis amigas intercambiaron miradas, incapaces de encontrar las palabras adecuadas.

—Vega, lo siento tanto... —empezó a decir Mere, pero su voz se apagó cuando me derrumbé en el suelo, abrazando aquella figura con fuerza.

Todo se volvió abrumador. El peso de la realidad y la certeza de que Kairos se había ido para siempre me aplastaban. No había ninguna nota, ninguna explicación. Solo esa pequeña estrella que parecía contener todo el dolor del mundo. Sabía que esto era un adiós definitivo, que Kairos había dejado ese mensaje para mí, pero no podía evitar sentirme traicionada.

El viento soplaba suavemente mientras las lágrimas corrían por mi rostro y se mezclaban con la sal de la estrella. Sentía que todo dentro de mí se rompía en mil pedazos, cada uno más afilado que el anterior. Mis amigas se arrodillaron y me abrazaron, pero no había consuelo posible. No importaba cuánto intentaran apoyarme o ayudarme.

Y allí, en medio de esa tarde interminable, supe que debía dejarlo ir. Que tenía que aceptar que nunca tendría las respuestas

que buscaba, que nunca sabría por qué se fue sin despedirse.

Mientras sostenía esa estrella en mis manos, también entendí que nunca podría olvidarlo. Esa herida, esa pérdida, sería una parte de mí para siempre. De alguna manera, aunque dolorosa, esa estrella de sal era todo lo que quedaba de él. De nosotros. De mi primer y único amor.

39

El cielo estaba despejado, sin una sola nube que interrumpiera el azul profundo que se extendía sobre nosotros. El sol brillaba y teñía todo a su alrededor de un tono dorado. Era el día de la boda de Nora, y el lugar no podía ser más perfecto. La ceremonia se celebraba cerca del acantilado que se veía por la parte trasera de la casa de Kairos; un sitio que inevitablemente me traía recuerdos. A pesar de ello, me sentía inmensamente feliz por mi amiga, que estaba a punto de dar el paso más importante de su vida.

El espacio estaba decorado con flores frescas y vibrantes de la floristería de Teo. Peonías blancas y rosadas, entrelazadas con ramas de olivo y eucalipto, formaban arcos naturales que se extendían a lo largo del pasillo. Se creó un ambiente digno de un cuento de hadas. El sonido de las olas contra las rocas se mezclaba con la suave música que flotaba en el aire; todo parecía sacado de un sueño.

Mere y yo habíamos pasado horas asegurándonos de que cada detalle estuviera perfecto. Ambas llevábamos vestidos largos de color azul cielo, sencillos y con un corte fluido que caía suavemente hasta el suelo, mientras la brisa hacía ondear las telas. Mere lucía su melena pelirroja rizada, mientras que yo había optado por un recogido relajado, terminado en una trenza romántica, con algunos mechones sueltos que caían alrededor de mi rostro.

Llevábamos pulseras hechas de flores que combinaban con el ramo que sostenía Nora, pero ninguna de nosotras podía compararse con ella. La novia estaba radiante, más hermosa que nunca. Su vestido, de un blanco puro, tenía un encaje delicado que cubría sus hombros y se extendía en una elegante cola que rozaba ligeramente el suelo.

Su cabello, recogido en un moño bajo, estaba adornado con pequeñas flores que combinaban perfectamente con su ramo y nuestras pulseras. El velo, liviano y etéreo, caía con suavidad desde

la parte inferior de su peinado, enmarcando su figura con delicadeza.

Había una luz especial en sus ojos. Una sensación de ternura y orgullo me invadió al observarla.

—Estás preciosa, Nora —le susurré, con los ojos a punto de llenarse de lágrimas.

—Gracias —respondió ella mientras ajustaba su ramo en las manos—. Esto no habría sido tan maravilloso sin vosotras.

Cuando llegó el momento, Mere y yo nos colocamos frente a ella, que tomó el brazo de su abuelo, quien vestía su traje más elegante. Lucía una chaqueta de lino de color azul claro que contrastaba con su larga barba blanca y una corbata roja, detalles que le daban ese aire entrañable y casi mágico que me volvía a recordar a Papá Noel. Con una sonrisa serena y el porte digno de un caballero de otra época, nos siguió con paso firme y seguro.

Avanzamos lentamente por el pasillo que habíamos decorado con tanto amor y cuidado. Los invitados, al vernos, se pusieron de pie. Todas las miradas se dirigieron hacia ella, la protagonista indiscutible de este momento, la persona que habíamos querido honrar y acompañar.

Al final del pasillo, frente al altar decorado con flores y velas, estaban la madre de Nora y su hermano. Sus rostros irradiaban una felicidad tan pura que sentí un nudo en la garganta. Sus ojos brillaban de orgullo, y en ese instante supe que todo el amor y esfuerzo que habíamos puesto en cada detalle había merecido la pena.

Todo alrededor parecía detenerse mientras avanzábamos. A lo lejos, Dante la esperaba de pie junto al pequeño altar; con una mirada de adoración. Sus ojos no se apartaron de Nora mientras ella avanzaba hacia él. Estaba impecable con un traje negro, pero lo más notable era la expresión de su rostro: un amor sincero.

Mi impredecible amiga había optado por un combo inesperado: embarazo y boda, todo a la vez, casi sin avisar, y yo todavía estaba procesándolo.

No pude evitar que mi mirada se desviara hacia Darío, sentado entre los invitados. Observaba todo con una sonrisa. Me costó

convencerlo para que aceptara ser mi acompañante, especialmente por el tema de Albert; sabíamos que era mejor que no se nos viera juntos, pero quería saborear ese día con él. Nos merecíamos disfrutar juntos de una fiesta como aquella. Llevaba una camisa blanca, remangada hasta los codos, que realzaba el tono bronceado de su piel, y unos pantalones beige que le daban un aire desenfadado pero elegante. Sus ojos claros, que parecían cambiar con la luz, estaban ocultos tras unas gafas de sol, lo que le añadía un toque misterioso y atractivo.

Finalmente, llegamos al altar. Mere y yo nos colocamos a un lado, y el abuelo soltó suavemente el brazo de Nora para que diera los últimos pasos hacia Dante. Él la tomó de la mano con ternura, y Nora le sonrió. En ese instante, no pude contenerme más y dejé que mis lágrimas cayeran. ¿Qué podía haber más hermoso que el amor?

Permanecí junto a Mere durante toda la ceremonia. Xuso, Eva y los demás chicos de la discoteca también estaban allí. Todo era perfecto, y mientras el sol comenzaba a descender, sentí un leve pinchazo en mi interior, probablemente causado por la emoción del momento.

Volví a mirar a Darío. Cuando nuestras miradas se cruzaron, él me dedicó una sonrisa que aceleró mi corazón. El sonido de la isla se mezclaba con las palabras de Nora y Dante mientras se prometían amor eterno. Fue entonces cuando supe que, aunque la vida estaba llena de altibajos, pérdidas y reencuentros, al final, el amor siempre encontraba su camino. Y ese día, el amor había encontrado su lugar en el corazón de mi querida amiga. Un destino que había tardado en llegar, pero que ahora brillaba con toda su fuerza.

La ceremonia había sido perfecta, más allá de lo que cualquiera de nosotras hubiera imaginado. Cuando los invitados comenzaron a dispersarse y, con la música suave de fondo, Mere y yo nos acercamos a Nora. Sin necesidad de palabras, las tres nos miramos y, casi al unísono, nos fundimos en un abrazo. Fue un abrazo largo, un gesto que llevaba años en construcción. Las lágrimas volvieron a rodar por nuestras mejillas, pero esta vez eran lágrimas de felicidad, de alivio, de un amor profundo por la amistad que siempre nos había unido.

Nora, con la voz entrecortada por la emoción, nos susurró:
—No debe ser coincidencia que las palabras «magia» y «amiga» tengan las mismas letras.

Esa frase, tan sencilla y a la vez tan cargada de significado, nos hizo sonreír entre lágrimas. Tenía razón: lo que habíamos compartido a lo largo de los años, a pesar de todas las dificultades, era pura magia. No había otra manera de describirlo.

—Eres una poetisa —dijo Mere mientras se secaba las lágrimas.

—¡Os quiero, locas del coño! —respondió Nora mientras nos apretaba aún más fuerte con sus brazos.

Nos quedamos así, abrazadas durante un buen rato, como si no quisiéramos soltar ese instante, como si de alguna manera, eso pudiera mantenernos unidas para siempre.

Después de aquel momento, me acerqué a Darío, que esperaba a un lado. Al llegar a él, me rodeó con sus brazos fuertes y me dio un suave beso en la mejilla. Frente a la gente, mantenía una discreción que agradecía; quería respetar cualquier posible incomodidad de mi parte.

—Estás preciosa, amiga —murmuró.

—Gracias, amigo —respondí y me ruboricé—. Tú también estás guapísimo. Esa camisa te queda genial.

Darío sonrió y se le iluminaron los ojos.

—Sabía que te gustaría. Aunque, si lo llego a saber, habría traído algo más formal —bromeó.

—No hace falta; estás perfecto así. Además, sería raro verte con corbata —reí al imaginarlo.

Él también rió y me miró con un brillo travieso en los ojos.

—Amiga, ¿me vas a dejar bailar contigo más tarde?

—Claro, amigo —lo imité con una sonrisa divertida.

Aunque intentaba mantener el tono ligero, sabía que, poco a poco, sus atenciones me estaban llegando al corazón.

Darío me mantenía acurrucada entre sus brazos, como si quisiera protegerme de cualquier cosa que pudiera perturbar la paz de ese instante, mientras algunos mechones de mi pelo jugaban por la brisa.

—Vega —dijo de repente—, cada vez que estoy contigo siento que podría pasarme la vida entera intentando descubrirte.

—Darío... —comencé a responder, pero él puso un dedo en mis labios para detenerme.

—Shhh, calla —susurró con una sonrisa—. Solo quiero que sepas que estoy aquí, y que no pienso rendirme hasta que te des cuenta de lo que realmente quieres.

—¿Y qué es lo que quieres tú? —pregunté, medio en broma, medio en serio.

Se inclinó un poco, acercó su rostro al mío hasta que nuestras frentes casi se tocaron.

—Quiero descubrir todo lo que escondes. Quiero ser más que tu amigo —confesó en voz baja, para luego añadir, con un tono más ligero—. Pero si por ahora tengo que conformarme con esto, lo aceptaré.

Tras una pausa, volvió a hablar con una sonrisa divertida:
—Debe ser que el amor está en el aire; creo que se me ha subido a la cabeza.

Nos miramos durante lo que pareció una eternidad, hasta que finalmente rompimos a reír. Había algo en esa risa que resultaba liberador, como si con cada carcajada soltáramos las ataduras del pasado y dejáramos espacio para lo que estaba por venir. Por primera vez en mucho tiempo estaba dispuesta a descubrirlo, paso a paso, al lado de alguien que parecía decidido a enamorarme.

Mientras Darío y yo reíamos y disfrutaba del calor de sus brazos, giré la cabeza casualmente, y algo llamó mi atención. Mere estaba en un rincón, con el móvil en la mano y una sonrisa tonta que no podía disimular. Al principio no le di importancia, pero luego noté cómo, de vez en cuando, lanzaba miradas furtivas hacia un punto específico. Intrigada, seguí su mirada y me di cuenta de que Teo, el florista, también estaba allí, en otra esquina, con el teléfono en la mano y una expresión similar en el rostro. Sonreí para mis adentros. Allí había algo más que flores y decoraciones para la boda. Estaba claro que Mere había hecho *match* con Teo. Me acordé de esa frase que dice que de una boda sale otra y, aunque era pronto para

pensar en eso, la idea de que la próxima pudiera ser la de ellos me arrancó una sonrisa silenciosa.

Nos acercamos a la zona donde habían dispuesto varias mesas repletas de comida. Era un banquete en toda regla, una fiesta en su esplendor. Una mesa estaba llena de quesos de todos los rincones del mundo; otra rebosaba sushi; una más tenía pizzas recién horneadas, y la siguiente ofrecía jugosas hamburguesas. El aroma que flotaba en el aire bastaba para hacer desaparecer cualquier dieta sin el menor remordimiento.

Mere, con su sonrisa radiante, se acercó con tres copas de vino blanco. Me ofreció una, que acepté encantada; la segunda se la dio a Darío, y la tercera se la quedó ella, apurándola de un trago largo y sin dudar. El vino era fresco y suave, y enseguida me relajé un poco más.

Nos unimos a los chicos de la discoteca. Xuso y Eva ya estaban en plena conversación animada, recordando las mil y una aventuras que habíamos vivido juntos. Los recuerdos empezaron a fluir, y no pudimos evitar compararlos.

—¿Recuerdas aquella vez que casi nos echan de la discoteca porque Nora empezó a cantar *Like a Virgin* en la barra? —dijo Eva entre carcajadas, mientras sacudía la cabeza.

—Por no hablar de la vez que Xuso nos convenció de que podíamos hacer una coreografía improvisada en la barra y acabamos todos en el suelo —añadió Mere, y Xuso comenzó a reírse de sí mismo.

—Nada supera a mi despedida de casada —dije con una sonrisa traviesa—. Esa fue legendaria.

Mere nos dio un codazo e intentó no reír, aunque sus mejillas estaban sonrojadas.

—Dejad de hablar de mi culo, por favor —protestó con fingida indignación.

—¿Quién ha hablado de tu culo? —replicó Darío con una sonrisa juguetona—. Aunque, ahora que lo mencionas…

—¡Darío! —exclamó Mere, mientras le daba un codazo más suave, aunque sin poder contener la risa.

Yo, que ya llevaba varias copas de vino, no podía contener la risa. Todo me parecía increíblemente divertido, y el cachondeo de mis amigos era contagioso. El ambiente estaba impregnado de felicidad, como si todas las preocupaciones se hubieran desvanecido junto con el último rayo de sol.

Bombillas de colores colgaban de las ramas de los árboles, que iluminaban suavemente el lugar con tonalidades de ámbar, rosa suave y azul cielo. Las luces, enredadas con delicadeza entre las hojas, creaban un techo luminoso y vibrante sobre las mesas de picoteo. En cada mesa, bandejas de madera llenas de bebidas invitaban a los invitados a relajarse y disfrutar. Los reflejos de las bombillas en las copas de cristal y los detalles florales hacían que el lugar pareciera el corazón de un bosque encantado.

—¿Teo te ha mandado algún mensajito romántico? —le pregunté a Mere en voz baja, aunque no lo suficiente como para que Xuso no lo escuchara.

—¿Teo, el florista? —exclamó Xuso y puso cara de sorpresa exagerada—. ¡Ay, que se nos ha enamorado nuestra Mere!

—¡Callaos! —respondió ella entre risas que la delataban—. Es solo que… hemos estado hablando; nada serio.

—Sí, claro, «hablando» —bromeó Eva mientras le pellizcaba—. Esas flores —señaló las de la pulsera de Mere— no son lo único que va a florecer aquí.

Estallamos todos en carcajadas, y el vino hacía que cada comentario pareciera aún más gracioso de lo que realmente era. Xuso comenzó a imitar cómo sería una cita entre Mere y Teo, hablando en un tono ridículamente romántico.

—Oh, Teo, esas peonías son tan hermosas como tus ojos —recitó Xuso con dramatismo—. Y esa rosa… ah, no puede compararse con la belleza de tu sonrisa.

Mere, entre risas, le lanzó una servilleta que tenía a mano.

—¡Cállate, Xuso! —dijo, sin poder hablar de la risa, aunque estaba claro que no estaba molesta.

Darío me miró mientras levantaba su copa con una sonrisa pícara.

—Amiga, parece que esta boda saca el lado romántico de todos —dijo.

—Parece que sí, amigo —respondí con una sonrisa juguetona.

Nos miramos por un momento, pero antes de que pudiera pensar demasiado en ello, Xuso comenzó a contar otra anécdota de la discoteca, y pronto volvimos a sumergirnos de nuevo en las risas.

La noche avanzaba, y con ella, la sensación de que todo empezaba a encajar lentamente en su lugar. Nora había encontrado su final feliz, Mere parecía comenzar algo nuevo con Teo, y yo… bueno, por el momento, solo quería disfrutar del vino, de la compañía de mis amigos, y de la certeza de que, pasara lo que pasara, siempre estaríamos ahí, juntos, riendo y celebrando la vida.

Decidí acercarme a una de las mesas para dejar la copa vacía y coger una nueva. Me movía entre la multitud, cuando algo cambió. Un escalofrío recorrió mi espalda, una sensación extraña y difícil de explicar.

Comenzó a sonar *You're Still The One* de Shania Twain, y de repente, el mundo pareció detenerse. Mi corazón empezó a latir con tal fuerza que temí que se me saliera del pecho. Todo a mi alrededor se desvaneció: las voces, las risas, la música. Era como si el mundo se hubiera silenciado de golpe y me dejara sola en un vacío ensordecedor.

Y entonces lo vi. Allí, entre la gente, una figura destacaba. Al principio, mi mente, embotada por el alcohol y la sorpresa, se negó a creerlo.

Mis ojos se enfocaron para intentar procesar lo que veía, pero no podía ser.

¿Kairos?

40

Los años no habían conseguido borrar ese rostro de mi memoria, aunque ahora había algo distinto en él. Su cabello, más largo y peinado hacia atrás, le daba un aire de madurez que lo hacía parecer más imponente. Su rostro, aunque marcado por el tiempo, conservaba esa estructura que una vez capturó mi corazón. Llevaba una barba incipiente que le añadía un toque varonil, pero fueron sus ojos, esos grandes y redondos, los que realmente me dejaron sin aliento. Seguían siendo igual de profundos; como si pudieran ver a través de mí, pero ahora había en ellos una sombra, una carga que antes no estaba allí.

No podía apartar la mirada. Él me observaba también, y en su rostro vi un reflejo del impacto que yo misma sentía. La tensión entre nosotros era palpable. Mi mente se inundó de recuerdos: la playa, su sonrisa, su pecho desnudo que conocía de memoria… y luego, el dolor de su desaparición, esa ausencia inexplicable que me dejó rota durante tanto tiempo.

Él estaba allí.

Mis piernas parecían de plomo, incapaces de moverse. La copa de vino vacía se deslizó ligeramente en mi mano sudorosa. Estaba cambiado, sí, pero seguía siendo inconfundiblemente él. El hombre que había desaparecido de mi vida sin una palabra, dejando un vacío que nunca logré llenar, estaba ahora a unos metros de mí, como si el tiempo no hubiera pasado, como si esos trece años hubieran sido un simple sueño.

Después de lo que pareció una eternidad, él dio un paso hacia mí, y mi corazón dio un vuelco. No sabía qué iba a decir, no sabía si estaba preparada para escucharlo; lo único que podía hacer era quedarme quieta. Lo miré con miedo. Entraba en mi vida de nuevo, sin permiso.

Por un instante, consideré dar media vuelta y alejarme, escapar de lo que parecía una pesadilla resurgida, pero no lo hice. Me quedé

inmóvil, como si algo más fuerte que mi voluntad me atara al suelo. El destino había decidido cruzar nuestros caminos de nuevo, en este preciso momento, en medio de la alegría de una boda. Kairos estaba de vuelta, y algo era seguro: nada volvería a ser lo mismo.

El mundo parecía girar a cámara lenta mientras se acercaba. Trece años de dolor, preguntas sin respuesta y noches en las que su recuerdo me atormentaba. Ahora, él estaba ahí y revivía en mí toda la rabia y el rencor acumulados durante ese tiempo.

Kairos sonrió, pero algo en su sonrisa era distinto. Conservaba ese encanto que recordaba, pero había un matiz que no lograba identificar, aunque no me importaba: seguía siendo él.

—Vega... —dijo con una suavidad que me desarmó por un instante—. Hola.

Me quedé en silencio, incapaz de responder. Él parecía nervioso, como si temiera romper el delicado equilibrio entre nosotros.

—Estás... estás igual que siempre —continuó, mientras sus ojos recorrían mi rostro con nostalgia—. Aunque no sé si debería decir eso. Me imagino que la vida te ha tratado mejor que a mí.

Su intento de bromear solo hizo que mi ira se intensificara. Todo lo que había guardado durante esos trece años se acumuló en mi pecho y amenazó con salir, pero me obligué a mantener el control. No iba a darle la satisfacción de verme vulnerable.

—¿Qué haces aquí? —logré decir; mi voz era tensa pero firme.

Él suspiró y pasó una mano nerviosa por su barbilla, un gesto tan suyo que casi me arrancó del presente, pero me obligué a no ceder.

—Soy el psicólogo de Dante —respondió con voz algo temblorosa —. Llevo años trabajando con él y, cuando me pidió que asistiera a su boda, no pude negarme. Te juro que no sabía que su futura esposa era Nora... tu amiga.

Su explicación me tomó por sorpresa. No esperaba esa conexión. Aun así, la desconfianza no disminuyó.

—¿Así que es solo una coincidencia? —pregunté en un tono gélido e incrédulo.

—Lo es —afirmó y me miró con una intensidad que me resultó insoportable—. Cuando supe quién era Nora y que probablemente te

vería aquí, pensé en irme, pero Dante es importante para mí. Sabía que debía quedarme. Aun así, esto está siendo... difícil.

—¿Difícil? —repetí con sarcasmo. Noté como mi rabia se abría paso—. No tienes idea de lo que es difícil, Kairos.

La tensión entre nosotros era sofocante, un hilo invisible que amenazaba con romperse. Él me miraba con dolor y arrepentimiento, pero no estaba dispuesta a ceder. Antes de que pudiera responder, unas manos suaves me agarraron por detrás. Me giré y encontré a Mere con una sonrisa brillante.

—¡Vega! El baile ha comenzado, Darío te está esperando en la pista —dijo animada, pero su entusiasmo se desvaneció al instante cuando vio a Kairos frente a mí. Sus ojos se abrieron de par en par, y reflejaron puro asombro—. ¿Kairos? ¿Qué coño haces aquí?

La tensión se intensificó. Mere, sorprendida, no supo cómo reaccionar, y la confusión en su rostro solo alimentó mi malestar.

—Lo siento, no sabía que... —balbuceó mientras retrocedía un paso—. Puedo decirle a Darío que tardarás unos minutos...

—No, Mere —la interrumpí—. No tengo nada más que decir.

Él avanzó un paso hacia mí, como si intentara detenerme, pero mi decisión ya estaba tomada. No podía soportar estar cerca de él ni un segundo más.

Me di la vuelta. Las palabras no dichas quedaron atrapadas en mi garganta mientras comenzaba a caminar hacia la pista de baile junto a Mere. No me despedí, ni siquiera le lancé una última mirada. Simplemente me alejé, como él me había dejado a mí años atrás.

Al dirigirme hacia Darío, una mezcla de rabia y tristeza se agitaba en mi interior, pero me obligué a concentrarme en lo que tenía delante. La música, las risas y las conversaciones animadas me envolvieron nuevamente, amortiguando el peso de mis pensamientos. En la pista, Darío me esperaba con una sonrisa. Se la devolví, aunque sabía que algo en mí estaba roto. En ese momento, lo único que deseaba era perderme en sus brazos y olvidar, al menos por un rato, que Kairos había vuelto a irrumpir en mi vida.

Mere caminaba a mi lado en silencio, sin hacer preguntas, pero su mirada preocupada dejaba claro que no estaba ajena a mi estado.

—¿Estás bien? —preguntó Darío con suavidad, mientras sus ojos, iluminados por las pequeñas bombillas que colgaban alrededor, buscaban respuestas en los míos.

Asentí, pero ambos sabíamos que no era cierto. Me conocía demasiado bien como para dejarse engañar. Tomó mi mano y me atrajo hacia él. Me envolvió en un abrazo que parecía tener la capacidad de calmar cualquier tormenta.

—Puedes decírmelo, Vega —murmuró cerca de mi oído, mientras empezábamos a movernos lentamente al compás de la música—. Sea lo que sea.

Cerré los ojos, para encontrar consuelo en él, pero una incómoda sensación de ser observada me invadió. Abrí los ojos de nuevo y, casi de manera instintiva, mi mirada vagó por la multitud. Allí estaba Kairos, inmóvil entre la gente, observándome con esa misma intensidad que otras veces había hecho. Era como si el tiempo se hubiera doblado sobre sí mismo, transportándome a aquella noche en las fiestas del pueblo; la noche en que todo cambió. Recordé cómo me miró entonces, desde la distancia, como si yo fuera el único punto fijo en un mar de rostros indistintos. Y ahora, trece años después, sus ojos seguían teniendo ese poder inexplicable sobre mí.

Me aferré a Darío con más fuerza, como si eso pudiera romper el hechizo que Kairos me había lanzado sin pronunciar una sola palabra.

—Es... complicado —murmuré finalmente, sin atreverme a decir más. No quería arrastrar a Darío a la maraña de sentimientos contradictorios que me devoraba por dentro.

—¿No quieres bailar? —preguntó mientras inclinaba la cabeza para mirarme a los ojos—. No quiero que estés incómoda.

Escuchar su preocupación por mí me provocó una punzada en el pecho. Darío era todo lo que siempre había deseado encontrar en alguien, sin embargo, ahí estaba yo, enredada en los hilos del pasado, atrapada por una mirada que no podía dejar de buscar entre la gente. No podía evitarlo. Mi vista volvió a buscar a Kairos, y lo encontré otra vez. Seguía ensimismado en mí. Había dolor en su rostro, quizá tristeza.

—Vega... —susurró al notar cómo mi atención se desviaba.

—Lo siento, Darío —volví mi atención a él—. Es solo que... hay fantasmas que no terminan de desaparecer.

No hizo preguntas. En su lugar, simplemente me atrajo más cerca, de manera protectora, como si intentara crear un escudo entre el presente y los espectros del pasado. La canción terminó, y Darío se inclinó ligeramente; su frente rozó la mía.

—Vamos a salir de aquí, ¿te parece? —sugirió con preocupación.

Antes de que pudiera responder, supe que no era el momento de huir.

—No, Darío. Estoy bien —mentí una vez más, aunque no con la misma convicción de antes—. Quedémonos un rato más, por Nora.

Él me miró con escepticismo, pero finalmente aceptó. Sabía que no podía obligarme a hablar, aunque estaba claro que no tenía intención de dejarme sola ni un instante.

Mere, al verme tan agobiada, no dudó en acercarse a Darío y pedirle permiso para llevarme con ella a buscar a Nora. Darío, siempre atento, asintió con una sonrisa y se dirigió hacia la barra en busca de un cubata antes de regresar a la pista con el resto de los amigos.

Mere me tomó del brazo con una firmeza tranquilizadora y me guió a través de la multitud. Esquivamos invitados y mesas decoradas hasta que, finalmente, encontramos a Nora. Estaba de pie, con una expresión de felicidad plena en su rostro, como si habitara en otro mundo. Mere no perdió tiempo y, sin previo aviso, la agarró del brazo con decisión y tiró de ella hasta que las tres logramos refugiarnos en un rincón apartado, bajo un gran árbol apenas iluminado; un lugar perfecto para hablar con privacidad.

—¿Por qué has hecho eso sin avisar, Nora? —preguntó Mere con un tono urgente, casi exigente.

Nora, visiblemente desconcertada, abrió los ojos de par en par, sin entender a qué se refería.

—¿De qué hablas? —respondió con confusión.

Era evidente que no tenía idea de lo que estaba sucediendo. Decidí intervenir.

—Kairos —dejé que el nombre escapara de mis labios en un susurro—. Kairos está aquí, en tu boda, como invitado.

Nora se quedó paralizada y me miró como si le costara procesar lo que acababa de escuchar. Poco a poco, la sorpresa se reflejó en su rostro. Sus ojos se abrieron aún más y se llevó una mano a la boca.

—¿Qué? ¡No puede ser! —exclamó claramente conmocionada—. ¡Yo no tenía ni idea! Dante organizó la lista de invitados... había tanta gente a la que incluir... No sabía nada, te lo juro.

Su reacción dejó claro que esto había escapado de su control, y no podía culparla por ello.

—No es tu culpa, Nora —dije con voz temblorosa—. Pero... no sé qué hacer ahora...

—Vega, este es el momento —dijo Mere con una firmeza que no dejaba lugar a dudas—. Tienes que hablar con él. Seguramente esté más abierto a una conversación en este ambiente. Es un lugar donde las emociones están a flor de piel, donde la gente tiende a ser más honesta.

Miré a Mere y luego a Nora, quien asintió con suavidad para mostrarme su apoyo. Sabía que tenían razón, pero todo dentro de mí se resistía.

—No puedo hacerlo, no ahora; no delante de Darío —la tensión me oprimía el pecho—. Él no sabe nada de esto.

Nora se acercó y me tomó las manos con preocupación y cariño.

—Vega, solo te pido que no te cierres a la posibilidad de hablar con él. Tal vez sea la única manera de obtener las respuestas que necesitas y de quitarte este peso de encima. Ya son muchos años.

Sentí que las lágrimas amenazaban con asomar, pero me obligué a tragármelas. No era el momento de derrumbarme. Lo que decían tenía sentido, pero mi corazón seguía dividido entre el miedo a revivir ese dolor y la necesidad de encontrar un cierre.

—No sé si puedo, chicas, pero… tal vez tengáis razón. Solo que... no sé cómo hacerlo sin que todo se desmorone.

Mere me abrazó con fuerza.

—No estás sola, Vega —dijo mientras me apretaba contra ella—. Nosotras estamos aquí contigo, siempre. Hazle caso a tu corazón. Cierra esto de una vez y siéntete libre. Llevas trece años con una losa encima. Cariño, suéltalo, como canta la de *Frozen*…

Nora, conmovida, se unió al abrazo, formando un círculo de apoyo que me hizo sentir un poco más fuerte.

El aire fresco de la noche rozaba mi piel mientras me alejaba de las chicas y me dirigía de nuevo hacia Darío. El corazón me latía desbocado. De camino y entre la gente, pasé a solo unos centímetros de Kairos. Quise girarme, encararlo y preguntarle cómo se atrevía a estar aquí, a aparecer en mi vida después de todo lo que me había hecho pasar, pero me contuve. Sentí que estaba inmóvil, como paralizado, pero podía notar su nerviosismo en el aire. Esa tensión lo hacía parecer más pequeño, menos seguro de sí mismo. Y eso, en lugar de apaciguar mi ira, la avivó aún más.

Al llegar a la pista, vi a Darío ocupado con un pequeño incidente. Una de las invitadas, una joven que llevaba un traje rosa pálido impecable, tenía una gran mancha. Darío, sin darse cuenta, le había tirado el cubata encima y, como era tan atento y servicial, se disculpaba profusamente mientras buscaba una solución.

—Lo siento muchísimo, de verdad —decía Darío, visiblemente apurado—. Déjame buscar algo para ayudarte a limpiar esto, no te preocupes.

La joven, con su traje arruinado por la bebida, parecía molesta, pero claramente apreció su preocupación. Él me lanzó una mirada de disculpa desde la distancia, mientras se inclinaba para recoger una servilleta caída. Yo solo pude forzar una sonrisa, aunque sentía cómo la ira seguía creciendo dentro de mí, como una olla a presión a punto de estallar.

—No te preocupes, Darío. Ve, yo estaré bien —le dije.

No me di cuenta de que Kairos se había acercado hasta que estuvo a solo unos pasos de mí. Su presencia era como un imán que no quería mirar, pero del que no podía apartar la atención. El fuego de la ira ardía con más intensidad en mi pecho.

—Vega… —su voz era apenas un susurro, temblorosa, como si tuviera miedo de pronunciar mi nombre.

Me giré hacia él, y en ese instante, todas las emociones reprimidas durante años amenazaron con desbordarse. Lo miré y, por un momento, solo quise abofetearlo, gritarle todo el dolor que me había causado, todo lo que había perdido desde su desaparición.

—¿Qué coño quieres ahora? —espeté, con una furia que no intenté contener.

Kairos retrocedió un paso, visiblemente afectado por mi tono. Sus labios se separaron como si quisiera hablar, pero permaneció en silencio. Mis manos temblaban y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no perder el control delante de todos.

—Vega, por favor… —comenzó, pero lo interrumpí antes de que pudiera continuar.

—¡No, Kairos! ¿Cómo te atreves a aparecer aquí, como si nada hubiera pasado?

Cada palabra que pronunciaba era como un golpe, una liberación de todo lo que había guardado dentro durante tanto tiempo. Su mirada se desvió hacia el suelo, incapaz de sostener la mía.

—Sé que te hice daño… —intentó decir.

—¡Jugaste con mi vulnerabilidad! —solté sin contenerme más—. No tienes derecho a mirarme como si de verdad te importara.

Lo vi tragar saliva, sus hombros se hundieron bajo el peso de mis palabras. Era evidente que estaba afectado, pero no me importaba. Necesitaba que sintiera, al menos por un segundo, lo que yo había sentido durante todos esos años.

Justo en ese momento, Darío regresó, ajeno a la tormenta que se desataba entre Kairos y yo. Traía una botella de agua y algunas servilletas en la mano. Su sonrisa contrastaba con la tensión que flotaba en el aire.

—Aquí tienes, espero que esto ayude un poco —dijo a la joven del vestido manchado, mientras le entregaba lo que había traído.

La chica le agradeció y comenzó a limpiar la mancha con delicadeza. Mientras tanto, la tensión entre Kairos y yo seguía siendo palpable. Sabía que la confrontación no había terminado, pero supe que, por el momento, tendría que dejarla en pausa.

Darío levantó la mirada después de ayudar a la joven y finalmente se percató de la presencia de Kairos, de pie a solo unos pasos de mí. Su expresión cambió, se tornó más seria, pero, como siempre, su preocupación se centró en mí.

—¿Todo bien aquí? —preguntó, con una mezcla de inquietud y protección en su tono.

Kairos desvió la mirada hacia él y luego volvió a mí. Yo solo asentí y mantuve la compostura. Sin embargo, sabía que la batalla real aún estaba por librarse.

—Hola —dijo Darío con amabilidad mientras extendía la mano hacia Kairos—. Soy Darío.

Kairos, todavía visiblemente afectado por nuestro tenso intercambio, tardó un segundo en reaccionar, pero finalmente extendió su mano para estrecharla.

—Kairos —respondió con voz firme, aunque con una nota de incomodidad.

El apretón de manos fue breve, pero yo lo sentí como una eternidad. Observé cómo la expresión de Darío cambiaba en cuanto escuchó el nombre de Kairos. Se lo había mencionado antes, como parte de los recuerdos de mi adolescencia, aunque nunca en detalle. Darío, tan observador, captó de inmediato cómo mi cuerpo se había puesto rígido y cómo evitaba mirar al psicólogo.

—¿Kairos? —repitió Darío con sorpresa, mientras me lanzaba una mirada inquisitiva—. ¿El psicólogo del que me has hablado alguna vez? No sabía que seguía en la isla.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar la pregunta en su voz. Darío no sabía toda la historia, no podía saberla, pero empezaba a unir piezas que hasta entonces estaban dispersas. Su expresión reflejaba curiosidad.

—Ni yo tampoco… —logré decir con un hilo de voz.

—Sí, ese soy yo —respondió Kairos, sin apartar la mirada de Darío, aunque noté cómo sus ojos se desviaban brevemente hacia mí en busca de alguna señal.

La tensión entre los tres era palpable. Darío frunció ligeramente el ceño, aún sin entender del todo lo que sucedía, pero claramente intuyendo que había algo más, algo que no se estaba diciendo.

—Bueno, ha sido un placer conocerte —dijo con la intención de sonar casual.

Kairos asintió con expresión seria, y yo sentí una necesidad urgente de salir de allí, de alejarme antes de que la situación se volviera aún más insoportable. No aguantaba estar entre dos

hombres que significaban tanto para mí, pero de maneras tan distintas.

—Darío, vámonos —dije de repente, con un tono más apremiante de lo que pretendía—. Estoy cansada. Creo que es mejor que nos vayamos ya.

Él me miró con preocupación, percibiendo al instante que mi petición no era solo por cansancio.

—Claro —respondió sin dejar de mirarme a los ojos—. Vamos, te llevo a casa.

Kairos se quedó inmóvil, observándonos, y sentí que me faltaba el aire. Fue incapaz de decir algo más, aunque vi en su rostro un destello de frustración.

Tomé la mano de Darío y busqué en su contacto la fuerza que necesitaba para salir de esa situación. Él la apretó suavemente. Nos alejamos de la pista de baile y, antes de salir, busqué a mis amigas para despedirme con un gran abrazo. Ellas entendieron mi malestar y no insistieron en que me quedara más tiempo.

Cuando llegamos al coche, me dejé caer en el asiento del copiloto con un suspiro; Darío me miró de reojo. Me sentí segura a su lado, pero también culpable. Sabía que merecía una explicación, pero no estaba lista para dársela.

Él conducía con la mirada fija en la carretera, aunque su postura y los ligeros movimientos de sus manos en el volante reflejaban la tensión que había entre nosotros. Finalmente, rompió el silencio.

—Oye... —dijo, sin apartar la vista del camino—. He visto cómo discutíais.

Respiré hondo y me giré ligeramente hacia él, aunque sabía que no encontraría su mirada mientras seguía concentrado en la carretera.

—Kairos no fue solo mi psicólogo, Darío —comencé con un nudo en la garganta—. Fue... mucho más.

Darío no dijo nada, pero su silencio me dio el espacio que necesitaba para continuar.

—Yo tenía diecisiete años cuando lo conocí —apreté las manos nerviosas en mi regazo—. Estaba destrozada, arrastraba un duelo

enorme por la muerte de mi madre. Todo a mi alrededor se desmoronaba, y Kairos fue... él fue el primero en hacerme sentir que no estaba sola. Me escuchaba, me entendía, me hizo creer que podía salir adelante.

A medida que hablaba, sentía un extraño alivio, como si cada palabra aligerara el peso que llevaba dentro.

—Con el tiempo, me enamoré de él —admití a la vez que intentaba controlar los nervios—. Fue la primera persona en quien confié después de perder a mi madre, y a esa edad... no sabía cómo manejar todo lo que estaba sintiendo. Estaba perdida, Darío. Kairos se convirtió en mi refugio, pero también...

Hice una pausa para contener la emoción que se acumulaba en mi garganta. Sabía que me escuchaba cada palabra con atención, aunque no respondiera.

—Justo cuando pensé que por fin podría ser feliz junto a él, desapareció. Se fue sin decirme nada, sin una explicación. Me arrancó el corazón de la peor manera posible, y durante años... he intentado lidiar con esa herida. Con la rabia, el dolor, y la traición.

El policía seguía en silencio, con la expresión serena pero atenta. Sabía que estaba procesando cada detalle de lo que le contaba.

—A veces creo que me enamoré de él porque me pilló en un momento de extrema vulnerabilidad —continué con un tono más reflexivo—. Todo lo que sentía era demasiado intenso. Kairos fue el único que me hizo sentir segura en medio de aquel caos, pero ahora, con el tiempo... me pregunto si lo que sentía era real, o si simplemente estaba tan perdida que me aferré a lo primero que me hizo sentir algo diferente al dolor.

—Vega, te entiendo más de lo que crees —me lanzó una mirada rápida antes de volver a concentrarse en la carretera—. Cuando mis padres se separaron, yo también me sentí completamente perdido. Estaba enfadado, confundido... Y fue mi psicólogo quien me ayudó a encontrar un camino. Hubo un momento en el que lo veía casi como a un dios.

Escuchar su confesión me hizo sentir menos sola en mis emociones. Me miró de nuevo, esta vez con cariño.

—No te juzgo, Vega. No hay nada de qué avergonzarse. Lo que sentiste fue real, y lo que él hizo al desaparecer sin darte una explicación... entiendo que fue cruel para ti, pero aquí estás, más fuerte que nunca, a pesar de todo lo que has pasado.

La comprensión de Darío, su capacidad para no juzgarme, era justo lo que necesitaba en ese momento. Me di cuenta de lo afortunada que era por tenerlo a mi lado, alguien que me aceptaba por completo, con todas mis cicatrices y miedos.

—Gracias —murmuré, incapaz de contener más las lágrimas—. Gracias por entenderme, por no juzgarme.

—Siempre estaré aquí, amiga —respondió con una ternura que me hizo sentir a salvo.

41

Cuando llegamos a mi casa, Darío aparcó suavemente frente a la puerta.

—Gracias por traerme —dije—. No sé qué habría hecho sin ti hoy. Sé que es tarde, pero… ¿quieres entrar? —le ofrecí, con la esperanza de que su compañía ayudara a calmar la tormenta que se agitaba en mi mente.

—Vega, me importas mucho —comenzó con suavidad—. Y precisamente por eso, quiero ser honesto contigo. Lo que ha pasado esta noche… sé que te ha afectado más de la cuenta.

—Lo ha hecho —admití con una mueca de resignación.

Esbozó una pequeña sonrisa, aunque la tristeza en sus ojos era más que evidente.

—Creo que esta noche es mejor que la pases sola —continuó—. Tienes mucho en lo que pensar. Y si entro, sé que podríamos distraernos, pero eso no resolverá lo que realmente importa.

Sus palabras me tomaron por sorpresa; había captado lo que yo misma aún no había aceptado. Su sabiduría me dejó muda.

—Darío… —intenté decir algo, pero él levantó una mano, deteniéndome con suavidad.

—Escúchame, por favor —dijo mientras se inclinaba ligeramente hacia mí—. Sé que esta situación te ha descolocado y lo entiendo. Pero lo que quiero que entiendas tú, Vega, es que no estoy aquí para presionarte. Estoy aquí porque te quiero y porque quiero que seas feliz, sea cual sea el camino que decidas tomar.

Intenté mantener la compostura, pero su sinceridad me había desarmado.

—Yo… —empecé, pero él volvió a interrumpirme.

—Sé que Kairos es parte de tu pasado, pero está claro que aún tiene un peso en tu presente. No sé exactamente qué pasó entre vosotros, pero sí sé que, mientras no te enfrentes a lo que sentiste, mientras no hables con él y cierres esa herida, nunca podrás avanzar

de verdad. No importa cuánto lo intentes, siempre habrá algo que te impida abrirte por completo. El miedo a que te abandonen, como él lo hizo, seguirá ahí, latente. Ahora entiendo ese miedo que tienes.

Lo que me dijo me llegó al alma.

—Tienes razón. Creo que he arrastrado eso conmigo todos estos años.

—No quiero que lo tengas conmigo, Vega —respondió con serenidad—, pero también sé que, para que eso sea posible, primero tienes que hablar con él.

Me dolía verlo así. Quería ayudarme pero era consciente de que no podía hacerlo por mí.

—Gracias —susurré con la voz quebrada—. Gracias por ser tan increíble, por entenderme incluso cuando ni yo misma lo hago.

—Siempre has sido sincera conmigo —dijo mientras tomaba mi mano y la apretaba suavemente—. Te lo debo.

Finalmente, Darío soltó mi mano y me sonrió con ternura.

—Tómate tu tiempo, piensa en lo que realmente quieres. Y cuando estés lista para hablar, aquí estaré para escucharte.

Abrí la puerta del coche y salí. El frío de la noche acarició mi piel, un contraste bienvenido frente al sofocante torbellino emocional que llevaba dentro. Me giré una última vez hacia él y le ofrecí una sonrisa temblorosa.

—Buenas noches.

—Buenas noches, amiga —respondió con una sonrisa de apoyo —. Descansa y cuídate. Espero verte pronto.

Cerré la puerta y observé cómo su coche se alejaba por el camino de grava. Me quedé allí, y temí lo que implicaba todo lo que Darío había dicho.

Al entrar en casa, el silencio era absoluto; Bob se había quedado con mi padre. Me dirigí directamente a mi habitación, me dejé caer en la cama con la ropa aún puesta. Mi mente comenzó a dar vueltas.

Las respuestas que tanto había buscado tal vez no existían, y si lo hacían, no cambiarían lo que él había hecho ni cómo me había hecho sentir. Al final, ¿qué importaba? Una persona que fue capaz de marcharse sin mirar atrás, no merecía ni un segundo más de mi tiempo. No necesitaba su perdón ni su explicación para superar mis

miedos. Él no tenía ese poder sobre mí. Ya no. Si Kairos había decidido ser un cobarde, no era mi deber cargar con las consecuencias de sus decisiones. Mi vida era mía, y solo yo podía decidir cómo vivirla. Darío tenía razón en una cosa: merecía ser feliz, y para eso, no necesitaba a mi «ex psicólogo».

Finalmente, me rendí al agotamiento. Las lágrimas brotaron mientras maldecía a Kairos, hasta que el sueño me venció.

El sonido insistente del teléfono me arrancó de un sueño profundo. Desorientada, tanteé la mesilla de noche en busca del móvil. Al ver el nombre de mi padre en la pantalla, me preocupé.

—¿Papá? —contesté con la voz ronca por el sueño.

—Vega, cariño, ¿puedes acercarte al club? —La voz de mi padre era calmada, pero había algo en su tono que me puso alerta.

—¿Ha pasado algo? ¿Bob está bien? —pregunté con el corazón acelerado.

—No, no, tranquila. Bob está perfectamente —respondió rápidamente—. Es solo que Manu no ha aparecido esta mañana y tengo un grupo esperando para la excursión. Necesito que me eches una mano. Perdona si te he fastidiado la mañana; además, así me cuentas cómo fue la boda de tu amiga.

Solté un suspiro aliviada. Manu, el encargado de las excursiones, ya había desaparecido sin avisar en otras ocasiones.

—De acuerdo, papá. Dame unos minutos y estaré allí.

Colgué el teléfono y me levanté de la cama mientras me sacudía los últimos vestigios de sueño. A pesar de todo lo que había pasado en la boda, sabía que debía enfocarme en ayudar a mi padre. Era algo que siempre había hecho, desde que era una niña, y no iba a permitir que una noche complicada me distrajera de mis responsabilidades.

Me quité el vestido de la boda que aún llevaba puesto, me desmaquillé y me puse un bikini bajo unos shorts vaqueros y una camiseta blanca *oversize*. Con movimientos rápidos, recogí mi cabello en una trenza, mi peinado habitual. Al mirarme en el espejo, noté el cansancio reflejado en mis ojos, pero lo ignoré. No había tiempo para detenerme a analizar lo que sentía.

Decidí ir en bicicleta. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la usé, pero necesitaba sentir el contacto con la naturaleza, el aire fresco rozando mi rostro mientras avanzaba entre los árboles. El trayecto era corto, pero el recorrido me ofreció unos minutos de tregua, un momento de paz.

Al llegar al club, el sol ya estaba alto y se reflejaba en las aguas tranquilas del puerto. Dejé la bicicleta apoyada contra una de las paredes y me dirigí hacia la zona donde solían reunirse los grupos para las excursiones. En la distancia vi a Manu.

—¡Manu! —grité mientras caminaba hacia él con pasos firmes—. ¿Por qué has dejado tirado a mi padre esta…?

Mi voz se apagó de golpe al escuchar a Bob ladrar. Mi corazón dio un vuelco cuando bajé la vista. Lo vi.

Kairos estaba allí, agachado junto a mi perro, acariciando su pelaje. Junto a él, mi padre sonreía, claramente emocionado por lo que pensaba que sería una sorpresa agradable, pero mi mente empezó a correr a mil por hora.

—¡Hija! —La voz de papá me sacó del trance en el que había caído—. ¡Ven, mira qué sorpresa!

No podía moverme. Mis pies estaban anclados al suelo y sentí cómo mi pecho se oprimía, como si el aire me faltara, incluso sin estar cerca del agua.

Kairos se levantó lentamente mientras su mirada estaba fija en mí. Miles de emociones contradictorias se agolpaban en mi garganta, y el mundo a mi alrededor pareció desdibujarse.

Mi padre, ajeno a todo, se acercó con una sonrisa radiante.

—Kairos ha vuelto y ha venido a visitarnos —dijo orgulloso—. Quería verte y saber cómo estás. ¿A qué no te esperabas esta sorpresa?

Un mareo repentino me invadió. Necesitaba escapar, huir de su mirada, de esa situación que me sobrepasaba.

—Papá... —intenté controlar mi voz, aunque sonaba débil—. Creo que necesito... un momento.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó con preocupación.

Asentí, aunque no estaba segura de cómo me sentía. Lo único que sabía era que no podía enfrentarme a Kairos allí, no con mi padre presente.

—Sí, solo... dame un momento, por favor. Creo que tengo resaca —mentí para evitar su mirada.

Mi padre retrocedió, respetando mi necesidad de espacio. Kairos, en cambio, no se movió. Seguía mirándome con esa expresión que parecía congelada en el tiempo, intacta desde hacía años.

Tomé una bocanada de aire, pero mis pulmones se expandieron con dificultad.

—Voy a ir al agua... Necesito refrescarme —murmuré en un tono apenas audible, como si hablara más conmigo misma que con ellos.

Antes de que alguien pudiera detenerme, me giré y avancé hacia el muelle con pasos rápidos y con la esperanza de que el mar, mi refugio, me permitiera desaparecer. Sentía la mirada de Kairos clavada en mi espalda, pero no me atreví a voltear; no podía. Lo único que deseaba era sumergirme en el agua, dejar que la calma del océano organizara las emociones que me oprimían.

El frío del agua me envolvió en cuanto me zambullí desde el muelle. Era justo lo que necesitaba: una vía de escape momentánea de todo lo que me abrumaba. Me sumergí profundamente y dejé que el murmullo marino silenciara las voces de mi mente. El mundo se redujo a la presión del agua en mi cuerpo y al sonido amortiguado de mi respiración. Allí, en las profundidades, todo parecía más claro, más fácil de afrontar.

Cuando finalmente emergí, me dejé flotar de espaldas sobre la superficie y el sol calentó mi piel a través de la camiseta mojada. Cerré los ojos e intenté imaginar que cada rayo de sol era una corriente de energía que atravesaba mi cuerpo, quemando todo lo negativo, todo lo oscuro que había acumulado en mi corazón. La influencia de Mere y su manera de pensar se había instalado en mí. Me centré en esa idea, en la necesidad de purgar el dolor, la rabia, el rencor. Sin embargo, el alivio que buscaba no llegó. En el fondo, sabía que el verdadero problema no desaparecería con un baño en el mar.

Sin darme cuenta, la corriente me devolvió al muelle. Cuando abrí los ojos, me sorprendí al ver a Kairos inclinado sobre el borde, observándome. La ira que creía haber dejado en el agua regresó con una intensidad renovada. Sin pensarlo, moví los pies con brusquedad para salpicarle agua, con toda la intención de empaparlo. Fue un acto impulsivo, casi infantil, pero no pude evitarlo. Para mi frustración, él simplemente sonrió, como si se sintiera satisfecho de verme reaccionar, de saber que aún lograba provocarme. Lo odié por eso, por la facilidad con la que parecía manejarlo todo, mientras yo seguía atrapada en una maraña de emociones que no había manera de desenredar.

—Vega, sal del agua, por favor. Quiero hablar contigo —dijo con una firmeza que solo consiguió irritarme.

Lo ignoré deliberadamente. Cerré los ojos de nuevo y traté de concentrarme en el sol que calentaba mi rostro. No quería escucharlo.

—¿Vas a quedarte flotando todo el día? —insistió con un tono que intentaba ser ligero, aunque para mí sonó como una burla.

Abrí los ojos de golpe.

—No quiero hablar contigo. No necesito un psicólogo. Una vez lo hice y no tuve buena experiencia, gracias —le espeté cargada de veneno.

Él suspiró y se apartó de la orilla. Por un momento pensé que había ganado, que me dejaría en paz. Me equivoqué.

Cuando lo vi regresar con una toalla en la mano, supe que no me libraría de él tan fácilmente. La toalla era de mi padre. Kairos se arrodilló de nuevo en el muelle y me la extendió.

—Toma, no quiero que te enfríes —dijo, aunque el nerviosismo se reflejaba en su voz y en sus gestos, a pesar de su aparente calma.

Lo miré con desconfianza, evaluando si debía aceptar ese gesto. Finalmente, decidí salir del agua. Escalé el borde del muelle; sentí cómo la madera se clavaba en mis manos, mientras las gotas resbalaban por mi piel empapada. Me puse de pie frente a él y, sin pensarlo demasiado, le arrebaté la toalla y me envolví en ella con rapidez.

—Normalmente las personas se bañan en bikini —comentó con un tono que pretendía ser cómico.

La rabia me quemó por dentro. ¿Cómo se atrevía a hablar con tanta ligereza? Lo miré directamente y, con una voz cargada de resentimiento, solté lo que realmente pensaba.

—Llevo el bikini debajo, pero no te voy a dar el gusto de verme con él —le respondí con frialdad—. La última vez que lo hice, me arrepentí durante años.

Pude ver cómo su rostro cambiaba de inmediato. Su expresión, que hasta entonces había intentado mantenerse neutral, se endureció con rapidez.

—Lo siento, Vega... —comenzó a decir, pero lo interrumpí antes de que pudiera continuar.

—No lo sientes, Kairos. Si lo sintieras, jamás habrías hecho lo que hiciste. —Mi voz era baja, pero cada palabra cayó con la fuerza de una verdad ineludible.

Kairos bajó la mirada y aceptó mi reproche sin intentar defenderse.

—Sé que no puedes perdonarme y no espero que lo hagas hoy —dijo finalmente—, pero, por favor, dame la oportunidad de explicarme.

Lo miré fijamente. Sentía cómo la ira seguía en ebullición y mi dignidad iba por delante.

—¡No, Kairos! No hay nada que puedas decirme que justifique lo que hiciste. Te fuiste sin una palabra, sin una explicación. Me dejaste sola cuando más te necesitaba. —Mi voz se quebró entre el odio y el dolor acumulados. Cada palabra era una herida que volvía a abrirse.

La furia crecía en mi pecho, como si cada año de silencio y abandono se transformara en una tormenta incontrolable. Lo miré con los ojos encendidos, mientras mi cuerpo temblaba. Su presencia, su intento de justificarse, solo alimentaban una llama que no se extinguía. Kairos volvió a bajar la mirada. Cada una de mis palabras parecía pesarle más de lo que podía soportar, pero no me importaba. No en ese momento.

—Vega, sé que te hice daño… —murmuró con voz rota. Había algo en su tono que apenas podía tolerar—. Si supieras… si

entendieras lo que pasó…

—¡Me rompiste el corazón, Kairos! —grité, incapaz de contenerme—. Jugaste con mi vulnerabilidad, con el dolor que sentía por la muerte de mi madre. Aprovechaste cada debilidad, cada noche de llanto, y luego, sin un aviso, te esfumaste. No sabes lo que es vivir con la pregunta constante de qué hice mal, si fue mi culpa. No tienes idea de lo que pasé ni de cómo me destrozaste.

Lo vi apretar los labios, mientras sus manos temblaban al llevárselas al rostro.

—Vega… —Tragó saliva y buscó mis ojos, pero aparté la mirada. Sus palabras eran un peso que se sentía vacío, inútil—. No sabes lo que me...

—¡Cállate! —grité, sin importarme el tono desesperado de mi voz —. No puedes aparecer trece años después y pensar que una explicación va a arreglarlo todo. Nada va a borrar el dolor que llevo cargando desde entonces. Desde que desapareciste, aprendí que nadie es imprescindible. Me dolió comprobarlo tras la muerte de mi madre, y tú no hiciste más que confirmarlo al marcharte sin más.

Las lágrimas ardían en mis mejillas, pero mi voz permanecía firme. Cada palabra que pronunciaba era un reproche, una liberación de ese peso que durante tanto tiempo había cargado en silencio.

Noté que Kairos intentaba hablar, que abría la boca como para justificarse, pero no quería escuchar nada más. No necesitaba sus excusas; lo único que deseaba era desahogar todo lo que él había dejado enterrado en mi vida, sin la más mínima consideración.

—Cada vez que conozco a alguien que vale la pena, alguien que podría hacerme feliz… —mi voz comenzó a temblar— …lo dejo ir. Lo dejo ir porque, en algún momento, el único pensamiento que ocupa mi mente es el miedo. Ese miedo que tú me regalaste cuando te marchaste. Todo hombre que entra en mi vida paga el precio de lo que tú hiciste.

Kairos apretó los dientes, su mandíbula se tensó y respiró con dificultad, pero nada podía reparar lo que había destruido. Lo que sentía era más grande que una disculpa, más profundo que cualquier explicación. Lo único que quería era que entendiera el dolor que me había causado.

—¿Sabes cuántas noches…? ¿Cuántas noches esperé, creyendo que llamarías, que vendrías a buscarme? ¿Que dirías algo que le diera sentido a tu ausencia? Me quedé sola y me aferré a una esperanza vacía. Y tú simplemente seguiste adelante, como si yo no importara, como si lo nuestro no hubiera significado nada.

Bajó la cabeza. Vi cómo sus hombros se hundían, cómo su cuerpo se rendía bajo el peso de mis palabras. No encontraba consuelo y, quizá, sabía que no había nada que pudiera decir para aliviar el daño que había hecho.

Finalmente, tomé aire y pronuncié las palabras que sabía que le dolerían más.

—Olvídate de mí, Kairos. Yo, por fin, he empezado a olvidarme de ti… con Darío.

Vi cómo mis palabras le golpeaban. Su expresión quedó congelada por un instante, atrapada en el impacto de lo que acababa de escuchar. Sentí una amarga satisfacción al saber que, al menos por una vez, experimentaría una fracción del dolor que él me había dejado.

Sin darle tiempo a reaccionar, di media vuelta y me alejé. Lo dejé solo con el eco de mis palabras resonando en su cabeza. Caminé por el club, pasando por la puerta del pequeño despacho donde mi padre solía atender sus asuntos.

Agarré la toalla mojada que llevaba en la mano y, sin pensar demasiado, la tiré con fuerza sobre el mostrador, justo delante de él. Papá levantó la vista sorprendido.

—¿Vega? ¿Qué…? —preguntó, perplejo, pero no me detuve a explicar nada.

Me alejé sin mirar atrás.

42

Llegué a casa de Nora y Dante. Mere y yo habíamos quedado con ellos para despedirnos antes de que partieran hacia su viaje de novios a las Islas Mauricio. Dante me recibió en la entrada con su habitual porte educado y una sonrisa cordial.

—¡Hola, preciosa! —saludó y me hizo un gesto para que entrara —. Pasa, estás en tu casa.

—¿Qué coño haces empapada? —me preguntó Nora que se acercaba radiante de felicidad.

—Una larga historia —no me apetecía dar explicaciones en ese momento.

Me llevó hasta la sala. Apenas habíamos cruzado el umbral cuando Dante, con un tono algo más serio, se acercó y me hizo una señal para hablar en privado.

—Vega, quería comentarte algo —dijo con un deje de preocupación—. Lamento mucho haber invitado a Kairos. No sabía toda la historia entre vosotros.

Lo miré sorprendida.

—No tienes que disculparte, Dante —respondí con calma—. ¿Cómo lo conociste?

—Kairos es el psicólogo del equipo de fútbol. Lleva trabajando con nosotros unos tres años. Durante una conversación, mencionó que tenía una casa en la isla, y pensé que sería buena idea invitarlo. No tenía ni idea de su pasado contigo.

Asentí y esbocé una ligera sonrisa.

—Gracias por contármelo, Dante. Ya ves, el mundo es un pañuelo… y a veces lleva algún moco pegado.

Él y Mere soltaron una risa breve, y yo decidí dejar el tema a un lado. Nora me acercó una camiseta de tirantes y unos pantalones suyos. Entré al baño para cambiarme y al salir estaban los tres en el sofá.

—¿Y cómo lleváis la resaca? ¿Hasta qué hora estuvo la fiesta? —pregunté con una sonrisa.

—Nosotros hemos dormido un par de horas, como mucho —respondió Nora mientras lanzaba una mirada cómplice a Dante.

—¿Tú llamas a eso dormir? —bromeó él con una sonrisa traviesa.

—¡Cállate! —exclamó Nora mientras le tapaba la boca con una mano, ruborizándose al instante.

—¿En serio todavía se hace eso la noche de bodas? Pensaba que era algo de antes, cuando no se tocaban ni con un palo antes de casarse, pero ahora, con lo borrachos que acabamos... —se rió Mere. Entonces, me lanzó una mirada cargada de interés y cambió de tema con rapidez—. Y tú, Vega, ¿qué tal con Darío anoche?

Tomé aire profundamente, incapaz de seguir guardando lo que había vivido aquella mañana en el club.

—Chicas, necesito contaros algo —dije tensa. Noté cómo sus miradas se dirigían hacia mí llenas de expectación—. Hoy, en el club, me he encontrado con Kairos. Hemos hablado y… bueno, en realidad, hemos discutido.

Los tres me miraron atentos, y Nora se inclinó hacia adelante, como si quisiera absorber hasta el último detalle.

—¿De verdad? —preguntó, impaciente—. ¿Y qué ha pasado? No he querido preguntarte antes para no molestarte. Me siento un poco culpable por lo que ocurrió anoche.

Suspiré, recordando la intensidad de la conversación.

—Me pidió hablar, me dijo que quería explicarme por qué se fue, pero… no pude escucharlo. Le dije que lo odiaba, que no había justificación para lo que hizo.

Mere, con una expresión llena de compasión, se acercó y me tomó de la mano.

—Vega, es normal que sientas ese despecho. Es el dolor que has llevado tanto tiempo dentro de ti.

Nora, sin embargo, arqueó una ceja y se cruzó de brazos con un gesto de escepticismo.

—¿Pero le dijiste que estás con Darío? Porque eso sí que debe dolerle. No me malinterpretes, pero Kairos debería saber que no eres

una marioneta que puede manejar a su antojo. Ahora aparezco, ahora desaparezco.

—Sí, se lo dije —respondí con una sonrisa amarga—. Lo dejé solo con su propia culpa, pero eso no hace que me sienta mejor.

En ese momento, Mere intervino con un tono reflexivo:

—Vega, tal vez Kairos ha vuelto para ayudarte a cerrar esa herida. Quizá el universo está alineando las cosas para que resuelvas el pasado y puedas seguir adelante, quizá con Darío, pero sin rencores. A veces, los ciclos necesitan cerrarse por completo para poder sanar.

Nora bufó.

—A ver, Mere, lo que Vega necesita no es una señal del universo. Necesita que Kairos le dé explicaciones, no más misterio ni misticismo.

A pesar de las bromas de Nora, sus palabras me hicieron reflexionar. Tenía razón: el regreso de Kairos me había descolocado, me mantenía en un estado de confusión constante.

—Tal vez, pero, chicas… lo único que quiero es claridad, saber si vale la pena escuchar lo que tiene que decirme o si, al final, todo esto solo va a causarme más dolor.

Nora me lanzó una mirada intensa.

—Y por eso mismo, Vega, si decides escucharlo, hazlo porque tú quieres cerrar esa herida, no por darle el gusto a él.

Suspiré, atrapada en una espiral de decisiones que me costaba tomar. Con el eco de sus palabras en mi mente, supe que tenía mucho por reflexionar.

Después de salir de la casa de Nora, con la mente todavía dándole vueltas a las ideas de Mere sobre las señales del destino, decidí que necesitaba despejarme, y qué mejor manera de hacerlo que pasar tiempo con la única persona que siempre había sido mi ancla: mi padre.

Le escribí un mensaje rápido para invitarlo a cenar en un restaurante nuevo en la zona interior de la isla. La excusa era contarle todo sobre la boda de Nora, pero en realidad solo necesitaba su compañía.

A las nueve en punto, mi padre llegó a casa para recogerme. Después de darle de cenar a Bob, me despedí de él con una caricia en la cabeza y cerré la puerta tras de mí. Subí al coche de papá, donde el ambiente era cálido y familiar. Olía al tabaco que fumaba y ese olor para mí, era la representación clara de él.

—¿Todo bien, hija? —preguntó con una sonrisa mientras arrancaba el coche.

—Sí, papá —le devolví la sonrisa. Sin embargo, ni él ni yo mencionamos lo ocurrido en el club por la mañana con Kairos—. Quería pasar tiempo contigo y contarte lo bonita que fue la boda de Nora, que esta mañana no he podido.

Durante el trayecto, hablamos de la ceremonia y de lo espectacular que estuvo Nora con su vestido. Mi padre, que me conoce mejor que nadie, me miró de reojo y bromeó:

—Estoy seguro de que lloraste.

No pude evitar reírme.

—Me conoces demasiado bien —admití—. Fue difícil contener las lágrimas, pero estaba tan feliz que no importaba.

Llegamos al restaurante, ubicado en lo que antaño había sido una ermita. El lugar estaba rodeado de pinos, y en el ambiente flotaba un aroma a tierra húmeda y resina que se mezclaba con el suave olor a comida que salía del interior. La isla tenía ese encanto rústico que hacía que todo pareciera sacado de un sueño.

Nos sentamos en una mesa situada en un rincón acogedor, junto a una ventana que daba a un pequeño claro iluminado por la luz de la luna. Pedimos la cena y, mientras esperábamos, mi padre me observó con esa mezcla de curiosidad y preocupación que siempre mostraba cuando percibía que algo rondaba mi cabeza.

—Vega, ¿por qué me has invitado a cenar hoy? —preguntó—. Y no me digas que solo querías hablar de la boda.

Sabía que no podía engañarle. Suspiré y sonreí con cariño.

—Papá, quería estar contigo…

Él esperó en silencio a que continuara, pero no lo hice.

—Vale… ¿Y cómo van las cosas con Darío? —preguntó en un tono más suave—. ¿Todo bien?

Me removí en mi asiento, me incomodaba de hablar de mis sentimientos.

—Darío es… maravilloso, papá —elegí mis palabras con cuidado —. Podría decirte que es perfecto, pero… tengo un miedo tremendo a dejarme llevar.

Mi padre me miró con esos ojos que siempre habían visto más allá de lo que yo misma era capaz de entender.

—Puede ser por dos razones, hija —dijo con voz serena—: una, porque realmente no sientes nada por él, y el amor no se puede inventar. Quizá es solo atracción, porque es bastante guapo, el jodido. O… —hizo una pausa—, porque sigues con ese miedo que arrastras desde que mamá se fue, ese relacionado con el abandono.

Sabía exactamente a qué se refería, pero no estaba segura de si estaba lista para hablar sobre ello, no después de todo lo que había pasado.

—Papá… —comencé con duda—. A veces creo que tienes razón. Me asusta abrirme, dejar que alguien entre y luego perderlo.

Mi padre extendió la mano y la colocó sobre la mía con suavidad.

—Lo entiendo, hija —dijo con ternura—. Pero no puedes vivir con miedo para siempre. Llegará alguien que te haga sentir segura, que te ayude a olvidar esos temores, pero también debes estar dispuesta a correr el riesgo.

Sus palabras tocaron mi corazón. Tenía razón, como siempre, pero… ¿y si le contaba la verdad? ¿Y si le confesaba que Kairos había sido mucho más que mi psicólogo y que todos esos miedos se mezclaban con sentimientos que nunca había logrado superar? ¿Qué pensaría de mí?

Pedimos el postre y, mientras lo esperábamos, mi padre rompió el silencio con una declaración que me pilló completamente desprevenida.

—Vega, me alegró mucho ver a Kairos de nuevo —dijo casual, aunque en su tono se percibía una curiosidad contenida—. No esperaba que volviera después de tantos años.

Mi estómago se contrajo al escuchar su nombre. Bajé la mirada. Mi padre continuó:

—Se le veía preocupado, hija. Antes de que llegaras al club, me preguntó muchas cosas, como si necesitara saber cada detalle de ti. Parecía angustiado, diría yo.

Sentí el rubor extenderse por mis mejillas. Intenté desviar la mirada para que mi padre no notara el torbellino que sus palabras desataban en mí, pero, como siempre, él lo percibió enseguida.

—¿A ti también te ha hecho ilusión verlo? —preguntó mirándome con curiosidad.

Respiré hondo.

—No lo sé, papá… —respondí en voz baja—. La verdad es que sentí rabia.

Él frunció el ceño.

—Vi cómo discutíais en el muelle. Parecía algo más que un simple enfado, Vega. ¿Qué os pasa?

Sus palabras perforaron la barrera de silencio que había construido alrededor de mis sentimientos. Me encontré atrapada entre la necesidad de compartir la verdad y el miedo a desvelar algo tan íntimo. Inspiré profundamente y lo miré con ojos suplicantes.

—Papá… hay algo que no te he contado nunca —dije con la voz temblorosa—. Algo importante.

Mi padre me observó, su expresión se tornó seria. Nerviosa, me tapé la cara con las dos manos durante unos segundos, y mientras traté de reunir el valor necesario.

—Cuando empecé a ir a terapia con él… al principio fue difícil, pero… poco a poco, algo cambió entre nosotros —tomé aire, las palabras pesaban en mis labios—. Me enamoré de él, papá. Y él también sentía algo por mí. Me dijo que hablaría contigo cuando cumpliera los dieciocho, pero ese día desapareció sin dejar rastro.

El rostro de mi padre pasó de la sorpresa al desconcierto. Me miraba como si le costara imaginar que todo aquello había sucedido sin que él lo supiera.

—¿Tú… te enamoraste de Kairos? —repitió con incredulidad—. ¿Y él de ti?

Asentí, vulnerable, pero aliviada por haber sacado esa verdad de mi pecho. El silencio que siguió pareció eterno, y cuando al fin levanté la mirada, encontré en sus ojos algo más que sorpresa.

Había una comprensión profunda, aunque teñida de confusión. Estaba claro que buscaba las palabras adecuadas.

—Vega… esto es… no me esperaba algo así, pero no me corresponde juzgarte. Tenías que habérmelo dicho, cariño. No quiero ni imaginar lo que debiste sufrir… Ahora entiendo por qué él me devolvió el dinero de cada sesión.

—¿Hizo eso?

—Sí. Me dijo que ayudarnos era un desafío personal.

Las lágrimas comenzaron a llenar mis ojos. Bajé la cabeza, y luché contra mí misma.

—Papá… llevo tanto tiempo guardando esto. Siento una especie de odio hacia él que no me ha dejado avanzar —susurré mientras las lágrimas caían sin que pudiera evitarlo—. Todo este tiempo he intentado olvidarlo, fingir que no me importaba, y… cuando creí que estaba lista para darle una oportunidad a alguien más, él aparece y siento que todo mi mundo vuelve a tambalearse.

Mi padre apretó mi mano sobre la mesa.

—Aunque entiendo que guardes ese resentimiento, tal vez deberías escucharlo. Permite que las cosas salgan a la luz.

—¿Y si, después de escucharle, me doy cuenta de que aún me importa?

—¿Le sigues queriendo?

—No sé qué siento… Es como si ese odio hubiera ocupado el lugar que alguna vez tuvo el amor, y ahora solo queda confusión. Además, no sé nada de él. Quizá tiene otra vida, tal vez esté casado.

—Por eso mismo deberías hablar con él. No puedes basarte en suposiciones, Vega. Solo con la verdad podrás cerrar esta historia… o empezar de nuevo, si eso es lo que realmente quieres. Pero no cargues con el peso de lo que no sabes.

—¡Qué mierda y qué lío, papá! He intentado construir algo bonito con Darío, y si estoy con él es porque siento que Kairos… ya no significa nada para mí. Era parte del pasado, y quiero que siga allí.

Mi padre suspiró y me miró con paciencia.

—Cariño, cuando el amor es tan fuerte, no muere solo porque lo deseemos. Si crees que puedes seguir adelante con Darío, hazlo desde el corazón. Recuerda lo que te pasó con Albert. Tenías miedo

de equivocarte, y te equivocaste; un miedo menos, pero si sabes que quedan cosas sin resolver, date al menos la oportunidad de escuchar. No hay nada más liberador que la verdad.

Me quedé callada. No podía rebatirle. Necesitaba enfrentarme a Kairos, aunque solo fuera para despedirme y avanzar con mi vida, pero no me sentía con las fuerzas suficientes para regresar al pasado, para enfrentarme de nuevo a él. Había pasado demasiado tiempo, y lo que estaba viviendo con Darío era real. En cuestión de meses, había encajado perfectamente en mi vida, era la pieza que faltaba en mi puzzle. Nada en él me recordaba a Albert; a su lado me sentía en paz, y eso, para mí, era un auténtico tesoro. No quería permitir que Kairos volviera a arrebatarme lo que tanto me había costado construir. Su momento había pasado. Él había cambiado, y yo también. Ahora era una mujer distinta, y de lo que alguna vez compartimos solo quedaban el dolor y el resentimiento.

—Gracias, papá. No sé qué haría sin ti —dije mientras apretaba sus manos y dejaba que una leve sonrisa se asomara a mi rostro.

43

La pequeña cafetería frente al puerto era acogedora y familiar, con mesas de madera desgastada y un aroma a café recién hecho que impregnaba el ambiente. Las paredes estaban decoradas con fotografías antiguas del lugar, lo que le daba un aire nostálgico. Era el sitio ideal para una conversación importante, aunque mi corazón latía con fuerza al pensar en lo que Darío quería decirme. Su mensaje había sido claro: necesitaba verme con urgencia.

Cuando llegué, lo vi sentado junto al ventanal. La luz del atardecer resaltaba sus facciones serias, pero al levantar la vista y verme, esbozó una sonrisa que logró calmar parte de mi ansiedad. Su camisa azul, remangada hasta los codos, y su postura aparentemente relajada contrastaban con la preocupación que brillaba en sus ojos.

—Hola, amiga —se levantó para saludarme.

—Hola, amigo —respondí mientras correspondía a su abrazo.

Estar entre sus brazos me erizó la piel.

Pedí un café solo con hielo, aunque no estaba segura de si sería capaz de beberlo; mis manos temblaban sin que pudiera controlarlas. Pronto noté que Darío quería hablar.

—Gracias por venir —dijo al fin.

—¿Cómo no iba a venir? ¿Qué pasa? —pregunté ansiosa por saber qué era eso tan urgente.

Él tomó aire. Se estaba preparando para lo que estaba a punto de decir.

—Es sobre lo de Albert. Ya salió la resolución… y tengo que tomar una decisión.

Mi estómago se contrajo, y lo observé con atención mientras continuaba.

—Me han dado dos opciones: la primera es aceptar un traslado a otra ciudad. Podría ser temporal, pero significaría alejarme de aquí… y de ti —hizo una pausa y buscó mi reacción—, la segunda opción es

quedarme, pero con una degradación en mi puesto, lo que sería un golpe duro para mi carrera.

Cada palabra suya golpeaba un rincón distinto de mi mente. La idea de que pudiera irse me provocó una sensación de vacío que no esperaba.

—¿Y qué quieres hacer? —pregunté al fin, con la voz más baja de lo que pretendía.

Darío se inclinó un poco hacia adelante y apoyó sus manos en la mesa. Sus ojos estaban fijos en los míos, y esa intensidad me desarmaba.

—Vega, no quiero irme, pero antes de tomar una decisión, necesito saber algo. Necesito saber qué quieres tú. No puedo quedarme si siento que no tenemos un futuro juntos. No pinto nada aquí.

Sus palabras me removieron. Bajé la mirada.

—Darío… —empecé con nudo en la garganta—. Me acabas de decir que una opción es irte, y he sentido algo aquí —me llevé una mano al pecho e hice lo posible por contener la emoción—. No quiero que te vayas… pero ¡joder! también me aterra que te quedes por mí. —Noté cómo las lágrimas ya eran amenazantes.

—Oye… —se levantó de su silla y se agachó frente a mí con delicadeza—. No quiero agobiarte, perdona.

—Tengo miedo de apostar por algo y que termine mal, de abrir mi corazón y volver a perder. Ya lo he pasado antes, y no sé si puedo soportarlo otra vez.

Darío me miró con ternura, mientras las lágrimas comenzaban a caer por mis mejillas, pero no aparté la vista de él mientras hablaba.

—¿Sabes qué pienso, Vega? Que todos tenemos miedo de algo, pero no podemos dejar que eso nos paralice. Es como cuando aprendí a conducir por primera vez. —Me miró con una leve sonrisa, y yo arqueé una ceja, sorprendida por el giro inesperado de la conversación—. Al principio, tenía pánico a los cambios de marcha. Pensaba que, si lo hacía mal, el coche se calaría y la gente detrás empezaría a pitarme, pero ¿sabes qué me dijeron? Que nadie nace sabiendo, y que los errores son parte del proceso. Si el coche se calaba, solo tenía que arrancarlo de nuevo y seguir adelante. Al

final, aprendí a conducir, pero lo más importante fue aprender a no quedarme bloqueado por el miedo.

Lo miré mientras reflexionaba sobre sus palabras. Había una verdad profunda en ellas, una que resonaba conmigo.

—¿Estás diciendo que nuestra relación es como aprender a conducir? —intenté ocultar una sonrisa.

—Más o menos. Lo que quiero decir es que, aunque tengas miedo, podemos aprender juntos. No tienes que enfrentarte a esto sola. Estoy dispuesto a ayudarte a superar esos miedos, si me dejas.

Aquello me llegó al corazón. Darío limpió mis lágrimas con una ternura preciosa.

—No quiero dejarte ir, Darío, pero… necesito aprender a confiar en esto, en nosotros.

—No voy a irme a ningún lado si tú no quieres que me vaya.

Lo miré a los ojos y sentí cómo mi corazón se abría lentamente, permitiéndome aceptar lo que realmente deseaba.

—Vete —solté sin pensar. Él abrió los ojos rápidamente, con sorpresa—. Vete de la isla, pero yo me voy contigo.

—¿Qué? —preguntó extrañado.

—Tengo que salir de aquí. Para avanzar tengo que romper con los recuerdos que me atan. Contigo sé que eso es posible. No me importa lo que implique, porque tú vales la pena; nosotros valemos la pena.

—¿Y tu padre? —me preguntó asombrado por lo que acaba de decirle—. ¿Y tus amigas?

—Lo entenderán. Los visitaremos a menudo, o vendrán a vernos, pero yo no puedo seguir aquí; no así.

Nos sostuvimos las manos mientras el sol comenzaba a ponerse tras el puerto. Sentí que, por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesta a dar un paso hacia adelante, a pesar del pánico.

Después de unos instantes de calma, Darío me miró con atención, sus manos seguían sobre las mías.

—¿Has hablado con Kairos? —preguntó con suavidad, como quien pisa terreno incierto.

Un nudo se formó en mi garganta. Bajé la mirada; no podía mentirle.

—No… —admití finalmente, con un tono casi avergonzado.

—¿Por qué no? —insistió, aunque su voz no tenía reproche, solo curiosidad.

Respiré hondo y negué con la cabeza.

—Porque no quiero. —Levanté la vista y lo miré a los ojos, decidida—. El pasado es el pasado, Darío. Kairos se fue de mi vida, y por mucho tiempo pensé que esa ausencia me definiría, pero no quiero seguir viviendo atada a lo que ya no tiene solución. Me merezco un presente, un futuro. Y tú eres parte de eso.

Él inclinó la cabeza, podía notar que quería asegurarse de que hablaba con sinceridad.

—¿De verdad estás lista para dejarlo atrás? —preguntó con cautela.

Asentí, y una pequeña sonrisa apareció en mis labios.

—Sí. Kairos me enseñó algo: una vez me dijo que no puedes controlar el viento, pero sí ajustar la vela. Eso es lo que estoy haciendo, Darío. Si pude superar algo tan grande como la pérdida de mamá, ahora que sé que Kairos está vivo y está bien, también puedo trascenderlo.

Mis palabras parecieron sorprenderlo. No sé si esperaba una respuesta tan reflexiva, pero vi cómo sus hombros se relajaban un poco, como si mi declaración lo convenciera de que mis sentimientos hacia él eran reales.

—Eso es… increíblemente maduro, Vega. —Su voz era cálida, y sus ojos brillaban con una emoción que no trató de ocultar—. No sé qué decirte, más que estoy orgulloso de ti. Pero, ¿estás completamente segura de que no necesitas cerrar esa puerta hablando con él? No por él, sino por ti.

Negué con firmeza.

—No, Darío. Ya cerré esa puerta aquí —me llevé la mano al pecho para sentir la fuerza de mis propias palabras—. No necesito verlo ni hablar con él para saber que puedo seguir adelante. Por primera vez, siento que estoy donde quiero estar. Contigo.

Darío apretó mis manos con ternura.

—No sabes lo mucho que significa para mí saber que soy parte de tu presente y que quieres que también sea tu futuro.

Mi corazón latía con fuerza. Sonreí. En ese momento, comprendí que estaba dando un paso importante. Estaba apostando por alguien que me hacía sentir en paz, alguien que seguramente no era perfecto, pero que me ofrecía algo real. Darío miró su reloj con una expresión de pesar.

—Tengo que irme, Vega. Me espera un servicio largo —dijo poniéndose de pie con desgana evidente.

Asentí, aunque no quería que ese momento terminara. Salimos juntos hacia la puerta del café. El puerto se extendía ante nosotros, iluminado por los cálidos tonos anaranjados del atardecer. Las gaviotas sobrevolaban el muelle, y el suave sonido de las olas contra los barcos creaba una melodía tranquila, casi mágica.

Darío se giró hacia mí antes de cruzar el umbral de la puerta.

—Vega… —comenzó, pero no terminó la frase. En lugar de palabras, se inclinó hacia mí con delicadeza.

Nuestros labios se encontraron en un beso suave y delicado. Sus manos subieron con suavidad hasta mis mejillas y las sostuvo con un cuidado que me hizo sentir valiosa. Era un beso tierno, dulce; sentí cómo su aliento cálido se mezclaba con el mío.

Cuando se separó, lo hizo con una sonrisa suave y rozó mi nariz con la suya en un gesto tan íntimo que me hizo sonrojar.

—Eso era algo que quería hacer desde hace tiempo —confesó con emoción en la voz.

—Y yo —admití y tras hacerlo sentí un nudo en la garganta. Darío me abrazó por última vez antes de marcharse. Me quedé en la puerta de la cafetería durante unos segundos, saboreando el momento, grabándolo en mi memoria como un recuerdo al que querría aferrarme.

Después, caminé hasta un banco cercano frente al muelle. El aire salado llenaba mis pulmones mientras me sentaba y observaba los barcos balancearse suavemente. Saqué el móvil y abrí el grupo de WhatsApp de mis amigas. Escribirles siempre era como desahogarme con mi segunda familia.

Vega: Chicas, acaba de pasar algo que ha dado un giro inesperado a los acontecimientos. He hablado con Darío. Ha salido la resolución

de lo que pasó, y una de las opciones es que se vaya de la isla. Cuando lo he escuchado… he sentido que no podía dejarlo ir; no quiero perderlo. Así que me he lanzado. Vamos a estar juntos. Me voy a ir con él. Quiero superar mis miedos junto a Darío porque sé que es capaz de eso y mucho más.

No pasaron ni dos minutos antes de que el chat explotara.

Nora: ¡¿QUÉ?! ¡VAMOS! ¡Me encanta que por fin tengas una relación seria con el poli guapo! Vega, es perfecto para ti. Seguro que además tiene un culo espectacular. ¡Estate tranquila, porque yo no te lo voy a quitar! Jajaja. Pero tía… aunque comprendo que tú también tienes derecho a vivir la vida, te vamos a echar mucho de menos.

Sonreí al leer su mensaje. La imaginé en las Islas Mauricio, seguramente tumbada en una hamaca mientras Dante la miraba con cara de exasperación.

Mere: Me alegra que te dejes llevar por el corazón, Vega, pero sigo pensando que tenías que haber hablado antes con Kairos. Creo que cerrar esa puerta te daría más paz.

Ese mensaje hizo que mi sonrisa desapareciera poco a poco. Mi mundo interior se dividía. Nora, con su entusiasmo desenfrenado, era como un indefenso demonio que me animaba a disfrutar del presente. Mere, más reflexiva, representaba esa parte de mí que aún dudaba, que pensaba en todo lo que había dejado sin resolver.

Nora: Por cierto, chicas, las Islas Mauricio son el paraíso. ¡Qué faena no poder probar el alcohol! Hay unos cócteles espectaculares.

Tras unos minutos, guardé el móvil en el bolso, miré al puerto y cerré los ojos. Había dado un paso importante, y aunque las dudas seguían rondando en mi mente, decidí que ese beso con Darío era un comienzo.

Revisé de nuevo el chat y releí las palabras de Mere. De repente, el teléfono vibró con una notificación. Era un mensaje privado de ella:

Mere: ¿Eres tú la que está sentada en el banco del puerto?

Al leerlo, levanté la mirada sorprendida. Me giré hacia atrás y la vi acercarse desde el paseo marítimo. Vestía con su estilo característico: una falda larga de estampados coloridos y un *top* blanco suelto, complementado con un chaleco de *crochet* que parecía hecho a mano. Varias pulseras adornaban sus muñecas y producían un leve tintineo con cada paso, mientras sus sandalias de cuero, desgastadas pero firmes, marcaban el ritmo de su andar pausado.

No dije nada cuando llegó. Tampoco ella. Se sentó a mi lado en el banco, cruzó las piernas con elegancia y dejó que la brisa agitara sus rizos sueltos. Permanecimos en silencio mientras observábamos los barcos. Mere siempre tenía esa habilidad de aparecer en el momento justo, incluso sin ser llamada. Sabía que tenía razón en parte, y eso me incomodaba.

—Sé que piensas que debería hablar con Kairos antes de irme— murmuré finalmente, sin mirarla.

Mere no respondió enseguida. En cambio, deslizó su mano sobre la mía y la apretó con suavidad. Su gesto no reflejaba reproche, sino apoyo.

—Te lo vuelvo a decir: no quiero que lo hagas porque creo que sea lo correcto. Quiero que lo hagas porque puede ayudarte —respondió con voz tranquila, casi susurrante.

La miré de reojo, pero su mirada estaba fija en el horizonte. Mere siempre tenía una mezcla de sabiduría y paz que parecía venir de otro mundo.

—Quiero dar el paso con Darío —admití y sentí el peso de las palabras en mi pecho—. Sé que hay algo de razón en lo que dices, pero no quiero perder lo que tengo con él. Ya he perdido demasiado.

Mere asintió, aunque no añadió nada. Su silencio no mostraba juicio, sino comprensión. Tras unos minutos, giró la cabeza hacia mí.

—¿Has venido en la camioneta? —preguntó.

—Sí —agradecí el cambio de tema.

—¿Me puedes acercar a casa? —añadió mientras se levantaba del banco.

—Claro —dije y me puse de pie.

La camioneta avanzaba lentamente por la carretera que bordeaba el acantilado, mientras el rugido del mar enfurecido resonaba a lo lejos. Aunque el cielo permanecía despejado, el viento indicaba que la tarde no era tranquila.

Mere se recostó contra la puerta del copiloto y jugueteó con uno de los collares que llevaba al cuello. Quería romper el silencio, pero no encontraba la manera de abordar los temas que sabía que me rondaban la cabeza. Finalmente, decidí apartar mis propias dudas y cambiar de tema.

—¿Y tú? ¿Qué hacías en el puerto? —pregunté.

Mere se giró hacia mí y, para mi sorpresa, un rubor apareció en sus mejillas. Bajó la mirada, dejó el collar y empezó a jugar con una de sus pulseras para disimular la sonrisa que intentaba asomarse en su rostro.

—Bueno… había quedado con Teo —confesó y soltó una risa nerviosa.

—¿Qué? —arqueé una ceja mientras una sonrisa se dibujaba en mis labios—. ¿Con el mismo Teo con el que dices que no tienes nada serio?

Ella soltó un suspiro divertida.

—El mismo, pero es que… —Hizo una pausa antes de continuar —. Quería enseñarme un huerto urbano.

Yo quería saber más, así que permanecí en silencio para que se animara a seguir hablando.

—El otro día vino a recogerme en su moto —hizo un gesto con las manos como si aún no pudiera creerlo—. Me llevó a un terreno suyo con mil flores y plantas diferentes. Era un verdadero paraíso…

Mientras hablaba, sus ojos brillaban y sus manos gesticulaban con entusiasmo.

—¡Qué guay! ¡Con lo que te gusta a ti eso! —exclamé mientras sentía una punzada de envidia. No porque quisiera lo que ella tenía,

sino porque deseaba sentirme tan libre y segura como parecía sentirse Mere.

—Y lo mejor —continuó ignorando mi comentario— es que disfruta del momento.

La miré con admiración y desee experimentar lo que ella describía. Antes de que pudiera decirlo, algo en el horizonte captó mi atención.

Fruncí el ceño y entrecerré los ojos.

—Mere, espera un momento —la interrumpí.

Reduje la velocidad de la camioneta y fijé la vista en el mar. Una figura se movía entre las olas de manera errática.

—¿Qué pasa? —preguntó Mere visiblemente preocupada.

—Hay alguien en el agua —respondí mientras detenía la camioneta junto al borde de la carretera—. Parece que necesita ayuda.

Sin esperar una respuesta, abrí la puerta y salí. El viento golpeó con fuerza mi rostro mientras avanzaba hacia el borde del acantilado para obtener una mejor vista. La figura seguía moviéndose, pero cada vez con menos fuerza.

—¡Voy a llamar a emergencias! —gritó Mere desde la camioneta —. ¿A quién se le ocurre meterse en el agua con este viento?

Asentí rápidamente y comencé a buscar un sendero para bajar. El terreno era empinado y resbaladizo, pero no me detuve. Mi respiración se aceleró, y mi mente trabajaba frenéticamente, enfocada únicamente en llegar a esa persona antes de que fuera demasiado tarde.

El agua estaba helada cuando me lancé al mar. Me cortó la respiración, pero me obligué a seguir adelante. Avancé con brazadas fuertes mientras las olas me empujaban de vuelta a la orilla. Cada metro era un desafío. El mar se convertía en un monstruo implacable, gélido y feroz, que me golpeaba sin piedad con cada brazada. A pesar de todo, no podía detenerme. Mi corazón latía desbocado, y el rugido del agua resonaba al compás de mi desesperación.

La figura apenas se mantenía a flote. Era un hombre, y las corrientes lo arrastraban hacia las rocas. Sus movimientos eran

torpes, casi inexistentes, como si la fuerza lo hubiera abandonado. No distinguía su rostro, pero eso no importaba. Mi única prioridad era salvarlo.

—¡Estoy aquí! —grité mientras extendía la mano hacia él y luchaba por mantenerme a flote.

Con un último esfuerzo, logré rodear su torso con mi brazo. Su cuerpo, rígido por el frío, era un peso muerto en mis manos. Mi corazón latía con violencia mientras intentaba movernos hacia una zona más segura. Las olas seguían golpeándonos, y cada metro ganado parecía insignificante.

Me di cuenta de que no reaccionaba. Su cabeza cayó hacia un lado, y por un instante el miedo me paralizó.

Entonces vi algo que flotaba hacia nosotros: una rueda de repuesto sujeta con una cuerda improvisada. Miré hacia arriba de las rocas y reconocí a Mere, que agitaba los brazos para indicarme que la usara. Reuniendo todas mis fuerzas, nadé hacia la rueda, decidida a mantener al hombre a salvo. Al alcanzar el salvavidas improvisado, un pequeño alivio me recorrió. Sujeté la cuerda con fuerza, estabilicé su cuerpo y comencé a avanzar hacia las rocas.

—¡No puedes hacerme esto! —grité, más al mar que a él.

Con un esfuerzo sobrehumano, conseguí llevarlo hasta un saliente donde las olas perdían parte de su fuerza. Mis brazos ardían, y mi respiración era un caos, pero algo más fuerte que el cansancio me empujaba a seguir. Cuando finalmente lo apoyé con cuidado en una superficie estable, observé su rostro pálido, sus labios azulados y su pecho inmóvil.

—No, no, no… —susurré mientras me inclinaba sobre él.

Mis manos, temblorosas, buscaron el lugar exacto en su pecho para comenzar a bombear. Llevaba un traje de neopreno que no pude desabrochar porque la cremallera estaba en la parte trasera. Recordé las lecciones de socorrismo: treinta compresiones, dos insuflaciones. Presioné con fuerza, contando en voz alta como si esas palabras pudieran devolverlo a la vida.

—Uno, dos, tres… —jadeaba mientras mi cuerpo luchaba contra el agotamiento—. ¡Kairos, respira! ¡Vamos! ¡Joder! ¡Vuelve!

44

Su nombre escapó de mis labios antes de que pudiera evitarlo. Cuando llegó el momento de darle aire, me detuve un instante. Mi rostro se encontraba a centímetros del suyo, y de repente, una avalancha de recuerdos me invadió. Su sonrisa, el sabor de sus labios junto a los míos… Sentí cómo una lágrima se mezclaba con el agua salada que resbalaba por mi mejilla.

—No puedo perderte otra vez —susurré antes de inclinarme para soplar aire en sus pulmones.

Volví a presionar su pecho, contando de nuevo, esta vez con la voz quebrada.

—Uno, dos, tres… ¡Mierda, Kairos!

Cada segundo se alargaba como una tortura interminable. Repetí el ciclo. Presioné con más fuerza, acerqué mi boca a la suya, intentando mantener a raya las emociones. Era una batalla contra el miedo, contra los recuerdos que me sofocaban.

De repente, su pecho se movió ligeramente. Una tos violenta brotó de sus labios, expulsando agua. Me aparté y lo ayudé a girar la cabeza para que pudiera respirar con dificultad. Mi cuerpo se desplomó junto a él mientras temblaba, agotada.

—¡Joder! ¡Gracias a Dios! —exclamé al sentir cómo el alivio recorría mi cuerpo y me dejaba sin fuerzas.

Kairos abrió los ojos lentamente. Su mirada, perdida pero viva, se fijó en mí. Traté de mantener la calma mientras veía cómo sus labios intentaban formar palabras pero no lograban salir.

—¡Qué susto me has dado! —dije con la voz entrecortada, inclinándome para apartar su cabello mojado de su rostro—. No vuelvas a hacerme esto, ¿me oyes?

Kairos trató de hablar, pero solo emitió un murmullo. Coloqué mi mano sobre su mejilla, se había afeitado y noté cómo el calor regresaba lentamente a su piel. Mi pecho seguía alzándose y descendiendo de manera descontrolada, pero el peso que había

sentido durante esos interminables minutos comenzaba a desvanecerse.

El viento seguía rugiendo a nuestro alrededor. Kairos permanecía recostado, exhausto, y yo no podía apartar la mirada de él. Intentó incorporarse, pero una mueca de dolor cruzó su rostro. Me arrodillé a su lado y coloqué una mano en su hombro para evitar que hiciera más esfuerzos.

—No te muevas. Aún estás débil —le dije con toda la preocupación que sentía.

Él alzó la mirada hacia mí, con los ojos cansados. Su respiración seguía siendo lenta e irregular, pero su voz salió con un tono bajo.

—Gracias… —dijo con esfuerzo, como si cada palabra le pesara toneladas—. Me has salvado.

Lo miré en silencio, incapaz de responder. Aún sentía un nudo en el pecho, atrapada por la confusión de todo lo que había ocurrido. Kairos hizo una pausa, tomó aire y continuó.

—¿Te acuerdas de aquella noche en la playa? —preguntó con dificultad—. Cuando Ricard intentó… —no terminó la frase—. Esa noche te salvé, y te prometí que siempre te protegería. Hoy… hoy tú me has salvado a mí. Supongo que ahora estamos en paz.

Era cierto; las balanzas estaban equilibradas, pero el significado de aquello trascendía una simple cuenta saldada. Bajé la mirada, intentando asimilar lo que sentía. Kairos no era solo un recuerdo ni una herida que no cicatrizaba. Era un abismo, uno que siempre había temido, al que nunca había querido asomarme por miedo a caer, pero ahora estaba cayendo, y la intensidad de esa sensación hacía imposible detener la caída.

Las lágrimas se desbordaron como un río incontenible. De pronto, todo el dolor, la rabia y la tristeza acumulados durante años estallaron de golpe. Un sollozo desgarrador escapó de mi garganta, y me cubrí el rostro con las manos para intentar contener algo que ya era imposible frenar.

—Vega... —La voz de Kairos sonó rota, temblorosa.

Lo miré a través de las lágrimas que nublaban mi visión. Su expresión reflejaba pura incredulidad; parecía perdido, asustado,

como si no supiera qué hacer frente a mi desconsuelo. Sin embargo, no podía detenerme.

—Lo siento tanto... —susurró él, pero apenas lo escuché.

Caí de rodillas sobre las rocas, hundida en un mar de emociones que me sobrepasaban. Me abracé a mí misma y lloré como una niña, sin filtro ni control. A pesar de su propio estado, Kairos intentó acercarse. Vi cómo estiraba una mano hacia mí, pero la detuvo a medio camino. Creo que tuvo miedo de que su contacto pudiera romperme aún más.

—¿Por qué? —mi voz salió quebrada—. ¿Por qué te fuiste sin decirme nada? ¿Sabes lo que pensé? Llegué a creer que habías muerto, que algo terrible te había pasado. Incluso fui al cementerio, Kairos. Visité la tumba de tu hermana con la idea de que tal vez encontraría tu nombre en alguna lápida cercana. ¿Te das cuenta de lo que me hiciste pasar?

Sus ojos se llenaron de un dolor que igualaba al mío. Lo vi tragar saliva y esforzarse por mantener la compostura, pero su voz temblaba al responder.

—Vega, lo siento más de lo que puedes imaginar —dijo con una culpa evidente—. No tienes idea de cuánto lamento haberte dejado así, sin explicaciones. Cada día me arrepiento de no haberte contactado antes, pero hubo una razón, una razón que nunca supiste.

—¿Razón? —repliqué con furia—. ¡No hay ninguna razón que pueda justificar lo que me hiciste! ¡Pensé que habías muerto, Kairos! ¡Pensé que te habías ido para siempre! ¡Pensé que te habías reído de mí! ¡Pensé mil cosas, día tras día! ¡Me jodiste la vida!

—Vega, por favor, escúchame —me interrumpió antes de que pudiera continuar. Vi el dolor reflejado en su mirada—. No desaparecí porque quise; desaparecí porque... porque sufrí un ictus.

Las palabras cayeron como una bomba. Todo el aire pareció escaparse de mis pulmones, y aquello me dejó incapaz de responder. Lo miré incrédula.

—¿Qué…?

Kairos inhaló profundamente y reunió el valor necesario para continuar.

—Aquella noche, la de tu cumpleaños, cuando te dejé en tu casa, me dio un ictus. Fue repentino, inesperado, y me dejó completamente inmóvil. Apenas tuve tiempo de llamar a una ambulancia antes de que mi cuerpo dejara de responder. Fue... fue aterrador, Vega. Pensé que iba a morir, que nunca más podría verte. Y justo hoy, me ha pasado lo mismo. He vuelto a sentir ese miedo. Estaba haciendo surf y... la he cagado.

Su voz se quebró, y el mundo pareció derrumbarse bajo mis pies. Todas las preguntas que había albergado durante años se desvanecieron de inmediato, reemplazadas por una profunda tristeza. Nunca había imaginado algo así. Jamás pensé que su desaparición pudiera deberse a algo tan terrible.

—No sabía… —era incapaz de encontrar las palabras adecuadas —. No sabía que te había pasado eso.

—Nadie del pueblo lo sabía —respondió con un susurro apenas audible—. Me trasladaron a un hospital lejos de la isla, especializado en ello. Estuve muy grave, Vega. No podía comunicarme, no podía moverme y, cuando finalmente empecé a recuperarme... lo único que pensaba era en ti, en lo que debías estar pasando, pero era imposible contactarte en ese estado; no podía hacer nada.

Me quedé allí, inmóvil, mientras sentía cómo el dolor se transformaba en un desasosiego profundo.

—¿Por qué no me buscaste cuando te recuperaste? —quise entender mejor todo—. ¿Por qué no volviste a mí, Kairos? Me dejaste sola y me hiciste creer que todo había sido un error.

Kairos cerró los ojos, como si la culpa lo aplastara.

—No quería arruinarte la vida, Vega. Eras tan joven, con todo un futuro por delante, y yo... después del ictus, enfrentaba dificultades incluso para realizar las cosas más simples. No quería que cargaras con ese peso, que te sintieras atada a alguien que apenas podía cuidar de sí mismo. Quería que fueras feliz, que aprovecharas las oportunidades de la vida sin la carga que yo representaba.

Me sentí patética, ridícula por todas las ideas equivocadas que había alimentado durante años.

—Kairos... yo... —intenté hablar, pero las palabras se me atragantaban—. Todo este tiempo he estado tan enfadada contigo,

tan llena de resentimiento. Pensé que me habías abandonado porque no me querías, porque yo no significaba nada para ti.

Kairos me miró y sonrió, aunque su sonrisa estaba cargada de melancolía.

—Vega, no te sientas así —dijo con suavidad—. No podías saberlo, y nunca quise que lo descubrieras de esta manera. No te culpo por nada de lo que sentiste. Si alguien tiene la culpa aquí, soy yo, por no haberte dado la oportunidad de entender lo que realmente pasó.

Observé su rostro con más atención y entonces lo vi de verdad. Una parte de su boca estaba ligeramente paralizada, una secuela del ictus que había sufrido. Esa era la diferencia que había notado, pero que no había podido identificar antes.

—Mira mi sonrisa, Vega —dijo al darse cuenta de que la estudiaba con detenimiento—. Esto es lo que quedó de todo aquello. No quería que me recordaras así, no quería que mi última imagen en tu vida fuera la de un hombre roto —me dijo agotado.

En ese momento, lo que se rompió fue mi corazón. Todo se desmoronó ante la cruda realidad de lo que había sucedido. Lo que había dado por sentado se puso de pie.

—Kairos… —mis lágrimas caían libremente por mi rostro—. Lo siento tanto.

—No lo sientas, Vega —se acercó un poco más—. Lo importante es que ahora lo sabes. Me he quitado un gran peso de encima.

Permanecimos allí en silencio durante unos segundos, con el sonido de las olas de fondo mientras intentaba asimilar todo lo que acababa de escuchar.

—La estrella de sal... —dije de repente, recordando lo que siempre había sido un misterio para mí—. ¿Por qué la dejaste en tu puerta?

Kairos sonrió de nuevo, esta vez con dulzura.

—La hice con mis manos ese mismo día. Quería regalártela como símbolo de lo que significabas para mí. Era mi regalo de cumpleaños. Cuando tuve el ictus, le pedí a mi madre que, cuando viniera a la isla para recoger mis cosas, la colgara en la puerta.

Quería que supieras que, para mí, siempre serías mi estrella de sal, la luz en mi oscuridad.

Sus palabras me atravesaron como una daga. Durante años había interpretado ese gesto de mil maneras, siempre creyendo que era un adiós definitivo, pero ahora entendía que era todo lo contrario. Había sido un mensaje de amor.

—Me siento tan patética…

Lo miré, y aunque sentía que una parte de mí se rompía al descubrir la verdad, otra comenzaba a sanar poco a poco. Kairos se incorporó con cuidado a la vez que se apoyaba en las rocas. Noté cómo las lágrimas se deslizaban por mis mejillas, pero esta vez no eran solo de dolor, sino también de alivio. Después de tantos años de preguntas sin respuesta, de noches en las que permanecía despierta pensando en lo que podría haber sido, al fin tenía la verdad. Y aunque dolía, al menos era un dolor honesto.

—No te castigues, Vega. Yo tampoco supe manejar las cosas de la mejor manera —dijo mientras alargaba el brazo para secar mis lágrimas con los dedos—. Pensé que al alejarme te protegía, que te daba la oportunidad de vivir tu vida sin la carga que representaba mi situación, pero ahora sé que te hice daño, y por eso, lo siento.

El roce de sus yemas en mis mejillas provocó un cosquilleo familiar que recorrió mi piel, el mismo que había sentido aquella primera vez.

Ese pequeño gesto me devolvió a los momentos en los que su cercanía bastaba para que el mundo entero desapareciera. Él notó mi estremecimiento, y con una sonrisa suave y melancólica, sostuvo mi mirada.

—Pareces feliz con Darío —dijo—. Y me alegro por ti, de verdad.

Mis labios intentaron formar una respuesta, pero no quería que supiera que, en realidad, estaba tan confundida como siempre. Mi vida no era tan sencilla como parecía desde fuera. En lugar de hablar, asentí ligeramente, dejando que creyera en esa ilusión. No era el momento de complicar aún más las cosas.

—Me casé… —solté sin pensarlo.

—Lo sé.

Mis ojos se abrieron como platos. No esperaba esa respuesta.

—¿Lo sabes?

—Cambié de teléfono para evitar que algún paciente me contactara durante mi recuperación, pero tu número jamás lo olvidé. Cuando sentí que tenía las fuerzas suficientes, lo agregué. No sabía si seguiría siendo tuyo, pero al ver la foto de perfil en WhatsApp, el mundo se me vino abajo. En la imagen llevabas un vestido de novia, por eso no volví a buscarte. Directamente, te borré. En la boda, cuando te vi con Darío, imaginé que era tu marido, pero luego, tu padre, en el club, me contó que te habías separado y que él era solo un simple ligue. Me dijo que nunca querías profundizar con ningún chico, que te resultaba muy difícil mantener una relación estable, y que todo era por tus miedos al abandono. Pensé en la muerte de tu madre, pero también creí que yo era parte de ese miedo. Me sentí fatal.

Kairos, al notar mi reacción, pareció entender que no deseaba profundizar en ese tema. Su expresión se suavizó y mostró una mezcla de esperanza y vulnerabilidad.

—¿Podemos hacer las paces? —preguntó—. ¿Puedo darte un abrazo, aunque sea solo para cerrar este capítulo?

Me quedé inmóvil, sin saber cómo reaccionar. Algo dentro de mí, sin embargo, cedió. Una pequeña sonrisa temblorosa apareció en mis labios. Asentí en silencio y acepté su petición.

Y antes de darme cuenta, sus brazos me rodearon con una calidez que resultaba tan gustosa como dolorosa. Me dejé envolver por aquel abrazo húmedo y apoyé mi cabeza en su pecho, ese que minutos antes había estado inmóvil, sin vida; ese pecho que una vez fue mi refugio. Mientras me estrechaba, los recuerdos acudieron con fuerza: la primera vez que nos habíamos entregado el uno al otro, con una pasión que nunca volví a experimentar. Reviví cómo sus manos recorrían mi cuerpo, cómo su pecho se alzaba y descendía bajo mis manos. Había memorizado cada centímetro de su piel. Aquel día sentí miedo, aunque nunca se lo dije, miedo de que nos descubrieran, pero ahora, ese miedo ya no existía. No éramos una adolescente y un hombre con una diferencia de edad que parecía un abismo. Éramos dos adultos marcados por las cicatrices del tiempo, intentando reconciliarse.

Sentí cómo su abrazo se intensificaba ligeramente, como si temiera que pudiera desvanecerse si me soltaba. En ese instante comprendí que no se trataba solo de una reconciliación con él, sino también conmigo misma. Aquel abrazo era una forma de aceptar lo que habíamos sido y lo que habíamos perdido.

Cuando nos separamos, vi que sus ojos también estaban llenos de lágrimas. Ninguno de los dos dijo nada; no hacía falta. El silencio que quedó entre nosotros fue un pacto tácito, un acuerdo para dejar el pasado atrás y centrarnos en el presente. Supe entonces que, a pesar de todo, algo permanecía intacto: yo seguía siendo la estrella de sal que él había visto en mí, y él seguía siendo el hombre que, pese a todo, me había enseñado a amar.

El sonido de las sirenas rompió la quietud del momento. Los médicos del SAMUR llegaron con rapidez para atender a Kairos, rodeados de equipos y luces que contrastaban con la penumbra. Me aparté unos pasos, todavía temblorosa, incapaz de permanecer más tiempo allí. Necesitaba espacio, deseaba escapar de todo lo que acababa de ocurrir.

Subí por el sendero empinado hacia mi camioneta. Las lágrimas resbalaban por mi rostro, nublaban mi visión y dejaban un rastro de amargura en mi piel. Todo había sucedido demasiado rápido, sin darme tiempo a asimilarlo. No era solo mi cuerpo el que estaba exhausto; mi alma también cargaba un peso insoportable. Cada paso hacia la camioneta era un tormento. Me desgarraba haber vivido aquel momento de pánico en el que Kairos estuvo a punto de desaparecer para siempre. Me dolía saber que, de no haber estado allí, de no haber bajado al mar sin pensarlo, él habría muerto. Sentía el peso de los años que nos habían separado, y también la angustia de pensar en Darío, en lo que habíamos construido, mientras mi corazón insistía en debatirse entre ambos.

Al llegar a la camioneta, encontré a Mere, que me esperaba con gran preocupación. Al verme, abrió los brazos sin pronunciar una palabra, y me desplomé en ellos. Un sollozo desgarrador brotó de mi garganta mientras buscaba refugio en su abrazo. Sentía cómo las fuerzas me abandonaban; mi cuerpo temblaba, y el peso en mi

pecho hacía que respirar fuera una tarea casi imposible. Me sentía rota, completamente destrozada.

—Tranquila, Vega, tranquila —murmuró Mere con dulzura, acariciándome el cabello—. Lo has hecho increíble. Estoy contigo.

De repente, unas manos firmes tocaron mi espalda, y una voz familiar me devolvió al presente.

—Vega, ¿estás bien? —era Darío.

Al girarme lo vi uniformado, con una expresión que mezclaba preocupación y ternura. Aquella visión hizo que mi pecho se oprimiera aún más. Sin pensarlo, me lancé a sus brazos, buscando desesperadamente un refugio que me apartara del caos que me consumía.

—No puedo… no puedo más… —murmuré entre lágrimas. La opresión en mi pecho crecía con cada palabra.

Darío me sostuvo con fuerza, recorriendo mi espalda con su mano en un gesto cálido. Su voz, calmada y serena, parecía envolverme.

—Respira, Vega. Respira conmigo. Estás a salvo —susurró mientras seguía acariciándome la espalda de forma constante y protectora—. Eres increíble, ¿lo sabes? Has demostrado una valentía extraordinaria al bajar para salvarlo. No lo habría hecho cualquiera.

Sus palabras, cargadas de admiración, lograron atravesar el caos que reinaba en mi interior. Sin embargo, la culpa y la confusión seguían ardiendo dentro de mí, como brasas encendidas. Apreté el rostro contra su hombro; mi corazón se encontraba al borde de romperse, dividido entre lo que había sido, lo que era y lo que no lograba entender.

Mere, con delicadeza, abrió la puerta del asiento del copiloto y me indicó que subiera. Se ofreció a conducir. Antes de despedirse, Darío me aseguró que pasaría por casa cuando terminara su turno.

—Descansa un poco —me dijo con una leve sonrisa mientras cerraba la puerta de la camioneta—. Mere se encargará de cuidarte.

El trayecto transcurrió en silencio, salvo por el murmullo constante del motor y el sonido de las ruedas al avanzar por la carretera. Mere, siempre tan atenta, me lanzaba miradas de reojo para evaluar mi estado sin necesidad de decir nada. Al llegar a casa,

me tomó del brazo con cuidado y me prometió que no me dejaría sola hasta que Darío regresara.

Al entrar, Bob corrió hacia nosotras, emocionado como siempre. Sin embargo, me resultó imposible devolverle el saludo que acostumbraba. Pareció entender mi estado de ánimo y permaneció a mi lado, sin despegarse ni un segundo. Mere asumió el control de todo de inmediato. Me duchó, y después me ayudó a secarme y a cambiarme de ropa, con una paciencia que parecía no tener fin. Tras ello, me preparó unas hierbas que desprendían un aroma a manzanilla con un toque de menta.

Cuando me senté en la cama, ella tomó el cepillo del tocador y se colocó detrás de mí.

—Vamos, pequeña, deja que te desenrede el pelo —dijo con un cariño que desmoronó lo poco que quedaba de mi fortaleza.

Pasó el cepillo por mi cabello con movimientos suaves para desenredar los nudos con delicadeza. Me sentía como una niña, completamente indefensa, en manos de alguien que sabía exactamente cómo cuidarme. No tenía fuerzas para protestar, y, en el fondo, no quería hacerlo. Me dejé llevar por su cuidado porque, en ese momento, no podía cuidar de mí misma.

—Me siento tan… pequeña, Mere —murmuré con la mirada fija en el suelo—. He intentado correr, escapar de mis miedos, pero al final siempre me alcanzan. Es como si todo me atrapara de nuevo.

Ella no respondió de inmediato. Sus manos y el cepillo parecían ser su única respuesta. El leve tirón del cabello al desenredarlo resultaba casi terapéutico. Finalmente dijo:

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado allí abajo? —preguntó con suavidad.

Suspiré y cerré los ojos antes de asentir lentamente.

—Kairos me lo ha contado todo… —dije con un nudo en la garganta—. El motivo por el que desapareció fue tan… devastador. Sufrió un ictus, Mere. Todo este tiempo pensé que simplemente me había abandonado, pero la verdad es que no podía volver.

El cepillo en su mano se detuvo un instante. Sentí cómo la noticia la impactaba.

—¿Un ictus? —murmuró antes de continuar cepillándome el cabello—. Eso explica muchas cosas, pero, Vega, también dice mucho de ti. ¿Sabes cuánta fuerza has tenido que reunir para enfrentar todo este vacío durante años? Y ahora que conoces la verdad, ¿cómo te sientes?

—Vacía… pero también llena de más preguntas. Es como si hubiera cerrado un agujero solo para encontrar otro —respondí con sinceridad.

Mere dejó el cepillo a un lado y se sentó frente a mí.

—Vega, siempre has sido muy receptiva a las señales del universo. ¿Recuerdas esa canción de La Oreja de Van Gogh que siempre decías que hablaba de ti? «*Que el amor verdadero es tan solo el primero. Y es que empiezo a sospechar que los demás son solo para olvidar*» —recitó con suavidad como si pudiera leerme el alma.

Un escalofrío me recorrió.

—Rosas…

Siempre había pensado que las canciones ocultaban mensajes, pequeños guiños del universo hacia mi vida. Esta vez no era diferente. Esa canción había sonado en mi cabeza millones de veces a lo largo de los años. Sus versos hablaban de recuerdos, de una despedida que nunca tuvo palabras. Y eso era exactamente lo que Kairos y yo habíamos tenido: una despedida incompleta, un amor que nunca tuvo la oportunidad de florecer por completo.

—Tal vez, tu corazón eligió hace muchos años. Las estrellas, las energías, incluso las casualidades… todo tiene un propósito. A veces, no lo entendemos en el momento, pero está ahí para guiarnos. Ya está bien, amiga. Deja de sufrir. Este es el momento de mirar dentro de ti y descubrir qué es lo que realmente quieres.

—¿Y si lo que quiero me hace daño? —pregunté con un hilo de voz.

Mere esbozó una sonrisa llena de ternura y apretó mis manos.

—El amor verdadero no es perfecto, Veguita. A veces duele, a veces nos obliga a enfrentarnos a nuestros mayores temores, pero cuando es auténtico, siempre nos da fuerza para sanar y crecer.

Tal vez siempre había sabido la verdad, pero el miedo me había impedido aceptarla.

El sol comenzaba a iluminar la estancia cuando el sonido de una moto frente a la casa me arrancó de mi pesado sueño. Estaba tumbada en el sofá, acurrucada bajo una manta que Mere había colocado sobre mí antes de levantarse. Escuché sus pasos suaves y medidos al abrir la puerta y hablar en voz baja con alguien. El cansancio me envolvía tanto que las palabras se perdían en mi mente, pero pronto percibí una presencia distinta acercándose.

Abrí los ojos lentamente al notar una caricia suave en mi mejilla. Darío estaba arrodillado frente a mí, sin el uniforme.

—Ey, preciosa, ¿cómo estás? —preguntó con tono cálido mientras sujetaba una de mis manos.

—Hecha polvo… —traté de incorporarme, aunque mi cuerpo parecía resistirse. Cada movimiento era un esfuerzo titánico, y mis ojos hinchados apenas se abrían.

Darío me examinó con detenimiento. Una sonrisa leve asomó en sus labios, pero sus ojos reflejaban más que simple cansancio.

—Parece que has pasado por una tormenta —comentó, mezclando un intento de humor con una nota de tristeza.

Quise responder, pero las palabras se me atoraron.

—Vega, escúchame. Hay algo que necesito decirte. —Su tono adquirió un matiz más serio.

Lo miré con atención mientras él desviaba la mirada un instante antes de continuar.

—Ayer te vi con Kairos —su confesión cayó sobre mí como un peso aplastante—. Vi cómo hablabais en las rocas, cómo te abrazaste a él… cómo lloraste con esa intensidad.

Mis labios se entreabrieron, pero las palabras no salieron. Sentí cómo un nudo se formaba en mi garganta y crecía con cada segundo de silencio entre nosotros.

—No estoy aquí para reprocharte nada —continuó con una calma que dolía más que cualquier grito—. Pero no podía quedarme sin decirte lo que pienso. Cuando os vi juntos, entendí algo: lo que hay

entre vosotros es más profundo de lo que imaginaba. Y yo no quiero ser un obstáculo en medio de algo tan grande.

—Darío… no es lo que piensas… —intenté explicarme aunque mi voz apenas salía.

—No hace falta que me lo digas. —Negó con la cabeza, manteniendo ese tono sereno que me desgarraba por dentro—. No quiero ser el hombre que ocupa el lugar de otro, Vega. No merezco ser el reemplazo de un amor que no has terminado de cerrar.

Mis manos temblaban mientras lo escuchaba, incapaz de interrumpirlo. Entonces, soltó la frase que terminó de romperme.

—Por eso he tomado una decisión. Me voy de la isla, pero me voy solo.

El aire desapareció de mis pulmones. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y un dolor agudo atravesó mi pecho.

—¿Qué? —mi voz salió quebrada—. ¿Por qué?

—Porque te amo, Vega. Y precisamente por eso, quiero darte el espacio que necesitas para descubrir qué quieres realmente. —Su mirada estaba cargada de emoción, y aunque su voz era firme, percibí el esfuerzo que hacía para no quebrarse—. No puedo llevarte conmigo sabiendo que, en el fondo, una parte de tu corazón sigue atada a Kairos y a este lugar. No puedo esperar a que esa parte desaparezca, porque quizá nunca lo haga. Te mereces claridad, y yo… yo merezco proteger mi corazón antes de que sea demasiado tarde.

—No quiero que te vayas —dije entre lágrimas—. No quiero perderte, Darío.

—Y yo no quiero perderme a mí mismo, Vega —respondió con una tristeza que pesaba tanto como mis lágrimas—. Solo quiero que te tomes el tiempo para entender lo que realmente sientes, sin presiones, sin culpas. Si Kairos es tu camino, quiero que lo tomes sin dudas. Y si no lo es… tal vez el universo nos dé otra oportunidad. Durante este tiempo te he dicho varias veces que no quería agobiarte, pero creo que al final lo he hecho. He sido yo el que te ha contactado constantemente.

Me lancé a sus brazos en busca de un refugio, pero sentí el peso de un adiós inevitable que me partía en dos.

—Eres tan valiente… —murmuré con la voz rota.

—Siempre estaré aquí para ti, aunque sea desde lejos.—Depositó un beso en mi frente antes de levantarse.

Lo vi caminar hacia la puerta. Justo antes de cruzar el umbral, se giró y me dedicó una última mirada.

—Cuida de tu corazón, Vega. Y no olvides que mereces ser feliz.

La puerta se cerró con suavidad y dejó tras de sí un silencio que me envolvió como un manto. Mis lágrimas continuaron fluyendo, y mi corazón estaba dolido por la pérdida de alguien que había sido mi refugio en medio del caos, pero en el fondo, sabía que Darío tenía razón. Tenía que enfrentarme a mis sentimientos, aunque el miedo y el dolor parecieran insoportables.

45

Los siguientes dos días me quedé sola en casa, y las horas resultaron insoportables. Cogí el teléfono y llamé a mi padre, sin saber exactamente qué decirle, pero necesitaba hablar con él. Le expliqué lo ocurrido con Kairos, cómo lo había salvado del mar y lo que me había confesado sobre su desaparición. También le hablé de Darío, de su despedida, de cómo había decidido marcharse de la isla para no interponerse en algo que ni yo misma comprendía. Papá me escuchó con paciencia, como siempre hacía, y me ofreció su ayuda. Le aseguré que lo único que necesitaba era descansar. Colgué la llamada con una sensación algo más ligera, aunque la opresión en el pecho seguía presente. Necesitaba descubrir qué significaban todas esas piezas sueltas y cómo encajaban en mi vida.

Deambulé por la casa sin rumbo, como un fantasma. El cansancio pesaba no solo en mi cuerpo; también parecía que mi alma estaba agotada. Incluso llegué a tener unas décimas de fiebre, probablemente causadas por el susto, el frío del mar y el esfuerzo descomunal que había hecho. Todo aquello había pasado factura. Por suerte, Bob, con su lealtad inquebrantable, permaneció a mi lado sin apartarse ni un momento.

Una tarde, sus quejas suaves y casi suplicantes me recordaron que no podía descuidarlo. Él también necesitaba atención; su paseo por la isla. Aunque mi cuerpo pedía descanso a gritos, no podía negárselo. Me vestí con lo primero que encontré y salí junto a él; dejé que sus pasos marcaran el ritmo.

Caminamos por las calles empedradas bajo un cielo teñido de tonos azules y violetas. A mitad del recorrido, un apagón envolvió el pueblo en una oscuridad repentina mientras el murmullo de la gente crecía al preguntarse qué había ocurrido. Miré a mi alrededor mientras intentaba ajustar mi vista a la penumbra. Bob seguía tirando de la correa, ajeno al caos. Su energía me impulsaba a seguir, y yo avanzaba tras él sin preguntarme hacia dónde nos

dirigíamos. Observé a mi perro, que me devolvió la mirada con sus ojos oscuros y llenos de vida, y sentí que incluso él parecía saber más sobre mi destino que yo misma. Entonces, mis pasos, casi por inercia, me llevaron hacia una encrucijada.

Antes de girar la esquina, me percaté de que la puerta principal de Kairos estaba abierta. Traspasar aquel umbral fue como atravesar un portal en el tiempo. Mi mano tembló al empujar la vieja madera desgastada, que parecía conservar las marcas de todas las veces que la había cruzado antes, hacía ya tantos años. Era extraño cómo los olores, los sonidos y la atmósfera de un lugar podían congelarse en la memoria. El suave murmullo del mar, el eco del viento al atravesar el acantilado… todo seguía igual, pero yo no, y tampoco él.

Al poner un pie dentro, sentí un nudo en el estómago. Era el templo de nuestro amor, pero también el mausoleo donde había enterrado todo lo que alguna vez fui con él. Mi respiración se volvió más rápida a medida que avanzaba despacio, como si cada paso sobre aquel suelo de piedra desgastada trajera de vuelta recuerdos que había intentado enterrar. Bob, siempre leal, permaneció esperando junto a la puerta, atento.

Kairos estaba allí, de pie junto a una ventana que daba a la parte trasera, iluminado por la luz tenue de unas velas que había encendido tras el apagón. Su figura se perfilaba contra el vidrio, y aunque su postura parecía firme y erguida, algo en él reflejaba vulnerabilidad.

Vestía una camiseta de flores tropicales, con tonos anaranjados y negros, combinada con unos vaqueros oscuros. Su cabello, más corto, tenía un aspecto revuelto, como si hubiera pasado horas llevándose las manos a la cabeza. Su piel había perdido el color típico de la isla que solía tener años atrás; estaba pálida, aunque con un leve brillo. Sin embargo, lo que más llamó mi atención fue su mirada reflejada en el cristal: cansada e intensa.

—No esperaba verte por aquí —dijo sin girarse, aunque su voz dejaba entrever algo de emoción.

No supe qué responder. En mi mente, cientos de preguntas competían por salir, pero ninguna encontraba la fuerza suficiente

para convertirse en palabras. Avancé lentamente, me sentía como una extraña en un lugar que alguna vez había sido mío.

—Yo tampoco pensé que lo haría —admití finalmente.

Kairos se giró hacia mí, y al ver sus ojos, algo dentro de mí se tambaleó. Había pasado mucho tiempo, pero seguía siendo él. Con sus sombras, sus cicatrices, con todo lo que había cambiado y todo lo que permanecía igual. Sentí muchas cosas a la vez: rabia, nostalgia, deseo… y miedo.

—¿Cómo estás? —preguntó, aunque su mirada ya buscaba mi respuesta.

—Podría preguntarte lo mismo. Tú eres el ahogado —respondí sin saber qué más decir.

Él sonrió, pero con un matiz de tristeza. Dio un paso hacia mí, aunque se detuvo a mitad de camino.

—No esperaba verte en el mar —dije para romper el silencio que comenzaba a volverse insoportable.

—Y yo no esperaba que me salvaras —respondió con sinceridad —. Aunque no me sorprende; siempre has sido intrépida.

—El otro día no lo fui —murmuré mientras bajaba la mirada al suelo—. Estaba aterrorizada.

Kairos avanzó otro paso, y fue entonces cuando lo vi. El tatuaje. Llevaba la camisa ligeramente desabrochada y en su pecho, justo sobre el corazón, se dibujaba un diseño pequeño y delicado: tres puntos unidos por líneas finas, formando como una pequeña constelación.

—¿Qué es eso? —pregunté mientras señalaba su pecho.

Él bajó la mirada y luego volvió a clavar sus ojos en los míos. Sentí cómo mi corazón se encogía.

—Nunca pude olvidar los tres lunares que tienes en el costado, así que creé mi propia constelación con ellos —dijo con una simplicidad que me dejó sin palabras.

—¿Lo dices en serio?

Kairos asintió y deslizó la camisa hacia un lado para que pudiera verlo mejor, aunque la luz era escasa.

—Siempre fuiste mi constelación favorita, Vega. Tus lunares… Después del ictus, cuando pensé que nunca volvería a verte, me hice

esto. Necesitaba llevarte conmigo de alguna manera y esta parte fue la última en la que pusiste tu mano.

Extendí la mano hacia su pecho, pero me detuve antes de tocarlo. Sabía que ese gesto cruzaría una línea que no podía desdibujar. No pude evitarlo y dejé que mis lágrimas —ya tan habituales en mi día a día— escaparan de su jaula. Era abrumador lo que acababa de escuchar. Me costaba asimilar que se hubiera tatuado algo así por mí, sobre todo en un lugar tan simbólico y único. Todo lo que veía y sentía frente a él parecía irreal. ¿Cómo podía ser posible?

—No sé qué decir… yo…

Él me interrumpió con suavidad:

—No he vuelto para pedirte nada. Solo quiero que sepas la verdad, que entiendas que nunca dejaste de estar en mi vida, aunque yo no estuviera físicamente en la tuya.

Escucharlo me aplastaba, pero no tanto como lo hacían mis propios sentimientos. Había pasado años convenciéndome de que lo odiaba, de que mi vida estaba mejor sin él, pero en ese momento, mientras observaba sus ojos y el símbolo en su pecho, todo aquello se desmoronaba.

—No sé qué hacer con todo esto, Kairos —admití con voz temblorosa—. No sé quién eres ahora, ni qué lugar tienes en mi vida. No sé si tienes pareja, si tienes hijos…

Él negó con la cabeza y dio un paso más hacia mí.

—No tengo nada de eso, Vega. Nunca pude… no después de ti. Solo quiero que sepas que estoy aquí, que siempre lo he estado y que siempre lo estaré, bueno, eso si tú quieres.

Podía sentir ese hilo invisible que siempre había existido. Su proximidad provocaba un leve estremecimiento en mi piel. Quería alejarme, pero al mismo tiempo, una parte de mí deseaba acercarse más. Kairos me observó con esa mirada que siempre había tenido el poder de desnudar mi alma, pero entonces algo en su expresión cambió.

—Sé sincera y dime qué hay entre Darío y tú —me pidió finalmente, con curiosidad y cuidado.

Tomé aire. ¿Cómo podía explicarle algo que ni siquiera yo entendía?

—Darío… —dije más para ganar tiempo que para ofrecer una respuesta concreta—. Darío fue… es… increíble. Ha sido el único hombre que me hizo sentir que podía avanzar, que podía romper esos miedos que tú… —me detuve al sentirme culpable por señalarlo directamente—, que tú me dejaste.

Kairos inclinó ligeramente la cabeza, pero no dijo nada. Me dio espacio para continuar.

—Con él pensé que podría olvidar, que podría abrir mi corazón otra vez sin sentir que me traicionaba a mí misma. Pero… siempre había algo. Siempre había una sombra que lo nublaba todo.

—¿Una sombra? —repitió con interés.

—Según Mere, era el universo dándome señales de que Darío no era el elegido —confesé mientras dejé escapar una media sonrisa.

Él soltó una risa cargada de ternura y cierta incredulidad.

—¿El universo? —preguntó con un destello de humor en los ojos —. Quizá el universo tiene razón, ¿no? Es un suponer… —añadió con un tono juguetón y cauteloso.

—No te rías de eso —respondí, aunque mi tono también era de complicidad.

—No me río, te lo prometo, pero si el universo me está colocando aquí… tal vez deberíamos escucharlo. —Su mirada se suavizó, y el aire a nuestro alrededor cambió, volviéndose más íntimo.

Tragué saliva, incapaz de sostener su mirada por más tiempo. Bajé la vista hacia mis manos, que jugueteaban nerviosas con el dobladillo de mi ropa.

—Lo cierto es que… cuando decidí abrirle mi corazón, tú apareciste, y todo volvió a tambalearse. Pero Darío y yo ya no somos nada. Se va de la isla —admití con voz baja—. ¿Qué quieres de mí, Kairos? —pregunté finalmente, incapaz de soportar más la incertidumbre.

Él me observó con calma. Vi como sus ojos viajaban por cada parte de mi rostro.

—No quiero nada que no quieras darme. A mí me encantaría conocer como eres ahora, como es la mujer increíble en la que te

has convertido. Porque para mí sigues siendo como el atardecer en el océano. ¿Lo recuerdas? Algo tan increíble que no se olvida.

Su honestidad me desarmó.

—Joder… se me va a salir el corazón por la boca. Me da vergüenza confesártelo pero estoy acojonada —confesé en un susurro.

Kairos sonrió con dulzura.

—Yo también lo estoy, pero quizá sea hora de enfrentarnos a ese monstruo. Mira esas estrellas, Vega —señaló el cielo tras la ventana —. ¿Sabes? Siempre he pensado que el amor es como navegar por un océano inmenso de noche. A veces, las estrellas se ven con claridad y confías en ellas para guiarte, pero otras, las nubes lo cubren todo y te sientes perdido. Aun así, sigues navegando, porque sabes que están ahí, aunque no puedas verlas. Para mí, tú siempre fuiste esas estrellas. Incluso cuando estaba perdido, sabía que estabas ahí. Y quizá ahora… quizá ahora el cielo está despejado otra vez.

Levanté la vista hacia él y encontré una verdad tan pura en su rostro que sentí cómo mi corazón se desmoronaba y se reconstruía al mismo tiempo.

—No sé si puedo ser lo que necesitas, Kairos —murmuré con un nudo en la garganta—. Sigo llena de dudas, de miedos…

Él extendió su mano hacia la mía con cuidado para que no me asustara. El contacto de su piel fue como una corriente que recorrió todo mi cuerpo. Sentí que las lágrimas volvían a mis ojos.

—Estoy rota, Kairos —admití en un susurro entrecortado.

—Y yo también lo estoy. Mírame —respondió con una voz tan suave como la brisa del mar a la vez que se señalaba la boca—. Pero tal vez podamos aprender a reconstruirnos juntos.

Bajé la mirada hacia su pecho, donde las líneas de esa constelación inventada estaban tatuadas, y supe que su corazón ya había tomado una decisión.

Kairos apretó mi mano con firmeza.

—Vega, no vine a la isla con la intención de que esto sucediera. Estoy más asustado que tú. Hace unos días estaba en la ciudad, atendiendo consultas, y de repente, no sé cómo ha pasado, pero

míranos. Parece que nunca se llega tarde a un amor destinado a ser tuyo. Necesito que confíes en mí. Te juro que no habrá más barreras. —Su voz, firme y a la vez tierna, logró derribar las mías—. Es hora de dejar atrás el miedo, de liberarnos del dolor. Si la vida nos ha traído hasta aquí, no pienso desperdiciar esta oportunidad. No quiero que volvamos a escondernos. No puedo seguir viviendo como lo he hecho estos años, porque eso no es vivir de verdad.

Aún quedaba un muro alto que debía caer. Kairos lo sabía, y no retrocedió. Siguió:

—Si sufriste tanto, si ese dolor te hizo cuestionarlo todo, entonces te debo un mundo nuevo. —Sus ojos se clavaron en los míos, y sus palabras vibraron con fuerza—. Déjame ofrecerte lo que una vez soñamos juntos y que nunca pude cumplir. He pasado demasiados años luchando contra mí mismo, contra mi propio cuerpo. Ven, acompáñame.

Se dirigió hacia la puerta trasera, aquella que siempre había sido el refugio de nuestro amor. Abrió la vieja madera con un gesto lento y se sentó en una de las tres escaleras desgastadas que había allí. Lo seguí, y me acomodé a su lado. Todo se tornó más íntimo, como si estuviera a punto de desnudar su alma frente a mí. La noche era preciosa, y las estrellas parecían presenciar aquel momento.

—Cuando tuve el ictus —empezó con voz baja—, sentí que mi cuerpo me había traicionado. Era como estar atrapado en una pesadilla de la que no podía despertar. Mi cuerpo estaba inmóvil, completamente inútil. Solo podía mover los ojos, y ni siquiera eso siempre funcionaba.

Hizo una pausa y su mirada vagó hacia un punto distante, como si reviviera aquellos días oscuros.

—Al principio, pensé que era un castigo —continuó— por haber cruzado límites, por haber estado contigo cuando no debía. Sentía que merecía cada segundo de aquel infierno pero, con el tiempo, el miedo y la desesperación empezaron a diluirse. Me aferré a la idea de que tenía que salir de eso, de que había algo por lo que luchar.

Su relato me atravesaba el alma. Cada palabra suya rompía una parte de mí mientras otra intentaba repararse.

—¿Cómo lo superaste? —pregunté temerosa de la respuesta.

Kairos me miró con una mezcla de dolor y orgullo.

—Fue un proceso lento, exasperante. El primer día que logré mover un dedo, lloré como un niño. La primera vez que conseguí ponerme de pie, aunque necesitara ayuda, sentí que había escalado una montaña. —Esbozó una sonrisa teñida de melancolía—. Y el día que conseguí atarme las cordoneras del zapato por mí mismo… Vega, nunca valoramos esas pequeñas cosas, las damos por sentadas, pero yo lo celebré como si hubiera ganado un campeonato.

El nudo en mi garganta se hizo más grande. Sus palabras, tan simples y a la vez tan profundas, calaban en mi corazón.

—Volver a leer, a escribir, a expresar lo que sentía... todo fue una batalla. Cada pequeño logro era un recordatorio de que aún estaba aquí, de que aún tenía algo que hacer. Y cada ejercicio facial, cada intento de recuperar mi sonrisa, lo hice con una sola imagen en mi mente: tú. Me prometí que te volvería a sonreír.

Yo no podía dejar de llorar, así que me incliné hacia él y apoyé la cabeza sobre su pecho. Sentí el latido de su corazón, fuerte y constante.

—Este corazón luchó cada día porque sabía que tenía que estar vivo para encontrar a su dueña; y esa eres tú, Vega. Siempre lo fuiste.

Levanté la vista y él me miró con amor, devoción y deseo. Sus manos se deslizaron hacia mi rostro y me acarició con una suavidad que me hacía temblar.

—No sé si puedo hacer esto —me sentía al borde del abismo.

—Estoy aquí, contigo; siempre estaré contigo —acercó su rostro al mío—. Siempre lo he estado.

Kairos midió cada centímetro que nos separaba. Su aliento cálido rozó mi piel antes de que sus labios hicieran contacto con los míos. Fue un roce sutil al principio. Cuando nuestros labios se encontraron, sus manos, grandes y firmes, se deslizaron lentamente desde mis mejillas hasta mi cuello. Sentí la fuerza contenida en sus dedos, el deseo reprimido que ahora se liberaba mientras me tocaba.

Su lengua rozó la mía con un movimiento que parecía diseñado para provocar, me exploró con una mezcla de dulzura y hambre que

me hizo olvidar todo lo que no fuera ese momento. Mis dedos se agarraron con fuerza a su camisa, buscando un punto de anclaje mientras la intensidad de aquel beso aumentaba. Su cuerpo se acercó más al mío y pude sentir el calor que emanaba de él.

Kairos no solo me besaba; parecía reclamar cada parte de mí. Mi piel ardía bajo sus caricias, y cuando sus manos se deslizaron hacia mi cintura, sus dedos se curvaron ligeramente, sosteniéndome como si nunca fuera a dejarme ir. Mis propias manos tomaron vida; se movieron por su pecho y sintieron el latir desbocado de su corazón.

La tensión que siempre había existido entre nosotros, esa fuerza magnética que nos empujaba y nos atraía, alcanzó su punto máximo, pero esta vez no había frenos. Me sentí libre, completamente entregada al momento; toda la lucha interna quedó atrás, como si mi cuerpo finalmente hubiera encontrado un verdadero hogar en el suyo.

Kairos rompió el beso con un jadeo suave, pero no se apartó. Su frente se apoyó contra la mía y sus ojos me miraron con una fuerza que me dejó completamente inmóvil.

—Vega… —susurró con voz ronca—. Eres todo lo que siempre he deseado y más.

Mis labios se curvaron en una sonrisa temblorosa mientras mis dedos trazaban el contorno de su mandíbula. Se había afeitado y su cara estaba suave.

—Kairos… —mi propia voz salió cargada de deseos que no sabía cómo contener—. No sé cómo hacerlo, pero no quiero que esto termine otra vez.

—No va a terminar —respondió mientras llevaba sus labios a mi cuello y dejaba pequeños besos que encendieron una corriente de fuego por todo mi cuerpo—. Quiero que todo comience de nuevo, contigo.

Y en ese instante, con su cuerpo tan cerca del mío, con el calor de su aliento en mi piel, supe que Kairos era mi abismo, mi refugio, y estaba lista para lanzarme al vacío pero junto a él.

46

Aquella noche, sentada en las escaleras de ese rincón tan especial para los dos, sentí que comenzaba algo que nunca debió terminar… o quizás algo que, en el fondo, nunca terminó. Por primera vez en años, me sentía lista para gritarle al mundo lo que mi corazón había decidido. Ya no tenía que seguir mintiéndome.

Esa decisión, días después, se materializaba en mi casa, en una comida que habíamos preparado con cuidado, nervios e ilusión. Ya no había secretos ni sombras que escondieran nuestro amor; había llegado el momento de presentarlo al mundo.

La cocina estaba impregnada de aromas deliciosos. Kairos y yo habíamos pasado toda la mañana juntos, preparando los platos que serviríamos más tarde, como aquella vez que cocinamos en su cocina. Yo cortaba los tomates con precisión, mientras él marinaba el pescado que habíamos comprado esa misma mañana en el puerto, moviéndose con la destreza de alguien que disfrutaba de cada detalle.

—Creo que Bob está más emocionado que nosotros —señalé al perro que correteaba alrededor de la mesa, moviendo la cola sin parar.

—Eso es porque sabe que hoy es un día importante —respondió con una sonrisa traviesa mientras revisaba la cazuela de arroz. Su voz, calmada y segura, me llenaba de paz. Cuánto había echado de menos esa sensación.

Mientras salía a colocar los platos en la mesa que habíamos dispuesto bajo la marquesina, vi como Kairos se detuvo. Estaba en la puerta, de pie frente a la cala, con la mirada fija en el agua. El reflejo del sol sobre las olas iluminaba su rostro, y por un instante parecía tan absorto en sus pensamientos que no quise interrumpirlo. Sin embargo, la curiosidad fue más fuerte.

—¿Te estás arrepintiendo de dar este paso? —pregunté con tono bromista mientras apoyaba los platos en la mesa.

Kairos giró la cabeza hacia mí y negó suavemente. Dio un paso hacia donde yo estaba y, sin decir nada al principio, me tomó de la cintura con la misma delicadeza con la que había sostenido mis recuerdos todos esos años.

—¿Arrepentirme? Todo lo contrario. Durante este tiempo, hubo momentos en los que pensé que no lo lograría, que nunca volvería a sentirme completo, pero una fuerza imparable me empujaba hacia adelante. Esa fuerza eras tú. No me creo que esté aquí, contigo. Que esté pasando esto.

Mi corazón se encogió al escuchar sus palabras. Sentí el calor subir a mi rostro mientras él continuaba, con la mirada fija en la mía.

—Cuando estaba atrapado en mi propio cuerpo, soñaba con este momento, con este instante. Te veía colocando platos en una mesa, sonriendo como lo haces ahora. Sabía que, si seguía luchando, si no me rendía, algún día estaría aquí. Y ahora que lo estoy, Vega, no hay otro lugar en el mundo donde quiera estar.

Quise responder, pero las palabras se quedaron atoradas en mi garganta. Solo pude rodearlo con mis brazos y abrazarlo con todas mis fuerzas.

—Te amo, Kairos —susurré contra su oído y permití que las palabras fluyeran por fin.

—Y yo a ti, mi estrella favorita. Siempre.

El ladrido de Bob interrumpió el momento, y ambos reímos. Kairos recogió los platos que había dejado sobre la mesa y los colocó con cuidado, mientras yo terminaba de ajustar los cubiertos. Todo estaba preparado para recibir a las personas más importantes de mi vida, para mostrarles que lo nuestro no solo era amor, sino también valentía y esperanza.

—Vamos a hacerlo bien —dijo Kairos mientras se inclinaba para besar mi mejilla.

—Ya lo estamos logrando —respondí.

El sonido de la gravilla bajo las ruedas del coche de mi padre nos avisó de su llegada antes de que lo viéramos. Kairos y yo estábamos fuera, junto a la mesa lista para el almuerzo. Bob jugaba con una pelota de goma.

Cuando mi padre salió del coche, se detuvo para observarnos. Creo que tuvo que ser raro para él vernos de una manera diferente a la que estaba acostumbrado. Bob fue el primero en acercarse corriendo hacia donde estaba. Mi padre se agachó para acariciarlo antes de levantar la mirada de nuevo hacia nosotros. Su expresión era seria, aunque no parecía severa; más bien, reflejaba reflexión.

Kairos, a mi lado, se mantuvo erguido, pero sentí cómo sus dedos buscaban los míos, quizás en busca de apoyo. Respondí con un suave apretón.

—Papá —dije con una sonrisa mientras él avanzaba. Me acerqué para abrazarlo.

—Hola, hija —respondió al devolverme el abrazo, y luego centró su atención en el que ya era oficialmente mi pareja. Con una leve inclinación de cabeza, extendió la mano hacia él.

—Kairos —saludó con un tono firme, aunque sin rastro de hostilidad.

—Germán —contestó Kairos al estrechar su mano con determinación.

Mi padre lo estudió detenidamente. Luego, soltó un suspiro largo para relajar los hombros, y una ligera sonrisa cruzó su rostro.

—Conozco a este hombre desde hace años —dijo girándose hacia mí aunque mantuvo la mirada fija en él—. Y sé que no podría haber alguien mejor para ti, Vega. Eso, me da tranquilidad.

Kairos pareció relajarse con aquellas palabras, aunque no perdió la oportunidad de responder.

—Germán, quiero que sepa algo —dijo con voz clara y firme—. Amo a su hija desde hace muchos años. Le prometo que haré todo lo que esté en mi mano para cuidarla, para que nunca le falte nada. Le hablo con el corazón en la mano.

Mi padre lo observó con ternura antes de dar un paso hacia él.

—Kairos, creo en tus palabras, pero hay algo que debes tener muy claro. Vega es lo más valioso que tengo. Si algún día, por cualquier motivo, sientes que ya no estás enamorado de ella, no le hagas daño. Tráemela de vuelta a casa y yo la cuidaré, como siempre lo he hecho, pero no la rompas; eso no te lo perdonaría.

Kairos tragó saliva con dificultad, visiblemente conmovido por aquellas palabras. Luego asintió con firmeza.

—Lo prometo, Germán. Nunca haré nada que le haga daño, pero sé lo que siento por ella: no es algo pasajero. Han sido trece largos años amándola en silencio. Y ahora que estoy aquí, que estamos juntos, no la voy a dejar escapar.

Un nudo se formó en mi garganta, y las lágrimas comenzaron a llenar mis ojos; no podían faltar en ese momento. Mi padre me miró con esa ternura que siempre había tenido hacia mí y, luego, posó una mano en el hombro de Kairos.

—Entonces cuídala como merece. Haz que este amor sea algo de lo que ambos podáis sentiros orgullosos.

Kairos asintió de nuevo, y el ambiente se tornó más ligero, como si las palabras de mi padre hubieran dado su bendición. Bob, como si percibiera el momento, se levantó y comenzó a dar vueltas a nuestro alrededor, ladrando con alegría. Mi padre sonrió y acarició su cabeza antes de dirigirse hacia la mesa.

Mi novio, con su expresión más relajada, sirvió una copa de vino blanco para mi padre justo cuando el rugido de un motor irrumpió de nuevo. Era el coche de Dante, que se acercaba con música a todo volumen. Un todoterreno negro, con cristales oscuros y un diseño imponente; parecía un coche sacado de *Fast & Furious*. La música se detuvo de golpe, Dante salió del coche y cerró la puerta con un movimiento elegante.

Se dirigió al otro lado, abrió la puerta del copiloto y, con un gesto galante, le ofreció la mano a Nora. Ella salió con una gracia natural, luciendo un conjunto que equilibraba comodidad y glamour.

Llevaba unas gafas de sol grandes, su melena recogida en un moño algo deshecho y unos tacones demasiado altos para el terreno de gravilla. A pesar de ello, caminaba con la seguridad de quien puede dominar cualquier escenario. Parecían los Beckham, aunque Dante, con su pelo negro y la piel bronceada por el sol perpetuo, tenía su propio estilo.

Cuando Nora me vio, sus ojos se iluminaron. Sin importarle los tacones ni la dificultad de caminar por aquel suelo, corrió hacia mí lo mejor que pudo. Nos abrazamos con fuerza, con toda la energía acumulada de los días que habíamos pasado sin vernos.

—¡Zorrona! —exclamó con ese tono desenfadado tan suyo, mientras me miraba con cariño—. Me voy unos días y pones tu vida patas arriba.

Reí y, con ternura, posé mi mano sobre su vientre. Lo acaricié suavemente.

—Eso de patas arriba ya te digo yo que es literal —respondí para seguirle el juego.

Nora arqueó una ceja y, sin perder un segundo, replicó:

—¡Qué guarra te has vuelto desde que estás con el psicólogo! —dijo entre risas que resonaban en todo el jardín.

Antes de que pudiera contestar, Dante llegó hasta nosotras. Con su porte tranquilo y esa sonrisa blanca que siempre llevaba, me saludó con afecto.

—Vega, siempre es un gusto verte —dijo mientras se inclinaba para darme un abrazo breve.

Kairos apareció junto a mí con una botella de vino en la mano, y aproveché para presentarlo como mi pareja de manera formal, aunque ya nos conocíamos todos. Nora no tardó en soltar una broma antes de que pudiera terminar.

—¡Vaya, Vega! —lo observó de arriba abajo—. Este hombre es como el vino… —murmuró con humor, lo que me llevó a darle un leve golpe en el brazo.

—Pórtate bien, por favor —le pedí en un susurro, aunque no pude evitar sonreír.

Kairos, sonrió mientras se acercaba para darle dos besos.

—Es un placer conocerte de manera formal, Nora. —Su mirada, con un toque pícaro, no pasó desapercibida para mi amiga.

Dante, por su parte, saludó con un gran abrazo a Kairos antes de dirigirse hacia mi padre, que lo recibió con su habitual calidez.

—Germán, es un honor verte de nuevo. Espero que el club esté en plena forma —comentó Dante mientras se sentaba junto a él en la mesa.

Kairos se acercó al futbolista y le ofreció una elección:

—¿Cerveza o vino?

Dante no dudó.

—Vino. Hoy es día de celebrar, ¿no?

—¡Qué razón tienes!

—¡Vega! —me llamó Dante mientras Kairos llenaba su copa—. Te entiendo perfectamente. Yo también he dudado a veces de mi sexualidad porque Kairos me encandilaba con sus reflexiones.

—¡Qué idiota eres, Dante! —soltó Kairos entre risas.

—¿Perdona? ¿Tengo que estar celosa? —intervino Nora con su tono habitual, siempre en busca de esa chispa en las conversaciones.

Dante estalló en carcajadas, y el ambiente se llenó de bromas y risas. Aquel momento me recordó lo afortunada que era de tener a estas personas en mi vida. Todo estaba saliendo mejor de lo que había imaginado.

El rugido de una pequeña motocicleta llegó hasta nosotros. Teo, el florista, conducía con Mere sentada detrás. Su melena al viento lucía radiante como siempre.

Cuando la moto se detuvo, Teo bajó de un salto y abrió un pequeño compartimento en la parte trasera. Sacó un ramo de flores tan hermoso que parecía salido de un cuento. Nora, con su habitual instinto para captar detalles, me llamó para cuchichear.

—¿Lo ves? —dijo en voz baja mientras lo observaba—. Ese chico es perfecto para Mere. ¿Te das cuenta? Lo está presentando en sociedad. Eso sí que es importante. Con Fonsi nunca llegó a hacerlo.

Sonreí. Mere siempre había sido muy cuidadosa con su corazón, pero aquello era diferente. Lo que tenía con Teo parecía auténtico. Antes de que pudiera responderle a Nora, Mere se acercó a mí y me envolvió en un abrazo lleno de cariño.

—Gracias por invitarlo, Vega. ¡Estás preciosa! —exclamó con una sonrisa que iluminaba todo a su alrededor.

Teo, a su lado, me saludó con cortesía. Para mi sorpresa, ya no llevaba el ramo de flores. Todo ocurrió muy rápido. Cuando me giré, vi que los demás se habían levantado de sus sillas y habían formado un semicírculo a mi alrededor.

Me volví hacia Kairos, y lo vi. Sostenía el ramo con ambas manos y, antes de que pudiera reaccionar, bajó una rodilla al suelo.

—¿Qué estás haciendo? —sentí cómo mi corazón se aceleraba hasta retumbar en mis oídos.

Kairos alzó la mirada hacia mí y sus ojos brillaban.

—Vega —comenzó—, la primera vez que te vi eras solo una adolescente que había perdido a su madre, alguien que llegó a mi consulta con más dolor que esperanza, con más preguntas que respuestas. No sabía qué hacer con todo lo que provocaste en mí, porque desde ese primer momento supe que eras especial. Eras fuego, eras luz.

Hizo una pausa, y el silencio que vino después cargaba todo lo que había quedado sin decir.

—Ahora, después de todos estos años, de sobrevivir a la distancia, al tiempo y a nuestras propias sombras, te veo aquí, frente a mí, y sé que siempre lo supe: tú eras mi destino.

Un sollozo escapó de mi garganta mientras las lágrimas comenzaban a rodar por mis mejillas. Kairos me ofreció el ramo de flores con ternura.

—Estas flores representan todo lo que has sido para mí. Y si las aceptas, también aceptarás todo lo que soy, todo lo que he sido y todo lo que seré.

Con manos temblorosas, tomé el ramo. Kairos metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña caja. Al abrirla con calma, dejó al descubierto un anillo delicado y único. En el centro del anillo, una estrella hecha de diamantes brillaba con intensidad.

—Sé que nuestra historia no ha sido fácil, que hemos tenido que esperar, pero si este amor ha sobrevivido trece años, es porque se ha cocinado a fuego lento, y ahora sabe mucho mejor.

Nora, fiel a su estilo, no pudo contenerse.

—¡Por Dios, Kairos, qué porno eres con eso de que ahora sabe mejor! —provocó risas entre todos, que se mezclaron con la emoción del momento.

Incluso Kairos se unió a las risas, aunque su mirada permanecía fija en la mía. Cuando el bullicio disminuyó, volvió a hablar con seriedad. Me costaba ser consciente de lo que pasaba delante de mis narices.

—Sé que esto puede parecer precipitado, Vega. Apenas llevamos unos días juntos de nuevo, pero he aprendido algo en estos años: no tiene sentido seguir esperando. Hemos pasado demasiado tiempo separados. No quiero perder ni un segundo más. No puedo prometerte que no habrá días difíciles, pero sí que nunca dejaré de luchar por ti, por nosotros. Te amo como nunca he amado a nadie. Eres mi estrella, y quiero que ilumines mi vida para siempre.

Tomó mi mano con delicadeza y, con una sonrisa que atravesó mi alma, formuló la pregunta que cambiaría nuestras vidas.

—¿Quieres casarte conmigo, mi estrella de sal?

El silencio se rompió con jadeos ahogados. Las lágrimas se mezclaron con mi risa nerviosa. En ese instante, el único sonido que importaba era el latido acelerado de mi corazón.

—Sí, Kairos, claro que quiero casarme contigo —respondí con la voz quebrada por la emoción.

Una ovación llenó el aire. Mientras él deslizaba el anillo en mi dedo, sentí cómo mis manos temblaban, mi corazón latía con fuerza, y mis mejillas se humedecían con lágrimas que no podía controlar. Era como si mi cuerpo, mi alma y mi corazón se hubieran sincronizado para decirme lo mismo: *Por fin lo has encontrado.* Éramos nosotros, después de todo. Siempre lo habíamos sido.

47

Me miré al espejo y observé mi reflejo. El vestido caía sobre mi cuerpo como una caricia, un *slip dress* de satén blanco que realzaba cada curva sin esfuerzo. La espalda quedaba descubierta, con los tirantes cruzados de manera delicada. Una corona de flores tropicales adornaba mi cabello, lo que me conectaba con cada detalle de aquel rincón mágico transformado en nuestro altar.

—Estás impresionante, amiga. —La voz de Nora interrumpió mis pensamientos.

Giré la cabeza y la vi sonreír con una mano sobre su vientre abultado. Su vestido *beige* fluido, con escote en forma de corazón y tirantes, resaltaba su embarazo sin perder elegancia; parecía una diosa de la fertilidad.

—Increíble es quedarse corta —añadió Mere con su estilo desenfadado.

Llevaba un vestido largo de lino, también *beige*, con detalles de encaje acordes con su personalidad bohemia y había adornado su cabello con pequeñas flores. Se acercó y posó una mano en mi hombro con ternura.

—Vega, este no es solo un día especial, es la culminación de tantas energías que han trabajado para uniros. El universo tenía un plan para vosotros, y hoy estás aquí porque este es exactamente tu lugar.

Sus palabras, como siempre, tenían magia.

—Bueno, bueno —interrumpió mi otra amiga, acercándose con una sonrisa pícara mientras acariciaba su vientre—. A ver si esta noche Kairos te hace un bombo, porque estar embarazada sola es un rollo y mi niño necesita un primito o una primita, ¿eh?

Solté una carcajada y negué con la cabeza.

—Déjanos disfrutarnos un poco a solas.

Antes de que pudiera decirme algo, la figura de mi padre apareció detrás de mí, reflejada en el espejo. Tenerlo cerca siempre

conseguía tranquilizarme. Llevaba un traje del mismo color que el de mis amigas, sencillo y sin corbata, perfecto para el ambiente relajado que queríamos en la boda.

—Hija, ¿estás lista? —preguntó con orgullo.

Respiré profundamente. Estaba hecha un manojo de nervios.

—Sí, papá. ¡Claro que sí!

Finalmente, mi padre ofreció su brazo y, con una sonrisa cargada de amor, comenzó a caminar conmigo. Salimos de la casa y nos dirigimos hacia el altar.

El sendero estaba decorado con flores tropicales que se entrelazaban con figuras de estrellas hechas de sal, colgadas de arcos de madera clara. La brisa marina rozaba mi piel mientras avanzaba, y el sonido del océano acompañaba mis pasos como una melodía de fondo. Estábamos en la parte trasera de la casa de Kairos, ese rincón era nuestro rincón y debía ser testigo del día más especial de nuestras vidas.

Al llegar al final del camino, lo vi. Kairos me esperaba allí, vestido con un pantalón de lino claro y una camisa a juego, con las mangas remangadas. Sus pies descalzos descansaban sobre el altar de madera que se alzaba frente al acantilado. El sol comenzaba a ponerse, y el cielo tenía tonos amarillos y naranjas. Esa luz cálida se reflejaba en sus ojos, que brillaban como nunca antes.

Su sonrisa tenía ese toque especial, esa curvatura en un lado que había aprendido a amar. Aquel pequeño detalle, que una vez simbolizó dolor, ahora solo significaba superación.

Nuestros ojos se cruzaron, y en ese instante, todo lo demás quedó olvidado. Kairos era mi refugio, y en ese momento, su mirada me lo confirmó. Al llegar hasta él, me acarició la mejilla con la yema de sus dedos antes de depositar un beso suave en mi nariz.

—Estás… —Kairos hizo una pausa—. No hay forma de describir lo increíble que estás.

Tomé su mano y sentí el calor que desprendían.

—Estoy lista, Kairos —le dije, y mi voz no tembló porque era verdad. Todo en mí sabía que este era nuestro momento.

Él asintió y, con su pulgar, rozó mi mano. Nos giramos hacia el oficiante, con el océano como testigo de nuestra unión.

Cuando llegó el momento de decir mis votos, sentí un nudo en el estómago. Me volví y nuestras miradas se encontraron. Inspiré profundamente y dejé que las palabras que llevaba dentro bailaran hacia él.

—Hoy, quiero que mi madre esté presente. Ella siempre decía que la vida está llena de elecciones y que cada elección trae consigo su propio desafío. «Escoge tu difícil», me repetía, porque había leído una reflexión sobre ello en un libro. Decía que no existía un camino sin obstáculos, pero sí uno que hacía que cada paso valiera la pena. —Hice una pausa para asimilar esas palabras, tanto en mi mente como en mi corazón—. El matrimonio es difícil; el divorcio, también. Estar en forma es difícil; rendirse, igual. En el amor, comunicarse y no hacerlo pueden ser retos igual de complicados, pero ella me enseñó que todo radica en la elección: escoger el desafío que me llene el corazón, el que me haga crecer y sentirme viva. Kairos, hoy escojo nuestro «difícil». Escojo nuestra historia, nuestra lucha, nuestras risas y lágrimas, porque aunque hemos atravesado momentos en los que todo parecía perdido, sé que contigo cualquier desafío se transforma en algo posible. Elegí enfrentarnos a nuestro pasado porque sabía que ahí estaba nuestro futuro. Prometo caminar a tu lado en cada desafío, aprender contigo en cada paso y celebrar que, juntos, siempre encontraremos una razón para seguir adelante.

Vi cómo Kairos me miraba emocionado. Las lágrimas comenzaron a recorrer mis mejillas, pero no intenté detenerlas. La emoción en sus ojos me mostró que mis palabras habían llegado directamente a su corazón.

Apretó mis manos entre las suyas, y cuando llegó su turno, su voz, cargada de amor, me envolvió como un abrazo. Tembló ligeramente al principio, pero se recuperó enseguida. Me miró como si no hubiera nadie a nuestro alrededor.

—Vega, quiero contarte una historia que, curiosamente, lleva tu nombre. Es la historia de Altair y Vega, dos estrellas que brillan con fuerza en el cielo, pero que durante siglos fueron separadas por la

Vía Láctea, el gran Río Celestial. Solo podían encontrarse una vez al año, en el séptimo día del séptimo mes lunar, durante el Festival Qixi. Imagínate, pasar todo un año esperando un solo día para estar juntos. Hoy, aquí, ante ti, te prometo que nosotros no seremos como ellos. No viviremos más tiempo separados, ni esperaremos otro año, otro mes, ni siquiera un día para encontrarnos. Nuestro amor no tendrá límites ni barreras, porque hemos cruzado nuestra propia Vía Láctea para llegar hasta este momento. Vega, tú eres mi estrella, mi brújula, la luz que siempre me guía. Te prometo que nunca más habrá distancia entre nosotros. Estaremos juntos cada día, porque tú y yo no somos una leyenda. Somos una realidad, un amor que desafió al tiempo, a la separación y a nuestras propias dudas. Hoy, por fin, puedo decir que todo valió la pena. Cada paso, cada batalla, cada caída me trajeron hasta aquí, frente a ti, en este rincón que es nuestro. Prometo que te amaré con la misma fuerza con la que he soñado contigo durante trece años. Y prometo que cada día será un recordatorio de que el amor más grande es aquel que supera todos los desafíos. Hoy, te prometo ser el cielo donde siempre puedas brillar. Prometo que, cuando necesites apoyo, seré el horizonte donde te encuentres, y cuando busques libertad, seré el viento que te lleve lejos, sin perderte de vista. Porque contigo, Vega, he descubierto que las estrellas no solo iluminan el camino; también nos enseñan que, aunque distantes, siempre encuentran la manera de estar conectadas.

Mis lágrimas caían sin control mientras Kairos levantaba una mano para limpiarlas con ternura. Quise decir algo, cualquier cosa, pero no encontré palabras; el nudo en mi garganta era demasiado grande. Entonces, él se inclinó hacia mí y, con un beso lleno de amor y promesas, sellamos todo lo que habíamos dicho.

Bajo aquel cielo rojizo, con el sonido del mar como testigo, supe que estaba exactamente donde tenía que estar. Allí, con Kairos, comenzaba el resto de mi vida.

Y tras aquel momento, lo mejor de todo es que seguimos añadiendo ladrillos cada día.

Nora tuvo a su hijo poco después de nuestra boda. Ahora, es un niño de seis años con un talento innato para el baile. Le encanta inventar coreografías y montarse sus propios espectáculos en cualquier rincón que encuentra. Mi amiga siempre bromea diciendo que es un espíritu libre, pero no hay duda de que el niño tiene una chispa especial que lo hace único.

Mere nos sorprendió con su manera tan particular de vivir el amor. Una tarde, mientras tomábamos unos vinos, anunció que Teo y ella se habían casado en secreto. Ahora, viven en una cabaña rodeada de naturaleza, donde han creado un hogar lleno de paz. Cada vez que nos visitan, nos traen una cesta llena de productos hechos por ellos mismos: jabones, miel y hierbas aromáticas. Su vida es tan sencilla como intensa, y verla feliz me recuerda que cada uno encuentra el amor a su manera.

Mi padre, Germán, también encontró su propio capítulo feliz. Hace un par de años conoció a Mila en el club. Fue un encuentro casual, mientras manejaba un yate que un grupo de amigas había alquilado para un paseo. Manu, el encargado habitual, no se presentó ese día, y mi padre tuvo que improvisar. Mila, con su risa contagiosa, le devolvió las ganas de abrirse al amor. Sé que mi madre siempre estará con nosotros, pero también estoy segura de que ella habría querido que él encontrara una nueva oportunidad para ser feliz.

Meses después de mi boda, contacté con Darío. Sentía que debía agradecerle lo que hizo por mí. Me contó que había encontrado su lugar en un pueblo de montaña, donde el frío era constante. Me dijo que estaba construyendo algo nuevo, algo suyo, y que estaba en paz. Saber aquello me hizo feliz. Darío merecía eso tanto como yo merecía este presente.

Cuando descubrimos que estaba embarazada, la mirada de mi marido reflejó la emoción de quien recibe un regalo profundamente deseado. Sin embargo, al enterarnos de que esperábamos mellizos, la sorpresa nos dejó sin palabras. Kairos soltó una risa llena de asombro y comentó que el universo, con su peculiar sentido del

humor, había decidido darnos un niño y una niña para asegurarse de que el equilibrio en nuestra vida fuera perfecto.

Ahora, mientras observo a Kairos jugando con los peques, siento que nuestra vida ha tomado forma de una manera que nunca imaginé. Nuestra casita, la que compartimos junto a la cala, es nuestro refugio. Arreglamos la antigua casa de sus abuelos para sus padres, quienes se han instalado en la isla y disfrutan de tener a sus nietos cerca. Sin embargo, la pequeña consulta de Kairos sigue en el mismo lugar donde todo comenzó y allí atiende a sus pacientes, al igual que lo hace online.

Bob, nuestro fiel compañero, ya no es el cachorro que una vez corría sin descanso. Ahora es un anciano con los movimientos más lentos, pero sigue siendo el protector de la familia. Cuando los niños juegan cerca del agua, él no se aparta de su lado, atento a cada paso, cada risa, cada travesura. Lo llaman su «mejor amigo», y no me sorprende: Bob siempre ha sido mucho más que un perro para nosotros.

Mientras observo a mis hijos, pienso en cómo sus nombres encapsulan nuestra historia de amor. Estela, cuyo nombre significa «estrella», es el reflejo de la fuerza y la luz que nos guía. Tiene una energía desbordante y corre por la orilla lanzando piedrecitas al agua. Tuzan, que significa «sal», es nuestro pequeño explorador, que lleno de calma y curiosidad, construye castillos de arena.

Kairos, de pie en la orilla, los observa con una sonrisa preciosa, que para mí es simplemente perfecta. De vez en cuando, me cuenta que verlos juntos le recuerda a su hermana y a él cuando eran pequeños y corrían juntos por este mismo lugar. Dice que, en esos momentos, siente que ella está aquí, compartiendo esta felicidad con nosotros.

Él se acerca a mí, y al abrazarme por la cintura, entonces recuerdo que su nombre significa «el momento oportuno». Y eso es lo que somos: una historia de oportunidades, de momentos cruciales que nos trajeron hasta aquí. Su nombre no solo es una palabra; es nuestra realidad. Kairos es ese tiempo perfecto que cambió mi vida para siempre.

Agradecimientos

Durante muchas noches, en la calma de una casa silenciosa antes de dormir, pensaba en cómo sería esta nueva historia. No tenía nada definido, pero en mi mente ya corría la imagen de estas tres amigas. Comencé a escribir pequeños fragmentos sin saber hacia dónde me llevarían. Fui guardando esos textos, hasta que, como por arte de magia, todo comenzó a encajar.

Con diecisiete años, acudía varias veces a la semana a la consulta de Sergio, mi psicólogo, para que me acompañara durante el proceso oncológico que enfrentaba mi pareja en aquel entonces —si quieres saber más sobre ello, te recomiendo mi libro titulado *Ojalá*—. Él sabía perfectamente lo que estábamos atravesando, ya que se había curado de un cáncer durante su adolescencia. Tras la pérdida de mi novio, fueron meses y meses de terapia en los que, gracias a su paciencia y comprensión, conseguí ver la luz. Recuerdo aquellas largas sesiones en las que el silencio decía más que nuestras palabras, momentos en los que nunca me presionó para que me expresara si no estaba preparada. A veces lo hacía, a veces no, pero él siempre estuvo ahí.

Sergio me sostuvo en los momentos más oscuros, pero un día, de repente, desapareció. Dejó de contestar mensajes y llamadas. Recordé algo que me había dicho en una ocasión: «*Si alguna vez te sientes abrumada, apaga el teléfono. Si realmente le importas a quien te quiere contactar, lo comprenderá*». Y lo comprendí. Pensé que él también necesitaba desconectar de su vida durante un tiempo.

Meses después, alguien me comentó que lo había visto paseando a su perro por la orilla del río, y fui a buscarlo. Allí estaba, con un gorro que ocultaba lo evidente: le habían diagnosticado de nuevo un tumor cerebral.

Me alegró verlo, pero al mismo tiempo reviví el dolor de mi pérdida. Esa fue la última vez que lo vi. Se marchó del pueblo y

regresó a Alicante; le perdí la pista.

Once años después, recibí un mensaje suyo por Facebook. Era de noche y estaba detenida en el coche, frente a un semáforo, en la Puerta de Alcalá, en Madrid. Era un simple emoji de una mano saludando. Sentí un escalofrío. Contesté enseguida: «*¿De verdad eres tú?*». Y sí, era él. Miré a mi derecha, le hice una foto a mi hijo Omar, que entonces tenía apenas unos meses, y se la envié. Le hablé de cómo mi vida había cambiado, de que vivía en Madrid y de que había vuelto a creer en el amor.

Sergio me contó muchas cosas, pero en sus mensajes había algo extraño. Tiempo después supe que el tumor le había dejado secuelas que afectaban a su capacidad para expresarse. Lo peor fue enterarme, por casualidad, de que había fallecido. Me dolió profundamente. Aunque nuestra relación siempre fue de paciente y terapeuta, su ayuda fue tan inmensa que su pérdida me afectó como la de un amigo cercano.

Hace unos meses, me encontré con esa conversación y al releer sus mensajes, supe que esta historia tenía que llevar a un psicólogo como protagonista. Sergio, con su fortaleza y empatía, fue mi inspiración para esta obra. Siempre le daré gracias a la vida por habérmelo puesto en mi camino.

Esta historia también ha visto la luz gracias a mi familia:

Gracias, al padre de mis polluelos; mi amor: Carlos. Porque ojalá toda mujer tenga a un hombre como tú a su lado. Gracias por confiar en mí más de lo que yo misma confío.

Gracias a mis dos soles: mis hijos. Me encanta cuando Arom —el pequeño— se acerca y me pregunta: «*¿Otro libro, mamá? ¿También se titula Ojalá? ¿Ya has escrito hoy? ¿Te cansas escribiendo?*». O cuando Omar —el mayor— llega del cole y me cuenta, con esa ilusión tan suya, que ha creado un cómic que va a vender como su padre y yo vendemos nuestros libros. Me recuerdan cada día que somos sus grandes ejemplos, y no hay mayor orgullo que saber que ellos ven en nosotros un modelo a seguir.

Quiero destacar a dos de mis grandes amistades. No mencionaré nombres, pero Nora y Mere tienen en mi mente rostro, cuerpo y

alma. Sus personalidades las he llevado al extremo y he distorsionado ciertos aspectos, pero siempre fueron mis dos caras de la moneda. Ellas aparecieron para ayudarme a encender mi luz nuevamente, justo cuando me sentía sola y perdida. Con ellas quemé los días y las noches, con ellas renací, y les estaré eternamente agradecida.

La discoteca de esta isla, está inspirada en un lugar muy concreto de Madrid, donde las botellas de ron con nuestros nombres, quizá sigan por allí escondidas. El Xuso de esta historia, en la vida real, se llama Jesús, y no puedo evitar sonreír al recordar las expresiones que ponía cada vez que montábamos una de las nuestras en aquel lugar. Porque sí, es verdad: no pasábamos desapercibidas. Y, ahora que no nos oye nadie, te cuento, en secreto, que el primer capitulo está basado en uno de mis cumpleaños, que comenzó tranquilo y acabó en un hospital.

Nunca lo he hecho, pero esta vez quiero dar las gracias a mis personajes. Puede parecer curioso, pero ellos me guiaron durante la escritura, cobraron vida en mi imaginación y me enseñaron lecciones valiosas a lo largo del camino. Con ellos, en esta historia, aprendí mucho más de lo que esperaba.

También quiero destacar al grupo musical: La Oreja de Van Gogh. Sus canciones siempre me acompañaron; fueron la banda sonora en muchas de mis historias. He asistido a varios conciertos, pero hay uno en particular que quedó grabado en mi memoria. Fue la primera vez que escuché en directo «Rosas», una canción que desde entonces se convirtió en una de mis favoritas. Sin embargo, lo que hizo aquella noche aún más memorable no fue solo la música, sino lo que ocurrió después del concierto. En un momento dado, uno de los integrantes de la banda lanzó al público una toalla sudada. No sé bien cómo ocurrió, pero la toalla cayó justo en mis manos.

En ese instante, un grupo de chicas se abalanzó sobre mí, intentando arrebatármela con una fuerza que parecía descomunal. Os juro que jamás en mi vida había hecho tanto esfuerzo por sujetar algo. Afortunadamente, no estaba sola. Las amigas que me

acompañaban, me ayudaron a mantener el control de la situación, impidiendo que alguien me la quitara. Mientras tanto, mi madre, que estaba con otra amiga suya a lo lejos, observaba la escena sin comprender qué ocurría. Desde su perspectiva, solo veía a un grupo de chicas peleándose. Atónitas, comentaban: «*¡Qué barbaridad! Están pegándose por una toalla*», hasta que, con horror, se dieron cuenta de que yo estaba en medio de esa batalla campal. Cuando por fin me vi vencedora, decidí compartir mi «trofeo» con las chicas que me habían respaldado. La corté en pequeños trozos y los repartí como muestra de agradecimiento.

Con el paso de los años, me he dado cuenta de que conservar una toalla sudada no es precisamente lo más higiénico, pero, más allá de lo absurdo que pueda parecer ahora, lo cierto es que aquella noche quedó como una experiencia inolvidable, una de esas anécdotas que siempre arrancan una sonrisa al recordarlas.

Por último, quiero agradecer este viaje a mis lectores. Sin vosotros, cada palabra escrita, cada página llena de emociones, no tendría el mismo sentido. Gracias por confiar en mis historias, por emocionaros con ellas, por hacerme llegar vuestras palabras de apoyo y por dar vida a estos personajes más allá de mi imaginación. Cada libro que llega a vuestras manos es una parte de mí que comparto con vosotros, y saber que lo recibís con tanto cariño me llena de felicidad. Gracias por estar ahí, siempre.

Isabel Vidal (Alicante, 1988)
Actriz, reportera de televisión, comunicadora, creadora de obras artísticas y retratos realistas a lápiz y en acuarela.
Autora de:

El arte de encontrarnos, novela romántica publicada en 2023.

Ojalá, novela romántica publicada en 2024

Distópica, thriller psicológico, publicada en 2024

Todos a la venta en Amazon
Puedes saber más de ella en sus cuentas de Instagram: @isabelvidal @isabelvidalstudio
Y ver sus obras en su web:
www.isabelvidalstudio.com